

...CIÓN



MASSIL



SERMONS



10

BX1756  
.M32  
E5  
1800  
V.10  
C.1

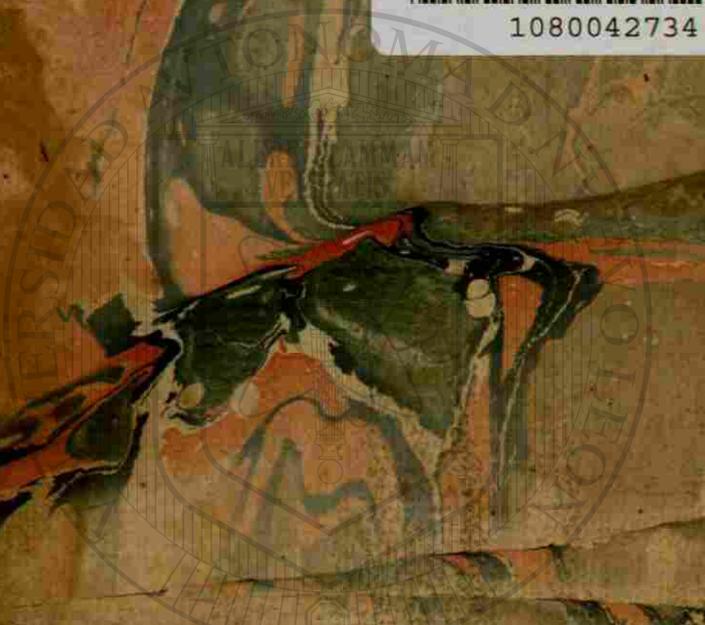
135907



*José Angel Benavides.*



1080042734



BIBLIOTECA  
NUEVO

872-6#40

# SERMONES

DEL ILL.<sup>MO</sup> SEÑOR

*D. JUAN BAUTISTA MASSILLON,*

PRESBITERO, DE LA CONGREGACION  
DEL ORATORIO, UNO DE LOS QUARENTA DE  
LA ACADEMIA FRANCESA,

Y

*OBISPO DE CLERMONT,*

TRADUCIDOS AL ESPAÑOL

*Por el P. D. Pedro Diaz de Guereñu, de la Congregacion  
de Clérigos Reglares de S. Cayetano.*

TOMO X.

*QUARESMA PREDICADA A LUIS XV.  
y á su Corte, &c.*

TERCERA EDICION.



CON LICENCIA Y PRIVILEGIO.

EN MADRID: EN LA IMPRENTA DE LA VIUDA E HIJO DE MARIN,  
AÑO DE MDCCC.

*Se hallará en la Librería de Juan de Llera, Plazuela  
del Angel, junto á la Nevería.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
CAPILLA ALFONSO BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

3-11-83

MICROFILMADO R=45

38073



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BX1756

1232

E8

1800

v.10



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135907

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
UNIVERSITARIAS

# TABLA

## DE LOS SERMONES CONTENIDOS en este Tomo X.

- I. **S**ermon para el día de la Purificación de nuestra Señora , acerca del exemplo de los Grandes. 1.
- II. Sermon para el primer Domingo de Quaresma acerca de las tentaciones de los Grandes. 15.
- III. Sermon para el segundo Domingo de Quaresma , sobre el respeto que los Grandes deben á la Religión. 31.
- IV. Sermon para el tercer Domingo de Quaresma , sobre la desgracia de los Grandes , que abandonan á Dios. 49.
- V. Sermon para el cuarto Domingo de Quaresma , sobre la humanidad de los Grandes para con el pueblo. 63.
- VI. Sermon para el día de la Encarnacion , sobre las señales de la Grandeza de Jesu-Christo. 78.
- VII. Sermon para el Domingo de Pasion , sobre la falsedad de la gloria humana. 92.
- VIII. Sermon para el Domingo de Ramos , sobre los escollos de la virtud de los Grandes. 105.
- IX. Sermon para el Viernes Santo , acerca de los obstáculos que halla la verdad en el corazón de los Grandes. 123.
- X. Sermon para el día de Pasqua , acerca del triunfo de la Religión. 138.
- XI. Sermon acerca de los vicios y virtudes de los Grandes. Ins-

Instruccion acerca del Jubileo.	181.
Exortacion para disponer á los Niños , quando han de recibir el Sacramento de la Confirmacion.	201.
Exortacion á unas Religiosas.	205.
Sermon predicado en la solemnidad de la benediction de las Vanderas del Regimiento de Catinat.	210.



# QUARESMA

PREDICADA AL REY LUIS XV.  
de Francia , y á su Corte.

## S E R M O N

PARA EL DIA DE LA PURIFICACION  
de nuestra Señora , acerca del exemplo  
de los Grandes.

*Ecce positus est hic in ruinam , & in resurrectionem multorum in Israel.*

Ese que veis será la ruina y la resurreccion de muchos en Israel. *Luc. 2. 34.*

SEÑOR.

**E**S destino de los Reyes y Principes de la tierra el haber sido establecidos para ser la ruina , ó la salud de todos los demas hombres ; y quando el cielo los envia al mundo , puede muy bien decirse que su misericordia ó su justicia dispone á los pueblos un público beneficio , ó un público castigo.

Y así , Señor , en aquel dia feliz , en que llevado al  
Tomo X. A Tem-

SER-

Instruccion acerca del Jubileo.	181.
Exortacion para disponer á los Niños , quando han de recibir el Sacramento de la Confirmacion.	201.
Exortacion á unas Religiosas.	205.
Sermon predicado en la solemnidad de la benediction de las Vanderas del Regimiento de Catinat.	210.



# QUARESMA

PREDICADA AL REY LUIS XV.  
de Francia , y á su Corte.

## S E R M O N

PARA EL DIA DE LA PURIFICACION  
de nuestra Señora , acerca del exemplo  
de los Grandes.

*Ecce positus est hic in ruinam , & in resurrectionem multorum in Israel.*

Ese que veis será la ruina y la resurreccion de muchos en Israel. *Luc. 2. 34.*

SEÑOR.

**E**S destino de los Reyes y Principes de la tierra el haber sido establecidos para ser la ruina , ó la salud de todos los demas hombres ; y quando el cielo los envia al mundo , puede muy bien decirse que su misericordia ó su justicia dispone á los pueblos un público beneficio , ó un público castigo.

Y así , Señor , en aquel dia feliz , en que llevado al  
Tomo X. A Tem-

SER-

Templo Santo os señaló el Pontífice sobre los Altares con la sagrada señal de la fé, pudimos decir de vos con toda realidad: este Augusto niño acaba de nacer, ó bien para la ruina, ó para la salud de muchos.

Aun el mismo Jesu-Christo, quando hoy toma posesion en el Templo de su nuevo Imperio, no está esento de esta ley: es verdad que sus exemplos, sus milagros, y su doctrina, que habian de servir para asegurar la salud á tantas ovejas de Israel, solamente serian ocasion de escandalo y ruina para aquellos Judios á quienes su incredulidad los habia de hacer mas inescusables; y de este modo el mismo Evangelio, que es la salud y redencion de los unos, será la ruina y condenacion de los otros.

Felices los Principes y Grandes si su santidad fuera ocasion de censura y escandalo solamente para los hombres perversos; y si sus exemplos, como los de Jesu-Christo, solo sirvieran de escollo y condenacion para el vicio, haciendo mas inescusable, y sirviendo de apoyo y modelo á la virtud.

Y así, Catolicos, vosotros á quienes la providencia ha ensalzado sobre los demas hombres; y vos, Señor, con especialidad, á quien la mano de Dios, protectora de esta Monarquía, ha sacado de entre las ruinas de la Casa Real para colocaros sobre nuestras cabezas; vos á quien ha avivado como á una preciosa centellita en el mismo seno de las sombras de la muerte, en donde se ha apagado toda vuestra Augusta stirpe, y en donde vos mismo estuvisteis ya para perecer; vuelvo á repetir, Señor, que esta es la suerte que os prepara el cielo: vos habeis sido establecido para ruina, y para salud de muchos: *positus in ruinam, & in resurrectionem multorum in Israel.*

Los exemplos de los Principes y Grandes caminan siempre sobre esta inevitable alternativa: no pueden perderse ni salvarse solos: esta verdad servirá de asunto á este discurso: imploramos, &c. Ave Maria.

PRI-

## PRIMERA PARTE.

SEÑOR, así como la primera inclinacion de los pueblos es imitar á los Reyes, así tambien la primera obligacion de los Reyes debe ser dar buenos exemplos á los pueblos. Los hombres regulares solamente parece que nacieron para sí solos: sus vicios ó sus virtudes son tan oscuros como su nacimiento: como se hallan confundidos con la multitud, no vé el público si caen, ó si permanecen firmes; su salud, ó su perdicion se ciñe únicamente á sus personas; y aunque con su exemplo engañen ó aparten á algunos de la virtud, nunca pueden con él autorizar el vicio.

Al contrario los Principes y Grandes, solamente parece que nacieron para los demás: la misma clase que los distingue los propone por modelos: sus costumbres sirven de regla á las costumbres del pueblo: suponemos que los que son merecedores de nuestros respetos, no son indignos de nuestra imitacion: la multitud no tiene mas ley que el exemplo de los que mandan: copia el público la vida de los Grandes, y si sus vicios hallan censores, es regularmente entre aquellos mismos que los imitan.

Y así la misma grandeza que favorece á las pasiones, las refrena y oprime: y como dixo un Antiguo; quanta mayor libertad parece darnos la elevacion, por la autoridad que la acompaña, mas nos quita con sus respetos. (1)

¿Pero de dónde nacen estos inevitables efectos, que el exemplo de los Grandes produce siempre en los pueblos? Vedlo aquí, Señores; en los pueblos proviene de la vanidad y deseo de agradar á los Grandes; y en éstos de la soberanía y proporcion que tienen para perpetuarlos en el pueblo.

He

(1) *Ita in maxima fortuna minima licentia est.* Sallust.

A 2

He dicho que en los pueblos proviene de la vanidad; sí, Católicos; el mundo que siempre ha sido incompreensible, en todos tiempos ha cargado de ignominia tanto al vicio como á la virtud: se burla de los justos, y al mismo tiempo llena tambien de injurias á los pecadores: las pasiones, y las obras santas son igualmente materia de sus burlas y censuras; y con una inconstancia, propia solamente de su capricho, ha hallado el secreto de hacer á un mismo tiempo despreciable el vicio, y ridicula la virtud: los exemplos, pues, de disolucion en los Grandes, al mismo tiempo que autorizan el vicio, ennoblecen su infamia y su ignominia, y le quitan el desprecio que en él halla el público: sus pasiones son para los pueblos nuevos títulos de honor, y solamente la vanidad los puede dar imitadores.

La Nacion Francesa, con especialidad, mas vana é inconstante que las demás, (pues este es el vicio de que la acusan otras Naciones) ó haciendola mas honor y justicia, mas afecta á sus Soberanos, y mas respetuosa para con los Grandes, se precia de copiar sus costumbres, así como mira como obligacion el amar sus personas: nos lisonjamos con una semejanza, que igualandonos en los procedimientos parece que nos acerca tambien á su clase: todo nos parece honroso quando seguimos estos grandes modelos; y muchas veces la ostentacion nos precipita en unos excesos contrarios á la inclinacion: las ciudades crearian degenerar de su grandeza si no imitaran las costumbres de la Corte. El ciudadano desconocido, imitando la libertad de los Grandes, se persuade á que pone á sus pasiones el sello de la grandeza y nobleza; y solamente la vanidad perpetúa el desorden de que aun el mismo gusto se cansa muy presto.

Pero, Señor, en un estado en donde los Grandes, y con especialidad el Principe, adoran á Dios, todo se halla bien ordenado: luego que es honrada la virtud, halla muchos exemplos que la imiten. Los justos no temen la burla que de ella suele hacer el mundo, y que es el

escollo de tantas almas flacas: se teme á Dios sin temer á los hombres: la virtud no se mira en la Corte como extraña: el desorden no se atreve á parecer á cara descubierta: se ve obligado á ocultarse ó á cubrirse con apariencias de prudencia: la libertad de las costumbres no se halla defendida con la autoridad pública; y aunque no se desarraiguen los vicios, á lo menos se minoran los escándalos: en una palabra, las obligaciones de la religion hacen parte del buen orden de la Republica, y se miran como cosa necesaria, aun segun el mundo; puede suceder que el impío esté interiormente despreciando el culto de la religion; pero este á lo menos queda vengado con la magestad y decencia pública: puede ser que el Templo Santo vea aun el pie de sus Altares algunos pecadores é incrédulos, pero á lo menos no vé profanadores, el zelo de vuestro Augusto bisabuelo castigó muchas veces con severas leyes, y amenazó siempre con su indignacion y su desgracia á este escándalo en sus reynos. Puede ser que todavía se hallen algunos hombres corrompidos que nieguen á Dios su corazon, pero á lo menos no se atreverán á negarle sus exteriores respetos: en una palabra, todavía puede ser que sea mas facil el perderse, pero á lo menos no se mirará como ignominia el salvarse.

Pues aun quando el exemplo de los Grandes no sirviera mas que de autorizar la virtud, de hacerla respetable en la tierra, de quitarla aquella impía y bárbara nota de ridiculéz que la atribuye el mundo, de defender á los á justos de la tentacion de las burlas y censuras, de hacer ver que no puede ser cosa vergonzosa para el hombre el servir al Dios que le crió y le conserva; que el culto que se le tributa es la obligacion mas gloriosa, y de mas honor para la criatura, y que el título de siervo del Altísimo es infinitamente mayor y mas apreciable que todos los títulos vanos y pomposos que rodean las Diademas de los Soberanos, aun quando el exemplo de los Grandes no tuviera mas utilidad que

esta, qué honor no hacen con él á la religion, y qué abundancia de bendiciones no trae sobre los Imperios?

Feliz el pueblo, Señor, que halla su modelo en sus mismos Principes, que puede imitar á aquellos á quienes tiene obligacion de respetar, que en su exemplo aprehende á obedecer sus leyes, y que no tiene necesidad de apartar su vista de aquellos á quienes debe sus respetos.

Pero aun quando el exemplo de los Grandes no hallára en la vanidad de los pueblos una imitacion siempre segura, el interés y el deseo que estos tienen de agradarlos los daría tantos imitadores de sus acciones, quantos son los pretendientes que por razon de su autoridad aspiran á merecer sus gracias.

El Joven Rey Roboam se olvida de los consejos de un Padre, que fué el mas sabio de todos los Reyes: llama para ocupar los primeros puestos del reyno á una juventud inconsiderada, y esta al mismo tiempo que participa de sus gracias imita sus desórdenes.

Los Grandes gustan de ser aplaudidos, y como la imitacion entre todos los aplausos es el mas alhagueño, y el menos equívoco, luego que procuramos parecernos á ellos, estamos seguros de agradarlos: se alegran de hallar en sus imitadores Apologistas de sus vicios, y buscan con gusto, entre las cosas que los rodean, medios con que poderse asegurar contra sí mismos.

Y así la ambición, cuyos caminos son tan largos y penosos, se alegra al ver que hallado uno mas corto y facil; el deleite, que regularmente es irreconciliable con la fortuna, la sirve de artifice y de instrumento: las pasiones, á las que tanto favorece nuestra inclinacion, hallan en la esperanza de la recompensa un nuevo atractivo que las anima: todos los motivos se unen contra la virtud; y así, si es cosa muy difícil el defenderse contra el vicio que agrada, qué difícil no será el librarse de él quando ademas de agradarlos nos hace honor?

Esta es, Señor, la desgracia de los Grandes que se dexan arrastrar de sus injustas pasiones: su exemplo corrom-

rom-

rompe á todos aquellos que están sujetos á su autoridad: al mismo tiempo que los distribuyen sus gracias, los comunican sus costumbres: todos los que dependen de ellos, quieren vivir como ellos. Señor, no estimeis en los hombres sino el amor á la obligacion, y así vuestros beneficios siempre recaerán sobre el mérito: condenad en los demás lo que vos no podeis justificaros á vos mismo: los que imitan las pasiones de los Grandes, con sus acciones insultan sus vicios: ¡qué desgracia quando el Soberano, no contento con entregarse al desorden, parece que le autoriza con los favores que concede á aquellos que son sus imitadores, ó sus infames instrumentos! ¡qué oprobrio para un Imperio, qué indecencia para la Magestad del gobierno, qué desaliento para la nacion y para los vasallos hábiles y virtuosos, á los que el vicio usurpa las gracias destinadas á sus talentos y servicios! ¡qué descrédito y qué vileza para el Principe en la opinion de las Cortes Extranjeras, y qué diluvio de males para sus propios pueblos! Los puestos se hallan ocupados por unos hombres corrompidos; las pasiones que debieran ser castigadas con el desprecio, se ven hechas el camino de los honores y de la gloria: la autoridad, establecida para mantener el buen orden y la hermosura de las leyes, se consigue por medio de la misma transgresion, que las quebranta; las costumbres se corrompen en su raíz; los astros, que debieran manifestarnos los caminos, se mudan en unos fuegos errantes que nos apartan de ellos: aquellas públicas ceremonias, que aun el mismo vicio siempre ha respetado, se ven despreciadas como costumbres antiguas, y propias solamente del tiempo de nuestros antepasados: el desorden corre libre de la molestia de los cumplimientos: y la moderacion en el vicio se ha hecho ya casi tan ridícula como la misma virtud.

Pero, Señor, si en los Grandes ocupa la piedad y la justicia el lugar de la libertad y de las pasiones, ¡qué fuente de bendiciones no derrama sobre los pueblos! En este caso la virtud es la que distribuye las gracias, y

la

la que unicamente las recibe : los honores van á buscar al hombre sabio que los merece , y que huye de ellos ; y huyen del que está entregado á la iniquidad , y que los busca : las funciones públicas solamente se confian á aquellos que viven entregados al bien público : el crédito ni el artificio no tienen valimiento alguno : el merito y los servicios no necesitan de recomendacion ; ni aun el gusto del Soberano decide de sus liberalidades : nada le parece digno de recompensa en sus vasallos sino los talentos que son utiles á la patria : los favores siempre anuncian el mérito , ó le siguen inmediatamente : en sus Estados nadie vive descontento sino los hombres ociosos é inútiles : solamente la pereza y la insuficiencia murmuran contra la prudencia y equidad de las elecciones : se manifiestan los talentos para las recompensas que los esperan : cada uno procura ser útil al público ; y toda la habilidad de la ambicion se reduce á merecer los puestos á que aspira : en una palabra , se hallan aliviados los pueblos , defendidos los flacos , despreciados los viciosos , y honrados los justos. Dios es bendecido en los Grandes que ocupan su lugar en la tierra ; y aunque el deseo de agradarlos pueda formar hypócritas , ademas de que tarde , ó temprano viene á caerse la máscara , y de que la hipocresía siempre se hace traicion á sí misma por alguna parte , á lo menos tributa el vicio á la virtud el vasallage de quererse honrar con sus apariencias.

Estos son los efectos que el exemplo de los Grandes produce en los pueblos , atendiendo á la vanidad y deseo de agradarlos que en ellos se halla ; pero por parte de los Grandes la autoridad y proporcion que tienen para perpetuar sus costumbres son como la señal del vicio ó de la virtud entre los hombres.

## SEGUNDA PARTE.

Llamo autoridad á aquel dominio que los Grandes tienen sobre los demás : ¡ á cuántos Ministros de sus pasiones llevan tras sí como compañeros de su condenacion y de su suerte ! Si se hallan poseídos de un desordenado amor á la gloria mundana , todo les inspira la desolacion y la guerra : y entonces , Señor , ¡ cuántos pueblos se sacrifican al ídolo de su vanidad ! ¡ cuánta sangre derramada está pidiendo venganza contra sus cabezas ! ¡ de cuántas calamidades públicas son los únicos Autores ! ¡ cuántos clamores suben al cielo contra unos hombres que parece nacieron solamente para hacer desgraciados á los demás ! ¡ cuántos delitos nacen de un solo delito ! ¡ podrán bastar sus lágrimas para lavar los campos teñidos con tanta sangre inocente ! ¡ podrá acaso su arrepentimiento aplacar la ira del cielo , quando aun despues de su vida dexan inundada la tierra con tantas calamidades y desgracias !

Señor , mirad siempre la guerra como el mas cruel azote de que se vale Dios para castigar á un Imperio : procurad desarmar á vuestros enemigos antes que vencerlos. Dios solamente os ha confiado la espada para seguridad de vuestros pueblos , y no para que sea la desgracia de vuestros vecinos : bastante dilatado es el Imperio que os ha concedido el cielo : cuidad mas de aliviar sus miserias , que de extender sus límites : fundad vuestra felicidad en reparar las desgracias de las pasadas guerras , antes que en emprehender otras nuevas : haced inmortal la memoria de vuestro reynado , más con la felicidad de vuestros pueblos , que con el número de vuestras conquistas : no midais vuestro poder sino por la justicia de vuestras empresas : y no os olvidéis jamás de que aun en las guerras mas justas , las victorias ocasionan siempre al estado tantas ruinas , como las mas sangrientas derrotas.

¡Qué desgracia es tambien quando el amor á los de-  
leites vence en el Soberano al de la vanagloria! ¡Ah! en-  
tonces todo sirve á sus pasiones, todos anhelan á que las  
vea satisfechas, todo facilita la consecucion de lo que  
apetece, todo aviva los deseos, y todo ofrece nuevas ar-  
mas á la sensualidad: los vasallos indignos la favorecen,  
los aduladores la tributan titulos de honor, los Autores  
profanos la adornan con indignas canciones de alabanza,  
las Artes agotan sus secretos para variar los placeres, to-  
dos los talentos destinados por el Autor de la naturaleza  
para servir al buen orden y al adorno de la sociedad,  
no sirven mas que de fomentar el vicio, y de este  
modo se convierten en instrumentos y cómplices de sus  
pasiones: ¡Qué dignos son, Señor, de lastima los Gran-  
des! Las pasiones, que en los demás hombres suelen de-  
bilitarse con el tiempo, se perpetúan en ellos por los mu-  
chos arbitrios que tienen para fomentarlas: los disgustos,  
inseparables del desorden, se avivan en ellos con la di-  
versidad de placeres: la confusion é inquietud que rodea  
el Trono no dá lugar á las reflexiones, ni dexa un instan-  
te al Soberano solo consigo mismo. Aun los Nathanes,  
los Profetas del Señor callan y se acobardan al acercarse  
á él: todo le está siempre representando su grandeza, y  
todo le manifiesta su poder, sin que nadie se atreva á  
hacerle ver, aun desde lexos, sus flaquezas.

A la extension de su autoridad se puede añadir tam-  
bien la de su fama: la impresion y el contagioso efecto  
de su mal exemplo no se ciñe solamente á su Nacion: los  
Grandes sirven de espectáculo á todo el Universo: sus  
acciones pasan de boca en boca, de Provincia en Provin-  
cia, y de Nacion en Nacion: nada hay en su vida que se  
oculte; todo se manifiesta al público: el extranjero que  
se halla en las mas remotas Cortes los mira con la misma  
atencion que el propio ciudadano, y se forman imitado-  
res aun en aquellos mismos lugares en donde su poder los  
adquiere enemigos: todo el mundo participa de sus virtu-  
des ó de sus vicios: son, si es lícito decirlo así, ciudadanos

de todo el Universo: los sucesos que acaecen en todos  
los pueblos trahen su origen de su exemplo: y así en la  
presencia de Dios son responsables de la justicia, ó de  
las iniquidades de las Naciones, y sus vicios ó sus vir-  
tudes se extienden aun mas allá de su Imperio.

La Francia con especialidad, sobre la que há mucho  
tiempo que tiene fixos sus ojos toda la Europa, se lleva  
las atenciones mas que ninguna otra Nacion. Los Extran-  
geros vienen aquí de todas partes á aprehender nues-  
tras costumbres, para transportarlas despues á las mas  
remotas provincias: vemos que aun los mismos hijos  
de los Soberanos abandonan los placeres y magnificen-  
cia de sus Cortes, vienen aquí como unos hombres  
particulares, y se olvidan del idioma y costumbres  
de su Nacion por aprehender la política de la nuestra;  
y como siempre se lleva el Trono la primera atencion,  
procuran conformarse con la prudencia y moderacion,  
ó con la vanidad y los excesos del Principe que le ocupa.  
Manifestaos, Señor, como un Soberano á quien puedan  
imitar: haced que resplandezcan mas vuestras virtudes,  
y la prudencia de vuestro gobierno, que vuestro poder;  
y que queden mas admirados al ver la justicia de vues-  
tro reynado, que la magnificencia de vuestra Corte. No  
los manifestéis vuestras riquezas como hizo aquel Rey  
de Judá con los Enviados de Babilonia; manifestadlos  
el amor que teneis á vuestros vasallos, y el que éstos tie-  
nen á vuestra real persona, pues este es el verdadero tes-  
soro de los Soberanos: sed el modelo de los buenos Re-  
yes, y siendo de esta suerte objeto de la admiracion de los Extran-  
geros, seréis tambien la felicidad de vuestros pueblos.  
Los Principes y Grandes no solamente son res-  
ponsables á los hombres de su siglo; su exemplo tiene  
cierto carácter de perpetuidad que interesa á los siglos  
futuros.

Los vicios ó las virtudes de los demás hombres re-  
gularmente mueren con ellos: su memoria parecè con  
sus personas: solamente en el dia de la manifestacion

será quando se hagan patentes sus acciones á vista de todo el Universo: pero entre tanto sus obras quedan sepultadas, y descansan en la obscuridad del mismo sepulcro que sus cenizas.

Pero Señor, los Principes y Grandes son para todos los siglos: su vida, por la conexion que tiene con los sucesos públicos, pasa con ellos de edad en edad: sus pasiones, ó conservadas en públicos monumentos, ó immortalizadas en nuestras historias, ó celebradas en poesías lascivas, servirán de lazos aun á la posteridad mas remota: el mundo está lleno de perniciosos escritos que han derivado hasta nosotros los desordenes de los anteriores reynados: las disoluciones de los Grandes nunca mueren: sus exemplos estarán predicando el vicio ó la virtud aun á nuestra mas remota posteridad; y la historia de sus costumbres durará tanto como la de su siglo.

¡Ah! Señor, ¿en qué felices empeños no pone á los Grandes y á los Reyes la clase de su estado para seguir la piedad y la justicia? Aunque hallen en él mas facilidades para el vicio ¿qué poderosos motivos no hallan también para seguir la virtud? ¿Con qué noble circunspeccion no deben acompañar unas acciones que han de ser escritas en el libro de la posteridad con caracteres indelebles? ¿qué mayor gloria que el no poder entregarse á los vicios y á las pasiones, cuya memoria mancharia la historia de todos los tiempos, y serviria de escándalo á los hombres de todos los siglos? ¿qué emulation mas noble puede haber que la de dexar unos exemplos, que serán los mas preciosos de la Monarquía, y públicos monumentos de la justicia y virtud? Finalmente ¿qué mayor dicha que haber nacido por la felicidad aun de los siglos venideros, el saber que nuestros exemplos han de formar una sucesion de virtud y de temor de Dios entre los hombres, y que de nuestras mismas cenizas han de nacer de siglo en siglo unos Principes que han de ser semejantes á nosotros? Este, Señor, es el destino de los buenos Reyes: tal fue

fue vuestro Bisabuelo Augusto, aquel gran Rey que siempre os propondremos por modelo. ¡Ah! también lo será de todos los Reyes venideros. No olvidéis nunca los últimos momentos en que aquel heroyco anciano, como hoy Simeon, teniendos entre sus brazos, bañandos con sus paternas lágrimas, y ofreciendo al Dios de sus Padres esta preciosa reliquia de su Real estirpe, murió contento porque veía con sus ojos al hijo milagroso, que Dios reservaba para que fuese la salud de la Nacion, y la gloria de Israel.

Señor, no perdais jamás de vista aquel grande espectáculo, aquel Padre de tantos Reyes que al mismo tiempo que espiraba, veía renacer en vos solo la esperanza de toda su posteridad extinguida, que encomendaba el cuidado de vuestra infancia á la amorosa y respetable depositaria (1) de vuestra primera educacion, á la que al mismo tiempo que formaba vuestras primeras inclinaciones, y, por decirlo así, vuestras primeras palabras, faltó poco también para recoger vuestros últimos suspiros: que confiaba el sagrado depósito de vuestra persona al piadoso Principe (2), que os inspira unos pensamientos dignos de vuestra sangre: al ilustre Mariscal (3) que recibió como una virtud hereditaria la ciencia de criar Reyes, y que siendo unos de los primeros vasallos del Estado, os enseñará á ser el mayor Rey de vuestro siglo: al fiel Prelado (4) que despues de haber gobernado la Iglesia con tanta prudencia, la formará en vos su mas zeloso Protector: finalmente, á toda la Nacion, de la que aun mismo tiempo sois Padre y pupilo.

No permita Dios, Señor, que se borren jamas de vuestra memoria las sabias máximas que en los últimos instantes de su vida os dexó aquel gran Principe, como herencia

(1) La Duquesa de Vantadour. (2) El Duque de Mayne. (3) El Mariscal de Villeroy. (4) El antiguo Obispo de Fresus.

cia aun mucho mas preciosa que su Corona. Os exhortó á que aliviaséis á los pueblos: sed, pues, su Padre, y de este modo sereis por muchos títulos su Soberano.

Os inspiró horror á la guerra, y os aconsejó que en este punto no imitaseis su exemplo; sed, pues, un Principe pacífico: las mas gloriosas conquistas son las que nos ganan los corazones.

Os mandó que temieseis al Señor; caminad pues á su vista con inocencia: porque vuestro reynado en tanto será feliz, en quanto sea santo.

Sean, Señor, las últimas palabras de aquel gran Rey, de aquel Patriarca de vuestra Real familia, como las del Patriarca Jacob quando estaba para morir, profecias de lo que en adelante habia de suceder á su descendencia; y sean sus últimas instrucciones feliz pronóstico de vuestro Reynado. Amen.

## SERMON

PARA EL PRIMER DOMINGO  
de Quaresma, acerca de las tentaciones de los Grandes.

*Jesus ductus est in desertum á spiritu, ut tentaretur á Diabolo.*

Jesus fue llevado al desierto por el espíritu, para ser allí tentado por el Demonio. *Matth. 1. 4.*

SEÑOR. PRIMERA

LAS prodigiosas señales que acompañaron al nacimiento y los principios de la vida de Jesu-Christo, no permiten al Demonio ignorar que el Altísimo le destinaba á cosas grandes.

Quanto mas divisaba los primeros vislumbres de su futura grandeza, mas priesa se daba á armarle lazos. Su descendencia de los Reyes de Judá, su derecho á la Corona de sus mayores, las Profecias que anunciaban que en los últimos tiempos habia de sacar Dios de la estirpe de David al Principe de la paz, y al Salvador de su pueblo, todo quanto anunciaba la grandeza de Jesu-Christo armaba la malicia del tentador contra su inocencia.

Los Grandes, Señor, son el primer objeto de su furor: éstos se hallan mas expuestos que los demás hombres á sus engaños y lazos, y él se los empieza á armar desde luego; y como su caída le asegura la de casi todos aquellos que dependen de ellos, se vale de todos sus ardidés para perderlos: *Convérte esas piedras en pan*, dixo al Salvador: primeramente le acomete con el deleite, y este es el primer lazo que pone á su inocencia.

*Supuesto que eres Hijo de Dios*, prosigue, el Señor en-

cia aun mucho mas preciosa que su Corona. Os exhortó á que aliviaséis á los pueblos: sed, pues, su Padre, y de este modo sereis por muchos títulos su Soberano.

Os inspiró horror á la guerra, y os aconsejó que en este punto no imitaseis su exemplo; sed, pues, un Principe pacífico: las mas gloriosas conquistas son las que nos ganan los corazones.

Os mandó que temieseis al Señor; caminad pues á su vista con inocencia: porque vuestro reynado en tanto será feliz, en quanto sea santo.

Sean, Señor, las últimas palabras de aquel gran Rey, de aquel Patriarca de vuestra Real familia, como las del Patriarca Jacob quando estaba para morir, profecias de lo que en adelante habia de suceder á su descendencia; y sean sus últimas instrucciones feliz pronóstico de vuestro Reynado. Amen.

## SERMON

PARA EL PRIMER DOMINGO  
de Quaresma, acerca de las tentaciones de los Grandes.

*Jesus ductus est in desertum á spiritu, ut tentaretur á Diabolo.*

Jesus fue llevado al desierto por el espíritu, para ser allí tentado por el Demonio. *Matth. 1. 4.*

SEÑOR. PARA

Las prodigiosas señales que acompañaron al nacimiento y los principios de la vida de Jesu-Christo, no permiten al Demonio ignorar que el Altísimo le destinaba á cosas grandes.

Quanto mas divisaba los primeros vislumbres de su futura grandeza, mas priesa se daba á armarle lazos. Su descendencia de los Reyes de Judá, su derecho á la Corona de sus mayores, las Profecias que anunciaban que en los últimos tiempos habia de sacar Dios de la estirpe de David al Principe de la paz, y al Salvador de su pueblo, todo quanto anunciaba la grandeza de Jesu-Christo armaba la malicia del tentador contra su inocencia.

Los Grandes, Señor, son el primer objeto de su furor: éstos se hallan mas expuestos que los demás hombres á sus engaños y lazos, y él se los empieza á armar desde luego; y como su caída le asegura la de casi todos aquellos que dependen de ellos, se vale de todos sus ardidés para perderlos: *Convérte esas piedras en pan*, dixo al Salvador: primeramente le acomete con el deleite, y este es el primer lazo que pone á su inocencia.

*Supuesto que eres Hijo de Dios*, prosigue, el Señor en-

enviará sus Angeles para que te guarden: continúa con la adulacion; y está es una tentacion aun mucho mas peligrosa, con la que emponzoña sus almas.

Finalmente: *Yo te daré todos los reynos del mundo, y toda la gloria*: acaba con la ambicion; y este es el ultimo y mas seguro medio de que se vale para triunfar de su fliqueza.

Y así el deleite empieza á corromperles el corazon; la adulacion los confirma en el desorden, y los cierra todos los caminos de la verdad; y la ambicion pone fin á su ceguera, y acaba de abrirlos el precipicio: manifestaré estas tres verdades despues de haber implorado, &c. *Ave Maria.*

### PRIMERA PARTE.

**S**ENOR, el deleite es el primer escollo de nuestra inocencia: las demás pasiones como son mas tardías, no se manifiestan ni maduran, por decirlo así, sino con la razon: esta pasion se adelanta á ella, y nos hallamos del todo corrompidos aun casi antes de poder conocer lo que somos: esta infeliz inclinacion, que mancha toda la carrera de la vida de los hombres, tiene siempre su principio en las primeras costumbres: éste es el primer dardo venenoso que hiere al alma: es el que borra su primera hermosura, y de él dimanán despues todos los demás vicios.

Pero este primer escollo de la vida humana lo es con especialidad de la vida de los Grandes: en los demás hombres esta deplorable pasion nunca exerce del todo su Imperio: halla muchos obstáculos que se la oponen, el temor de la pública censura la detiene, y el amor á la fortuna la debilita.

Pero en los Principes y Grandes no halla obstáculo alguno, ó si le hay, la misma facilidad con que se aparta, la aviva é irrita: ¡Ah! ¿qué obstáculos ha hallado jamás en este punto la voluntad de aquellos que tienen en sus ma-

nos

nos la fortuna pública? Las ocasiones casi siempre se adelantán á sus deseos: su vista, si es lícito decirlo así, registra en todas partes las culpas que los están esperando: la indecencia del siglo, y la disolucion de las Cortes honra muchas veces con públicos elogios aquellas gracias que consiguen engañarlos: suelen tributarse indignos respetos aun á la mas infame desvergüenza: una felicidad tan indigna se mira con envidia, en vez de ser mirada con execracion: y la adulacion pública oculta la infamia del delito público. Los Principes, Señor, luego que se entregan al vicio no conocen mas freno que su voluntad, y sus pasiones no hallan mas resistencia que sus preceptos.

David quiere gozar de su delito, é inmediatamente sacrifica á él lo mas escogido de su Exercito, haciendo perecer por este medio al único testigo que le incomodaba en su incontinencia: no hay cosa que se oponga, ni pueda detener las pasiones de los Grandes: y así la facilidad que hallan en satisfacer sus pasiones los sirve de nuevo atractivo: se les allanan todos los caminos de la culpa, y todo quanto les agrada inmediatamente les es posible.

El temor del público suele tambien servir de freno á la libertad del comun de los hombres: por mas corrompidas que se hallen nuestras costumbres, aun no ha perdido el vicio entre nosotros toda su infamia: aun ha quedado alguna reliquia de pudor público, que nos obliga á ocultarle; y hasta el mismo mundo que parece preciarle de él, no por eso dexa de mirarle como una especie de afrenta y de oprobrio: aunque favorece á sus pasiones, no por eso dexa de imponerlas cierta circunspeccion que las molesta: dá públicas lecciones de vicio y de sensualidad, y con todo eso encarga el secreto y cierta circunspeccion á aquellos que se entregan á él.

Pero los Principes y Grandes han sacudido este yugo: es muy poco el caso que hacen de los hombres para poder temer sus censuras: los públicos respetos que éstos

Tomo X.

C

los

los tributan los sirven de seguridad contra el secreto desprecio que de ellos hacen. No hacen caso de un público que los teme y respeta: se precian, y con razón, (¡oh infamia de nuestro siglo!) de que sus pasiones son tan respetadas como sus personas: la diferencia que hay de ellos al pueblo, les manifiesta á éste en una distancia tan remota, que le miran como si no existiera: desprecian unos dardos que vienen desde tan lexos, y que no pueden llegar á donde ellos se hallan: y siendo casi siempre objetos de las públicas censuras, ellos solos son los únicos que lo ignoran.

Y así, Señor, la mayor Grandeza es mas responsable al público: la elevacion que desde luego ofende á la vanidad de los que nos están sujetos, hace que sean mas severos censores, y que vean con mas claridad nuestros vicios; parece que quieren desquitarse, censurando lo que pierden con la sujecion, y se vengan de su servidumbre con la libertad de sus conversaciones: los Grandes, Señor, juzgan que todo les es permitido, y nada se les perdona á los Grandes: viven como si nadie los viera, al mismo tiempo que ellos solos son el continuo espectáculo de toda la tierra.

Finalmente, en los demás hombres la ambicion y el amor á la fortuna suele servirlos de freno contra el amor á los deleytes. Los cuidados que ésta pide usurpa muchos momentos á la sensualidad: el deseo de conseguirla suspende á lo menos unas pasiones que en todos tiempos la han servido de obstáculo: es imposible convinar los prudentes y mensurados movimientos de la ambicion, con el descanso, la ociosidad, los desordenes y extravagancias del vicio: en una palabra, los públicos excesos siempre han sido un escollo inevitable para la elevacion; y los placeres siempre han trastornado muchas esperanzas de fortuna, y muy rara vez la han adelantado.

Pero los Principes y Grandes, que por parte de la fortuna nada tienen que desear, tampoco hallan por esta parte cosa alguna que se oponga á sus placeres; todo

se

se lo ha dado su nacimiento, sin que, por decirlo así, les quede de qué gozar mas que de sí mismos: sus mayores trabajan para ellos: no tienen que cuidar mas que de los deleites: sus títulos los aseguran su elevacion, y así no tienen mas que hacer que entregarse á sus pasiones.

Por eso los hijos de los hombres ilustres suelen ser regularmente sucesores de la clase y de los honores de sus padres, sin serlo de su fama ni de sus virtudes: la grandeza, de la que los pone en posesion su nacimiento, basta para impedirlos que se hagan dignos de ella: como son herederos de un nombre ilustre, les parece inutil el hacerse merecedores de él: gozan de los frutos de una gloria cuyas amarguras no han gustado; la sangre que derramaron sus mayores, y los trabajos que padecieron, sirven de título á su ociosidad y pereza: todo lo ha hecho por ellos la naturaleza, sin que haya dexado nada que hacer al merito: y muchas veces la gloriosa época de la elevacion de una familia, en el instante siguiente, entregada á un heredero indigno, es la señal de su decadencia y de su oprobrio: en todos los siglos, y en todas las Naciones se hallan exemplos de esta verdad.

Salomón extendió la fama de su nombre hasta las mas remotas extremidades de la tierra: la grandeza y magnificencia de su reynado habia excedido á la de todos los Reyes del Oriente; y un hijo insensato viene á ser el juguete de sus propios vasallos, y vé á diez Tribus que se eligen un nuevo Principe. Los hijos de la gloria y de la magnificencia rara vez lo son de la prudencia y de la virtud: mas difícil suele ser mantener la gloria y los honores que se heredan, que el adquirirlos.

## SEGUNDA PARTE.

**E**L deleite, pues, es el primer escollo de los Grandes, y por aqui es por donde empieza el tentador á engañarlos, y luego sigue con la adulacion: el placer corrompe el corazon por medio del vicio, y la adulacion

C 2

aca-

acaba de cerrar el camino á la virtud : las delicias que rodean el Trono están por todas partes inspirando sensualidad , y la adulacion la justifica : el desorden siempre dexa en lo íntimo del alma un gusano cruel , pero el adulador trata de cobardía estos remordimientos , la dá aliento contra los temores de la culpa , y la quita el único medio que la queda para volverse á reducir al pudor del buen orden y de la razon.

Señor , ¿ qué azote son para los Grandes estos hombres que solo parece nacieron para aplaudir sus pasiones , ó para poner lazos á su inocencia ? ¿ qué desgracia para los pueblos quando los Principes y poderosos se entregan á estos enemigos de su buena fama , porque lo son de la prudencia y de la verdad ? Los castigos de las guerras y de las esterilidades son castigos pasajeros : luego suceden otros tiempos mas felices con los que vienen la paz y la abundancia : aunque padecen los pueblos , la prudencia del gobierno los dá motivo para esperar el remedio ; pero el azote de la adulacion no dexa esperanza alguna : esta es una calamidad para el Estado , que siempre está haciendo temer otras nuevas : los pueblos oprimidos , y ocultada al Soberano su opresion , deben esperar otras cargas aun mas pesadas : los mas lastimosos clamores , que nacen de la pública miseria , pasan plaza de murmuraciones : la adulacion hace que las quejas mas justas y respetuosas pasen por una temeridad digna de castigo : y la imposibilidad de obedecer pasa por rebelion y por deseo de sacudir el yugo de la obediencia. Confundá el Señor , decia en otro tiempo un Santo Rey , confundá á aquellas lenguas engañosas , y á aquellos sabios falsos que procuran perdernos , estudiando solamente el modo de agradarnos.

Desconfiad , Señor , de aquellos que para autorizar las inmensas profusiones de los Reyes , los están siempre ponderando la opulencia de sus pueblos : es verdad que vos entráis en posesion de una Monarquía floreciente , pero advertid que se halla muy acabada con las pasadas

das guerras : el zelo de vuestros vasallos es inagotable ; pero no midais por esta regla los derechos que sobre ellos teneis , porque sus fuerzas no podrán corresponder por mucho tiempo á su zelo : las necesidades del Estado las han debilitado mucho : dexadlos respirar de su opresion , y al mismo tiempo que áumentais su remedio , aumentareis tambien su amor : escuchad los consejos de los ancianos y sabios , á quienes está confiado el cuidado de vuestra infancia , y que presidieron en los Consejos de vuestro Augusto Bisabuelo , y acordaos de aquel joven Rey de Judá , cuyo exemplo ya os he citado , que por haber preferido los consejos de una juventud inconsiderada á la prudencia y madurez de aquellos á cuyos consejos debió su Padre Salomón su gloria , y la prosperidad de su Reynado , y que á él le aconsejaban que afianzase los principios del suyo , aliviando á sus pueblos , vió formarse un nuevo Reyno de las ruinas de Judá , y por haber querido pedir á sus vasallos mas de lo que le debian , perdió el amor y la fidelidad que no podian negarle : los consejos que agradan rara vez son útiles , y lo que lisonjea á los Soberanos es regularmente la desgracia de sus vasallos.

Con la adulacion , Señor , se fortifican los vicios de los Grandes , y se corrompen sus virtudes : se fortifican sus vicios , ¿ y qué remedio puede quedar á unas pasiones que no hallan al rededor de sí mas que elogios ? ¡ Ah ! ¿ cómo es posible que aborrezcamos y corriamos en nosotros aquellos defectos que nos alaban , quando aun los que nos censuran hallan en nuestro interior , no solamente afecto , sino tambien razones que los defienden ? Nosotros nos hacemos á nosotros mismos la apología de nuestros vicios : ¿ Pues cómo ha de poder disiparse la ilusion , quando todo lo que nos rodea nos los aplaude como virtudes ?

Aun sus mismas virtudes se corrompen : y esto se confirma con la experiencia de todos los siglos , como decia Asuero : las lisonjeras sugestiones de los malos han sido siempre las que han pervertido las laudables inclinaciones de los mejores Principes ; y de esto hallamos exem-  
pla-

plares aun en las mas antiguas historias. *Et ex viteribus probatur, Historiis... quomodo malis quorundam suggestio- nibus, regum studia deprabentur.* Un Rey infiel hacia esta pública confesion á sus vasallos: los consejos lisonje- ros é iniquos de un adulator, obscurecian toda la gloria de su Imperio: solamente la fidelidad de un Mardoqueo detuvo el brazo que estaba para descargar sobre los ino- centes: un solo vasallo fiel decide muchas veces de la fe- licidad de un Reyno, y de la gloria del Soberano; y del mismo modo, basta tambien un solo adulator para man- char toda la gloria del Principe, y ocasionar las mayores desgracias en un Imperio.

Y á la verdad, la adulacion produce la soberbia; y ésta siempre es un fatal escollo para todas las virtudes: el adulator, atribuyendo á los Grandes las prendas lau- dables que los faltan, les hace que pierdan aun aque- llas que le habia dado la naturaleza: muda en ocasiones de vicio las inclinaciones que en ellos daban esperanzas de virtudes: el valor degenera en presuncion: la magestad que inspira el nacimiento, y que dice tambien en el Sobe- rano, no es mas que una vana soberbia, que le envilece y afrenta: el amor á la fama, que en ellos circula con la sangre de los Reyes sus progenitores, se convierte en una loca vanidad que quisiera ver á sus pies todo el Uni- verso, que procura pelear solamente por tener el frívolo honor de vencer, y que en vez de sujetar á sus enemigos, los suscita otros nuevos, y arma contra ellos á sus ve- cinos y aliados: la afabilidad, que tan amable es en la elevacion, y que es como el primer sentimiento que desde la infancia se procura infundir en el alma de los Re- yes, hallandose reducida á ciertas liberalidades excesivas, y á una estrecha familiaridad para con un corto número de privados, no hace mas que infundir en ellos una cruel insensibilidad á las miserias públicas: aun las mismas obligaciones de la religion, de la que son los primeros Protectores, y á las que dedicaron los mas serios cui- dados de su primera edad, vienen á parecerles pueriles di-

diversiones de la niñez. Señor, los Principes regularmen- te nacen con disposiciones afectuosas, y con unas incli- naciones dignas de su sangre: el nacimiento nos lo dá como en la realidad deben ser, y solamente la adulacion es la que los pervierte.

Luego que se hallan inficionados con las alabanzas, no hay quien se atreva á hablarles el idioma de la verdad: solamente ellos ignoran en su estado lo que solamen- te ellos debieran saber: envian Ministros para que ave- ríguen los secretos de las Cortes y Reynos mas re- motos, y nadie se atreve á decirlos lo que pasa en su pro- pio reyno: los discursos de los lisonjeros tienen sitiado el Trono, se apoderan de todas las avenidas, y no per- miten que llegue á él la verdad: de este modo, el Sobe- rano se halla como un extranjero en medio de su pue- blo: está persuadido á que dá movimiento á las mas se- cretas máquinas del Imperio, y está ignorante de los su- cesos mas públicos: le ocultan sus pérdidas, le ponderan sus ganancias, le minoran las miserias públicas, le enga- ñan con los respetos; y como nada vé como es en sí, todo le parece tal como él lo desea.

Estos son los funestos efectos de la adulacion: y con todo eso, Señor, este es el vicio mas comun en las Cor- tes, y el escollo de los mejores Principes: apenas perdió el joven Rey Joas al fiel Pontifice Joiada, aquel prudente tutor de su infancia, y el único hombre por cuyo medio llegaba la verdad hasta los pies de su Trono, quan- do engañado con las adulaciones de los cortesanos, dice la Escritura Santa que se entregó á sus malos consejos y á sus propias flaquezas. *Delinitus obsequiis eorum, acquievit eis.*

La adulacion hace de un buen Principe la desgracia de su pueblo, convierte el cetro en un pesado yugo, y á fuerza de alabar las flaquezas de los Reyes, hace despre- ciables aun sus mismas virtudes.

Señor, qualquiera que lisonjea á sus Soberanos los hace traicion: el pérfido que los engaña es tan culpable como el que los destrona: la verdad es el primer respeto que

se les debe: hay muy poca distancia entre la mala fé del adulador y la del rebelde. No cuida del honor ni de la obligacion el que no cuida de tratar verdad, pues esta es el principal honor del hombre, y la basa de todas las obligaciones. La misma infamia con que se castiga la perfidia y la rebelion debiera estar destinada para la adulacion: la seguridad pública debe suplir á las leyes, que no han contado este vicio entre los grandes delitos, para los que han señalado determinados castigos; porque no es menor culpa el atentar contra la buena fé de los Principes, que contra sus sagradas personas, y el faltarles á la verdad, que á la fidelidad que se les debe; porque no es tan temible el enemigo que claramente intenta perdernos, como el adulador que no procura mas que agradarnos.

Pero la mas peligrosa adulacion es la de aquellos que por razon de la santidad de su carácter se hallan establecidos Ministros de la verdad. Vé, dice el Señor al espíritu de mentira, vé, y entra en la boca de los Profetas del Rey Achab, conseguirás engañarle, y será inevitable su engaño. *Decipies, & non prævalebit.* ¡Ah! si la adulacion tiene tantos alhagos, aun quando los vicios y disoluciones del adulador debilitan su autoridad, y la hacen sospechosa, ¿qué fuerza no tendrá su engaño quando se halla consagrada con las apariencias de virtud? ¿qué vileza sería para nosotros el convertir el ministerio de la misma verdad en un ministerio de adulacion y mentira, si en estos púlpitos, destinados á instruir y corregir á los Grandes, los tributáramos falsas alabanzas que acabáran de engañarlos: si el único canal por donde puede llegar á ellos la verdad, no los comunicára mas que unas falsas luces que los ayudasen á engañarse: si nos valieramos del estilo vil y adulador de las Cortes, quando venimos á anunciarlos la sublime generosa palabra del Señor: y si en vez de proceder aquí como Maestros y Doctores de los Reyes, nos portáramos como viles esclavos de la vanidad y de la fortuna? ¡y qué desgracia sería tambien para los Grandes el hallar unos indignos

Apo.

Apologistas de sus vicios, entre aquellos mismos que debieran ser sus censores; el oír hablar al rededor de su Trono á los Ministros é intérpretes de la religion en el mismo estilo que á los Cortesanos, y hallar aduladores en los que debieran hallar Ambrosios!

Vos, Señor, á quien Dios ha establecido para mandar á los hombres, no ameís en ellos mas que la verdad, pues esta es únicamente la que los hace amables: cerrad los oídos á los discursos que os lisonjean, porque el adulador aborrece vuestra persona, y no aspira mas que á vuestros favores: oíd las alabanzas que os atribuyen falsas virtudes, como públicas reprehensiones de vuestros verdaderos vicios: tened presente que el amor de los pueblos es el elogio menos sospechoso al Soberano: los buenos y los malos Principes siempre han sido igualmente alabados mientras han vivido, y aun estos últimos suelen haber recibido las alabanzas con mayor exceso: el odio público regularmente se oculta baxo la adulacion: haceos, Señor, digno de ser alabado, y entonces despreciareis las alabanzas.

## TERCERA PARTE.

**L**A adulacion cierra el corazon á la verdad, pero la ambicion se sigue inmediatamente como funesto efecto de aquella ceguedad á que conduce la adulacion, y acaba de abrir el principio: este es el último lazo que hoy pone el Demonio á Jesu-Christo: *Yo te daré los reynos del mundo, y toda su gloria.*

La adulacion, Señor, es la que siempre inspira á los Grandes la insensata y mal entendida gloria de la ambicion: ¿pero qué funestos efectos no produce este vano deseo en un corazon que se entrega á él?

Esta infeliz pasion hace desde luego desgraciado al ambicioso que se dexa poseer de ella: despues le envilece y afrenta: y por último le conduce á una falsa gloria, por unos caminos injustos que le hacen perder la verda-

Tomo. X.

D

de-

dera fama: estas son las infames señales de la ambicion, de un vicio con el que tanto honra todo el mundo á sus Heroes, y del que ellos mismos se precian tanto.

No es esto decir que yo quiera autorizar, ni en los Grandes ni en los demas hombres, una vida ociosa é inutil, ni unos pensamientos baxos y cobardes, y que con pretexto de aborrecer la ambicion se entreguen al ocio y al descuido.

Bien sé que hay una noble emulacion que guia á la fama por el camino de las obligaciones: esta nos la inspira el nacimiento, y la autoriza la religion: esta es la que dá á los Imperios ciudadanos ilustres, Ministros sabios y laboriosos, Generales valientes, Autores célebres, y Principes dignos de las alabanzas de la posteridad: la verdadera virtud no consiste en hacer profesion de la pusilanimidad y pereza: la religion no abate ni entorpece el corazon, antes al contrario, le eleva y ennoblece: ella sola forma los grandes hombres: el que solamente es grande por vanidad, siempre es muy pequeño: y así el ocio y la pereza ofenden igualmente á las reglas de la virtud, y á las obligaciones de la vida civil: y el ciudadano inutil no es menos reprobado por el Evangelio, que por la sociedad.

Però la ambicion, aquel insaciable deseo de ser superior á los demas, y de elevarse sobre sus ruinas; aquel gusano que muere el corazon, y que nunca le permite estar sosegado; aquella pasion, que es la principal máquina de los ardidés é inquietudes de las Cortes, que causa las revoluciones en los Estados, y que todos los dias está dando nuevos espectaculos al Universo; aquella pasion que á todo se atreve, y á la que nada es capaz de detener, es un vicio aun mas perjudicial á los Imperios que la misma pereza.

Desde luego hace desgraciado á aquel á quien domina: el ambicioso de nada goza, no goza de su fama, porque le parece obscura: no goza de sus dignidades, porque aspira á mas: ni de su prosperidad, porque se seca,

y perece en medio de su abundancia; ni de los respetos que se le tributan, porque los halla emponzoñados con los que él mismo tiene que tributar á otros; ni del favor, porque le parece amargo por tener que dividirlo con sus concurrentes; ni de su sosiego, porque es tanto mas desgraciado, quanto tiene que manifestarse mas tranquilo: es un Amán, que siendo el objeto de los deseos y envidia del público, un solo honor negado á su excesiva autoridad le hace insufrible á sí mismo.

De este modo hace infeliz la ambicion á aquel á quien domina: pero además de esto le envilece y afrenta: ¿qué ruindades no executa para conseguir sus fines? Siempre necesita manifestarse, no como en la realidad es, sino como quieren los demas que sea: ¡Oh indignidad de la adulacion! el adulador inciensa y adora al mismo ídolo á quien desprecia: es infamemente cobarde, porque necesita saber disimular disgustos, sufrir desprecios, y recibirlos como favores: necesita valerse de un infame disimulo, y no acordarse de sí, por estar siempre pensando en los demas: está precisado á entregarse á indignos excesos, ser cómplice, y aun acaso ministro de las pasiones de aquellos de quien depende, y participar de sus desordenes, para participar mas seguramente de sus gracias: finalmente, le es preciso ser hipócrita, aparentar virtud algunas veces, fingirse hombre honrado para conseguir, y aun hacer que la religion sirva á la misma ambicion á quien condena. No os parezca, Señor, que esta es una pintura imaginaria: estas son las costumbres de las Cortes, y la historia de la mayor parte de los que viven en ellas.

A vista de esto, ¿quién podrá decir que este es el vicio de las almas grandes, siendo en la realidad el carácter de un corazon cobarde, y la señal mas propia de una alma vil? Solamente la obligacion nos puede conducir á la verdadera fama: la que se debe á las ruindades y artificios de la ambicion, siempre lleva consigo un distintivo de infamia que nos afrenta: promete los reynos del mundo,

y toda su gloria, solamente á aquellos que se postran delante de la iniquidad, y que se afrentan indignamente á sí mismos. *Si cadens adoraveris me.* Siempre atribuyen los hombres su elevacion á sus vilezas; los puestos que ocupan están continuamente acordando las ruindades con que los han conseguido: y aun los títulos de sus honores y dignidades, solo sirven de públicas señales de su ignominia: pero el ambicioso, como consiga su fin, no repara en la vileza de los medios de que se vale para ello: su deseo es de conseguir lo que intenta, y no apetece mas gloria que los medios que pueden guiarle á este fin: mira á aquellas virtudes Romanas, que no querian deber favor alguno sino á la rectitud, como virtudes imaginarias ó de teatro; y si cree que la nobleza de pensamientos pudo formar antiguamente Heroes famosos, se persuade á que solamente con ruindades y baxezas puede formar sus Heroes la fortuna.

La injusticia de esta pasion es su último efecto, aun mucho mas odioso que sus inquietudes y su infamia. El ambicioso, Católicos, no conoce mas ley que la que le favorece: el delito que sirve para ensalzarle es para él como una virtud que le ennoblece. Es amigo infiel, porque no cuenta con la amistad, luego que ésta se opone á su fortuna: es mal ciudadano, y la verdad en tanto le parece digna de estimacion, en quanto le es útil: si el mérito ageno le hace oposicion, le mira como á un enemigo á quien nunca perdona: siempre antepone su propio interés al interés público: aparta á los sugetos dignos, y se pone en su lugar: sacrifica á su envidia la salud del Estado: y mas quiere ver desgraciarse entre sus manos los públicos negocios, que el que se salven por medio de los cuidados y talentos agenos.

Tal es la ambicion de la mayor parte de los hombres, inquieta, infame é injusta. Pero, Señor, si este veneno inficiona y se apodera del corazon del Principe; si el Soberano, olvidandose de que es el Protector de la pública tranquilidad, prefiere su propia gloria al amor, y á la salud

de sus pueblos: si gusta mas de conquistar provincias que de reynar en los corazones: si le parece cosa mas gloriosa arruinar á sus vecinos, que ser padre de su pueblo: si el luto y la desolacion de sus vasallos es el único cántico de alegría que acompaña á sus victorias: si hace que solamente sirva para sí un poder, que solamente se le ha confiado para que haga felices á aquellos á quienes gobierna; en una palabra, si solamente es Rey para desgracia de los hombres, y si como aquel Rey de Babilonia solamente quiere levantar la sacrilega estatua, ídolo de su grandeza, sobre las lágrimas y ruinas de los pueblos y naciones; gran Dios, ¿qué azote para la tierra! ¿qué mayor demonstracion podeis hacer de vuestra ira, que el enviar á los hombres tales Principes!

La fama de éstos, Señor, siempre estará teñida de sangre: puede ser que haya algun insensato que cante sus victorias; pero las provincias, las ciudades, y los campos no dexarán de llorarlas: se levantarán monumentos soberbios para inmortalizar sus conquistas, pero las cenizas, aún calientes, de tantas ciudades que fueron muy florecientes en otro tiempo, la desolacion de tantos campos despojados de su antigua hermosura, las ruinas de tantas murallas, debaxo de las quales han quedado sepultados tantos pacíficos ciudadanos, y quantas calamidades permanezcan despues de él, servirán de lúgubres monumentos que inmortalicen su vanidad y su locura: habrá pasado como un torrente que destruye la tierra, y no como un magestuoso rio, que atrae á ella la alegría y la abundancia: su nombre quedará escrito en los anales de la posteridad entre el de los conquistadores, pero no entre el de los buenos Reyes; y solamente se atraerá á la memoria la historia de su reynado, para acordarse de los males que hizo á los hombres: y así su soberbia, dice el Espiritu Santo, (1) subirá hasta el cielo, su cabeza lle-

ga-

(1) Job 20. 6. 7.

gará hasta las nubes, sus felicidades corresponderán á sus deseos, y todo este conjunto de gloria no será por último mas que un monton de cieno, del que solo quedarán la infeccion y el oprobrio.

Gran Dios, vos que sois el protector de la infancia de los Reyes, y sobre todo de los Reyes pupilos, apartad todos estos lazos del precioso Niño que nos habeis dexado por vuestra misericordia: éste puede deciros, como decia en otro tiempo un Rey, segun vuestro corazon; *mi Padre, y mi Madre me han abandonado*: apenas habia abierto los ojos para ver la luz, quando una temprana muerte cerró los de Adelayda, que me habia tenido en su seno, cuyas amables y magestuosas facciones aún están pintadas sobre mi rostro, y los del piadoso Principe de quien recibí la vida, y cuyos religiosos pensamientos siempre estarán gravados en mi corazon. *Pater meus, & Mater mea dereliquerunt me*. Pero vos, Señor, que sois el Padre de los Reyes, y el Dios de mis padres, vos me habeis tomado baxo vuestra proteccion, y me habeis defendido con la sombra de vuestras alas, y de vuestra bondad paternal: *Dominus autem assumpsit me*.

Gran Dios, guardad su inocencia como un tesoro, aún mas apreciable que su Corona: haced que crezca con su edad: tomad en vuestras manos su corazon, para que el impuro fuego de la sensualidad jamás profane un Santuario, que há tanto tiempo que os habeis reservado: *Custodi innocentiam.* (1)

Mirad aquellos principios de rectitud y de verdad, que habeis puesto en su alma: aquel espíritu de justicia y de equidad que cada día se vá manifestando, y que parece haber nacido con él; aquella aversion que manifiesta á los artificios y falsas alabanzas del lisonjero: y no permitais que la adulacion corrompa jamás estos felices principios de nuestra futura felicidad, & *vide equitatem*.  
Rey-

(1) Psalm. 36.

Reyne para felicidad nuestra, y reynará para gloria suya: reduzca toda su ambicion á hacer dichosos á sus vasallos: sea su mas amado título el de Rey bienhechor y pacífico: en tanto será grande, en quanto sea amado de su pueblo: sea el modelo de todos los buenos Reyes, y dexé despues de sí este Rey pacífico, otros Reyes que le sean semejantes: *Quoniam sunt reliquiae homini pacifico*: recibid estas súplicas, ó Dios mio, y sean para nosotras prendas de la tranquilidad de la vida presente, y esperanza de la futura. Amen.

## SERMON

### PARA EL SEGUNDO DOMINGO

de Quaresma, sobre el respeto que los  
Grandes deben á la Religion.

*Et ecce apparuerunt illis Moyses, & Elias, loquentes cum Jesu.*

Y al mismo tiempo vieron á Moysés y Elias que hablaban con Jesus. *Matth. 17. 3.*

SEÑOR.

**L**OS dos mayores hombres que jamás huyo en la tierra, vienen hoy al santo monte á tributar sus respetos á la gloria y magestad de Jesu-Christo.

Moysés, aquel Dios de Faraon, aquel Legislador de los pueblos, vencedor de los Reyes, dueño de la naturaleza, y aun mucho mayor por el título de siervo fiel de la Casa del Señor.

Elias, aquel hombre milagroso, terror de los Principes impíos, que podia hacer baxar fuego del cielo, ó subir él mismo á él en un carro de gloria y de luz, y mu-

gará hasta las nubes, sus felicidades corresponderán á sus deseos, y todo este conjunto de gloria no será por último mas que un monton de cieno, del que solo quedarán la infeccion y el oprobrio.

Gran Dios, vos que sois el protector de la infancia de los Reyes, y sobre todo de los Reyes pupilos, apartad todos estos lazos del precioso Niño que nos habeis dexado por vuestra misericordia: éste puede deciros, como decia en otro tiempo un Rey, segun vuestro corazon; *mi Padre, y mi Madre me han abandonado*: apenas habia abierto los ojos para ver la luz, quando una temprana muerte cerró los de Adelayda, que me habia tenido en su seno, cuyas amables y magestuosas facciones aún están pintadas sobre mi rostro, y los del piadoso Principe de quien recibí la vida, y cuyos religiosos pensamientos siempre estarán gravados en mi corazon. *Pater meus, & Mater mea dereliquerunt me*. Pero vos, Señor, que sois el Padre de los Reyes, y el Dios de mis padres, vos me habeis tomado baxo vuestra proteccion, y me habeis defendido con la sombra de vuestras alas, y de vuestra bondad paternal: *Dominus autem assumpsit me*.

Gran Dios, guardad su inocencia como un tesoro, aún mas apreciable que su Corona: haced que crezca con su edad: tomad en vuestras manos su corazon, para que el impuro fuego de la sensualidad jamás profane un Santuario, que há tanto tiempo que os habeis reservado: *Custodi innocentiam*. (1)

Mirad aquellos principios de rectitud y de verdad, que habeis puesto en su alma: aquel espíritu de justicia y de equidad que cada día se vá manifestando, y que parece haber nacido con él; aquella aversion que manifiesta á los artificios y falsas alabanzas del lisonjero: y no permitais que la adulacion corrompa jamás estos felices principios de nuestra futura felicidad, & *vide equitatem*.  
Rey-

(1) Psalm. 36.

Reyne para felicidad nuestra, y reynará para gloria suya: reduzca toda su ambicion á hacer dichosos á sus vasallos: sea su mas amado título el de Rey bienhechor y pacífico: en tanto será grande, en quanto sea amado de su pueblo: sea el modelo de todos los buenos Reyes, y dexé despues de sí este Rey pacífico, otros Reyes que le sean semejantes: *Quoniam sunt reliquiae homini pacifico*: recibid estas súplicas, ó Dios mio, y sean para nosotras prendas de la tranquilidad de la vida presente, y esperanza de la futura. Amen.

## SERMON

PARA EL SEGUNDO DOMINGO  
de Quaresma, sobre el respeto que los  
Grandes deben á la Religion.

*Et ecce apparuerunt illis Moyses, & Elias, loquentes cum Jesu.*

Y al mismo tiempo vieron á Moysés y Elias que hablaban con Jesus. *Matth. 17. 3.*

SEÑOR.

LOS dos mayores hombres que jamás huyo en la tierra, vienen hoy al santo monte á tributar sus respetos á la gloria y magestad de Jesu-Christo.

Moysés, aquel Dios de Faraon, aquel Legislador de los pueblos, vencedor de los Reyes, dueño de la naturaleza, y aun mucho mayor por el título de siervo fiel de la Casa del Señor.

Elias, aquel hombre milagroso, terror de los Principes impíos, que podia hacer baxar fuego del cielo, ó subir él mismo á él en un carro de gloria y de luz, y mu-

mucho mas célebre por el santo zelo que le consumia, que por todas las maravillas que adornan la historia de su vida.

Con todo eso, uno y otro solamente fueron grandes porque habian sido imagenes de Jesu-Christo: hoy pues, vienen á adorar á aquel á quien habian figurado, y á dar á este Divino original el poder y la gloria que á solo él es debida, y de la que ellos no habian sido mas que como los precursores y depositarios.

Esta es, Señor, la suerte de los Principes y Grandes de la tierra: solamente son Grandes porque son imagenes de la gloria del Señor, y depositarios de su poder, y así deben defender los intereses de la religion, cuya magestad representan; y respetar á la religion, que es la que á ellos los hace respetables.

Digo respetar la religion, porque esta los pide un respeto de fidelidad, figurado en Moyses, que los haga observar sus máximas; y un respeto de zelo, representado en Elias, que los haga protectores de su doctrina y verdad.

Deben ser fieles en la observancia de sus máximas, y zelosos en defensa de su doctrina, y de su verdad: imploremos, &c. *Ave Maria.*

### PRIMERA PARTE.

**S**ENOR: el haber nacido Grande, y vivir christianamente nada tiene de incompatible, ni en las funciones de la autoridad, ni en las obligaciones de la religion: seria hacer agravio al Evangelio, y adoptar las antiguas blasfemias de sus enemigos, el mirar nuestra religion como religion del pueblo, y como una secta propia solamente de la gente baxa.

Es verdad que los Césares y poderosos del siglo no creyeron desde luego en Jesu-Christo; pero esto no fue porque su doctrina reprobaba su Estado, sino porque reprobaba sus vicios: era tambien necesario hacer ver al

mun-

mundo que el poder de Dios no tenia necesidad del de los hombres: que el crédito y autoridad del mundo eran inútiles para una doctrina baxada del cielo, y que por sí sola era suficiente para establecerse en el Universo: que el declararse contra ella, y perseguirla todas las Potestades del siglo, solo habia de servir para afianzarla mas; y que si en el principio no hubiera tenido por enemigos á los Grandes de la tierra, se hubiera visto privada del principal motivo que despues los mudó en discípulos suyos.

Y así, la ley del Evangelio es la ley de todos los Estados: quanto mas superiores nos hace nuestro nacimiento á los demás hombres, mas motivo de ser fieles á Dios nos subministra la religion, quiero decir, mas motivos de agradecimiento y de justicia.

Sí, Católicos, el haber nacido Grandes y poderosos no lo debeis á la casualidad. Dios, desde el principio de los siglos, os habia destinado esta gloria temporal, os habia señalado con el sello de su grandeza, y separado de la multitud con el resplandor de los títulos y distinciones humanas: ¿qué méritos eran los vuestros para haber sido preferidos á los demás hombres, y con especialidad á tantos infelices, que no tienen mas sustento que el pan de lágrimas y amarguras? ¿No son éstos, del mismo modo que vosotros, obra de sus manos? ¿no fueron tambien rescatados con el mismo precio? ¿No habeis sido vosotros formados del mismo barro que ellos? ¿no estais acaso cargados de mas delitos? La sangre de que descendeis, aunque sea mas ilustre á vista de los hombres, ¿no dimana del mismo corrompido principio, que inficionó á todo el linage humano? Es verdad que habeis recibido de la naturaleza un nombre mas famoso: ¿pero por eso habeis recibido una alma de otra especie, ni que esté destinada á otro Reyno eterno, distinto del de los demás hombres de la mas infima clase? ¿En qué excedeis á éstos delante de aquel Señor, que no conoce mas títulos ni distinciones en sus criaturas, que los dones de su gracia? Con todo eso, Dios siendo tan padre suyo como vuestro, los entrega al

Tomo X.

E

tra.

trabajo, á la fatiga, á la miseria, y á la afliccion, y reserva al mismo tiempo para vosotros la alegría, el sosiego, la fama, y la opulencia: ellos nacen para padecer, para sufrir el peso del dia y del calor, para servir con sus trabajos y sudores á vuestros placeres, y á vuestras profusiones; para tirar, si es lícito decirlo así, como viles animales, del carro de vuestra grandeza, y de vuestra ociosidad: esta casi infinita distancia que Dios ha puesto entre ellos y vosotros, ha servido jamás de objeto á vuestras reflexiones, quando debiera serlo continuamente de vuestro agradecimiento? Luego que nacisteis os hallasteis en posesion de todas estas utilidades: y sin acordaros del Soberano distribuidor de todas las cosas de la tierra, os habeis persuadido á que os eran debidas, porque siempre habeis gozado de ellas. ¡Ah! pedis á los que dependen de vosotros un agradecimiento tan expresivo, tan señalado, tan rendido; una sumision tan grande en aquellos que os son deudores de algun favor, que seria en ellos grave delito olvidarse un solo instante de lo que os deben; los beneficios que los habeis hecho os dan sobre ellos un derecho, que os los sujeta para siempre; pues inferid de aquí lo que debeis al Señor, al bienhechor de vuestros padres, y de toda vuestra familia: ¿Es posible que vuestros favores os han de formar esclavos, y los beneficios de Dios no le han de formar á su Magestad mas que ingratos y rebeldes?

Y así, Católicos, quanto mas hayais recibido de Dios, mas debe el Señor esperar de vosotros; ¡pero ay! esta ley de agradecimiento, que os está anunciando todo lo que os rodea, y que, por decirlo así, debiera estar escrita en las puertas y paredes de vuestros palacios, sobre vuestras posesiones, y sobre vuestros titulos, sobre el resplandor de vuestras dignidades, y de vuestros vestidos, no se halla escrita ni aun en vuestro corazón: Dios recogerá sus propios dones, Católicos, pues en vez de darle por ellos la gloria que le es debida, los volveis contra su Magestad: no pasarán á vuestra posteridad: mu-

da-

dará toda esta gloria á otra familia mas fiel; puede suceder que vuestros descendientes expien en la miseria y en las calamidades el delito de vuestra ingratitud: las ruinas de vuestra grandeza serán como un eterno monumento, en donde escribirá el dedo de Dios con unos caracteres indelebles el injusto uso que de ella hubiereis hecho.

¿Pero qué digo? puede suceder que multiplique sus dones, que os llene de nuevos beneficios, que os eleve sobre la grandeza de vuestros antepasados, pero estos favores dimanarán de su ira; sus beneficios serán castigos; vuestra prosperidad consumará vuestra ceguera, y vuestro orgullo: este nuevo resplandor servirá de nuevo atractivo á vuestras pasiones; y al paso que se aumenta vuestra fortuna, se aumentarán tambien vuestras disoluciones, vuestra irreligion, y vuestra impenitencia.

Y así, Católicos, es error el mirar el nacimiento y la elevacion como un privilegio que os exceptúa, y minorá en vosotros vuestras obligaciones para con Dios, y las severas reglas del Evangelio: por el contrario, el Señor ha de pedir mas á aquellos á quienes hubiere dado mas: sus beneficios serán la medida de vuestras obligaciones: y así como os ha distinguido de los demás hombres con mas abundantes liberalidades, os pide tambien que os distingais de ellos por una mayor fidelidad: pero además de obligaros á esto el agradecimiento, quanto mayores incentivos hallan las pasiones en vuestro Estado, necesitáis de mayor vigilancia para defenderos: en los Grandes se deben hallar grandes virtudes: la prosperidad es como una continua persecucion contra la fé; y si no teneis toda la fortaleza y valor de los Santos, presto tendreis mas vicios y flaquezas que los demás hombres. <sup>(R)</sup>

¶ Pero por otra parte ¿qué fundamento teneis para pensar que Dios debe mitigar sus leyes á favor vuestro, y pedirnos menos que al comun de los fieles? ¿teneis vosotros menos placeres que expiar? ¿os dá acaso vuestra inocencia derecho á su misericordia? ¿os habeis abstenido mas que los demás hombres de los deseos de la carne, para

E 2

creer

creer que estáis dispensados de las mortificaciones que la refrenan y castigan? Habiendo vuestra grandeza multiplicado vuestras culpas, podrá ser este motivo de que minoreis vuestra penitencia? Mas os distinguís del pueblo por vuestros excesos que por vuestra clase, ¿pues cómo quereis, fundados en ésta, hallar en la religion excepciones que os sean favorables?

¿Qué idea es la que tenemos formada de la divinidad, Católicos? ¿qué Dios de carne y sangre es el que nos figuramos? Os parece que en aquel terrible día, en el que solo Dios será grande, en el que el Rey y el esclavo se hallarán confundidos, en el que solamente se ha de atender á las obras, Dios solamente ha de juzgar favorablemente á aquellos hombres á quienes nosotros llamamos Grandes, á aquellos hombres á quienes ha llenado de beneficios, que han sido los dichosos en la tierra, que se formaron en ella una injusta felicidad, y que olvidando casi del todo al autor de su prosperidad, no vivieron mas que para sí solos, y que entonces ha de usar de todo su rigor contra el pobre á quien siempre estuvo afligiendo, y reservar toda la severidad de sus juicios para unos desgraciados, cuyos días todos fueron de luto, y sus noches todas estuvieron llenas de trabajos en la tierra, y que no obstante esto le bendecían en su aflicción, y le invocaban en sus trabajos y amarguras? Vos, Señor, sois justo, y vuestros juicios siempre estarán llenos de equidad.

Pero, Señor, aun quando estos motivos de justicia y agradecimiento no bastaran para hacer cumplir á los Grandes con la fidelidad que por tantos títulos deben á Dios, ¿qué motivos no hallan tambien para esto en sí mismos?

La sabiduría y el temor de Dios; no son los únicos motivos que pueden hacer á los Principes y Grandes amados de los pueblos. Por estos medios, decia en otro tiempo un Rey joven, seré ilustre entre las Naciones; los ancianos respetarán mi juventud; los Principes que están al rededor de mi Trono, baxarán respetuosamen-

mente sus ojos en mi presencia; los Reyes vecinos, por mas poderosos que sean, me temerán, y seré amado en la paz, y temido en la guerra? *Per hanc timebunt me Reges horrenai; in multitudine videbor bonus, & in bello fortis.* (1) Por estos medios, mi reynado será agradable á vuestro pueblo: ¡oh Dios mio! gobernaré con justicia, y seré digno del Trono de mis Padres. *Per hanc disponam populum tuum justè, & ero dignus sedium Patris mei.*

No, Señor, ni el valor de vuestros Exércitos, ni lo dilatado de vuestro Imperio, ni la magnificencia de vuestra Corte, nada de esto os hará amado de vuestros pueblos: solamente la justicia, la afabilidad, y el temor de Dios son las que forman los buenos Reyes: vos, Señor, no podeis ser un Rey amado de vuestros pueblos, sino por vuestras virtudes: las pasiones que nos apartan de Dios, siempre nos hacen injustos y odiosos para con los hombres: los pueblos padecen siempre con los vicios de los Soberanos: el exceso en la autoridad, la debilita y afrenta: los Principes dominados de sus pasiones siempre son unos Soberanos molestos é inconstantes; quando el Soberano no es arreglado, no hay regla alguna en el gobierno: entonces no preside en sus consejos la prudencia y el interés público, sino el interés de las pasiones: el capricho y el gusto forma las decisiones que debiera dictar el amor á la rectitud; y los deleites son la principal máquina en que estriva toda la prudencia del Imperio: Señor, la prudencia y virtud del Soberano bastan por sí solas para hacer felices á los vasallos; y el Rey que teme á Dios, siempre es amado de sus pueblos.

Pero, Señor, el temor de Dios no solamente hace amable en los Principes y Grandes su autoridad, sino que tambien la hace gloriosa: todos los bienes, y todas las felicidades, decia aquel sabio Rey, me vinieron con este temor; y por su medio he estado siempre

acom-

(1) Sap. 8. 23.

acompañado de honor y de gloria. *Et innumerabilis habestis per manus illius*; Dios no toma baxo su protección sino á los qui viven baxo sus ordenes.

Bien sé que algunas veces es prosperado el impío, que se eleva como los Cedros del Líbano, y que parece insulta al cielo con una gloria vana, que juzga deberla solamente á sí mismo; pero esperad, y vereis que su misma elevacion le forma el precipicio: la mano del Señor le arrancará muy presto de la tierra: el fin del impío casi siempre es afrentoso: tarde ó temprano ha de venir á arruinarse este edificio de vanidad é injusticia; aun acá en la tierra sucederán la infamia y la desgracia al esplendor de los felices sucesos; acaso le veremos pasar una vejez triste y llena de desprecios: acabará con ignominia; Dios se vengará, y la gloria del hombre injusto no baxará con él hasta el sepulcro.

Recorred los siglos que nos han precedido, como decia en otro tiempo á sus hijos un Principe de los Judios: *Cogitate generationes singulas*, y vereis como el Señor siempre ha soplado sobre estas soberbias familias, y ha secado hasta su raiz; que la prosperidad de los impíos nunca ha pasado á sus descendientes; que los mismos Tronos y sucesiones reales se han arruinado baxo el Imperio de unos Principes ociosos y afeminados; y que la historia de los delitos y excesos de los Grandes es al mismo tiempo la historia de sus desgracias y de su decadencia.

Pero finalmente, Señor, en lo que los Principes y Grandes son mas inexcusables quando abandonan á Dios, es en que regularmente nacen con inclinaciones mas nobles y mas felices para la virtud, que los demás hombres.

Todavía era yo niño, decia el Rey Salomón, y ya se hallaba en mí el talento de una edad abanzada; conocia que debia á mi nacimiento una alma buena, y unos pensamientos mas nobles que los de los demás hombres: *Puer autem eram ingeniosus, & sortitus sum animam bonam.*

La

La sangre, la educacion, la historia de sus mayores pone en los corazones de los Grandes y de los Principes una semilla, y como una tradicion natural de virtud: la gente del pueblo, entregada desde su nacimiento á un natural bruto é inculto, no halla en sí mas proporcion para las obligaciones sublimes de la fé, que el peso y la bajeza de una naturaleza entregada á sí misma: aquellos respetos inseparables de un nacimiento distinguido, y que son como la primera escuela de la virtud, no pueden servir de freno á sus pasiones; y la educacion sirve de fomento al vicio desde su principio: los objetos viles que la rodean la abaten el corazon y los pensamientos: á nada aspira mas que á lo que en sí vé; como nació entre el cieno de los objetos sensuales, con dificultad forma ideas mas nobles: en las máximas del Evangelio hay una nobleza y una elevacion á que no pueden llegar los corazones viles y terrenos: la religion que forma las almas grandes, solamente parece que fue hecha para ellas; y para ser christiano es necesario, ó haber nacido noble, ó procurar serlo.

No ignoro que la gracia suple á la naturaleza: que la carne ni la sangre no dán derecho alguno al reyno de Dios; que los primeros Heroes de la fé salieron de entre el pueblo; que los vasos de barro en manos del Soberano Artifice se convierten muy presto en vasos de gloria y de magnificencia; y que qualquiera christiano nace Grande, porque desde luego nace para el cielo.

Pero un nacimiento distinguido es disposicion, por decirlo así, para los pensamientos nobles y heroicos que pide la fé: la sangre quanto mas pura se eleva mas facilmente: á los que han nacido para conseguir victorias, les debe costar menos trabajo el vencer las pasiones: el engaño y la mentira tienen mas difícil entrada en un corazon que no se ofende con la verdad, porque nada tiene que temer ni que esperar de los hombres; la esperanza de mejor fortuna no puede corromper la provididad de aquellos que no vén otra fortuna superior á la suya, y

qu

que tienen en sus manos la fortuna y la suerte del público: el respeto humano no acobarda ni detiene la virtud de los Grandes, porque todo el mundo se precia de imitarlos, y sus costumbres son siempre como una ley de la multitud: la vileza del desorden y de la disolucion halla siempre menos entrada en una alma á quien su nacimiento destina á cosas grandes: la regla y las obligaciones son como familiares á aquellos que están establecidos para mantener el orden y la regla en los pueblos: aunque estén cercados de mas lazos, hallan en sí mas frenos y mas remedios: la naturaleza por sí sola ha rodeado su alma de una guarda de honor y de gloria; finalmente, las primeras inclinaciones de los Grandes siempre son á la virtud, y si las convierten al vicio degeneran de su grandeza; y así deben á la religion un respeto de fidelidad que los haga observar sus máximas; pero al mismo tiempo la deben tambien un respeto de zelo que los haga defensores de su doctrina y de su verdad.

## SEGUNDA PARTE.

**L**A religion es el fin de todos los designios de Dios en la tierra: quanto ha hecho en el mundo todo lo ha hecho por el respeto á la religion; y todo debe servir al aumento de este Reyno de Jesu-Christo. Las virtudes y los vicios, los Grandes y el pueblo, los buenos y los malos sucesos, la abundancia ó las públicas calamidades, la elevacion ó decadencia de los Imperios, todo finalmente, segun los consejos eternos, debe cooperar á la formacion y aumento de esta santa Jerusalén: los Tyranos la purificaron con sus persecuciones; los fieles la perpetúan con la caridad, los incrédulos y libertinos la prueban y aseguran con los escandalos, los justos son testigos de su fé, los Pastores depositarios de su doctrina, y los Principes y poderosos protectores de la verdad.

Estos no deben contentarse con obedecer á sus leyes, porque esta es una obligacion comun á todos los fieles; la

ma-

magestad de su culto, la santidad de sus máximas, y el depósito de su verdad deben hallar una segura proteccion de su autoridad y de su zelo.

Digo, Señor, la magestad de su culto; porque no hay cosa de mas honor para la religion, que ver á los Grandes y Principes mezclados á los pies de los Altares con los demás fieles, cumpliendo con las comunes y exteriores obligaciones de la fé: á ellos corresponde contener con sus súplicas y respetuosas demostraciones en el Templo santo, las irreverencias y profanaciones públicas, y manifestar en ellos á la multitud lo indecente que es á unos vasallos el presentarse sin vergüenza ni respeto á los pies del Santuario, en cuya presencia se postran y humillan los Reyes y Principes: son deudores de este exemplo á los pueblos, y de este respeto á la Magestad del culto santo: ¡Ah! ¿es posible que han de mirar como propio de su clase el autorizar con su presencia las diversiones públicas, y han de tener á menos el concurrir á los cánticos de alegría y solemnidades santas de la religion? miran como interés del Estado el autorizar con su exemplo las diversiones del teatro, y los vanos espectáculos del siglo, ¿y no ha de participar la Iglesia de la utilidad de su exemplo en los sagrados y religiosos espectáculos de la fé?

Los públicos placeres no tienen necesidad de proteccion. ¡Ah! la corrupcion de los hombres los dá bastante seguridad de la perpetuidad de su crédito y duracion; y aun quando se miren como necesarios para la conservacion de los Estados, bien puede descuidar en este punto la autoridad del Magistrado, porque entre todas las públicas necesidades ésta es la que corre menos riesgo.

Pero las obligaciones de la religion, que no hallan en nuestros corazones cosa alguna que las favorezca, es necesario que sean mantenidas con grandes exemplos: el culto divino pierde toda su estimacion luego que los Principes y Grandes le desprecian: Dios no parece yá tan grande, si es licito explicarse así, luego que sus adora-

Tomo X.

F

do-

dores se hallan reducidos á solo el pueblo: su palabra no es oída, y cada día vá perdiendo de su autoridad, luego que solamente está destinada á servir de pan á los pobres y pequñuelos; las públicas obligaciones de la piedad se abandonan, y todo desfallece si la religion del Principe y de los Grandes no las sostiene y aviva: en este punto son uno mismo el interés del culto Divino, y el del Estado; y al Soberano le conviene mantener las augustas exterioridades de la religion, y la unidad de su doctrina, porque estas sirven de defensa al Trono, y acostumar á sus vasallos á que tributen á Dios y á la Iglesia el respeto y sumision que se les debe, porque si no tambien vendrán á negarseles á ellos mismos: las inquietudes de la Iglesia nunca distan mucho de las del Estado: quando se llega á sacudir el yugo de la fé, no se tiene mucho respeto al de los Principes: por mas que quiera lavarse de esta manchada heregia, la verdad es que en todas partes ha encendido el fuego de la sedicion: como debió su nacimiento á la rebelion, al mismo tiempo que trastornó los fundamentos de la fé, trastornó tambien los tronos y los Imperios; y al mismo tiempo que adquiria sectarios, formaba tambien rebeldes: por mas que queria escusarse, diciendo que las persecuciones de los Principes la pusieron las armas en las manos para una justa defensa, la Iglesia responderá que nunca opuso á las persecuciones mas que la constancia y la paciencia: su fé fue la única espada con que venció á los Tyranos: no ha multiplicado sus discipulos derramando la sangre de los enemigos; la sangre de sus Martyres ha sido la única semilla que la ha producido fieles: sus primeros Doctores no fueron enviados al mundo como leones para introducir en todas partes la desolacion y la guerra; sino como corderos, para ser degollados: ellos mismos dieron pruebas de la verdad de su mision, no peleando, sino muriendo por la fé: habian de ser llevados á presencia de los Reyes, para ser allí juzgados como reos, y no para dexarse ver con las armas en las manos para obli-

gar-

garles á que los favoreciesen: respetaban el cetro, aun quando estaba en unas manos idolatras; y estaban persuadidos á que hubieran afrentado, y aun destruído la obra de Dios, si para establecerla hubieran recurrido á arbitrios humanos.

Y asi los Principes, protegiendo la autoridad de la religion, confirman la suya: á ellos debe el Divino culto su primera magnificencia: en el imperio de los mas famosos Reyes de la extirpe de David recobró su gloria y magestad el Templo del Señor: los Césares, luego que abrazaron el Evangelio, sacaron á la Iglesia de la obscuridad á que la habian reducido las persecuciones. Un Carlo Magno, un S. Luis, ilustraron el resplandor de sus reynados, ensalzando el culto divino; y los públicos testimonios de su piedad, que han respetado los tiempos, y que todavia respetamos nosotros, hacen mas honor á su memoria, que las estatuas é inscripciones, que aunque immortalizan las conquistas y victorias, regularmente immortalizan tambien la vanidad de los Principes, y las desgracias de sus vasallos.

Pero los mismos motivos que obligan á los Grandes á mantener la magestad y decencia exterior del culto, los obligan al mismo tiempo á ser protectores de la santidad de sus máximas: es necesario que enseñen al pueblo á respetar la virtud, respetando ellos mismos á los que la practican; y asi deben una pública proteccion á la virtud.

Los justos, Señor, son el único manantial de la felicidad y prosperidad de los Imperios: por ellos concede Dios á los pueblos la abundancia y la tranquilidad. Si se hubieran hallado diez justos en Sodoma, no hubiera baxado sobre aquella infame ciudad el fuego del cielo: pereceria el Estado, se arruinaria el Trono, nuestras ciudades quedarían sepultadas y reducidas á cenizas, y tendriamos la misma desgraciada suerte que Sodoma y Gomorra, si no viera Dios aún entre nosotros algunos siervos fieles, si no conservára aún entre nosotros algunas semillas de virtud, y si la inocencia del Augusto y precio-

F 2

SO

so Niño, única semilla que nos ha quedado de la sangre de nuestros Reyes, no detuviera los rayos que debiera ya haber atraído sobre nosotros la pública disolución de nuestras costumbres: *Nisi Dominus reliquisset nobis semen, sicut Sodoma facti essemus, & sicut Gomorra similes fuisset.* (1) Los Principes, Señor, tienen interés en proteger la virtud, pues los Imperios, las Monarquías, y el mundo entero solo durarán en quanto haya virtud en la tierra.

Pero, Señor, los Principes no solamente deben honrar á los justos con un simple respeto, sino tambien con su confianza, porque no hallarán entre los hombres otros amigos fieles, sino aquellos que sean fieles á Dios: deben honrarlos con los empleos públicos, porque la autoridad solamente está segura y bien colocada entre las manos de aquellos que la temen: con su favor; porque los grandes talentos suelen ser los mas peligrosos, si no sabe hacerlos útiles el temor de Dios; con la mayor inmediacion á su persona, porque nada hay que temer de la familiaridad de aquellos que respetarán aun nuestros desprecios y malos tratamientos: finalmente, con las gracias; porque no pueden ser ingratos á nuestros beneficios aquellos que solamente nos aman por obligacion y por conciencia.

¡Qué felicidad, Señor, para el siglo, para el Imperio, y para los pueblos, quando Dios por su misericordia los concede Principes que amparan y protegen la virtud! por su medio crecen y se aumentan los talentos útiles á la Iglesia: se forman y son protegidos los Obreros fieles, destinados á sembrar la ciencia de la virtud, á arrancar los escandalos del Reyno de Jesu-Christo, y á avivar las obras dignas del espíritu que los anima: por su medio se levantan entre nosotros casas santas, establecimientos piadosos, en donde se preserva la inocencia, y en donde librandose del naufragio, halla un puerto seguro: finalmente, por su medio nuestros sucesores hallarán tam-

(1) Rom. 9. 29.

tambien estos públicos asilos de salvacion, felices monumentos que perpetúan la piedad en los Imperios, que aseguran á los Principes el agradecimiento de las edades futuras, que hacen que la posteridad se interese en su gloria, y que los constituyen heroes de todos los siglos.

La gloria de los monumentos que han levantado la vanidad ó la adulacion, será sepultada por el tiempo en el olvido, ó borrada por las censuras y juicios mas equitativos de la posteridad: las futuras edades disputarán á la mayor parte de los Soberanos los títulos y honores que los habia concedido su siglo; pero la gloria de los públicos socorros, concedidos á la virtud, y que durará aun despues de sus dias, nunca les será disputada: muy grande fue el Rey á quien todavia lloramos, pero entre todos los monumentos levantados con tanta justicia para inmortalizar la memoria de su reynado, los dos piadosos y augustos edificios, en donde por una parte el valor, y por otra la nobleza del sexó fragil, hallarán hasta el fin públicos y seguros socorros para sus necesidades, son los títulos que le aseguran los mayores elogios, y el mayor agradecimiento de la posteridad.

Este es el zelo de proteccion, que los Principes y Grandes deben á la santidad de las máximas de la religion; pero no son menos deudores de él al sagrado depósito de su doctrina y de su verdad; y nuestro siglo con especialidad, en el que hace tantos progresos la irreligion, debe despertar mas su cuidado y su zelo.

Confieso que en todos los siglos ha habido impíos: que en todas las edades, y en todas las naciones se han visto espíritus infames y soberbios, que no solamente en su corazon, y en secreto, sino tambien en público, se han atrevido á pronunciar la blasfemia de que no hay Dios; y que aun desde el mismo tiempo de Salomón, quando aún estaba tan reciente la memoria de las maravillas del Señor en Egypto, y en el desierto, ya proponian contra el culto que se daba al Altísimo aquellas impías dudas, que despues se han convertido en idioma corriente de la incredulidad

Pero aunque hubo impíos en otros tiempos, el mismo mundo los miraba con horror; y estos enemigos de Dios, solamente se han dexado ver en la tierra para ser el desprecio y la ignominia de todos los hombres.

Pero hoy, ¡Ah! la impiedad casi se ha convertido en una señal de distincion y de gloria: hoy es un título que dá honor, y aun hay algunos que se le atribuyen por una abominable ostentacion, al mismo tiempo que su conciencia se le está negando, no atreviéndose á sacudir el yugo: hoy es una especie de mérito, que dá facil entrada para con los grandes, que ensalza, por decirlo así, la baxeza del nombre y del nacimiento, que dá á los hombres mas indignos un privilegio de familiaridad para con los principales del pueblo, del que se avergüenzan nuestras costumbres, no obstante estar tan corrompidas; y la impiedad, que debiera obscurecer aun el mismo resplandor del nacimiento y de la fama, adorna y ennoblece al mas obscuro y baxo nacimiento: los Grandes han dado estimacion á la impiedad, pues á ellos les corresponde degradarla y confundirla.

¡Qué vergüenza para la religion, Católicos! los mayores hombres del Paganismo hablaban con respeto de las supersticiones de la idolatría, cuya puerilidad y extravagancia estaban conociendo: pensaban como los sábios, y no obstante hablaban como el pueblo: no se hubieran atrevido jamás, con toda su reputacion y su ciencia, á insultar en público á un culto insensato, porque se le hacia respetable su antigüedad, y las leyes del Imperio; y el mismo Sócrates, honor de la Grecia, el primer Filosofo del mundo, tan estimado de todos los siglos, y que tan amado fue en el suyo, perdió la vida por pública sentencia que contra él dió la ciudad de Athenas, por haber hablado con menos respeto de aquellos ridículos dioses, á quienes sus ciudadanos no debian tanto honor ni respeto como á él.

¡Y entre nosotros ha de ser insultado el Dios del cielo y de la tierra, sin que por esto se despierte el públi-

co zelo! ¡baxo el imperio de la fé, unos hombres viles é ignorantes han de hacer pública burla de una doctrina baxada del cielo, aplaudiendo la impiedad; y en un reyno en donde el título de Christianísimo es el mayor timbre de nuestros Reyes, la incredulidad, por falta de castigo, ha de ser un título de honor para los vasallos! ¡Es posible que los vanos ídolos han de haber tenido á su favor el ministerio público que los vengase contra los prudentes y sábios, y solamente el Dios verdadero no ha de tener quien le vengue de los libertinos é insensatos!

Vengad el honor de la religion, vosotros Católicos, cuyos ilustres antepasados fueron sus primeros depositarios, y de la que consiguientemente sois vosotros los primeros defensores: apartad de vosotros al impío, y nunca tengais por amigos á los enemigos de Dios: ¡qué cosa puede haber mas digna de un Grande, que no permitir que en su presencia se afrente ni insulte la fé de sus padres! el faltar en vuestra presencia al respeto que se debe á la religion que profesais, es faltar al que á vosotros se os debe: este es un estilo indecente, que ofende el respeto y la atencion que mereceis: os desprecian, quando en vuestra presencia desprecian al Dios á quien adorais: manifestad, pues, una indignacion que cierre la boca al incrédulo quando habla conversaciones impías: la vanidad solamente es la que forma impíos, y así serian éstos muy raros si se viesen despreciados.

Tened vosotros mismos un noble y religioso respeto á las verdades de la religion: la verdadera elevacion del entendimiento consiste en poder conocer la magestad y grandeza de la fé: los grandes talentos por sí mismos nos guian á la sumision; la incredulidad es vicio de talentos cortos y limitados: el que todo lo quiere saber, todo lo ignora: las contradicciones y los abismos de la impiedad son aún mas incomprendibles que los misterios de la fé; y mas trabajo la cuesta á la razon sacudir el yugo, que obedecer y sujetarse á él.

Quiera el Señor que vuestro respeto y vuestro zelo  
por

por la religion de vuestros padres cultive y fomite el del joven Principe, á cuya persona estais unidos por razon de vuestras dignidades y de vuestro nacimiento, y cuya educacion está confiada, por decirlo así, á todos aquellos que tienen el honor de acercarse á él: halle en vosotros los primeros testigos de la fé que colocaron en el Trono sus mayores: el zelo por la defensa de la Iglesia, que en él circula por sus venas con la sangre, se avive y se encienda con vuestro exemplo; manifestadle que los primeros enemigos contra quienes tiene que pelear son los errores y novedades profanas, y haced que sea mas zeloso de los antiguos límites de la fé, que de los de la Monarquía.

¡Oh Dios mío! haced que la tranquilidad de su reynado sea la de toda la Iglesia, que se sosieguen las turbaciones que la inquietan, aun antes que él pueda conocerlas; que restablecida entre nosotros la paz y la concordia, prevenga la severidad de sus leyes, y nada dexé que hacer á su zelo; y que su reynado sea el reynado de la paz y de la verdad; que el Leon y el Cordero vivan juntos y en paz baxo su imperio; y que este milagroso Niño, como dice Isaias, los guie, y los vea juntos en unos mismos pastos. *Et puer parvulus minabit eos*: que no se regocige el campo de los Filistéos con nuestras disensiones, y que si oyen gritos al rededor del Arca, no sean aquellos que anuncian sus peligros y nuevas desgracias, sino sus triunfos y su gloria. Amen.

## SERMON

PARA EL TERCERO DOMINGO  
de Quaresma, sobre la desgracia de  
los Grandes que abandonan  
á Dios.

*Cum immundus spiritus exierit ab homine, ambulat per loca inaquosa, querens requiem, & non invenit. Luc. 11. 24.*

Quando el espiritu immundo sale de un hombre, anda por los lugares desiertos buscando descanso, y no le halla.

SEÑOR:

**A**quel espiritu inquieto é immundo, que sale y vuelve á entrar en el mismo hombre de donde habia salido, que continuamente está mudando de lugar, y variando de habitacion sin que ninguna le agrade; que anhela por descubrir caminos agradables y deliciosos, y siempre anda por sendas tristes y áridas; que busca descanso y no le halla; es una imagen del genio y carácter de aquellos Grandes de la tierra, que siempre andan inquietos y agitados, y que son mas infelices que el simple pueblo; luego que abandonando á Dios se entregan á sus pasiones, y á sí mismos.

Esta es la idea natural de aquel estado de elevacion y prosperidad tan embidiado del mundo, y tan poco digno de ser embidiado segun Dios. La felicidad, Señor, no está vinculada á los títulos ni á las dignidades, sino solamente á la inocencia de la vida: lo que nos eleva sobre los demás hombres no es lo que nos hace felices, sino lo que nos reconcilia con Dios: Vuestra Magestad, Señor, tiene sobre su cabeza la mas hermosa Corona del Uni-

por la religion de vuestros padres cultive y fomite el del joven Principe, á cuya persona estais unidos por razon de vuestras dignidades y de vuestro nacimiento, y cuya educacion está confiada, por decirlo así, á todos aquellos que tienen el honor de acercarse á él: halle en vosotros los primeros testigos de la fé que colocaron en el Trono sus mayores: el zelo por la defensa de la Iglesia, que en él circula por sus venas con la sangre, se avive y se encienda con vuestro exemplo; manifestadle que los primeros enemigos contra quienes tiene que pelear son los errores y novedades profanas, y haced que sea mas zeloso de los antiguos límites de la fé, que de los de la Monarquía.

¡Oh Dios mío! haced que la tranquilidad de su reynado sea la de toda la Iglesia, que se sosieguen las turbaciones que la inquietan, aun antes que él pueda conocerlas; que restablecida entre nosotros la paz y la concordia, prevenga la severidad de sus leyes, y nada dexé que hacer á su zelo; y que su reynado sea el reynado de la paz y de la verdad; que el Leon y el Cordero vivan juntos y en paz baxo su imperio; y que este milagroso Niño, como dice Isaias, los guie, y los vea juntos en unos mismos pastos. *Et puer parvulus minabit eos*: que no se regocige el campo de los Filistéos con nuestras disensiones, y que si oyen gritos al rededor del Arca, no sean aquellos que anuncian sus peligros y nuevas desgracias, sino sus triunfos y su gloria. Amen.

## SERMON

PARA EL TERCERO DOMINGO  
de Quaresma, sobre la desgracia de  
los Grandes que abandonan  
á Dios.

*Cum immundus spiritus exierit ab homine, ambulat per loca inaquosa, querens requiem, & non invenit. Luc. 11. 24.*

Quando el espiritu immundo sale de un hombre, anda por los lugares desiertos buscando descanso, y no le halla.

SEÑOR:

**A**quel espiritu inquieto é immundo, que sale y vuelve á entrar en el mismo hombre de donde habia salido, que continuamente está mudando de lugar, y variando de habitacion sin que ninguna le agrade; que anhela por descubrir caminos agradables y deliciosos, y siempre anda por sendas tristes y áridas; que busca descanso y no le halla; es una imagen del genio y carácter de aquellos Grandes de la tierra, que siempre andan inquietos y agitados, y que son mas infelices que el simple pueblo; luego que abandonando á Dios se entregan á sus pasiones, y á sí mismos.

Esta es la idea natural de aquel estado de elevacion y prosperidad tan embiado del mundo, y tan poco digno de ser embiado segun Dios. La felicidad, Señor, no está vinculada á los títulos ni á las dignidades, sino solamente á la inocencia de la vida: lo que nos eleva sobre los demás hombres no es lo que nos hace felices, sino lo que nos reconcilia con Dios: Vuestra Magestad, Señor, tiene sobre su cabeza la mas hermosa Corona del Uni-

verso, pero si la piedad no os ayuda á mantenerla, os servirá de un peso que os oprima: en una palabra, no hay felicidad en donde no hay sosiego; y no puede haber sosiego en donde no está Dios.

Y así la elevacion sola no puede hacer felices á los Grandes, sino está acompañada de la virtud y del temor del Señor: al contrario, los mas Grandes son mas infelices, sino viven según Dios: esta importante verdad será el asunto de este discurso: imploramos, &c. Ave Maria.

SEÑOR:

**S**I el hombre hubiera sido hecho solamente para la tierra, quanto mayor puesto ocupára en ella mas feliz sería; pero el hombre fue criado para el cielo: tiene escritos en su corazon los augustos é indelebles títulos de su origen, y aunque puede envilecerlos, no puede borrarlos: aunque fuera dueño de todo el Universo, siempre experimentaría que si limitaba sus deseos á estos bienes, degradaba la nobleza de su ser, sin quedar jamás satisfecho: todos los objetos que le aficionan á la tierra, le arrancan, por decirlo así, del seno de Dios, que es su origen y su eterno descanso, y dexan en su alma una herida de ramordimientos é inquietudes que él mismo no puede cerrar: siempre está padeciendo el secreto dolor de la rotura y de la separacion; y todo lo que altera su union con Dios, le hace irreconciliable consigo mismo.

Con todo eso, nosotros nos prometemos acá en la tierra una injusta felicidad: todos andamos corriendo por esta tierra árida, como el espíritu de nuestro Evangelio, en seguimiento de una felicidad y un descanso que nunca podemos hallar: apenas nos desengañamos con la posesion de un objeto de la felicidad que juzgábamos habíamos de hallar en él, quando otro nuevo deseo nos precipita en la misma ilusion; y pasando continuamente de la esperanza de la felicidad al disgusto, y del disgusto á la esperanza, lo mismo que sirve para hacernos conocer

nuestro engaño, es un atractivo que le perpetúa. Parece, Señor, que este error solamente es de temer en el pueblo: como la baxeza de su fortuna dexa siempre un espacio inmenso sobre él, no sería tanto de admirar que se figurase una felicidad imaginaria en la Grandeza á que no puede llegar, y que creyese que la felicidad que busca se halla en lo que no puede conseguir; porque el hombre es tal, que busca su dicha en aquello mismo que no puede alcanzar.

Pero el resplandor de la clase, de los títulos, y del nacimiento disipa muy presto esta vana ilusion; aunque nos levante la fortuna sobre sus alas, y nos haga superiores á todos los demás hombres, la felicidad siempre está mas alta que nosotros mismos; quanto mas nos elevamos, mas parece que dista de nosotros: los cuidados, y los importunos pesares se sientan con el mismo Soberano al lado de su Trono; la Diadema que adorna la augusta frente de los Reyes, regularmente está guarnecida de espinas y agudas puntas que la despedazan: y los Grandes, lexos de ser los mas felices, son tristes testigos de que en la tierra no puede haber felicidad sin la virtud.

Tambien es una verdad indefectible, que quando la elevacion no nos hace mas fieles á Dios que los demás hombres, nos hace mas desgraciados que todos: las pasiones son en este estado mas violentas; las molestias mas penosas, los antojos mas inevitables; esto es, todo lo que no es Dios es mas sensible y funesto.

#### PRIMERA REFLEXION.

**L**AS pasiones son mas violentas: las pasiones, Señor, son la causa de todas nuestras desgracias, y todo lo que las lisonjea, ó irrita ó aumenta nuestras penas: un Grande entregado á la sensualidad es mas desgraciado y mas digno de lastima que el hombre mas vil y despreciable del pueblo: todo le ayuda á satisfacer su injusta

pasion, y al mismo tiempo solo sirve de encenderla mas: sus deseos se aumentan al paso que sus delitos: quanto mas se entrega á sus inclinaciones, mas esclavo es de ellas: su prosperidad está continuamente avivando el infame fuego que le consume, y le hace renacer de sus propias cenizas: los sentidos, al mismo tiempo que le dominan, se hacen sus tiranos: se alimenta de placeres, y su misma saciedad es su mayor suplicio: los placeres, dice el Espiritu Santo, producen por sí mismos el gusano que los roe y consume. *Et dulcedo illius vermis.* Sus inquietudes nacen de su abundancia; sus deseos, que siempre están satisfechos, no dexandole que apetecer, le abandonan tristemente á sí mismo: el exceso de sus pasiones cada dia aumenta su vacío, y quanto mas los gusta, mas tristes y amargos le parecen.

Su misma clase, los respetos de su estado, y sus obligaciones, todo emponzoña su pecaminosa passion: su clase: porque quanto mas elevado se halla, mas dificultad tiene en ocultarla á la vista del público: los respetos de su estado: porque quanto mayor es su envidia, mas crueles son sus sustos de que alguna indiscrecion desbarate sus precauciones y sus medidas: sus obligaciones: porque siempre tiene precision de anteponerlas á sus placeres.

El Trono, Señor, en que estais sentado tiene al rededor de sí mas baluartes que le defiendan contra la sensualidad, que atractivos que le induzcan á ella: es verdad que todo sirve de lazo á la juventud de los Reyes, pero tambien lo es que todo les ayuda á librarse de estos lazos: entregaos todo á vuestros pueblos, pues sois todo de ellos, y no hallará el veneno de la sensualidad un instante para poder inficionar vuestro corazon: ésta solamente habita en la ociosidad, y gusta de la pereza: sean vuestros mas amados placeres los cuidados del Reyno: el Rey que solamente vive para sí mismo, no puede decir que reyna: los Reyes son conductores de los pueblos, este titulo, y este derecho les corresponde por su nacimiento; pero solo se hacen dignos de él por el cuidado

y

y la aplicacion: los Reynados ociosos forman un obscuro vacío en los anales: éstos no se dignan ni aun de contar los años de la vida de los Reyes perezosos: parece que no habiendo gobernado por sí mismos no han vivido: su vida es un cahos, que aun hoy cuesta trabajo el registrarle: en vez de servir de adorno á nuestras historias, no hace mas que obscurecerlas: mas conocidos son por los grandes hombres que han vivido en sus Reynados, que por ellos mismos.

No hablo aqui de las demás pasiones, que siendo mas violentas en la elevacion hacen en los corazones de los Grandes heridas mas dolorosas y profundas: en este estado es mas desmesurada la ambicion: Ah; el ciudadano desconocido vive contento con su corta suerte: heredero de la fortuna de sus padres, se contiene dentro de los límites de su nacimiento y de su estado: mira sin embidia lo que no puede desear sin extravagancia: todos sus deseos se reducen á lo que posee, y si alguna vez forma proyectos de elevacion, estos mas son unas agradables quimeras que sirven de pasatiempo á su ociosidad, que inquietudes que le molesten.

Pero al Grande nada le basta, porque á todo puede aspirar: sus deseos se aumentan con su fortuna: todo lo que es superior á él, le sirve de motivo de que se mire á sí mismo como pequeño: no le lisonjea tanto el ver tantos hombres inferiores á sí, como le inquieta el ver que algunos pocos le precedan: si no lo tiene todo, nada le parece que posee: su alma está siempre árida, sedienta, y de nada goza sino de sus inquietudes y desgracias.

Aun no lo he dicho todo: de la ambicion nacen las crueles embidias: y esta passion, no obstante ser tan infame, es el vicio dominante, y la mayor desgracia de los Grandes: embidiosos de la reputacion aghena miran la gloria que no poseen como una mancha que los tizna y afrenta: embidiosos de las gracias que se conceden á otros, les parece que les quitan á ellos las que se franquean á los demás: embidiosos del favor, desprecian y aborrecen á los

que

que poseen la amistad y confianza del Monarca: embidiosos aun de las mismas felicidades del Estado, la pública alegría suele ser para ellos un secreto motivo de pesar: las victorias que sus rivales consiguen contra los enemigos, les son mas amargas que á nuestros mismos enemigos: su casa es como la de Amán, casa de luto y de tristeza, quando Mardocheo triunfa y recibe en la Corte las aclamaciones públicas: y no contentos con ser insensibles á la gloria de los sucesos felices de los demás, procuran consolarse, esforzandose á obscurecerlos con la malicia de las reflexiones y censuras: finalmente, esta injusta pasion todo lo convierte en amarguras, y los que están poseídos de ella, pueden decir que han hallado el secreto de no estar jamás contentos, ya sea por los males que los suceden, ya por las felicidades que ven en los demás.

Finalmente, examinad todas las pasiones, y vereis que todas ellas exercen el dominio mas cruel y tiranico en los Grandes que viven olvidados de Dios; sus desgracias son mas terribles: quanto mayor es su vanidad, mas amargo es su abatimiento: sus rencores son mas violentos: como la falsa gloria los hace mas vanos, tambien son mas inexorables á los desprecios, y son mas excesivos sus temores: se hallan libres de los verdaderos males, y se forman unos males quimericos, y les parece tan temible una hoja agitada del viento, como si los amenazara una montaña: sus enfermedades los afligen mas que á los demás hombres, porque quanto mayor amor tenemos á la vida, mas nos asusta lo que la amenaza: como están acostumbrados á gozar de todas las delicias de los sentidos, el mas leve dolor altera toda su felicidad, y les parece insufrible: no saben ser prudentes ni en la enfermedad, ni en la salud, ni en los bienes, ni en los males inseparables de la condicion humana: los deleytes abrevian sus dias, y los pesares, que siempre siguen á los placeres, precipitan el resto de sus años: la salud, arruinada con la intemperancia, se rinde á la misma multitud de re-  
me-

medios: los excesivos cuidados para conservarla acaban de destruir lo que no habian destruido los placeres: y si se abstienen de los excesos en el deleyte, la ociosidad y la pereza se convierte en ellos en una especie de enfermedad, que agota todos los remedios del arte, y aun estos mismos los acaban y consumen: finalmente la sujecion en ellos es mas triste: como están acostumbrados á vivir segun su genio y su capricho, todo quanto les molesta ó violenta, los consume: si están lexos de la Corte, les parece vivir en un triste destierro; en la presencia del Soberano se quejan continuamente de la sujecion, de las obligaciones, y de la molestia de los cumplimientos: no pueden sufrir la tranquilidad de una condicion privada, ni la dignidad de una vida pública: el sosiego les es tan insufrible como la inquietud, ó por mejor decir, en todos estados son molestos á sí mismos: al que quiere vivir sin yugo y sin regla, todo le sirve de un yugo muy pesado.

Católicos, un Grande que vive en los desordenes de la culpa es mas desgraciado, que qualquiera otro pecador: la prosperidad le hace insensible á los deleytes, por decirlo asi, sin dexar en él disposicion para que sienta mas que su amargura: ó Dios mio, vos habeis dispuesto que la elevacion que se mira como alivio de los Grandes que viven olvidados de vuestra ley, sea su mayor molestia, y su mas cruel suplicio.

## SEGUNDA REFLEXION.

LA elevacion es su mayor molestia; y esta es la segunda reflexion á que me dá motivo la desgracia de los Grandes que abandonan á Dios: en este estado, que tan feliz parece á los ojos del mundo, no solamente son mas violentas las pasiones, sino que tambien es mas insufrible en él la molestia.

Sí, Católicos, la molestia que solamente parece habia de estar reservada para el pueblo, habita principalmente en las casas de los Grandes; es como su sombra,  
que

que á todas partes los sigue: cansados de los placeres, no hallan en ellos mas que una triste uniformidad que los fastidia: aunque varien de deleytes, no hacen mas que variar de molestias: aunque se dexen ver á la frente de todos los regocijos públicos, esto en ellos es una pura ostentacion, pero su corazon no tien parte en ellos: el continuado uso de los deleytes se los ha hecho inútiles; estos son para ellos unos remedios sin vigor, que cada dia se van debilitando mas: semejantes á un enfermo á quien una larga inapetencia ha hecho insípidos todos los manjares, de todo prueban, y nada les despierta el apetito; y, como dice Job, un fatal disgusto sucede inmediatamente á la vana esperanza del deleyte que acababa de prometerse su alma. *Et spes illorum abominatio animæ.*

Toda su vida no es mas que una penosa precaucion contra las molestias, y al mismo tiempo es una molestia continuada: se adelantan las penas al mismo tiempo que se dan priesa á multiplicar los placeres: aun desde el principio de la vida han perdido para ellos su vigor todas las cosas, y aun en sus primeros años experimentan ya los disgustos y la insipidez, que solamente parece tiene reservados para la vejez el cansancio y el largo uso de las cosas.

Los justos, sin tener necesidad de tantos placeres, pasan sus dias mas felices y tranquilos: á un corazon inocente todo le sirve de descanso: los lícitos placeres que ofrece la naturaleza, y que son molestos y enfadosos para el hombre disoluto, conservan toda su dulzura para el justo: solamente los placeres inocentes dexan verdadera alegria en el alma: todo lo que la mancha, la entristece y disgusta. Las santas familiaridades y los juegos castos y púdicos de Isac y Rebeca en la Corte del Rey de Geraris, eran suficientes para que viviesen contentas aquellas dos almas púdicas y fieles. Para David era una grande diversion el cantar, acompañado de su Lira, las alabanzas del Señor, ó el danzar en compañía de su pueblo al rededor de la Arca Santa: las mas agrada-

dables diversiones de los primeros Patriarcas eran los festines de la hospitalidad; y el mejor cordero de su rebaño bastaba para las delicias de aquellos inocentes banquetes.

No necesita de tanta alegria exterior el que ya la posee en lo íntimo de su corazon: desde alli se comunica aun á los objetos mas indiferentes; pero si no teneis dentro de vuestros corazones el principio de la verdadera alegria, esto es, la paz de la conciencia, y la inocencia del corazon, será en vano que la busqueis exteriormente; aunque junteis al rededor de vosotros todas las diversiones, se deramará desde lo íntimo de vuestra alma una amargura que las emponzoñará: avivad todos los placeres, utilizadlos, ponedlos en el crisol, y vereis que de todas estas transformaciones no sale mas que molestia y enfado.

Gran Dios, lo mismo que nos aparta de vos es lo que nos debiera atraer á vos: quanto mas multiplica nuestros placeres la prosperidad, mas nos desengaña: y los Grandes son mas desgraciados, y tienen menos excusa de no unirse á vos, porque conocen mejor, y con mas frecuencia la nada de todo lo que no es Dios.

### TERCERA REFLEXION.

**N**O solamente son mas desgraciados por la molestia que los acompaña á todas partes, sino tambien por las inconstancias, el genio, y el capricho que son inseparables de ella: luego que hay un saciado el apetito, dice Job, su espíritu se hallará triste y inquieto: la desigualdad de su genio imitará la inconstancia de las olas del mar; y su alma se hallará ocupada de los pensamientos mas tristes y funestos. *Cum satiatus fuerit ardebitur, et estuabit, et omnis dolor irruet super eum.*

Esta es, Señor, la suerte de los Príncipes y Grandes que viven olvidados de Dios, y que no emplean su prosperidad mas que en la felicidad de sus sentidos; de todo se cansan, todo les molesta, y aun llegan á enfadarse de

si mismos: sus proyectos se destruyen unos á otros, sin que nunca resulte de ellos mas que una incertidumbre universal, la que forma el capricho, y la que solamente él puede fixar: sus ordenes, en el mismo instante que acaban de pronunciarlas, y no pueden servir de interpretes de su voluntad: hasta la misma obediencia de sus criados los desagrada; es necesario adivinarlos los pensamientos, y con todo eso son un enigma inexplicable para sí mismos: todos sus pasos, dice el Espiritu Santo, son vagos, inciertos, é incomprehensibles. *Vagi sunt gressus ejus, & investigabiles*: por mas que procuremos seguirlos, los perdemos de vista: á cada instante mudan de camino; nos perdemos con ellos, y ni aun con todo eso los damos gusto: se cansan de los respetos que se les tributan, y sienten los que se les niegan: aun los siervos mas fieles los importunan con su sinceridad, y aun quando en todo condesciendan con ellos tampoco aciertan á agradarlos: son impertinentes y ridículos; en todo quanto los rodea se advierte el caracter de su genio é inconstancia: ellos mismos no se pueden sufrir; y solo parece que nacieron para ser infelices, y hacer tales á los que los sirven.

Considerad á Saul en medio de sus prosperidades y de su gloria: ¿qué hombre podia pasar su vida con mas felicidad y contento? Desde un nacimiento privado y desconocido se vio elevado al Trono: su reynado empezó con victorias: un hijo digno de sucederle parecia asegurar la Corona á su posteridad: todas las Tribus que le estaban sujetas contribuian á su magnificencia y á sus placeres, y le obedecian como sino fueran mas que un solo hombre: ¿qué le faltaba para ser feliz, si pudieramos serlo sin Dios?

Pero Saul pierde el temor de Dios, y con él pierde su sosiego, y toda la felicidad de su vida: entregado á un espiritu malo, y á los tristes y crueles vapores que le inquietan, ya nadie le conoce, ni él se conoce á sí mismo; el harpa de un pastor, en vez de divertir su tristeza, aumenta su furor. Sus alabanzas y victorias, cantadas por las

las doncellas de Judá, son para él como censuras y oprobrios; huye de los públicos respetos, y no puede huir de sí mismo: David le desagrada quando se presenta al pie de su Trono, y si se aparta de allí no incurre menos en su indignacion: movido de su fidelidad le alaba, y se conoce menos justo é inocente que él, y al día siguiente le pone emboscadas para prenderle, y quitarle la vida: el amor de su propio hijo le molesta, y le parece sospechoso: todos los Cortesanos buscan remedio para suavizar su genio triste y furioso; pero todos los remedios son inútiles, y ni aun él mismo puede hallarle: desprecio al Profeta Samuel mientras vivió, y quiere sacarle del sepulcro para consultarle despues de muerto: no cree en Dios, y al mismo tiempo es tan crédulo que consulta á los oráculos de los Demonios: es á un mismo tiempo impío, y supersticioso: y esta suele ser tambien la suerte de los incredulos: tratan de impostores á los Samueles, y á los Profetas embiados de Dios: tienen por grandeza de ánimo el despreciar á estos respetables interpretes de los consejos eternos, y burlarse de unas predicciones que siempre han justificado los sucesos: niegan al Altísimo el conocimiento de lo futuro, y el poder favorecer á sus siervos fieles, y al mismo tiempo incurren en la flaqueza popular de consultar á una Pythonisa.

Católicos, el infeliz estado de los Grandes que viven en la culpa es una prueba evidente de que hay un Dios que preside á todos los sucesos humanos: si los hombres pudieren ser felices siendo enemigos de Dios, lo serian á lo menos los que se hallan en el Trono: pero, como dice el mas sábio de todos los Reyes; qualquiera, sea el que fuere, aunque sea dueño de todo el Universo, si se aparta de la regla y de la sabiduria, se aparta de la unica felicidad á que puede aspirar el hombre en la tierra. *Sapientiam enim, & disciplinam qui abjecit, infelix est.*

Quanto mas elevados os halleis, sereis mas infelices: como no hay cosa alguna que os resista, tampoco

la hay que pueda fixaros; quanto menos dependais de otros, mas entregados estareis á vosotros mismos: vuestra inconstancia nace de vuestra independencia: volveis vuestra autoridad contra vosotros mismos: como vuestras pasiones han experimentado de todo, y como ya todo os parece insípido, no os queda otra cosa que hacer mas que despedazaros á vosotros mismos: vuestra inconstancia es el único remedio de vuestra molestia, y de vuestra saciedad: no pudiendo variar de placeres, porque ya los habeis agotado todos, no podeis hallar variedad sino en las continuas desigualdades de vuestro genio: y siempre os estais quejando á vosotros mismos del vacío que dexa en vuestro interior todo lo que os rodea.

No os parezca, Señores, que esta es una de aquellas vanas pinturas que adorna el discurso, y que con la variedad de figuras adquieren visos de verdades: acercaos á los Grandes, mirad atentamente á algunas de aquellas personas que han envejecido en las pasiones, y á quienes el largo uso de los placeres ha hecho igualmente inhábiles para el vicio y para la virtud: ¡qué eterna nube ofusca su genio! ¡qué pesares y tristezas no padecen! Nada les agrada, porque no pueden agradarse á sí mismos: se vengán en todo lo que hallan al rededor de sí, de los ocultos pesares que los consumen: parece que imputan á delito en los demás hombres la imposibilidad en que se hallan de ser tan viciosos como ellos: los reprehenden interiormente todo lo que no pueden permitirse á sí mismos, y no gozan de mas placer que el de contentar su genio.

Mirad, Católicos, á todas partes, y vereis que los Grandes, separados de Dios, no son mas que un triste juguete de sus pasiones, de sus antojos, de los sucesos, y de todas las cosas humanas: ellos solos experimentan la desgracia de una alma entregada á sí misma, en la que todas las felicidades de los sentidos, y de los placeres no dexan mas que un funesto vacío, y á quien el mundo entero, con todo el conjunto de vanidad y falsa gloria que

que le rodea es inútil, si no habita Dios en ella: son como unos ilustres testigos de la insuficiencia de las criaturas, y de la necesidad de un Dios, y de una religion en la tierra: ellos solos prueban claramente á los demás hombres que no se debe esperar hallar felicidad en el mundo, sino en la virtud y en la inocencia; que todo lo que aumenta nuestras pasiones multiplica nuestros trabajos; que los que parecen felices en el mundo, no son, por decirlo así, mas que sus primeros Martyres; y que solamente Dios puede llenar un corazón que no fue hecho mas que para su Magestad.

O Dios de mis Padres, decia en otro tiempo un Rey joven, que como vos, Señor, habia subido al Trono en su infancia; Dios de mis Padres, vos me habeis establecido Principe de vuestro pueblo, y juez de los hijos de Israel: casi al salir de la cuna me colocasteis en el Trono: y en una edad en que todavia ignora el hombre el arte de gobernarse á sí mismo, me escogisteis para reynar sobre un gran pueblo. *Deus Patrum meorum, tu elegisti me Regem Populo tuo* (1): vos me colmasteis de gloria, de prosperidad, y de abundancia; pero la misma magnificencia de vuestros dones será la raiz de mis desgracias y trabajos, si no añadís á ellos la sabiduría y el amor á vuestros mandamientos: embiadmela, Señor, desde lo alto de los cielos, en donde siempre asiste á vuestro lado: ella preside á los buenos consejos, y dará á mi juventud toda la prudencia de los ancianos, y la magestad de los Reyes mis antepasados: ella sola me suavizará los cuidados de la autoridad, y el peso de mi Corona: *Ut mecum sit, & mecum laboret*: ella sola me hará pasar unos dias felices, me consolará en las molestias é inquietudes que trae consigo el Reynado: *Et erit allocutio cogitationis, & tædii mei*: no hallaré sosiego en medio de la magnificencia de mis Palacios, ni en los respetos que en ellos se me han de

tri-

(1) Sap. 3. 11.

tributar, no estando ella en mi compañía: *Intrans in domum meam, conquiescam cum illa*: los deleytes siempre acaban en amargura: el mismo Trono, ó gran Dios, si vos no estais sentado en él con el Soberano, es el asiento de los mas crueles cuidados: pero vuestro temor, y la sabiduría no dexan en él pesar alguno: la posesion de ésta nunca cansa, y siempre se halla acompañada de la alegría y de la paz. *Nec enim habet amaritudinem conversatio illius, nec traxum, sed letitiam, & gaudium.*

Feliz pues el Principe, ó Dios mio, que se persuade á que no ha empezado á reynar hasta que ha empezado á temeros; que se propone no aspirar á la fama sino por el camino de la virtud, y que mira como desgracia el mandar á los hombres mientras no os obedece.

Dad pues ó gran Dios, vuestra sabiduría, y vuestro juicio al Rey, y vuestra justicia al hijo de tantos Reyes: (1) vos, Señor, que sois el socorro del pupilo, dadle, con la abundancia de vuestras bendiciones, lo que le quitasteis privandole de los exemplos de un Padre piadoso, y de las lecciones de un Augusto Bisabuelo: recompensad sus pérdidas con el aumento de vuestras gracias y de vuestros beneficios: vos solo, ó gran Dios, ocupais el lugar de todo lo que le falta: mirad con ojos de Padre á este Augusto hijo, al que, por decirlo así, habeis dexado solo en la tierra, y del que consiguientemente sois el primer tutor y Padre: su infancia, Señor, que tan amable le hace á la nacion, mueva las entrañas de vuestra misericordia y de vuestro amor: cercad su juventud con los singulares socorros de vuestra proteccion: la flaqueza de su edad, y las gracias que ya brillan en sus primeros años, nos están continuamente arrancando lagrimas de temor y de afecto: asegurad, Señor, nuestros temores, apartando de él todos los peligros que pueden amenazar á su vida, y recompensad nuestro amor inspi-

(1) Psalm. 71.

randole humanidad y amor para con sus pueblos: hacedle feliz, conservando en él vuestro santo temor, que es el mayor bien de los pueblos y de los Reyes: asegurad la felicidad de su reynado con la bondad de su corazon, y con la inocencia de su vida: escribid vuestra santa ley en lo íntimo de su alma, y al rededor de su Diadema, para aligerarle su peso: haced que no sienta mas cuidados en su reynado que el dolor de las públicas miserias; y finalmente, que su felicidad y la nuestra consista mas en su virtud, que en su poder, y en sus victorias. Amen.

## SERMON

PARA EL CUARTO DOMINGO  
de Quaresma, sobre la humanidad  
de los Grandes para con el  
Pueblo.

*Cum sublevasset Jesus oculos, & vidisset quia multitudo magna venit ad eum.*

Habiendo Jesus levantado los ojos, y viendo una gran multitud de pueblo que venia á él. *Joan. 5. 6.*

SEÑOR.

NO es hoy lo que mas nos debe admirar el poder de Jesu-Christo, y el milagro de la multiplicacion de los panes con sola su palabra: aquel Señor por quien todo fue hecho era preciso que tuviese un absoluto poder sobre todas las criaturas que son obra suya: no quiero valerme hoy para nuestro consuelo é instruccion de lo que mas admira á los sentidos, sino de la compasion que ma-

tributar, no estando ella en mi compañía: *Intrans in domum meam, conquiescam cum illa*: los deleytes siempre acaban en amargura: el mismo Trono, ó gran Dios, si vos no estais sentado en él con el Soberano, es el asiento de los mas crueles cuidados: pero vuestro temor, y la sabiduría no dexan en él pesar alguno: la posesion de ésta nunca cansa, y siempre se halla acompañada de la alegría y de la paz. *Nec enim habet amaritudinem conversatio illius, nec traxum, sed letitiam, & gaudium.*

Feliz pues el Principe, ó Dios mio, que se persuade á que no ha empezado á reynar hasta que ha empezado á temeros; que se propone no aspirar á la fama sino por el camino de la virtud, y que mira como desgracia el mandar á los hombres mientras no os obedece.

Dad pues ó gran Dios, vuestra sabiduría, y vuestro juicio al Rey, y vuestra justicia al hijo de tantos Reyes: (1) vos, Señor, que sois el socorro del pupilo, dadle, con la abundancia de vuestras bendiciones, lo que le quitasteis privandole de los exemplos de un Padre piadoso, y de las lecciones de un Augusto Bisabuelo: recompensad sus pérdidas con el aumento de vuestras gracias y de vuestros beneficios: vos solo, ó gran Dios, ocupais el lugar de todo lo que le falta: mirad con ojos de Padre á este Augusto hijo, al que, por decirlo así, habeis dexado solo en la tierra, y del que consiguientemente sois el primer tutor y Padre: su infancia, Señor, que tan amable le hace á la nacion, mueva las entrañas de vuestra misericordia y de vuestro amor: cercad su juventud con los singulares socorros de vuestra proteccion: la flaqueza de su edad, y las gracias que ya brillan en sus primeros años, nos están continuamente arrancando lagrimas de temor y de afecto: asegurad, Señor, nuestros temores, apartando de él todos los peligros que pueden amenazar á su vida, y recompensad nuestro amor inspi-

(1) Psalm. 71.

randole humanidad y amor para con sus pueblos: hacedle feliz, conservando en él vuestro santo temor, que es el mayor bien de los pueblos y de los Reyes: asegurad la felicidad de su reynado con la bondad de su corazon, y con la inocencia de su vida: escribid vuestra santa ley en lo íntimo de su alma, y al rededor de su Diadema, para aligerarle su peso: haced que no sienta mas cuidados en su reynado que el dolor de las públicas miserias; y finalmente, que su felicidad y la nuestra consista mas en su virtud, que en su poder, y en sus victorias. Amen.

## SERMON

PARA EL CUARTO DOMINGO  
de Quaresma, sobre la humanidad  
de los Grandes para con el  
Pueblo.

*Cum subleuasset Jesus oculos, & uidisset quia multitudo magna uenit ad eum.*

Habiendo Jesus levantado los ojos, y viendo una gran multitud de pueblo que venia á él. *Joan. 5. 6.*

SEÑOR.

NO es hoy lo que mas nos debe admirar el poder de Jesu-Christo, y el milagro de la multiplicacion de los panes con sola su palabra: aquel Señor por quien todo fue hecho era preciso que tuviese un absoluto poder sobre todas las criaturas que son obra suya: no quiero valerme hoy para nuestro consuelo é instruccion de lo que mas admira á los sentidos, sino de la compasion que ma-

fiesta al pueblo: al ver una multitud errante y hambrienta al pie de la montaña, se commueven sus entrañas, y se aviva su piedad: concede á las necesidades de aquellos desgraciados, no solamente su socorro, sino tambien su compasion y su afecto: *Vidit turbam multam, & miseratus eis.*

En todas partes dá señales de humanidad á los pueblos: á vista de las desgracias que amenazan á Jerusalén, alivia su dolor con su piedad y sus lágrimas.

Quando aquellos dos discipulos quieren hacer baxar fuego del cielo sobre una ciudad de Samaria, se interesa su compasion contra su zelo á favor de aquel pueblo, y los arguye de que todavia no saben cuál es el espíritu de caridad y afabilidad de que van á ser Ministros.

Si los Apostoles apartan de él con aspereza á los niños que le rodean, se dá por ofendido su agrado de que le quieran impedir el ser accesible; y quanto mas procura un mal entendido respeto apartar de él á los flacos y pequeñuelos, mas se inclina á ellos su afabilidad y su clemencia.

Esta es la gran leccion de humanidad para con el pueblo que hoy dá Jesu-Christo á los Principes y Grandes: estos solo son Grandes para el beneficio de los demás: no gozan propiamente de su grandeza, sino en quanto la hacen que sea util para los demás hombres.

Es decir, que la humanidad para con el pueblo es la primera obligacion de los Grandes; y que el uso mas agradable que pueden hacer de su grandeza es esta misma afabilidad: *imploremos, &c. Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

**S**ENOR: todo poder dimana de Dios, y todo lo que dimana de Dios está establecido para utilidad de los hombres: los Grandes serian inútiles en la tierra, si no hubiera en ella pobres é infelices: su elevacion la deben solamente á las públicas necesidades: y tan lexos está

tá el haber sido hechos los pueblos para ellos, que quanto ellos son lo son para los pueblos.

¡Qué monstruosa sería la Providencia si toda la multitud de hombres, solamente estuviera colocada en la tierra para servir á los deleites de un corto número de felices que la habitan, y que muchas veces no conocen al Dios que los llena de beneficios!

Quando Dios ensalza á unos es para que sirvan de apoyo y remedio á los demás; á estos los confia su Magestad el cuidado de los flacos y pequeñuelos: por este medio sirven á los consejos de la eterna sabiduría: su verdadera grandeza consiste en el uso que de ella deben hacer á favor de aquellos que padecen: esta es la unica señal de distincion que Dios ha puesto en ellos: solamente son Ministros de su bondad, y de su providencia; y pierden el título, y el derecho que les dá su grandeza, luego que quieren ser Grandes solamente para sí mismos.

Y asi la humanidad para con los pueblos es la primera obligacion de los Grandes: y esta humanidad encierra en sí la afabilidad, la proteccion, y las liberalidades.

*La afabilidad*: puede muy bien decirse, Señor, que la soberbia, que regularmente suele ser vicio de los Grandes, debiera ser como un triste consuelo solamente de la gente baxa y humilde: mas digno parece que sería de perdon en aquellos que nacen en la miseria el elevarse, ensoberbecerse, y aspirar por una secreta vanidad á igualarse con los Grandes, respecto de los que son tan inferiores por razon de su clase: nada altera tanto á los hombres de obscuro y baxo nacimiento, como la gran distancia que la fortuna ha puesto entre ellos y los Grandes: pueden lisonjearse con la vana persuasion de que la naturaleza ha sido injusta en hacerlos nacer en la obscuridad, quando ha reservado al mismo tiempo el resplandor de la nobleza y de los títulos para muchos hombres, que no tienen mas mérito que su nombre: quanto mas abatidos se contemplan, mas fuera les parece que están de su lugar: y asi la altanería y la insolencia suelen ser propias de la gente mas despreciable

de la plebe : y muchas veces se ha visto en los antiguos reynados de la Monarquía , sublevarse estas gentes , querer sacudir el yugo de los Grandes y nobles , é intentar su extincion y su entera ruina.

Al contrario los Grandes , colocados por la naturaleza en un lugar tan elevado , miran como su mayor gloria el humillarse ; como no les falta distincion alguna por parte de la clase y el nacimiento , solamente pueden señalarse con la afabilidad ; y si acaso se les puede permitir alguna vanidad , es la de ser humanos y afables.

Tambien es verdad que la afabilidad es como el carácter mas respetable , y la mas segura señal de la grandeza. Los descendientes de aquellos nobles é ilustres troncos , cuya antigüedad de origen , y excelencia de nombre nadie puede disputarlos , no hacen ostentacion de la grandeza de su nacimiento : si esta pudiera ignorarse , dexáran á todos que la ignoráran : los públicos monumentos la manifiestan suficientemente sin que ellos cuiden de eso : su elevacion no se conoce sino por una noble sencillez ; aún se hacen mas respetables no permitiendo , sino con mucha repugnancia , que se les tributen los debidos respetos : y entre los muchos títulos que los distinguen de los demás hombres , la cortesía y la afabilidad es el único de que se glorían. Al contrario los que se precian de una antigüedad dudosa , cuya nobleza y preeminencias de sus antepasados los disputa el pueblo aunque en secreto , siempre están temiendo que se ignore la grandeza de su origen , continuamente la tienen en la boca ; les parece que la confirman afectando orgullo y vanidad ; hacen demonstracion de sus títulos con su soberbia ; y queriendo que se les tributen mas respetos de los que les son debidos , dán motivo á que se les disputen aun aquellos que se les deben.

Los que nacen para ser Grandes son los que menos caso hacen de su elevacion : el que se desvanece en el eminente grado de grandeza en que le ha colocado la fortuna ó el nacimiento , dá bien á entender que no habia nacido para subir tan alto : los puestos mas elevados siem-  
pre

pre son muy inferiores á las almas grandes : nada las desvanece , porque nada hay que sea superior á ellas.

La vanidad nace de la baxeza , ó sirve de arbitrio para ocultarla : es una prueba cierta de lo que perdería el soberbio si se le examinase de cerca : con la vanidad se encubren unos defectos y unas flaquezas que ella misma manifiesta , y las hace traycion : suplen con la vanidad , si es lícito decirlo así , lo que les falta de mérito , é ignoran que no hay cosa que menos se parezca al mérito que la vanidad.

Y así , Señor , los mayores hombres , y los mas grandes Reyes , siempre han sido los mas afables : Thecutes , muger pobre , llegó á manifestar sencillamente á David sus domesticos trabajos ; y al mismo tiempo que la afabilidad del Soberano templaba el resplandor del Trono , aumentaba su magestad y grandeza

Nuestros Reyes , Señor , nada pierden por ser afables : el amor de los pueblos les asegura el respeto que les es debido : el Trono debe ser el asilo de los que llegan á él para implorar vuestra justicia , ó vuestra clemencia : quanta mayor facilidad tengan vuestros vasallos para llegar á él , mas aumentais su esplendor y magestad : ¿ no es justo , Señor , que la nacion que mas ama á sus Soberanos entre todas las del Universo , tenga tambien mas derecho que las demás para acercarse á ellos ? Manifestad , Señor , á vuestros pueblos los talentos y amables dones que en vos ha puesto el cielo : dexadlos ver de cerca la felicidad que esperan en vuestro reynado , porque la hermosura y magestad de vuestra persona , y la bondad y rectitud de vuestro corazon , aseguran los respetos que son debidos á vuestra dignidad , mejor que vuestra autoridad y poder. ®

Aquellos Príncipes invisibles y afeminados ; aquellos Asueros , en cuya presencia era delito de muerte , aun para la misma Esthér , el presentarse sin su orden , y cuya vista helaba la sangre en las venas á los pretendientes , vistos de cerca no eran mas que unos vanos ídolos , sin alma , sin vida , sin valor , y sin virtud ; entregados en lo mas

retirado de sus palacios á unos viles esclavos , separados de todo comercio , como si no fueran dignos de manifestarse á los hombres , ó como si unos hombres semejantes á ellos no merecieran verlos : toda su magestad consistia en la soledad y en el retiro.

La afabilidad encierra una especie de confianza de sí mismo, que dice muy bien á los Grandes, que les hace no temer el envilecerse, aun quando se abaten, y que es como una especie de aliento y valor pacífico: el ser soberbios é inaccesibles, es lo mismo que ser tímidos y cobardes.

Por otra parte, Señor, los Príncipes y Grandes que manifiestan á los pueblos severidad y desagrado son inexcusables, porque los costaría muy poco el ganarse los corazones de todos : para esto no se necesita de fuerza, ni de estudio ; basta una sola palabra, una mirada, ó un semblante gracioso : el pueblo á todo atiende en ellos : su clase dá estimacion á todo quanto hacen : solamente la serenidad del rostro del Rey, dice la Escritura Santa, sirve de vida y de felicidad á sus pueblos ; y su semblante humano y apacible, es para los corazones de sus vasallos lo que el rocío de la noche para las tierras secas y áridas: *In hilaritate vultus Regis, vita ; & clementia ejus quasi imber serotinus.* (1)

¿Y es posible que se hayan de abandonar unos corazones que pudieran ganarse á tan poca costa ? ¿No es envilecerse el hombre á sí mismo, el hacer tan poco aprecio de la humanidad ? ¿puede merecer el nombre de Grande el que no conoce la estimacion que debe hacer de los hombres ?

¿No ha impuesto la naturaleza bastante pena á los pueblos, y á los infelices, en haberlos hecho nacer en la dependencia, y aun casi en la esclavitud ? ¿no basta el que su baxa suerte, ó su desgracia, haya impuesto á su estado como obligacion, ó como ley, el andar arrastrando y tributando respetos ? ¿por qué se les ha de agravar el yugo

(1) Proy. 16. 15.

go con desprecios, y con una soberbia que tan indigna es por sí misma ? ¿no tienen bastante que sufrir con la pena de su sujecion ? ¿por qué se les ha de hacer que se averguencen de ella como si fuera delito ? ¿quién debiera avergonzarse mas de su estado, el pobre que padece, ó el Grande que abusa de su elevacion ?

Es verdad que muchas veces mas consiste en el génio que en la vanidad, el que los Grandes borren de su frente aquella serenidad que los hace afables y benignos, y que este defecto mas proviene en ellos de la inconstancia del génio, que de soberbia : entregados absolutamente á sus placeres, y cansados de los respetos, los reciben con disgusto : parece que la afabilidad les es como una obligacion importuna, que los molesta : reciben tantos honores que se cansan de ellos : muchas veces huyen de los respetos públicos, por escusar la fatiga de haberse de mostrar agradecidos : ¿pero qué insensibilidad no se necesita para hallar trabajo en manifestarse afable ! no es una especie de barbaridad, no solamente el no agradecer, sino tambien el recibir con enfado las demostraciones de amor y respeto que nos tributan aquellos que dependen de nosotros ? no es publicar que no merecemos el afecto de los pueblos el despreciar sus mas afectuosos respetos ? ¿podrán alegarse por excusa en este punto los momentos de enfado y de pesares que traen consigo los cuidados de la autoridad y de la grandeza ? ¿es acaso el génio en los Grandes privilegio que sirva de excusa á sus vicios ?

¿Pero ah ! si á algun hombre fuera permitido el ser desagradable, aspero, desabrido y molesto á los demás hombres y á sí mismo, sería precisamente á aquellos infelices, que por todas partes están rodeados del hambre, de la miseria, de las calamidades, de las necesidades domésticas, y de los mas tristes cuidados : estos serian mas dignos de excusa, si teniendo ya en su corazon el luto, la amargura y la desesperacion, manifestáran exteriormente alguna señal de sus penas ; ¿pero que los Grandes, los felices de la tierra, á los que todas las cosas lisonjean, y á

quie-

quienes acompañan á todas partes la alegría y los placeres, que estos quieran alegar su propia felicidad como un privilegio que sirva de excusa á sus altanerías, y á las extravagancias de su génio; que juzguen que les ha de ser permitido el ser molestos, inquietos, inaccesibles, porque son mas felices; que miren como derecho propio de la prosperidad, el oprimir con el peso de su desagrado á aquellos desgraciados que están gimiendo baxo el yugo de su autoridad y de su poder: ¡gran Dios! sería esto privilegio de los grandes, ó castigo del mal uso que hacen de la Grandeza? porque á la verdad, parece que las altanerías y los mas tristes cuidados son el patrimonio de los Grandes, y que la tranquilidad y la inocente alegría solamente está reservada para el pueblo.

Peró la afabilidad tiene su principio en la humanidad, y así no es como aquellas virtudes superficiales, que solamente residen en el rostro; sino que es una expresion de la ternura y bondad del corazón: el manifestarse un hombre afable sería insultar á los infelices, y burlarse de ellos, si al mismo tiempo que los mostraba un rostro agradable y risueño, les cerraba sus entrañas, y si solamente escuchaba sus quejas para ser insensible á sus trabajos.

Los desgraciados y oprimidos tienen derecho para recurrir á los Grandes y poderosos, para hallar en ellos la proteccion que necesitan: las leyes, Católicos, que atienden á la defensa de los flacos, no alcanzan á defenderlos de la injusticia y opresion: la miseria rara vez se atreve á reclamar las leyes establecidas para defenderla, porque regularmente el poder les impone silencio.

Y así, es propio de los Grandes el poner al pueblo baxo la proteccion de las leyes: la viuda, el huérfano, y todos los que son despreciados y oprimidos, tienen derecho para recurrir á su amparo y su poder; este solamente se les ha concedido á los Grandes para que le empleen á su favor; deben llevar al pie del Trono los gemidos y quejas de los oprimidos: son como el canal de

co-

comunicacion, y el lazo que une á los pueblos con el Soberano, pues éste no es mas que el Padre y Pastor de sus pueblos: y así los pueblos son los que propiamente dán á los Grandes el derecho que tienen de acercarse al Trono; y puede muy bien decirse, que el Trono solamente se levantó á favor de los pueblos: en una palabra, los Grandes y el Príncipe son, por decirlo así, los protectores del pueblo.

Peró si los Grandes y Ministros de los Reyes en vez de ser protectores de los flacos, son los que los oprimen; si son como aquellos barbaros tutores, que despojan á sus mismos pupilos; entonces, ¡oh gran Dios! los clamores del pobre y del oprimido subirán á vuestro Trono; maldecireis á aquellas crueles familias, y arrojareis vuestros rayos sobre los gigantes: derribareis todo aquel edificio de vanidad, de injusticia y de prosperidad que se habia levantado sobre los bienes de tantos infelices, y su prosperidad quedará sepultada entre sus ruinas.

Por eso la prosperidad de los Grandes y Ministros de los Soberanos, que han oprimido á los pueblos, no ha pasado á sus descendientes, sino acompañada de la infamia, la ignominia, y la maldicion: hemos visto salir de esta raiz de iniquidad unos infames renuevos, que han sido el oprobrio de su familia, y de su siglo. Sopló el Señor contra el cúmulo de sus injustas riquezas, y las disipó como al polvo: y si aun permite que vivan en la tierra, aunque arrastrando, algunas infelices reliquias de sus familias, es para que sirvan de eterno monumento á sus venganzas, y para perpetuar el castigo de una culpa, que casi siempre perpetúa consigo la afliccion, y la pública miseria de los Imperios.

Y así la proteccion de los flacos es el unico uso legitimo que se puede hacer del poder y de la autoridad; y los socorros y liberalidades que los pobres deben hallar en nuestra abundancia es el último distintivo de la humanidad.

Ca-

Católicos, si solamente Dios es quien os hizo nacer en el estado de grandeza en que os hallais, qué fin pudo tener su Magestad en derramar con tanta profusion sus bienes sobre vosotros en la tierra? ¿os parece acaso que quiso con esto facilitar el luxo, las pasiones, y los placeres que él mismo condena? ¿son acaso estos dones un presente que os ha hecho en el tiempo de su indignacion? Si esto es así, si os hizo nacer en la prosperidad y en la opulencia solamente para vosotros, gozad de ella en hora buena: formaos, si podeis, una injusta felicidad en la tierra: vivid como si todo hubiera sido hecho para vosotros: multiplicad vuestros placeres, y daos prisa á gozar de ellos: el tiempo es corto: mirad que despues de esta vida no os espera mas que la muerte y el juicio, pues habeis ya recibido vuestra recompensa en la tierra.

Pero si segun los eternos designios de Dios, vuestras riquezas os habian de servir de medio y proporcion para salvaros, se infiere que su Magestad solamente mantiene pobres en la tierra para vuestro bien: vosotros ocupais acá en la tierra para con ellos el lugar de Dios: sois, por decirlo así, su providencia visible: ellos tienen derecho para clamar á vosotros, y manifestaros sus necesidades; vuestras riquezas son las suyas, y vuestras liberalidades el unico patrimonio que Dios les ha señalado en este mundo.

## SEGUNDA PARTE.

**Q**ué cosa hay mas embidiable en vuestro estado, que el poder que teneis para hacer à otros felices? La humanidad para con los pueblos es la primera obligacion de los grandes, y al mismo tiempo es el mas delicioso uso que pueden hacer de su grandeza.

Aun quando toda la religion no fuera por sí misma un universal motivo de caridad para con nuestros próximos, nuestra humanidad para con ellos quedará bien pagada con el placer que se experimenta en hacer à otros felices, y en aliviar à los que padecen: un buen corazon no necesita de otro estímulo: al que no interesa un placer tan verdadero, tan natural, y tan digno del corazon, ni ha nacido Grande, ni aun merece ser hombre: ¿qué desprecio no merece, dice San Ambrosio, el que pudiendo hacer felices à muchos, se niega à ello? *Infelix, cujus in potestate est tantorum animas à morte defendere, & non est voluntas.*

Esta parece que es una maldicion vinculada à la Grandeza: las personas que nacen en una fortuna obscura y privada no embidian en los Grandes mas que el poder que tienen para hacer gracias, y contribuir à la felicidad de otros: les parece que si estuvieran en su lugar sería su mayor dicha el derramar el contento y la alegría en los corazones, derramando en ellos beneficios, y el asegurarse para siempre su amor y su agradecimiento: el que en una condicion privada forma algunas veces estos quiméricos proyectos de llegar à los mayores puestos, el primer plan que se propone en aquella nueva elevacion es el llenar de beneficios à todos quantos condece: esta es la primera leccion de la naturaleza, y el primer movimiento que en sí experimentan los hombres de una condicion comun; solamente en los Grandes es en quien está absolutamente extinguido; parece que la grandeza los dá otro corazon mas duro y mas insensible que el de los de-

más hombres; que quanta mayor proporcion tienen para aliviar à los infelices, menos se compadecen de sus miserias, que quanta mayor facilidad tienen para grangearse el amor, y la estimacion de los hombres, menos cuidado tienen de ésto; y que basta el poderlo todo para no hacer caso de nada.

Peró, católicos, ¿qué uso mas agradable y alhagueño podeis hacer de vuestra elevacion y de vuestra opulencia? ¿será acaso el multiplicaros los respetos? Pues sabed que hasta la misma vanidad se cansa de ellos? ¿el mandar à los hombres, é imponerlos leyes? Pues sabed que éstos son cuidados de la autoridad, y no gustos de los que la poseen: el ver al rededor de vosotros una innumerable multitud de siervos y esclavos? Pero éstos mas sirven de testigos que os incomodan y molestan, que de pompa que os adorna: ¿el habitar en Palacios sumptuosos? Advertid, dice Job, que os edificais unas soledades en donde van à habitar con vosotros los cuidados y los pesares tristes: ¿el juntar en ellos todos los placeres? Estos aunque llenen estos vastos edificios, siempre dexarán vacío vuestro corazon: ¿el hallar todos los dias en vuestra opulencia nuevos medios para satisfacer vuestros antojos? La variedad de estos recursos se acaba muy presto; es preciso volver atrás, y empezar à experimentar de nuevo aquello mismo que ha hecho insipido la molestia, y que mira la ociosidad como necesario: valeos de quantos medios quisieris, de vuestras riquezas, de vuestra autoridad, y de todo quanto pueden inventar la vanidad y los placeres, y hallareis que aunque lo goceis todo, nunca quedais satisfechos: os manifestarán el contento desde lejos, pero no le introducirán en vuestros corazones.

Emplead todos esos bienes en hacer felices à otros; en hacer mas suave y llevadera la vida de aquellos infelices, à quienes el exceso de su miseria acaso ha reducido muchas veces à desear, como Job, que el dia en que nacieron hubiera sido la eterna noche de su sepulcro: entonces experimentareis qual es el placer de haber nacido

Gran-

Grandes, y gustaréis la verdadera dulzura de vuestro estado, pues éste es el verdadero privilegio que le hace embidiable: toda esa vana exterioridad que os rodea es para los demás, pero este placer es para vosotros solos: en todo lo demás se hallan amarguras, y solo este consuelo las suaviza: es muy distinto el consuelo y el deleyte de hacer bien, que el de recibirle: éste es un placer que nunca cansa, antes bien quanto mas se goza, mayores deseos excita en el corazon de volver à experimentar: la prosperidad propia suele degenerar en costumbre, y llega à perder su dulzura; pero el gusto de ser autores de la prosperidad de otros hombres, siempre se está experimentando: cada beneficio que hacemos ofrece à nuestra alma este secreto y agradable tributo: el largo uso de los placeres suele endurecer el corazon, pero este placer siempre le halla mas sensible.

¿Y que cosa hay, Señor, mas deliciosa para la Magestad del Trono, que el poder hacer gracias? ¿qué sería del poder de los Reyes, si estuvieran condenados à gozar de él ellos solos? No sería mas que una triste soledad, horror de los vasallos, y suplicio del Soberano: el uso de la autoridad es su mayor placer; y la clemencia y la liberalidad son las que la hacen amable.

Aun hay otra razon: además del placer que se experimenta en hacer bien, y que nos dexa bien pagados del beneficio, debeis manifestar afabilidad y agrado en el uso de vuestro poder, como dice el Espíritu Santo; y esta es la gloria mas segura y mas permanente à que pueden aspirar los Grandes: *In mansuetudine opera tua perfice, & super hominum gloriam diligeris.*

Señor, ni la clase, ni los títulos, ni el poder, nada de esto hace amables à los Soberanos: tampoco los hace amables los grandes talentos que admira el mundo, como el valor, la superioridad de ingenio, el arte de convingar la variedad de genios, y de gobernar los pueblos: estos grandes talentos en tanto los hacen amados de sus pueblos, en quanto los hacen afables y benéficos: en tanto

K 2

se-

sereis grande, Señor, en quanto seais amado de vuestros vasallos: el amor de estos ha sido siempre la gloria mas verdadera, y menos equívoca de los Soberanos; y los pueblos solamente aman en éstos las virtudes que hacen felices sus reynados.

Y à la verdad, ¿puede haber para los Príncipes gloria mas pura, y que mas los interese que la de reynar sobre los corazones? La gloria de las conquistas siempre está teñida de sangre, y acompañada de la carniceria y la muerte: para conseguirla es necesario hacer infelices à muchos: el fausto que la rodea es funesto y lúgubre; y muchas veces el mismo Conquistador, si es humano, derrama lágrimas entre sus propias victorias.

¿Pero la gloria, Señor, de ser el Príncipe amado de su pueblo, y de hacerle feliz, está rodeada de la alegría y la abundancia: para inmortalizar su nombre no hay necesidad de levantarle soberbias estatuas y columnas; él mismo se forma en el corazon de cada vasallo un monumento mas durable que el acero y el bronce; porque el amor, que es el que le fábrica, es mas fuerte que la muerte: el título de conquistador solamente está escrito sobre el marmol, pero el de Padre de los pueblos está gravado en los corazones.

Qué mayor felicidad para un Soberano, que mirar à todo su reyno como à su familia, y à sus vasallos como hijos propios? ¿El vivir persuadido à que es mas dueño de sus corazones, que de sus personas y bienes; y el ver, por decirlo asi, confirmar cada dia la primera eleccion que hizo la nacion quando colocó à sus mayores sobre el Trono? ¿puede igualar à este placer la gloria de las conquistas, y de los triunfos? además de que, Señor, si os dexais llevar de la gloria de los Conquistadores, empezad ganando los corazones de vuestros vasallos: esta conquista os asegura la de todo el Universo: un Rey amado de una nacion valerosa como la vuestra, nada tiene que temer, sino el exceso de sus prosperidades y victorias.

Reparad en aquella multitud à quien Jesu-Christo ali-

alimenta oy en el desierto: quieren aclamarle por su Rey: *Ut raperent eum, & facerent eum Regem*: ya que no pueden colocarle sobre el Trono de David, y de los Reyes de Judá sus antepasados, le forman un Trono en sus propios corazones: su afabilidad y compasion son las señales por donde conocen en él su derecho al reyno: ah! si los hombres hubieran de elegir Soberanos, no escogerian à los mas nobles, ni à los mas valientes, sino à los mas humanos y compasivos, à unos Príncipes que fuesen al mismo tiempo sus Padres.

Dichosa la nacion, ó gran Dios, à quien destinais en vuestra misericordia un Soberano de estas prendas: nosotros estamos viendo unos felices presagios de esta dicha: la clemencia y magestad que vemos pintada sobre el rostro de ese Augusto Niño, nos anuncian ya la felicidad de nuestros pueblos: sus inclinaciones afables y benéficas aseguran y aumentan cada dia nuestras esperanzas: cultividad, ó Dios mio, estas primeras prendas de nuestra felicidad: Haced que sea tan amante de su pueblo, como el piadoso Príncipe à quien debe su nacimiento, y el que no hicisteis mas que manifestar à la tierra: bien sabeis que solamente deseaba reynar para hacernos felices: miraba nuestras miserias y aficciones como aficciones y miserias propias suyas, y como si su corazon formara un solo corazon con el nuestro: crezca la clemencia y la misericordia con la edad en este precioso Niño, y circúlen por sus venas con la sangre que recibió de un Padre tan compasivo y misericordioso: sea el agrado y magestad de su frente una imagen de la de su alma: haced que ame tanto à su pueblo como es amado de él: que el afecto que la nacion le profesa sea la regla de su amor à la nacion: de este modo será tan grande como su Bisabuelo, mas glorioso que todos sus antepasados, y su afabilidad será la fuente de nuestra felicidad en la tierra, y de la suya en el cielo. Amen.

## SERMON

PARA EL DIA DE LA ENCARNACION:  
sobre las señales de la grandeza de Jesu-  
Christo.

*Hic erit magnus.*

Será Grande. *Luc. 1. 52.*

SEÑOR:

Quando los hombres pronostican de un jóven Príncipe que ha de ser grande, no se figuran con esta idea mas que victorias y prosperidades temporales: no fundan su futura grandeza sino sobre las públicas desgracias; y las mismas señales que anuncian el resplandor de su gloria, son como siniestros presagios, que solo prometen calamidades à la tierra.

Pero la grandeza de Jesu-Christo que hoy anuncia el Angel à Maria, no se funda en estas vanas y lúgubres señales: el lenguaje del cielo y de la verdad en nada se parece al error y à la vanidad de las adulaciones humanas, y Dios nunca habla con el hombre.

Jesu-Christo será grande, porque es Santo è hijo de Dios: *Sanctum, vocabitur filius Dei*: porque salvará à su pueblo: *Ipse enim salvum faciet populum suum*, y porque su reyno nunca se ha de acabar: *Et regni ejus non erit finis*. Estas son las señales de su grandeza: una grandeza de santidad, una grandeza de misericordia, y una grandeza de perpetuidad y duracion.

Estas son tambien las señales de la verdadera grandeza: esta, Señor, no la deben buscar los Príncipes y Grandes en la elevacion del nacimiento, en el resplandor de los títulos y victorias, ni en la extension del poder

y

y autoridad: solamente serán grandes, à imitacion de Jesu-Christo, en quanto sean santos y útiles à los pueblos, y en quanto su vida y su reynado sea un modelo que se perpetúe en todos los siglos: de este modo tendrán, como Jesu-Christo, una grandeza de santidad, una grandeza de misericordia, y una grandeza de perpetuidad y duracion.

I. PARTE. Señor: el eterno origen de Jesu-Christo, y su título de Hijo de Dios, que es el título esencial de su santidad, lo es tambien de su grandeza y eminencia: no se llama grande porque cuenta entre sus Progenitores reyes y Patriarcas, ni porque circula por sus venas la mas Augusta sangre del Universo: es grande porque es santo, è hijo del Altísimo: toda su grandeza tiene su principio en el seno de Dios de donde salió: y el gran misterio de sus eternos fines, que hoy se manifiesta, recibe todo su esplendor de su nacimiento Divino.

Nosotros nada tenemos de grande sino lo que proviene de Dios: sí, Católicos, aunque los Grandes se glorien de tener, como Jesu-Christo, Príncipes y Reyes entre sus mayores, si no tienen mas gloria que la de sus abuelos, si toda su grandeza consiste precisamente en su nombre, si no tienen mas virtudes que sus títulos, si es necesario recurrir à los siglos pasados para hallarlos dignos de nuestros respetos, su mismo nacimiento los deshonra y afrenta aun à los ojos del mundo; contradicen con sus acciones personales la nobleza de su nombre; y asi la memoria de sus antepasados es su mayor oprobrio: las historias en que se hallan escritas las hazañas de sus padres son testigos que deponen contra ellos: no se halla la imagen de aquellos gloriosos progenitores en unos sucesores indignos: sus nombres carecen de las virtudes que en otro tiempo honraron à la patria: y el conjunto de gloria que han heredado no es mas que un peso de infamia que los afrenta y oprime.

Con todo eso, la mayor parte de ellos hacen alarde y vanidad de la nobleza de su origen: cuentan los grados de

de

## SERMON

PARA EL DIA DE LA ENCARNACION:  
sobre las señales de la grandeza de Jesu-  
Christo.

*Hic erit magnus.*

Será Grande. *Luc. 1. 52.*

SEÑOR:

Quando los hombres pronostican de un jóven Príncipe que ha de ser grande, no se figuran con esta idea mas que victorias y prosperidades temporales: no fundan su futura grandeza sino sobre las públicas desgracias; y las mismas señales que anuncian el resplandor de su gloria, son como siniestros presagios, que solo prometen calamidades à la tierra.

Pero la grandeza de Jesu-Christo que hoy anuncia el Angel à Maria, no se funda en estas vanas y lúgubres señales: el lenguaje del cielo y de la verdad en nada se parece al error y à la vanidad de las adulaciones humanas, y Dios nunca habla con el hombre.

Jesu-Christo será grande, porque es Santo è hijo de Dios: *Sanctum, vocabitur filius Dei*: porque salvará à su pueblo: *Ipse enim salvum faciet populum suum*, y porque su reyno nunca se ha de acabar: *Et regni ejus non erit finis*. Estas son las señales de su grandeza: una grandeza de santidad, una grandeza de misericordia, y una grandeza de perpetuidad y duracion.

Estas son tambien las señales de la verdadera grandeza: esta, Señor, no la deben buscar los Príncipes y Grandes en la elevacion del nacimiento, en el resplandor de los títulos y victorias, ni en la extension del poder

y

y autoridad: solamente serán grandes, à imitacion de Jesu-Christo, en quanto sean santos y útiles à los pueblos, y en quanto su vida y su reynado sea un modelo que se perpetúe en todos los siglos: de este modo tendrán, como Jesu-Christo, una grandeza de santidad, una grandeza de misericordia, y una grandeza de perpetuidad y duracion.

I. PARTE. Señor: el eterno origen de Jesu-Christo, y su título de Hijo de Dios, que es el título esencial de su santidad, lo es tambien de su grandeza y eminencia: no se llama grande porque cuenta entre sus Progenitores reyes y Patriarcas, ni porque circula por sus venas la mas Augusta sangre del Universo: es grande porque es santo, è hijo del Altísimo: toda su grandeza tiene su principio en el seno de Dios de donde salió: y el gran misterio de sus eternos fines, que hoy se manifiesta, recibe todo su esplendor de su nacimiento Divino.

Nosotros nada tenemos de grande sino lo que proviene de Dios: sí, Católicos, aunque los Grandes se glorien de tener, como Jesu-Christo, Príncipes y Reyes entre sus mayores, si no tienen mas gloria que la de sus abuelos, si toda su grandeza consiste precisamente en su nombre, si no tienen mas virtudes que sus títulos, si es necesario recurrir à los siglos pasados para hallarlos dignos de nuestros respetos, su mismo nacimiento los deshonra y afrenta aun à los ojos del mundo; contradicen con sus acciones personales la nobleza de su nombre; y asi la memoria de sus antepasados es su mayor oprobrio: las historias en que se hallan escritas las hazañas de sus padres son testigos que deponen contra ellos: no se halla la imagen de aquellos gloriosos progenitores en unos sucesores indignos: sus nombres carecen de las virtudes que en otro tiempo honraron à la patria: y el conjunto de gloria que han heredado no es mas que un peso de infamia que los afrenta y oprime.

Con todo eso, la mayor parte de ellos hacen alarde y vanidad de la nobleza de su origen: cuentan los grados de

de

de su grandeza por los siglos que ya no existen, por las dignidades que ya no poseen, por las acciones que no han executado, por sus abuelos, de los que no ha quedado mas que las viles cenizas, y por unos monumentos que ha borrado el tiempo; y se creen superiores à los demás hombres, porque les han quedado mas ruinas domésticas de la rapidéz del tiempo, y porque pueden presentar mas títulos de la vanidad de las cosas humanas que los demás hombres.

Sin duda que un nacimiento distinguido es una prerrogativa ilustre, à la que el comun consentimiento de las naciones ha vinculado siempre ciertas distinciones de honor y respeto; pero esto no es mas que título, sin que por sí solo sea virtud: es estímulo de gloria, pero no la dá por sí solo: es una leccion doméstica, y un honroso motivo para aspirar à la grandeza, pero no es lo que hace grandes: es una sucesion de honor y de mérito, pero falta y se extingue en nosotros luego que heredamos el nombre, sin heredar las virtudes de los que le hicieron ilustre: cada uno de nosotros dá principio, por decirlo asi, à una nueva familia: nosotros somos hombres nuevos: la nobleza se queda en el nombre, pero las vilezas deshonran nuestras personas.

Pero si el nacimiento distinguido sin virtud no es, aun para el mismo mundo, mas que un título vano que continuamente nos está reprehendiendo nuestra ociosidad y baxeza, ¿qué será en la presencia de Dios, que no vé otra cosa grande y verdadera en nosotros mas que aquellos dones de su gracia, y de su espíritu, que él mismo ha puesto en nosotros?

Y así nuestro nacimiento segun la fé es nuestro mas glorioso título: solamente somos grandes en quanto somos, como Jesu-Christo, hijos de Dios, y en quanto sabemos mantener la nobleza y excelencia de tan alto origen: esta es la que ensalza à los Christianos sobre los Reyes y Príncipes de la tierra: por su medio adquirimos hoy todos los derechos de Jesu-Christo, todo es nuestro,

nos

nos pertenece todo el Universo; los Patriarcas y escogidos de los pasados siglos son nuestros progenitores, somos herederos de un Reyno eterno, juzgaremos à los Angeles y à los hombres, y veremos algun día à nuestros pies todas las naciones y potestades del siglo.

Esta es, Señor, la prerrogativa de los hijos de Dios; por eso nuestros Reyes pusieron sobre todos los títulos que rodean y ennoblecen su Corona el de Christianísimos; y el mas santo entre vuestros predecesores no iba à buscar la raiz y origen de su grandeza en el numero de ciudades y provincias sujetas à su Imperio, sino unicamente en el lugar en donde, por medio del Santo Bautismo, habia sido puesto en el numero de los hijos de Dios.

Pero Señor, no basta, dice San Juan, tener el nombre de hijos de Dios, sino que es necesario serlo efectivamente: *Ut filii Dei nominemur, & simus*: si los hijos de los Reyes, degenerando de su augusto nacimiento, tuvieran unas inclinaciones baxas y viles; si se propusieran la fortuna de un feliz artesano como el objeto mas digno de su corazon, y unicamente capaz de llenar sus grandes ideas; si perdiendo de vista el Trono, al que deben subir algun día, no conocieran mayor felicidad que andar arrastrando entre el cieno, y confundir sus ocupaciones y ejercicios con los de la plebe mas despreciable, ¿qué oprobrio sería para su nombre, y para la nacion que esperase tenerlos por Soberanos?

Pues aun mucho mas culpables son, Señor, los hijos de Dios quando degeneran de esta dignidad, viviendo como los hijos del siglo: la gracia de vuestro Bautismo os ha elevado aun mucho mas que la gloria de vuestro nacimiento, no obstante ser el mas Augusto de todo el Universo: por éste no sois mas que un Rey temporal; pero el otro os hace heredero de un reyno eterno: por el primero sois hijo de Reyes, por el otro os habeis hecho hijo de Dios: todos los días estamos viendo crecer y manifestarse en vuestra Magestad unos pensamientos y unas inclinaciones dignas de la sangre que habeis recibido de los

Tomo X.

L

Re-

Reyes vuestros antepasados; pero nada sería esto si no correspondieran también al nacimiento que teneis de Dios, el que, por medio del Bautismo, os ha puesto en el número de sus hijos.

Juzgad pues, Señor, de las prendas que pide un nacimiento real, cuánto pedirá un nacimiento que todo es divino: si los hijos de los Reyes deben ser superiores á los demás hombres, si la menor baxeza los afrenta, si el mas leve defecto de valor es una mancha que tizna el resplandor de su nacimiento, si se les imputa á culpa una simple inconstancia de genio, si es necesario que sean mas valientes, mas sábios, mas circunspectos, mas afables, mas humanos, y mas grandes que los demás hombres; si el mundo pide tantas circunstancias en los hijos de la tierra, ¿qué no pedirá Dios á los hijos del cielo? ¿qué inocencia, qué pureza de deseos, qué elevacion de pensamientos, qué dominio sobre los sentidos y sobre las pasiones, y qué desprecio de todas las cosas precederas? ¿qué grande necesita ser un hombre para mantener la dignidad de tan alto origen! Esta es la primera señal de la grandeza de Jesu-Christo; una grandeza de santidad. *Hic erit magnus, & filius Altissimi vocabitur.*

II. PARTE. En segundo lugar; será grande porque salvará á su pueblo: *Ipse enim salvum faciet populum suum*: segunda señal de su grandeza; una grandeza de misericordia.

Jesu-Christo solamente baxa á la tierra para llenar á los hombres de sus beneficios: nosotros estabamos sujetos á la esclavitud y á la maldicion; y el Señor vino á romper nuestras cadenas, y darnos la libertad: eramos enemigos de Dios, y nos hallabamos sin derecho á sus promesas; y vino á reconciliarnos con él, y hacernos conciudadanos de los Santos, é hijos de una nueva alianza: viviamos sin ley, sin yugo, y sin Dios en este mundo; y vino á ser nuestra ley, nuestra verdad, nuestra justicia, y á derramar la abundancia de sus dones y gracias en todo el Universo: en una palabra, viene á renovar toda la natura-

le-

leza, á santificar lo que estaba manchado, á corroborar lo que estaba débil, á salvar lo que se habia perdido, y á reunir lo que se hallaba separado: ¡qué grandeza! á la verdad no hay cosa mayor que el poder ser util á todos los hombres.

Esta es la grandeza á que deben aspirar los Príncipes y Soberanos, y quantos tienen nombre de Grandes en la tierra: solamente pueden ser Grandes en quanto sean utiles á los pueblos, y en quanto, á imitacion de Jesu-Christo, les proporcionen la libertad, la paz, y la abundancia.

No hablo de aquella libertad que favorece á las pasiones y al libertinage, porque éste es un nuevo yugo, y una vergonzosa esclavitud: y supuesto que el primer principio de la felicidad y seguridad de los Imperios es la regla de las costumbres, tampoco hablo de aquella libertad que se levanta contra la autoridad legítima, ó que quiere participar de la que solamente reside en el Soberano, y que con pretexto de moderarla la destruye y aniquila: no hay mayor felicidad para los pueblos que el vivir en el buen orden y en la sumision: por poco que se aparten del punto fixo de la obediencia, ya no puede haber regla en el gobierno, y cada uno quiere ser para sí mismo la regla y la ley: de la independenciam nacen inmediatamente la confusion, las inquietudes, las disensiones, los atentados, y la impunidad de los delitos: los Soberanos no pueden hacer felices á sus vasallos, si no los tienen sujetos á la autoridad, y si al mismo tiempo no hacen que esta sujecion les sea suave y amable.

La libertad, Señor, que deben los Príncipes á sus pueblos es la libertad de las leyes: vos, Señor, sois árbitro de la vida y fortuna de vuestros vasallos, pero no podeis disponer de ellas sino conforme á las leyes: es verdad que no conoceis mas superior que á solo Dios; pero las leyes deben tener mas autoridad que vos mismo, porque no mandais á esclavos, sino á una nacion libre y belicosa, tan zelosa de su libertad, como de su fidelidad; y cuya

sumision es tanto mas segura quanto está mas bien fundada en el amor que tiene á sus Soberanos : todo lo pueden en ella sus Reyes , porque su amor y su fidelidad no ponen límites á su obediencia ; pero al mismo tiempo es necesario que sus Reyes los pongan á su autoridad ; y que asi como su amor no conoce mas ley que una sumision ciega , no pidan sus Reyes de su sumision mas que lo que les permiten pedir las leyes : de otro modo no serán Padres y Protectores de sus pueblos , sino sus enemigos y opresores : no reynarán sobre sus vasallos , sino que ejercerán sobre ellos un cruel dominio.

El poder de vuestro Augusto bisabuelo sobre la nacion ha excedido al de todos los Reyes vuestros antepasados : este se confirmó con un reynado dilatado y glorioso ; se mantuvo con su gran prudencia , y no se hallaban límites en el amor de sus vasallos : con todo eso muchas veces le vimos ceder á las leyes , elegir las por árbitros entre él y sus vasallos , y sujetar , con heroyca nobleza de ánimo , sus intereses á sus decisiones.

La ley, Señor , y no el Soberano es quien propriamente debe reynar sobre los pueblos : vos sois su Ministro , y el primer depositario : la ley es la que debe arreglar el uso de la autoridad , haciendo que la autoridad no sirva de yugo á los vasallos , sino que sea una regla que los gobierne , un socorro que los ampare , una paternal vigilancia , que se asegure la obediencia por medio del amor ; los hombres se miran como libres , quando solamente son gobernados por las leyes : su sumision es entonces su mayor felicidad , porque en ella consiste toda su tranquilidad y confianza : las pasiones , los injustos preceptos , los deseos excesivos y ambiciosos que suelen mezclar algunos Príncipes con el uso de su autoridad , en vez de estenderla , la debilitan : se hacen menos poderosos quando quieren ser superiores á las leyes : pierden en lo que les parece ganar ; todo lo que hace odiosa é injusta la autoridad , la minora y debilita : la raiz del poder está en el corazon de sus vasallos : y por mas absolutos que pa-  
rez-

rezcan , puede muy bien decirse que pierden su verdadero poder luego que pierden el amor de los que los sirven.

Digo tambien , que solamente pueden ser Grandes en quanto , á imitacion de Jesu-Christo , proporcionen á los pueblos la paz y la abundancia , que son siempre los dichosos frutos de la libertad de que acabamos de hablar : y estos son los bienes que hoy trae Jesu-Christo á la tierra : solamente es Grande , porque es bienhechor de todos los hombres.

Para ser Grandes en la opinion de los hombres es necesario , Señor , serlos util : el agradecimiento los obligó en otro tiempo á venerar por Dioses á sus bienhechores ; y asi adoraron á la tierra que los sustentaba , al Sol que los alumbraba , á los Príncipes que los hacian bien , á un Júpiter , Rey de Creta , y á un Osiris , Rey de Egypto , que habian dado sábias leyes á sus vasallos , que habian sido padres de sus pueblos , y que en sus reynados los habian hecho felices : es tan vivo el amor y el respeto que inspira el agradecimiento , que llegó á degenerar en culto.

Si queremos que sea immortal nuestra fama , es necesario hacer que los hombres tomen parte en nuestros intereses , y esto solamente lo conseguiremos con nuestros beneficios : los grandes talentos , y los títulos que nos elevan sobre ellos , y que de nada sirven á su felicidad , los deslumbran , pero no los mueven ; y mas son motivo de embidia , que del amor y de la estimacion del público : las alabanzas que tributamos á los demás , siempre recaen por algun camino sobre nosotros mismos : el interés ó la vanidad son el secreto canal por donde se comunican , porque todos los hombres son vanos , y siempre obran por su propio interés , y regularmente no gustan de tributar en vano unas alabanzas que los abaten á ellos , y que son como pública confesion de la superioridad que sobre ellos tienen aquellos á quienes alaban ; pero el agradecimiento vence á la vanidad , y la soberbia sufre tran-  
qui-

quilamente que nuestros bienhechores sean á un mismo tiempo nuestros superiores y dueños.

Un Príncipe, Señor, que no ha tenido mas virtudes que las militares, no puede vivir seguro de que ha de ser mirado de la posteridad como grande: en este caso solamente habria sido grande para sí, y nada habrá hecho por sus pueblos; y estos son los que aseguran para siempre la gloria y la grandeza del Soberano: podrá ser mirado como un gran Conquistador, pero nunca será tenido por gran Rey: ganará batallas, pero no ganará los corazones de sus vasallos: conquistará Provincias extranjeras, pero arruinará las propias: en una palabra, aunque haya sido hábil para mandar sus exércitos, no habrá sabido gobernar sus provincias.

Pero, Señor, un Príncipe que pone toda su gloria en la felicidad de sus vasallos, que prefiere la paz y la tranquilidad, que únicamente los pueden hacer felices, á las que no se reducen mas que á lisonjear su vanidad: un Príncipe que es mirado como el protector de su pueblo, que vive persuadido á que sus mas preciosos tesoros son los corazones de sus vasallos: un Príncipe que con la sabiduría de sus leyes, y con su buen exemplo destierra de sus Estados los desordenes, corrige los abusos, conserva la circunspeccion de las públicas costumbres, mantiene á cada uno sus derechos, reprime el luxo y el libertinage, mas funestos siempre para los Imperios que las guerras y las mas tristes calamidades; que restituye á la religion de sus padres la autoridad del resplandor, la magestad y la uniformidad que perpetúan el respeto en los pueblos; que mantiene el sagrado depósito de la fé contra los insultos de los espíritus reboltosos é inquietos, que mira á sus vasallos como á hijos suyos, á su reyno como su propia familia, y que no usa de su poder sino para felicidad de aquellos que se le han confiado: un Príncipe de estas prendas siempre será grande, porque siempre vivirá en el corazon de los pueblos. Los padres contarán á sus hijos lo felices que fueron vi-

vien-

viendo baxo el dominio de tan amable dueño, estos lo referirán tambien á sus nietos, y pasando esta memoria en cada familia de padres á hijos, será como un monumento domestico, levantado dentro del recinto de sus propias casas, que perpetuará en todos los siglos la fama de tan buen Rey.

Señor, no son las estatuas ni las inscripciones las que immortalizan á los Príncipes: éstas, tarde ó temprano llegan á ser triste juguete de los tiempos, y de la inconstancia de las cosas humanas. Roma y Grecia multiplicaron en otro tiempo casi infinitamente las imagenes de sus Cesares, y agotaron toda la ciencia del arte para que fuesen mas apreciables en los siglos futuros: pero fue en vano, porque de todos aquellos soberbios monumentos, apenas hay uno que haya llegado hasta nuestros tiempos: lo que solamente está escrito sobre el marmol y el bronce presto se borra; pero lo que se escribe en los corazones siempre permanece.

III. PARTE. La ultima señal de la grandeza de Jesu-Christo es la duracion y perpetuidad de su reyno: *Et regni ejus non erit finis*. Este reyno ha durado, y durará eternamente: sus beneficios perpetuarán su reynado y su poder: los hombres de todas las edades le reconocerán, y le adorarán como á su cabeza, su Salvador, y su Pontífice que siempre vive, y se está ofreciendo por nosotros á su Padre: será Príncipe de la eternidad, reynará sobre todos los escogidos en el cielo: y la Iglesia triunfante en el cielo será eternamente su reyno y patrimonio, del mismo modo que la militante en la tierra: en esto consiste su grandeza de perpetuidad y duracion.

Y á la verdad, la gloria que se ha de acabar con nosotros siempre es falsa: esta mas se concede á nuestros titulos que á nuestras virtudes: es un falso resplandor que rodea nuestros puestos, pero no dimana de nosotros mismos: siempre estamos rodeados de admiradores, é interiormente vacíos de aquellas prendas que admiran en nosotros: esta gloria es fruto del error y de la aduacion,

y

y así no es de admirar que se acabe con ellos: esta es la gloria de la mayor parte de los Príncipes y Grandes: suelen honrarse sus cenizas, aun calientes, con algun elogio; se añade esta vana decoracion á la de su pompa fúnebre, pero al dia siguiente todo se eclipsa y desvanece, se averguenzan los hombres de las alabanzas que los han tributado, y las miran como unos elogios que ya cansan por haberse oido tantas veces: se averguenzan hasta los mismos monumentos públicos en que están escritas, y en los que solamente parece que subsisten como pública memoria que los desaprueba: por eso las adulaciones nunca sobreviven á sus Heroes; y están estos falsos elogios tan lexos de immortalizar la gloria de los Príncipes, que solo sirven de perpetuar la baxeza, el interés, y la adulacion de aquellos que han sido capaces de tributarse los.

Para conocer la verdadera grandeza de los Príncipes y Grandes se debe buscar en los siglos que han seguido al tiempo de su vida: quanto mas distan de nosotros, mas crece y se asegura su gloria, quando ésta tuvo su origen en el amor de los pueblos: aun el dia de hoy se le están disputando á uno de vuestros mas valerosos progenitores los magnificos elogios que su siglo le tributó á porfia: y á pesar de la gloria de Marignan, se duda si debe ser contado por su valor entre los grandes Reyes que han ocupado vuestro Trono: y al mismo tiempo, no hallandose en su predecesor en tanto número aquellos talentos brillantes que constituyen á los Heroes, aunque sí mas virtudes pacíficas, que son las que forman á los buenos Reyes, será siempre grande en nuestras historias, porque siempre será amado de la nacion, por haber sido su Padre: de nada sirven los elogios que se tributan á los Soberanos en el tiempo de su reynado, si no se repiten despues en los reynados siguientes: porque la posteridad, siempre equitativa, ó los degrada de una gloria que solamente debian á su poder y á su clase, ó los conserva aquellas distinciones que debieron mas á sus vir-

tudes, que á su poder: es necesario, Señor, que la vida de un gran Rey pueda proponerse como exemplar á sus sucesores, y que su reynado sea modelo de todos los reynados siguientes; y de este modo, si es licito decirlo así, será eterno como el reyno de Jesu-Christo: *Et regni non erit finis.*

El reynado de David fue siempre el modelo de los buenos Reyes de Judá, y su duracion igualó á la del Trono de Jerusalém: el ser modelo de los Reyes sus sucesores, no lo debió solamente á sus victorias: Saúl habia vencido como él á los Filistéos, y á los Amalecitas: su piedad para con Dios, su amor á su pueblo, su zelo de la ley y religion de sus Padres, su conformidad con la voluntad de Dios en sus desgracias, su moderacion en las victorias y en las prosperidades, su respeto á los Profetas que de parte de Dios le avisaban sus obligaciones, y le abrian los ojos para que viese sus flaquezas, las públicas lágrimas de penitencia y devocion con que bañaba su Trono para expiar el escandalo de su culpa, las inmensas riquezas que juntó para fabricar un Templo al Dios de sus Padres, su confianza en el Sumo Sacerdote, y en los Ministros del culto Divino, el cuidado que tuvo de inspirar en su hijo Salomón máximas de virtud y de prudencia; y finalmente, el buen orden, y las justas leyes que estableció en todo Israel fue el verdadero principio de su grandeza.

Esta es, Señor, la grandeza á que debe aspirar vuestra Magestad: reynad de modo que vuestro reynado pueda ser eterno; que no solamente os asegure el reyno immortal de los hijos de Dios, sino tambien que en todas las edades futuras se os proponga á los Príncipes vuestros sucesores como modelo de buenos Reyes.

Las victorias solamente no os harán un gran Rey; el amor á vuestros pueblos, vuestra fidelidad á Dios, vuestro zelo por la religion de vuestros padres, y vuestro cuidado en hacer felices á vuestros vasallos será en nuestras historias la época mas gloriosa de vuestro rey-

nado , y el modelo de todos los futuros.

Amad , Señor , á vuestros pueblos , oid siempre con igual gustos estas palabras tantas veces repetidas. Sed amoroso , humano , afable , compasivo de sus miserias , cuidad de sus necesidades , y sereis un gran Rey , y la duracion de vuestro reynado igualará á la de la Monarquía : Dios os ha establecido sobre una nacion que ama á sus Príncipes , y que solamente por esto merece ser amada : en un reyno en donde los pueblos , por decirlo así , nacen buenos vasallos , es necesario que los Soberanos nazcan tambien buenos Príncipes : ya estais viendo , Señor , el ansia con que se dirigen á vos todos los corazones ; el amor no se puede pagar sino con el amor , y vos , Señor , no seriais digno del afecto de vuestros vasallos , si les negarais el vuestro.

Esta es la verdadera gloria de los Reyes : toda su grandeza consiste en el amor de sus pueblos : estos son los que perpetúan de siglo en siglo la memoria de los buenos Príncipes : ¿qué mayor gloria para un Rey , que reynar despues de su muerte en los corazones de sus vasallos el estar asegurado de que en las edades futuras los pueblos , ó sentirán el no haber vivido baxo su dominio , ó se darán el parabien de tener un Rey parecido á él ? qué gloria , Señor , el que se diga de él en todos los siglos , como de Salomón decia la Reyna de Sabá : Felices los que le vieron , y vivieron baxo la suavidad de sus leyes y de su Imperio ; feliz la edad que dió á la tierra un tan buen Príncipe ; felices las ciudades y provincias que vieron revivir baxo su dominio la abundancia , la paz , la alegría , la justicia , y la inocencia de las mas felices edades : feliz la nacion á la que algun dia favorezca el cielo con un Príncipe que le sea semejante.

Gran Dios , vos solo sois quien dá los buenos Reyes á los pueblos , y este es el mayor dón que podeis hacer á la tierra ; aun teneis entre vuestras manos al Augusto Niño que destinais á esta Monarquía , porque por razon de su edad y su inocencia aún está como una obra que han em-

empezado vuestras misericordias , obediente á esa divina mano que la ha de perfeccionar ; gran Dios , aún estais en tiempo de formarle para felicidad de los pueblos para quienes le habeis reservado : no se canse vuestra bondad de oir estos ruegos , tantas veces repetidos , pues interesan tanto á la salud y felicidad de una nacion , que siempre habeis amparado.

Baxo la conducta de los buenos Reyes se asegura vuestro culto , la fé triunfa de los errores , la infame incredulidad se vé desterrada , ú obligada á ocultarse , se confunden las doctrinas nuevas , los espíritus rebeldes no hallan proteccion ni seguridad sino en la unidad y en la obediencia ; vuestros Ministros , exerciendo en paz sus funciones , y velando continuamente en la conservacion del depósito , vén que la autoridad del Imperio dá la mano á la del Sacerdocio , y que unidos todos los corazones al pie del Trono , se postran tambien al pie de los Altares con la misma union y conformidad. Aumentad en él , ¡oh Dios mio ! cada dia aquellas felices señales que anuncian buenos Reyes á los pueblos : haced que crezca la obra de vuestras misericordias , y que cada dia se vaya manifestando en él con la edad : nosotros , Señor , no os pedimos que sea Conquistador de la Europa ; os pedimos solamente que sea Padre de sus pueblos : el poder de vuestro brazo es quien nos le ha conservado , al mismo tiempo que al rededor de su cuna habeis herido de muerte á toda la Real estirpe : sea tambien este mismo poder quien le forme y disponga para nuestra felicidad : este Augusto Niño , es como Moysés , el hijo que se ha salvado entre los funerales de toda su familia ; pues haced que como él , sea tambien el libertador de su pueblo , y que este primer prodigio con que le habeis sacado del seno de la muerte , sea para nosotros seguro presagio de los que debemos esperar baxo su Imperio. Amen.

## SERMON

PARA EL DOMINGO DE PASION,  
sobre la falsedad de la gloria  
humana.

*Si ego glorifico me ipsum , gloria mea nihil est.*

Si yo me glorifico á mí mismo , mi gloria es nada.  
*Joann. 8. 54.*

SEÑOR.

**S**I la gloria del mundo pudiera ser verdadera sin el temor de Dios , ¿qué hombre ha habido hasta ahora en la tierra que pudiese glorificarse á sí mismo como Jesu-Christo?

Además de la gloria de descender de una estirpe Real, y de contar á un David y á Salomón entre sus progenitores , ¿con qué resplandor no se manifestó él al mundo?

Registrad toda la carrera de su vida, y vereis que toda la naturaleza le obedece ; las aguas se consolidan para que camine sobre ellas : los muertos oyen su voz ; los demonios, atemorizados con su poder, huyen de su presencia ; los cielos se abren sobre su cabeza, y anuncian á los hombres su magnificencia y su gloria : el lodo entre sus manos dá vista á los ciegos : todos los lugares por donde pasa quedan señalados con sus prodigios : lee los secretos de los corazones ; vé lo futuro del mismo modo que lo presente ; se lleva tras sí las ciudades y los pueblos ; en los tiempos anteriores nadie habia hablado como él ; y admiradas las mugeres de Judá de su celestial eloquencia , llaman feliz á la Madre que le dió á luz.

¿Qué

¿Qué hombre se vió jamás en la tierra rodeado de tanta gloria? Y con todo eso , nos dice que si se la atribuyera á sí mismo , y no fuera mas que una gloria humana , nada sería su gloria : *Si ego glorifico me ipsum, gloria mea nihil est.*

La providad mundana , los grandes talentos , y las mayores felicidades nada son , si son puramente virtudes del hombre ; y no hay verdadera gloria sin el temor de Dios. Esto será el asunto de este discurso.

I. PARTE. Señor : yá há mucho tiempo que los hombres , siempre vanos , miran su gloria como su ídolo : los mas de ellos la pierden al mismo tiempo que la buscan ; y luego que ven tributar á su vanidad las alabanzas que solamente son debidas á la virtud , ya les parece que la han hallado.

No hay Príncipe ni Grande , por mas indignas y des-arregladas que sean sus inclinaciones y costumbres , á quien la vana adulacion no prometa la gloria y la immortalidad , y que no cuenten con los votos de la posteridad , quando acaso su nombre no llegará á ella , ó quando solamente será conocido por sus vicios : es verdad , que el mismo mundo que habia levantado estos ídolos de barro , los derriba al día siguiente , y que se venga á su gusto en las posteriores edades de la impericia de sus elogios con la abundancia de sus censuras.

Y aun no suele esperar tanto tiempo : los públicos aplausos que se dán á la mayor parte de los Grandes mientras viven , casi siempre se hallan desmentidos inmediatamente en las conversaciones privadas , y juicios que de ellos se hacen : las alabanzas que se les tributan no hacen mas que despertar la idea de sus defectos : y apenas acaban de salir de la boca que los publica , quando expiran en el mismo corazon que los desaprueba.

Siendo , pues cierto que la gloria humana casi siempre queda degradada , aun en el mismo tribunal del mundo , ¿qué puede tener que sea real y verdadero en la presencia de Dios , á cuya vista solamente son Grandes los

los que le temen? *Qui autem timent te, magni erunt apud te per omnia.* (1)

Y para hacer mas perceptible esta verdad, os suplico, Señores, que reparéis en que los hombres siempre han fundado su gloria en el honor y rectitud; en lo elevado y distinguido de los talentos; y finalmente en los sucesos famosos.

Pero sin el temor de Dios toda la providad humana ó es falsa, ó á lo menos no es segura: los mayores talentos son peligrosos ó para el que se gloria de ellos, ó para aquellos en quienes se emplean; y finalmente, las mas extraordinarias felicidades ó nacen de la culpa, ó en la realidad no son mas que delitos: *Si ego glorifico me ipsum, gloria mea nihil est.*

Dixe en primer lugar, que la providad humana sin el temor de Dios casi siempre es falsa, ó que á lo menos nunca es segura.

Bien sé que el mundo se precia de una fantasma de honor y rectitud, independiente de la religion, y que está persuadido á que puede uno muy bien ser fiel á los hombres, sin serlo á Dios; está adornado de todas las virtudes que pide la sociedad, sin tener las que manda el Evangelio; y en una palabra, ser hombre honrado sin ser buen Christiano.

Muy facil sería dexar al mundo este falso consuelo, sin disputarle una gloria tan vana y tan frívola como él mismo: y supuesto que él renuncia á las virtudes de los Santos, permitirle á lo menos las de los hombres: el querer quitarle el nombre de bondad, que es lo único que le queda, y lo que le consuela en la pérdida de todo lo demás, es acometerle por la parte mas flaca, y quitarle su último recurso: es despojarle de un honor y de una rectitud que cree propia suya, y que muchas veces suele disputar aun á los justos.

No le inquietemos, pues, en una posesion tan pacífi-

(1) Judith. 16. 19.

fica, aunque tan injusta: conengamos en que no obstante la depravacion y decadencia de las públicas costumbres, ha salvado el mundo entre sus ruinas algunas reliquias de honor y de rectitud; y que no obstante los vicios y pasiones que le dominan, todavia conserva baxo sus estandartes algunos hombres fieles á la amistad, zelosos del bien de la patria, rígidos amadores de la verdad, esclavos escrupulosos de su palabra, vengadores de la justicia, protectores de los flacos; en una palabra, sequaces de los placeres, y al mismo tiempo discipulos de la virtud.

Estos son los justos del mundo, estos los Heroes del honor y de la providad que tanto nos pondera, y los que todos los dias nos está oponiendo con un género de soberbia y ostentacion á los verdaderos justos: el mundo degrada al Evangelio por ensalzar á su ídolo: se precia de que solamente en él reside el honor y la verdadera rectitud: á nosotros nos apropia la flaqueza, la obscuridad, y la pusilanimidad que atribuye falsamente á la virtud, atribuyendose á sí mismo lo heroico y lo grande de ella: pero ¿qué cosa tan facil sería vengar el honor de Dios contra el culto vano y presuntuoso que el mundo tributa á su ídolo? Un soplo bastaría para derribar aquel edificio de vanidad y soberbia, sin que apenas quedasen de él mas que confusos vestigios.

Aquellos hombres virtuosos de que tanto se precia el mundo, no tienen en la realidad á su favor mas que el error público: quiero conceder que sean amigos fieles, pero el vínculo que los une es el gusto, la vanidad, ó el interés, y en sus amigos se aman á sí mismos: son buenos ciudadanos, pero la gloria y el honor que los resulta de servir á la patria son el único lazo, y la única obligacion que los une á ella: son amantes de la verdad, pero no es la verdad lo que buscan, sino la estimacion y confianza que por su medio adquieren entre los hombres: son fieles en sus palabras, pero es porque miran

como inconstancia y cobardía el faltar á ella, y en la realidad no es en ellos virtud el ser fieles en sus promesas; son vengadores de la injusticia, pero al mismo tiempo que la castigan en los demás, no hacen mas que publicar que ellos no son capaces de incurrir en la misma falta: son protectores de los flacos, pero quieren tener panegyristas de su generosidad, y el motivo mas poderoso que los obliga á aliviar la opresion y la miseria, son los elogios que los tributan los oprimidos. En una palabra, como dice la Escritura Santa, son llamados misericordiosos, y tienen todas las virtudes para el público, pero no siendo fieles á Dios ninguna tienen para sí mismos: *Multi homines misericordes vocantur; virum autem fidelem, quis inveniet?* (1)

Pero aun quando la providad del mundo no fuera casi siempre falsa, á lo menos es preciso confesar que nunca es segura: solamente la religion asegura la virtud, porque siempre son unos mismos los motivos que hallamos en ella: de suerte, que si ésta no mereciera delante de los hombres mas que la vergüenza y el oprobrio, no por eso dexaria de parecer mas hermosa y apreciable en la estimacion del justo; aun quando peligrara su vida por aspirar á ella, no pretenderia libertarla á costa de la virtud: aunque el vicio se presente al justo con los atractivos de la impunidad y del secreto, no por eso le parece mas amable, porque no teme á otro testigo mas que al mismo Dios, y ningun castigo le detiene tanto como la reprehension de su conciencia, aun quando la misma fama, y las públicas aclamaciones le solicitaran á seguirle. No es necesario alegar aquí exemplos de las muchas veces que la virtud mas estimada se ha hecho traicion á sí misma: además de estar el mundo lleno de falsos justos, y de que no todos los que tienen este nombre para con los hombres tienen igual mérito en la presencia de Dios,

(1) Proverb. 20. 6.

en todos tiempos ha sido muy propio de la injusticia del mundo el atribuir á la virtud las flaquezas del hombre: es verdad que el justo puede caer, pero solamente la virtud puede librarle, ó levantarle de sus caídas: solamente la virtud camina con seguridad, porque los principios en que estriva son siempre los mismos: las ocasiones no le autorizan contra la obligacion, porque las ocasiones nada mudan en las reglas: la luz y la vista del público son para ella lo mismo que la soledad y las tinieblas: en una palabra, ningun caso hace de los hombres, porque solo Dios, que es quien la está mirando, ha de ser su Juez.

Mirad si podeis hallar la misma seguridad en las virtudes humanas: como las mas veces tienen su origen en la vanidad y en la vanagloria, inmediatamente encuentran con su ocaso: como solamente se forman de la apariencia, se desvanecen luego, como aquellos fuegos fátuos de las exhalaciones, en la obscuridad y en las tinieblas; como solamente estrivan en las circunstancias, en las ocasiones, y en los juicios de los hombres, continuamente se están arruinando con estos débiles apoyos: siempre tienen baxo la inconstancia de su imperio los tristes frutos del amor propio: finalmente, como son obra flaca del hombre no tienen mas resistencia que él.

Si á uno de estos virtuosos del siglo se le presenta una ocasion segura de desacreditar á un enemigo, ó de perder á su competidor, con tal que conserve la reputacion y la fama de la moderacion mundana, ningun caso haria de si tiene el mérito para ella: con tal que su venganza no se oponga á su honor, no la juzgará indigna de su virtud: ponedle en unas circunstancias en que pueda conciliar su pasion con la estimacion pública, y no se detendrá en acomodarla á su conciencia: en una palabra, para él es lo mismo ser tenido por justo, que serlo en la realidad.

Al principio todo Israel parece que aplaudia la rebelion de Absalón; Achitophel, aquel hombre á quien el público tenia por tan prudente y virtuoso, y cuyos

consejos se miraban como consejos de Dios, prefiere no obstante el partido del delito, al que vé inclinadas las públicas aclamaciones, y la esperanza de sus adelantamientos, al de la justicia, que no le presenta mas que la obligacion.

Pero, Católicos, nada hay seguro en las virtudes humanas, si no está fundado en la virtud de Dios; aunque seáis benéficos, justos, generosos, y sincéros, podreis ser útiles al público, pero sereis inútiles para vosotros mismos: hareis obras dignas de alabanza á la vista de los hombres, ¿pero serán por eso verdaderas virtudes? En un corazón que no está lleno de Dios, dice el Sábio, no se halla mas que vacío y engaño: el conocimiento de vuestra justicia y de vuestra virtud, ¡oh Dios mio! es la unica raiz que produce frutos de immortalidad, y la unica fuente de la verdadera gloria: *Vani autem sunt sensus hominis in quibus non subest scientia Dei.*

Y así es inútil querer hallar la verdadera gloria en el honor y provida mundana: el principio de la verdadera grandeza se halla en el corazón; y en el que está vacío de Dios no se halla mas que las baxezas y miserias del hombre.

II. PARTE. Acaso dirá alguno que las virtudes civiles por sí solas son demasiado obscuras, y que la distincion y superioridad de los grandes talentos nos dará mas derecho á la fama.

Pero, ¡oh Señor! ¿qué son los grandes talentos mas que grandes vicios, si habiendolos recibido de Dios, no los empleamos mas que para nosotros mismos? Estos talentos en nuestras manos, las mas veces son instrumentos de las públicas desgracias, y siempre vienen á parar en ser la causa de nuestra perdicion y condenacion eterna.

¿Qué cosa es un Soberano que nace con un valor lleno de actividad, y cuyos rayos resplandecen por todas partes desde su mas tierna edad, si no le guía y contiene el temor de Dios? Es un astro nuevo y maléfico que no anuncia mas que calamidades á la tierra: quan-

to

to mas crezca en esta funesta ciencia, mas crecerán con él las miserias públicas: sus mas temerarias empresas hallarán muy débil resistencia en el ímpetu de su carrera: se persuadirá á que con la fama de sus victorias borra su temeridad ó su injusticia: la esperanza de conseguirla será el único título que justifique la equidad de sus armas: todo lo que le parezca famoso, le parecerá tambien legitimo: mirará la vida tranquila y pacífica como una vergonzosa ociosidad, y como tiempo que se usurpa á la gloria: sus vecinos serán sus enemigos, luego que le parezca que puede conquistarlos: las lágrimas y la sangre de sus pueblos serán la triste materia de sus triunfos; consumirá y arruinará sus propios Estados por conquistar otros nuevos: armará contra sí los pueblos y naciones: turbará la paz del universo: Se hará célebre haciendo á muchos infelices: ¡qué azote este para el linage humano! Si hay algun pueblo en la tierra capaz de tributarle elogios, basta para su castigo el desearle un tal Príncipe.

Examinad todos los grandes talentos que hacen ilustres á los hombres, y vereis que quando estos se han hallado en sujetos impíos, ha sido siempre para desgracia de una nacion y de su siglo. La mucha ciencia, emponzoñada con la soberbia, ha producido aquellos Gefes, y aquellos Doctores de la mentira, que en todas las edades han levantado el estandarte del error y del cisma, y que han formado en el mismo seno del Christianismo las sectas que le despedazan.

Aquellos ingenios excelentes, tan ponderados, y que han sabido hacer renacer en su siglo el gusto y la delicadeza de los antiguos, luego que se corrompió su corazón, no han dexado al mundo mas que unas obras lascivas y perniciosas, en las que se halla el veneno preparado por una mano diestra, para que solo sirva de inficionar las públicas costumbres, y en las que beberán los siglos venideros la libertad y corrupcion del nuestro.

Pero volved á otra parte la atencion: ¿qué papel han

N 2

he-

hecho en la tierra aquellos ingenios superiores, aunque al mismo tiempo ambiciosos é inquietos, que solo parece nacieron para poner en movimiento los Imperios y los Estados, y trastornar todo el Universo? Los pueblos y los Reyes han sido el juguete de su ambicion y de sus falsedades; las disensiones civiles, y las desgracias domésticas han sido los lúgubres téatros en donde han resplandecido sus grandes talentos.

Un solo hombre de baxo nacimiento, adornado de todas estas eminentes prendas de la naturaleza, pero sin conciencia y sin rectitud, fue capáz en los pasados siglos de elevarse sobre las ruinas de su patria, de mudar todo el semblante de una nacion vecina y belicosa, aunque tan zelosa de sus leyes y de su libertad, de hacerse tributar unos respetos que sus habitantes disputan á sus mismos Reyes, de trastornar el Trono, y dar al Universo un espectáculo de un Soberano, cuya Corona no pudo defender su sagrada cabeza contra la inaudita sentencia que le condenó á perderla.

Estos son unos espíritus bastos, pero inquietos y turbulentos, capaces de todo, menos de vivir tranquilos, que sin cesar están dando vueltas sobre el mismo punto en que se fixan; y que como Samson, aunque animados de muy distinto espíritu, mas quieren arruinar el edificio, y quedar sepultados entre sus ruinas, que dexar de vivir inquietos, y manifestar todos sus talentos y sus fuerzas: ¡desgraciado siglo el que produce estos hombres raros y maravillosos! pero no hay nacion que no haya tenido lecciones y exemplos domesticos de estas desgracias.

Y finalmente, quando no sean perjudiciales para su siglo, á lo menos lo son para sí mismos: son semejantes á un navio sin timon, llevado con todo ímpetu de vientos favorables; quanto mas rápida es su carrera, mas inevitable es el naufragio: no hay cosa mas peligrosa para estos hombres que los grandes talentos, quando su uso no es arreglado por la fé: las vanas alabanzas que los granjean estas brillantes prendas corrompen su corazon, y

quan-

quanto mas extraordinarias son sus qualidades, mas profunda é irremediable es su perversidad: Dios abandona al soberbio á sí mismo: estos hombres tan famosos muchas veces expían con la infamia de una caída pública la injusticia de los públicos aplausos: sus vicios son afrenta de sus talentos; estos bastos ingenios, que parece nacieron para mantener los Estados son, dice Job, como unas débiles cañas, que no pueden mantenerse á sí mismas. Muchas veces hemos visto á las mas preciosas piedras del Santuario envilecerse, arrastradas indignamente entre el cieno, y entregados los mayores talentos á las mayores flaquezas: *Quia ducit Sacerdotes inglorios, & optimates supplantat.*

III. PARTE Los sucesos extraordinarios, y las felicidades que á ellos se siguen, no merecen alabanza alguna en los enemigos de Dios, ni les dan mas derecho á la verdadera fama que sus talentos.

Bien sé que el mundo suele aplaudir estos sucesos, y que en él, regularmente, no son las virtudes, sino las felicidades las que hacen los grandes hombres: el conquistar provincias, el ganar batallas, el concluir negociaciones difíciles, el asegurar el Trono quando amenaza ruina, es lo que dá motivo á los títulos é inscripciones, y á lo que el mundo consagra elogios y monumentos públicos para immortalizar su memoria.

No es mi intento persuadir á que se arruinen estas demostraciones del público agradecimiento: todo lo que es útil á los hombres, es digno, en algun modo, de que estos lo agradezcan: la emulacion dá sugetos ilustres á los Imperios, y así es necesario que las recompensas exciten la emulacion, y que el mérito vea que siempre le sigue el premio.

El gobierno político no se mete en sondear los corazonas, y solamente examina los actos exteriores; y aun en este punto hay algunos errores, que son necesarios para el buen orden del público: todo lo que le sirve de adorno debe parecerle digno de aprecio: y aquellas costum-

tum-

tumbres, ó aquellos motivos que solamente afrentan al particular, no deben servir de mancha á los sucesos que han sido honrosos á la patria.

Pero si le es lícito al mundo ensalzar la gloria de sus Heroes, ¿por qué se le ha de prohibir á la verdad que hable en distinto estilo que el mundo? ¡ah! el mundo apenas perdona á nadie: únicamente están libres de sus dardos aquellos que viven lexos de él por razon de los tiempos ó de los lugares; los que están á su vista no están libres de sus censuras: luego que los conoce dexa de admirarlos, sin que en esto le podamos acusar de malicia ó injusticia; y es preciso creerle, pues habla contra sí mismo.

Y á la verdad, examinad los motivos de las acciones mas famosas, y de los mas extraordinarios sucesos: en lo exterior todo admira, y no se vé mas que el Heroe: pero entrad mas adentro, buscad al hombre, y vereis que, como dice el Sábio, no hallais mas que lodo y ceniza: *Cinis est enim cor ejus, & terra supervacua spes illius.*

La ambicion, la embidia, la temeridad, el acaso, y aun muchas veces el miedo y la desesperacion han sido causa de los mayores espectáculos, y de los mas ruidosos sucesos de la tierra. Puede ser que David debiese las victorias y fidelidad de Joab á la embidia que éste tenia á Abner. Muchas veces aspiramos á la fama por los mas viles medios: y muchas veces los caminos que nos conducen á ella son nuestra mayor afrenta.

Consultad á los que han tratado á aquellos hombres, á quienes en otro tiempo hicieron famosos sus felices sucesos, y os dirán que muchas veces no hallaban en ellos otra cosa grande mas que el nombre: el hombre desacreditaba al Heroe; su fama se avergonzaba de lo indigno de sus costumbres é inclinaciones: la familiaridad hacia traicion á la gloria de sus sucesos: era preciso acordarse de la época de sus grandes acciones, para persuadirse á que eran ellos los que las habian executado; y asi las magníficas decoraciones que nos deslumbran, y que sirven de tanto adorno á nuestras historias, ocultan muchas

ve-

veces los personajes mas viles y despreciables.

Señor, en los hombres no hay cosa alguna grande sino lo que proviene de Dios: la rectitud del corazon, la verdad, la inocencia, y la regla de las costumbres, y el imperio sobre las pasiones, son la verdadera grandeza, y la única y legítima gloria que nadie nos puede disputar: todo quanto hay en los hombres que proviene de ellos mismos, está manchado, por decirlo asi, con el mismo barro de que están formados: solamente la sabiduría, dice un gran Rey, está en posesion de la verdadera gloria, pues la gloria del pecador no es mas que oprobrio é ignominia: *Gloriam sapientes possidebunt; stultorum exaltatio ignominia.* (1)

La religion, la piedad, la fidelidad á todas las obligaciones que Dios nos impone respecto de nuestros próximos, y para con nosotros mismos, una ciencia pura y tranquila, un corazon que camine por las sendas de la justicia y de la verdad, que sea superior á todos los obstáculos que pueden detenerle, insensible á todos los atractivos que se juntan al rededor de él para engañarle, mayor que todas las cosas perecederas, y sujeto á solo Dios, esta es la verdadera gloria, y la basa de todo lo que hace grandes á los hombres: si descomponéis este fundamento, todo el edificio caerá en tierra, se arruinarán todas las virtudes, y nada quedará, porque solo quedará lo que somos nosotros mismos.

Vuestro reynado, Señor, estará lleno de maravillas, llevareis la gloria de vuestro nombre hasta las extremidades de la tierra, vuestros dias serán señalados con vuestras victorias, añadiréis nuevas coronas á las de los Reyes vuestros antepasados, y el universo entero resonará con vuestras alabanzas; pero si Dios no estuviera con vos, si el alma de vuestras empresas fuera la vanidad, y no la piedad y la justicia, no seriais gran Rey: vuestras prosperidades serian delitos, vuestros triunfos públicas des-

gra-

(1) Prov. 3. 35.

gracias ; seréis el terror y el espanto de vuestros vecinos , pero no seriais Padre de vuestro pueblo ; vuestras pasiones serian vuestras únicas virtudes ; y no obstante los elogios de la adulacion , compañera inseparable de los Reyes , no serian á la vista de Dios , y aun acaso de la posteridad , mas que verdaderos vicios .

Y así , Dios mio , nosotros no os pedimos para ese Augusto Niño esta gloria humana ; es verdad que ya parece que está pintada sobre la Magestad de su frente ; corre por sus venas con la sangre de los Reyes sus antepasados ; y vos , Señor , le hicisteis nacer grande á vista de los hombres , quando le hicisteis nacer de la sangre de nuestros Heroes : lo que os pedimos es la gloria que dimana de vos : ensalza los dones naturales de que le habeis adornado , con el immortal resplandor de la virtud : añadid á las amables prendas que le hacen ya ser las delicias de sus pueblos , las que le pueden hacer agradable á vuestra vista : dexad á su nacimiento , y al valor de la nacion , el cuidado de la gloria mundana ; nosotros , gran Dios , no os pedimos mas que el que cuideis de su conservacion , y de su eterna salud : la historia de sus mayores es un titulo que nos asegura el resplandor y las prosperidades de su reynado , pero vos solo nos podeis asegurar la inocencia y santidad de su vida : la gloria del mundo es como el patrimonio que ha recibido de sus padres segun la carne ; pero vos , ¡ó gran Dios! que sois su Padre segun la fé , dadle la sabiduría , que es la gloria y el patrimonio de vuestros hijos : haced que su corazon esté siempre en vuestras manos , y será siempre mayor que sus felicidades y sus triunfos : haced que os tema , ¡ó gran Dios! y será temido de sus enemigos , y amado de sus pueblos : de este modo será para el universo un espectáculo digno de la admiracion de todos los siglos : y no teniendo nada que temer por parte de su gloria , tampoco nos quedará que desear para nuestra felicidad .

## SERMON

PARA EL DOMINGO DE RAMOS,  
sobre los escollos de la virtud de los  
Grandes.

*Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus.*

Ved aquí á vuestro Rey , que viene á vosotros lleno de mansedumbre. *Matth. 21. 5.*

SEÑOR:

EN todas partes parece que exerce Jesu-Christo las prodigiosas funciones de su ministerio con alguna precaucion y cuidado : huye de las aclamaciones del pueblo que quiere colocarle en el Trono : escoge la soledad de lo mas elevado de un monte , distante de la ciudad , para manifestar su gloria á tres discipulos ; y los mismos demonios , que quieren publicarla , se hallan obligados por sus órdenes á ocultarla y callar .

Pero hoy se manifiesta abiertamente como Rey , y como un Rey que viene á tomar posesion de su Imperio : permite que se le tributen públicos respetos ; dispone como Soberano el inocente aparato de su triunfo : *Dicite quia Dominus iis opus habet* : entra en el Templo , y con públicos castigos restituye á aquel sagrado lugar la Magestad que le habia usurpado la indecencia de un infame tráfico : ya no es aquel hombre que se esconde de la vista del público ; es el hijo de David , que dá leyes , que exerce una suprema autoridad , y que quiere que toda Jerusalén sea testigo de su zelo y poder .

Este es , pues , el modelo de la piedad de los Grandes : á estos no les bastan las virtudes particulares , sino que necesitan tambien de virtudes públicas ; y así seria in-

gracias ; seréis el terror y el espanto de vuestros vecinos , pero no seriais Padre de vuestro pueblo ; vuestras pasiones serian vuestras únicas virtudes ; y no obstante los elogios de la adulacion , compañera inseparable de los Reyes , no serian á la vista de Dios , y aun acaso de la posteridad , mas que verdaderos vicios .

Y así , Dios mio , nosotros no os pedimos para ese Augusto Niño esta gloria humana ; es verdad que ya parece que está pintada sobre la Magestad de su frente ; corre por sus venas con la sangre de los Reyes sus antepasados ; y vos , Señor , le hicisteis nacer grande á vista de los hombres , quando le hicisteis nacer de la sangre de nuestros Heroes : lo que os pedimos es la gloria que dimana de vos : ensalza los dones naturales de que le habeis adornado , con el immortal resplandor de la virtud : añadid á las amables prendas que le hacen ya ser las delicias de sus pueblos , las que le pueden hacer agradable á vuestra vista : dexad á su nacimiento , y al valor de la nacion , el cuidado de la gloria mundana ; nosotros , gran Dios , no os pedimos mas que el que cuideis de su conservacion , y de su eterna salud : la historia de sus mayores es un titulo que nos asegura el resplandor y las prosperidades de su reynado , pero vos solo nos podeis asegurar la inocencia y santidad de su vida : la gloria del mundo es como el patrimonio que ha recibido de sus padres segun la carne ; pero vos , ¡ó gran Dios! que sois su Padre segun la fé , dadle la sabiduría , que es la gloria y el patrimonio de vuestros hijos : haced que su corazon esté siempre en vuestras manos , y será siempre mayor que sus felicidades y sus triunfos : haced que os tema , ¡ó gran Dios! y será temido de sus enemigos , y amado de sus pueblos : de este modo será para el universo un espectáculo digno de la admiracion de todos los siglos : y no teniendo nada que temer por parte de su gloria , tampoco nos quedará que desear para nuestra felicidad .

## SERMON

PARA EL DOMINGO DE RAMOS,  
sobre los escollos de la virtud de los  
Grandes.

*Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus.*

Ved aquí á vuestro Rey , que viene á vosotros lleno de mansedumbre. *Matth. 21. 5.*

SEÑOR:

EN todas partes parece que exerce Jesu-Christo las prodigiosas funciones de su ministerio con alguna precaucion y cuidado : huye de las aclamaciones del pueblo que quiere colocarle en el Trono : escoge la soledad de lo mas elevado de un monte , distante de la ciudad , para manifestar su gloria á tres discipulos ; y los mismos demonios , que quieren publicarla , se hallan obligados por sus órdenes á ocultarla y callar .

Pero hoy se manifiesta abiertamente como Rey , y como un Rey que viene á tomar posesion de su Imperio : permite que se le tributen públicos respetos ; dispone como Soberano el inocente aparato de su triunfo : *Dicite quia Dominus iis opus habet* : entra en el Templo , y con públicos castigos restituye á aquel sagrado lugar la Magestad que le habia usurpado la indecencia de un infame tráfico : ya no es aquel hombre que se esconde de la vista del público ; es el hijo de David , que dá leyes , que exerce una suprema autoridad , y que quiere que toda Jerusalén sea testigo de su zelo y poder .

Este es , pues , el modelo de la piedad de los Grandes : á estos no les bastan las virtudes particulares , sino que necesitan tambien de virtudes públicas ; y así seria in-

suficiente el haberlos exhortado hasta ahora á la virtud, si no les manifestáramos cuál es la virtud propia de su estado: aunque el Evangelio propone á todos los hombres una misma doctrina, no á todos propone unas mismas reglas: las obligaciones se mudan á proporcion de los estados: quanto más distinguido es éste, mas se aumentan las obligaciones: quanto mas nos une al público nuestra clase, mas virtudes públicas debe haber en nosotros; y en la realidad seremos malos, si solamente somos buenos para nosotros mismos.

Tres son, pues, los escollos que deben temerse en la virtud de los Grandes, y que pueden mudar en vicios todas sus virtudes.

I. Una virtud ociosa y encerrada en sí misma, que los aparte de los cuidados y obligaciones públicas.

II. Una virtud tímida, cobarde y escrupulosa, que los haga indecisos en su conducta y en sus empresas.

III. Finalmente, una piedad crédula y pueril, fácil en dexarse engañar, é incapáz de salir del engaño en que ha caído.

Esto es; es necesario que en la virtud de los Grandes se halle la vigilancia pública, que los dé movimiento: el valor y la elevacion para emprender y decidir en los negocios; y finalmente, ó los talentos que sirven para no ser engañados, ó una tan noble docilidad, que se precie de retratarse quando una vez ha conocido el error.

I. PARTE. Señor: La verdadera virtud consiste en el buen orden de la sociedad; ésta dexa á cada uno en su lugar, mira como el único camino seguro para nuestra salvacion el estado en que Dios nos ha colocado, no se figura una perfeccion quimérica en las obras que Dios no nos pide, no abandona sus propias obligaciones por entregarse á otras nuevas, y mira como vicios las virtudes que no son propias de su estado.

Todo lo que turba la armonía pública es en el hombre exceso, y no zelo ni perfeccion de virtud: la Religion desaprueba aun las mas santas obras, quando se ante-

te-

teponen á las obligaciones: y nada somos en la presencia de Dios, quando no somos lo que debemos ser.

Hay un género de virtud propio, por decirlo así, de cada estado: el hombre de República no puede ser virtuoso, si no tiene mas virtudes que las de un hombre privado: el Príncipe se extravía y se pierde por el mismo camino por donde se salvaria el vasallo; y acaso será muy culpable en las obligaciones de Soberano, siendo al mismo tiempo irreprehensible en la conducta de hombre particular.

Y así, el primer escollo para la virtud de los Grandes es apartarse de los cuidados públicos, y reducirse á los particulares de su persona; y como la ociosidad y el amor al descanso es el vicio mas frecuente de los Grandes, es en ellos mucho mas peligroso é irremediable quando le disfrazan con pretexto de virtud: algunas veces el amor á la fama puede despertar en los Grandes su pereza; pero el Grande que se gobierna por una virtud mal entendida, desprecia hasta la misma fama, y así su mal es irremediable: algunas veces el honor y el respeto al público, y á las dignidades, suele romper las cadenas de una vergonzosa ociosidad, y restituye el Soberano al pueblo de quien es; pero si su descanso se halla ocupado en ejercicios de piedad, le mira como honroso: puede muy bien llegar el caso de que nos avergoncemos de un vicio, pero siempre hacemos mucha estimacion de lo que miramos como virtud.

Pero, Señor, los Grandes y los Príncipes no han nacido para sí solos: el Príncipe es todo de sus vasallos: los pueblos, quando le ensalzaron á la dignidad, le confiaron la autoridad y el poder, y al mismo tiempo reservaron para sí el derecho á sus cuidados, al empleo de su vida, y á su vigilancia: no fue su ánimo levantar un ídolo á quien adorasen, sino que quisieron poner á su frente un Protector que los amparase y defendiese: no deben ser como aquellas Divinidades inútiles, que tienen ojos y no ven, lengua y no hablan, manos y no obran, sino que deben

O 2

ser

ser Dioses que los precedan , por usar de la frase de la Escritura , para gobernarlos y defenderlos : los pueblos , por orden de Dios , los han hecho lo que son , y así ellos deben emplear todas sus fuerzas á favor de los pueblos. Los votos libres de la Nación pusieron en el principio el Cetro en manos de vuestros mayores : ella fue quien los levanto sobre el escudo militar , y los proclamó por Reyes : el reyno quedó despues por patrimonio de sus sucesores , pero en su origen le debieron al libre consentimiento de los vasallos : el nacimiento los ha puesto despues en posesion del Trono ; pero este derecho , y esta prerrogativa de su nacimiento la debieron en el principio á los votos de la Nación : en una palabra , como el principio de su autoridad dimana de nosotros , los Reyes solamente deben emplearla á favor nuestro. Los aduladores , Señor , os estarán diciendo continuamente que sois Soberano , y que á nadie sois responsable de vuestros procederes : es verdad que nadie tiene derecho para pedir os cuenta de ellos , pero sois responsable de vuestras acciones á vos mismo , y , si es lícito decirlo á i , sois responsable á la Francia que os espera , y á toda la Europa que os mira continuamente : sois dueño de vuestros vasallos ; pero si no teneis las virtudes que corresponden á esta dignidad , no tendreis mas que el titulo de ella : todo lo podeis ; pero este poder mas es escollo que privilegio de la autoridad : es verdad que podeis abandonar los cuidados del reyno , pero si llegára el caso de que no cumplierais con las augustas funciones de vuestra dignidad , no tendriais mas que el vano nombre de Rey , y vuestro nombre quedaria afrentado en nuestras historias , como el de aquellos Reyes desgraciados que se entregaron á la ociosidad.

¿Qué fantasma de virtud seria en los Grandes , y en el Soberano , el temer la distraccion de los negocios públicos , el no cuidar mas que de ciertos ejercicios de virtud , como si fueran unos hombres particulares , que solamente tuvieran que dar cuenta de sí mismos , y si encerrados con un corto número de confidentes de sus piadosas ilu-

ilusiones , procurarán evitar la vista de los hombres ? Señor , un Príncipe establecido para gobernar á los hombres , debe conocerlos ; la eleccion de Ministros es la fuente de la pública felicidad , y para elegirlos es necesario tratarlos : en el Estado en donde el Príncipe no juzga por sí mismo , ninguno es tá en su lugar : se halla abandonado el mérito , porque éste ó es tan modesto que no se manifiesta , ó tan noble que no quiere deber su elevacion á las instancias y baxezas : la falsedad tiene abatidos á los grande talentos ; unos hombres superficiales se ensalzan á los primeros puestos , y quedan inutilizados los sujetos mas hábiles : muchas veces , un David , capaz él solo de salvar todo un Estado , no emplea su valor en la ociosidad del campo mas que contra los animales salvages , quando al mismo tiempo están á la frente de los Ejército del Señor unos Capitanes cobardes , á quienes asusta la sola presencia de Goliath. Mucha veces un Mardoqueo , cuya fidelidad se halla escrita en los públicos monumentos , y que con su vigilancia habia descubierta unas tramas funestas al Soberano y al Imperio , capaz por su rectitud y experiencia de dar buenos consejos , y ser colocado en los primeros puestos , vive despreciado á las puertas de Palacio ; quando al mismo tiempo un soberbio Amán tiene en sus manos toda la pública autoridad , y abusa de ella , y de la confianza del Príncipe.

Y así los principales ejercicios de los Grandes no son ni la oracion , ni el retiro : estas virtudes deben disponerlos para los cuidados públicos , pero no apartarlos de ellos : los Grandes se santifican contribuyendo á la salud y felicidad de sus pueblos : las gracias que corresponden á su Estado son las que animan á los trabajos , á los cuidados , y vigilancias : qualquiera que los prometa que han de hallar á Jesu-Christo en los desiertos , ó en el retiro de sus Palacios , es un falso Profeta : *Ecce in deserto , ecce in penetralibus , nolite credere* : (1) allí vivirán solos , y entre-

(1) Matth. 24. 26.

gados á sí mismos: Dios no habita con nosotros en aquellas circunstancias que no nos pide: y el sosiego en donde nos tenemos por mas seguros, si no nos guía y nos mantiene en él la mano del Señor, nos sirve de abismo en que pereceremos sin remedio: una virtud ociosa y retirada no santifica al Soberano, antes bien le envilece y degrada.

Reparad, Señor, en que si el Príncipe á quien su clase y nacimiento han hecho depositario de la pública autoridad se encerrara en el retiro de su Palacio, entregandose á un corto número de obligaciones piadosas y secretas, quedarían abandonados los cuidados públicos, se suspendería el curso de los negocios, los subalternos abusarían de la autoridad, las leyes cederían á la injusticia y á la violencia, los pueblos estarían como ovejas sin pastor, y todo el Estado caería en la confusion y en el desorden; ¿y os parece que Dios, que es el autor del orden público, había de mirar con complacencia una piedad ociosa, que trastornaría este orden? Los pueblos expuestos á la violencia de las olas, ¿no tendrían derecho para decir á este Piloto dormido é infiel, con mucha mas razon que los discipulos á Jesu-Christo quando estaban en la mar: Señor, ¿mirais con indiferencia nuestra pérdida? ¿es posible que no os ha de dar cuidado el que perezcamos, ó nos salvemos? *Magister, ¿non ad te pertinet quia perimus?* (1) ¿cómo había de autorizar la religion los abusos que la misma razon natural condena?

Además de que la religion tiene una conexión indispensable con el orden público, y así se debilita y cae con él: las costumbres siempre padecen con la flaqueza de las leyes: la confusion del gobierno es tan funesta para la piedad de los pueblos, como para la felicidad de los Imperios: el buen orden de la sociedad es la primera vasa de las virtudes christianas: la observancia de las leyes del

(1) *Marc. 4. 38.*

Estado debe disponer los caminos á las del Evangelio: la Iglesia no puede tenerse por segura en un Imperio en donde nada hay fixo. Por eso aquellos Estados en donde gobierna la multitud, y aquellos en donde está dividido el poder con el Soberano, siempre están expuestos á revoluciones, y con la misma facilidad abandonan las leyes que el culto de sus padres: en ellos quedan tan sin castigo los errores como las sublevaciones: en ellos es en donde ha hallado siempre la heregia su principal asilo: esta se fortifica entre la confusion de las leyes y la flaqueza de la autoridad: siempre ha debido su nacimiento ó sus progresos á las turbaciones y disensiones públicas: los reynados mas débiles y turbulentos han sido siempre entre nosotros, como en todas partes, en los que mas ha crecido su funesto poder: y luego que se desconcierta la armonia civil, empieza á titubear la religion.

Por eso, Señor, los mas santos Reyes de Judá juntaban las obligaciones de la piedad con las del reynado: el piadoso Josaphat al salir del Templo, adonde iba todos los dias á ofrecer sus votos y sacrificios al Dios de sus padres, embiaba, dice la Escritura, á todas las ciudades de Judá hombres hábiles, y Sacerdotes sábios, para restablecer la autoridad de las leyes, y la pureza del culto, que tanto habían alterado las desgracias de los anteriores reynados.

El mismo David, no obstante sus piadosos cánticos, que eran su mas frecuente ocupacion, y sus mas suaves delicias, y que hasta el fin de los siglos servirán de instruccion á los Reyes y á los pueblos, siempre se dexaba ver á la frente de sus Exércitos, y de los públicos negocios: siempre tenía abiertos los ojos para ver las necesidades del Estado: y no bastando él solo para todo, buscaba, hasta en las extremidades de Judea, hombres fieles que se sentasen á su lado, y dividía con ellos los cuidados que rodean el Trono: *Occuli mei ad fideles terræ; ut sedeant mecum.*

Entre los Reyes vuestros predecesores los mas piadoso-

dosos fueron siempre los que mas cuidaron de sus pueblos: aquel Rey, con especialidad, á quien tributa la Iglesia cultos públicos, se mezclaba él mismo en las mas menudas diferencias de sus vasallos; y como se tenia por su Padre, no se desdenaba de ser su árbitro en sus dudas: zeloso de los derechos de su Corona, queria derivarla á sus sucesores con el mismo resplandor, y las mismas prerrogativas que la habia recibido de sus padres: estaba persuadido á que al Soberano no le bastaba el hacer una vida inocente, sino que debia vivir como Rey para ser santo, y que no podria ser él hombre de Dios, si no era él hombre de sus pueblos.

Es verdad, Señor, que la virtud de los Grandes suele algunas veces dar en otro extremo: los precipita en una multitud de cuidados y negocios inútiles; se persuaden á que están obligados á registrarlo todo con sus ojos, y á tocarlo todo con sus manos: suelen no hacer caso de los mas importantes negocios, y al mismo tiempo emplean toda su atencion y su zelo en los de ninguna importancia: tienen todos los cuidados de un hombre particular, sin tener ninguno de los de un hombre de república, y aunque tengan las virtudes de vasallos, no tienen las de Príncipes. No deben, pues, abandonar el timon por entregarse á unos cuidados particulares, que no interesan la pública seguridad: sus manos están primeramente destinadas á dirigir aquellas principales máquinas del Estado, que dán movimiento á todas las demás; y en la virtud de los Grandes todo debe ser grande como ellos.

II. PARTE. Pero aunque la inaccion es el primer escollo para la virtud de los Grandes, no por eso es menos de temer el que sean irresolutos é indecisos, porque esto regularmente proviene de una conciencia tímida y escrupulosa, que no es menos peligrosa en ellos.

No es mi intento autorizar aquí aquella ciencia profana, que prefiere los intereses del Estado á los del Evangelio, ni aquel error comun que mira la exâctitud de las reglas del Evangelio como incompatibles con las ma-

máximas del gobierno, y los intereses del Estado.

Dios que es el Autor de los Imperios, lo es tambien de las leyes que los gobiernan: ¿habia el Señor de haber establecido unas potestades que no pudiesen mantenerse sino á costa de delitos? ¿Serían los Reyes obra de sus manos, si no pudieran reynar sin que el fraude y la injusticia fuesen compañeros inseparables de su reynado? ¿no son la rectitud y la justicia los mas firmes apoyos de los Tronos? ¿la ley de Dios no debe estar escrita en la frente del Soberano como primera ley de su Imperio? Y si para mantener la tranquilidad de la sociedad humana fuera preciso violarla, ó la ley de Dios seria falsa, ó la sociedad no seria obra de Dios.

¿Qué error, Católicos, el persuadirse á que los que ocupan los puestos eminentes no deben mirar tan escrupulosamente la rigidez de las santas leyes; que los Imperios y Monarquías no deben gobernarse por máximas de religion; que la ley de Dios solo es para los hombres particulares; que los Estados tienen una regla superior á la ley del mismo Dios; que todo caminaria con demasiada lentitud si las máximas del Christianismo gobernáran los públicos negocios; y que un hombre no puede á un mismo tiempo servir á Dios y al Estado! ¿os parece, Católicos, que la justicia, la verdad, y la buena fé podrán ser funestas al gobierno de los Estados é Imperios? ¿que la religion, en la que consiste toda la seguridad y felicidad de los pueblos y de los Reyes, habia de ser su escollo; que habia de tener mas poder para defender los reynos un brazo de carne, que la mano de Dios, que es la que los ha formado; que los pueblos habian de deber la tranquilidad y la abundancia, al fraude y á la mala fé de los que los gobiernan; y que los Ministros de los Reyes no habian de poder comprar la salud de la patria sino á costa de su propia salvacion? ¿qué ultraje este para la religion, y para tantos buenos Reyes, que por su medio han reynado felizmente en la tierra!

Confieso, Señor, que quando el Soberano es ambicioso,  
Tomo X. P so,



so, y medita empresas injustas, el artificio y la mala fé son casi inevitables en sus Ministros, ó para ocultar sus malos fines, ó para disfrazar sus injusticias; pero si el Príncipe es justo y temeroso de Dios, la justicia y la verdad bastarán entonces para mantener un Trono que ellas mismas han levantado: toda la habilidad de sus Ministros estrivará en su equidad y rectitud: no se atribuirán al fraude y al disimulo los famosos nombres de arte de reynar, y ciencia de Corte: en una palabra: como haya Davides y Faraones, amantes del pueblo, ellos tendrán Natanes, y Josees por Ministros.

Y así, como dice San Agustín, es afrenter á la religion el persuadirse á que no debe ser consultada en el gobierno de las Repúblicas, y de los Imperios: pero no la ultraja menos el que en una virtud mal entendida halla motivos de irresolucion é incertidumbre: que en todas las cosas halla apariencias de mal; y que continuamente está oponiendo una fantasma de religion á las mas justas empresas, y á las máximas mas fundamentales.

A la prudencia humana y corrompida es á la que corresponde ser indecisa y tímida: como siempre está rodeada de falsas apariencias, siempre debe temer que otra vista mas lince la registre y descubra; pero la sabiduria que viene del cielo, nos hace mas determinados, y nos dexa mas tranquilos: el que procura seguir siempre la luz, camina con mas seguridad: solamente el hombre virtuoso puede caminar con la cara descubierta, y desafiar á la prudencia tímida y cobarde del hombre fraudulento: una santa resolucion dice muy bien con la verdad.

Y así, forman muy falsa idea de la piedad los que se las figuran siempre tímida, cobarde, indecisa, y escrupulosa, mirando como culpa sus obligaciones, y como virtud sus flaquezas; obligada siempre á obrar, y sin atreverte á resolver; siempre suspensa entre los intereses públicos, y sus escrupulosos temores, y valiendose de la religion para introducir la confusion y el desorden, en donde debiera introducir el buen orden y la regla: es-

tos son unos defectos que los hombres suelen mezclar muchas veces con la virtud, pero no son defectos de la virtud: este es el carácter de los hombres flacos y cobardes, pero no efecto de la elevacion y sabiduria de la religion: en una palabra, este es exceso de virtud, pero la virtud siempre acaba en donde empieza el exceso.

Señor, la verdadera piedad eleva el espíritu, ennoblece el corazón, y conforta el valor: el que no tiene fuerza para vencerse á sí mismo no ha nacido para cosas grandes: de todo es capaz el hombre justo, quando á todo antepone la fé; la casualidad es la que forma los Heroes, pero á los justos los forma un continuado valor: las pasiones podrán colocarnos muy altos, pero solamente la virtud nos hace superiores á nosotros mismos.

¿Qué reynado hubo, Señor, mas glorioso en Israel, que el de Salomón mientras que permaneció fiel á la ley de sus padres? ¿qué gobierno mas sábio ni absoluto? ¿quando ha ensalzado la política á tan alto punto el arte de reynar y gobernar á los pueblos? ¿de cuánta gloria y magnificencia estaba rodeado su Trono? ¿afrentaba acaso la virtud á la Magestad? ¿qué Príncipe vió jamás mas obedientes á sus vasallos, á sus vecinos tenerse por dichosos de su alianza, y á los Soberanos, dueños de Imperios mas vastos y poderosos que el suyo, tener á su persona una veneracion, y un respeto que no se debian á su Corona? ¿los sábios de otras naciones no se tenian por ignorantes en su comparacion? ¿no acudian de las mas remotas Provincias á admirar el orden y la armonía con que gobernaba á sus vasallos, como si no fueran mas que un solo hombre? ¿aquellas divinas instrucciones que nos dexó, no sirven todavia de lecciones en donde aprehenden los Príncipes el arte de reynar? ¿Puede ser la virtud escollo para el gobierno, quando ella sola le mereció tanta sabiduria?

¿Qué feliz hubiera sido si no se huviera apartado de sus primeros caminos, y si los desórdenes de su anciani-

dad no hubieran manchado la gloria de su reynado, y alterado la felicidad de sus vasallos? Estos no empezaron á experimentar las pesadas cargas, ni dexaron de ser felices, hasta que él dexó de ser fiel á Dios, y hasta que corrompido por las mugeres extrangeras no puso límites á sus profusiones, y á la opresion de sus pueblos, y dispuso á su hijo la rebelion que separó diez Tribus del Reyno de David, y las dió un nuevo Príncipe.

¡Ah! los hombres para escusar sus vicios procuran desacreditar á la virtud: como ésta incomoda á las pasiones, quisieran persuadirse á que es funesta para el gobierno de los Estados é Imperios; y oponerla el interés público, para disfrazar de este modo el interés personal, que es el que únicamente se opone á ella. El temor del Señor es la fuente de la verdadera sabiduría; y lo que sirve de ordenar los deseos del hombre es lo que únicamente puede introducir el buen orden en los Estados,

III. PARTE. Finalmente, la irresolucion y la incertidumbre vienen á parar las mas veces en la preocupacion y en el engaño; y este es el último escolo de la piedad de los Grandes.

La piedad, Católicos, tiene sus errores como el vicio: quanto mas amamos la verdad mas facilmente puede engañarnos todo lo que se cubre con sus apariencias: la virtud sencilla y sincera juzga de los demás por sí misma: nuestra propia malicia nos sirve casi siempre de motivo para desconfiar: el que siempre ha procedido con rectitud y sencillez, usa de menos precauciones contra el fraude y el artificio: y los justos se hallan mas expuestos á ser engañados, porque ignoran el arte de engañar.

Pero la piedad de los Grandes es la que mas debe temer las preocupaciones y el engaño; porque además de ser mas peligrosas las resultas, habiendo nacido, como decia Asuero, con mas rectitud y sinceridad, son mas fáciles de ser engañados, porque no cuidan de examinar los negocios, y de nada desconfian; y les parece mas fá-

cil

cil el juzgar por lo que los dicen, que tomarse el trabajo de examinarlo por sí mismos: *Dum aures Principum simplices, & ex sua natura alios extimantes, callida fraude decipiunt.*

¿Y de cuántas preocupaciones no hace capaces á los Grandes su piedad? Primeramente de las preocupaciones de credulidad: la misma piedad abre muchas veces sus oidos para que escuchen la malicia de la calumnia: y quanto mas aman la virtud, mas facilmente se les persuade á que sopechen disoluciones y vicios en aquellos á quienes una infame embidia tiene interés de perder: pero deben mirar como sospechoso á todo zelo que intenta ofender al próximo: la verdadera piedad, ó no cree facilmente el mal, ó en vez de publicarle le oculta, y le procura escusar: no intenta hacer odioso á su próximo para con sus superiores, y solo anhela por reconciliarle con Dios: el fin de estas secretas delaciones, mas es trastornar la fortuna agena, que arreglar sus costumbres: y regularmente el delator mas descubre sus propios vicios, que los de su próximo.

En segundo lugar; de las preocupaciones de la confianza: muchas veces el hipócrita ocupa en su estimacion el lugar que debiera ocupar el hombre justo: conceden á las apariencias de virtud la familiaridad, los puestos, y la confianza que solamente se deben á la virtud verdadera: fian los públicos cuidados de aquellos que por sus cortos talentos solo habian nacido para ocuparse en los mas baxos ministerios: para con ellos, unas costumbres arregladas ocupan el lugar de los mas grandes talentos, y de los mas importantes servicios, y desacreditan la virtud con los mismos favores con que la honran.

Finalmente; de las preocupaciones de zelo: este es el punto en que aun los mas piadosos Príncipes han hallado muchas veces el escollo de su piedad: el amor que los Constantinos, y los Teodosios tenian á la Iglesia, se convirtió contra la misma Iglesia; y al mismo tiempo que los animaba el zelo de la verdad, favorecian el error: los

Prín-

Príncipes, Señor, no deben tocar á la religion, sino para protegerla y defenderla: su zelo solamente es útil á la Iglesia quando le imploran los Pastores: las instancias de los depositarios de la doctrina son las únicas que deben tener crédito para con ellos, quando se trata de la doctrina, qualquiera otra voz que no sea la voz unanime de los Pastores, les debe ser sospechosa: en esta materia no deben reservar para sí mas honor que el de la proteccion, y dexarles el de la decisíon y el juicio: los Obispos son sus vasallos, pero al mismo tiempo son sus Padres segun la fé: su nacimiento los sujeta á la autoridad del Trono, pero en punto de los Misterios de la Fé, la autoridad del Trono se precia de sujetarse á la de la Iglesia: los Príncipes no son mas que sus hijos primogenitos, y nuestros Reyes siempre han conservado este titulo como el de mas honor para su Corona: solamente tienen derecho para hacer executar sus decretos, y obediendo ellos los primeros, deben dar exemplo de sumision á los demás fieles: los que han querido pasar mas adelante, y usurpar el derecho que acerca de la Doctrina está únicamente reservado al Sacerdocio, en vez de remediar los males de la Iglesia, los han aumentado; sus remedios han sido nuevas heridas, y han producido nuevos excesos: todos los medios de conciliacion que se han inventado para calmar á los espíritus rebeldes, y reducirlos á la unidad, solo han servido de autorizarlos en su separacion y en su cisma: y quando han querido valerse solamente de su autoridad para atraerlos á la verdad, no han hecho mas que perpetuar los errores: pueden muy bien cercar el Arca, y guardarla como David, pero no deben poner en ella las manos: el Trono se levantó para servir de apoyo á la doctrina santa, pero nunca debe servirla de regla, ni de tribunal de donde dimanen sus decisiones.

¡Ah! si el Trono no estuviera rodeado de los intereses y pasiones humanas, sin duda que la piedad de los Soberanos sería el remedio mas seguro para la Iglesia pero muchas veces, ó hacen que empleen su religion

con-

contra sus propios intereses, ó se valen del vano pretexto de sus intereses contra la misma religion.

Y así, las preocupaciones son casi inevitables en la piedad de los Grandes: pero si llegan á obstinarse en sus preocupaciones, entonces el mal es mas incurable: no deben avergonzarse de poder ser engañados, porque les es casi imposible librarse de los engaños; todos quantos los rodean están estudiando cómo los han de engañar, ¿pues qué de estrañar es que alguna vez se descuiden, y se hallen engañados? El artificio es mas diestro y mas constante que la desconfianza; se vale de todas las figuras, y se aprovecha de todos los momentos: y quando todos los que nos tratan tienen interés en que nos engañemos, nuestras mismas precauciones suelen guiarnos á la red que nos disponen.

Pero, Señor, si los Príncipes no deben avergonzarse de haber sido engañados, por ser esta una desgracia inevitable á la autoridad suprema, tambien es para ellos cosa muy gloriosa el confesar que pueden ser engañados: no hay prenda mas apreciable en un Soberano, que querer ser desengañado, y tener valor para conocer él mismo su error: Asuero no tuvo por afrenta de la Magestad de su Imperio el declarar, con un edicto público, que Amán habia engañado su buena fé con sus artificios: es una necia vanidad el tenerse un hombre por incapáz de ser engañado: es flaqueza el no atreverse á volver á atras el que se ha visto precisado á empezar un camino por donde va extraviado: las variaciones que nos guian á la verdad, afirman la autoridad en vez de debilitarla: el salir del error, no es ser inconstante, ni manifestar á los pueblos la inconstancia del gobierno, sino hacerles ver la equidad y la rectitud: los pueblos saben muy bien, y están viendo muchas veces que los Soberanos pueden engañarse, pero rara vez ven que se desengañen, y desapruében su error: no debe temerse que tengan menos respeto al poder que confiesa su hierro, y que se condena á sí mismo: su respeto solamente se debilita para

con

con aquellos que , ó no conocen su error , ó que le justifican : y nada afrenta tanto á la autoridad para con ellos , como la flaqueza que se dexa engañar , y la falsa gloria que se persuade á que sería vileza el confesar su error y su engaño.

Señor , cerrad los oídos á los malos consejos , y á las peligrosas insinuaciones de la adulacion : pero como estas se cubren regularmente con el velo del bien público , y tarde ó temprano hallan entrada en el Trono , si alguna vez las habeis seguido por descuido , se interesa vuestra gloria en que las desaprobeis luego que os hayais desengañado : mayor gloria es confesar el engaño , que no haber sido engañado nunca : no hay cosa mas apreciable en un Soberano , que no depende de nadie , que querer depender siempre de la verdad : todos temerán el engañaros , si ven que luego que se descubre la adulacion y la impostura , atrae sobre sí vuestra indignacion : la vanidad de los Reyes es la que autoriza , y dá alas á la adulacion , y á los malos consejos : es indubitable que regularmente los aduladores hacen malos á los Reyes ; pero tambien lo es que los malos Reyes forman y multiplican los aduladores.

La piedad de los Grandes se hará respetable huyendo de todos estos escollos : de este modo la restituirán la gloria y la dignidad de que casi la han privado las burlas del mundo , ó las flaquezas de la falsa virtud , y no se oirá perpetuarse entre los hombres aquella blasfemia tan injuriosa á la religion , esto es , que los Príncipes virtuosos no son apropósito para el gobierno , y que aunque la virtud puede hacer grandes Santos , nunca formará grandes Reyes.

No permita Dios , Señor , que estos libertinos discursos lleguen jamás á vuestros oídos : y si alguna vez se atreviere la adulacion á llevarlos hasta los pies de vuestro Trono , salgan de él rayos que confundan á estos enemigos de la religion , y de vuestra verdadera gloria : oid estas impías adulaciones como blasfemias contra la ma-  
ges-

gestad de los Reyes , como ultrages que se hacen á vuestros mas gloriosos Progenitores , á Carlo Magno , á San Luis , y á vuestro Augusto bisabuelo : estos llegaron á ser Grandes Reyes por medio de una piedad sincera y fervorosa ; mas famosos los ha hecho su zelo por la religion , que sus victorias. Las alabanzas que siempre les estará tributando la Iglesia , durarán tanto como la misma Iglesia : sus heroicas hazañas , ó hubieran quedado sepultadas en la revolucion de los tiempos , ó no hubieran tenido mas que una fama regular , si la piedad no las hubiera immortalizado.

Sed , Señor , como ellos , defensor de la gloria de Dios , y no permitirá su Magestad que se borre jamás la vuestra de la memoria de los hombres : proponeos estos grandes modelos , y justificareis que la piedad no afrenta á los Reyes : que solamente las pasiones envilecen el Trono , y degradan al Soberano ; que no es digno de reynar el que no reyna sobre sí mismo ; y que para ser en las edades futuras tan grande como ellos á los ojos de los hombres , es necesario haber sido como ellos , fiel á Dios.

Gran Dios , quanto mas rodeado está el Trono de lazos , mas necesidad tienen los Reyes de que vos los ampareis y socorrais con vuestra gran misericordia : quanto mas expuesto se halla este Augusto Niño , por su tierna edad , á los peligros de la Dignidad Real , mas derecho tiene para ser el objeto de vuestros cuidados , y de vuestro paternal amor.

Armad , Señor , en tiempo la inocencia de su corazon contra las burlas que afrentan la piedad , y contra los escollos de la misma piedad ; dadle aquellas virtudes que santifican al hombre , y que al mismo tiempo forman un gran Rey : haced que respete á los que os sirven , y que el mismo sirva al Dios de sus Padres con aquella magestad que hace respetables á los Reyes.

Miradle , oh gran Dios ! desde lo alto del cielo : ved aquí á vuestros pies á este Augusto y precioso Niño , úni-

ca esperanza de la Monarquía, hijo de la Europa, sagrada prenda de paz de los pueblos, y de las naciones: ¿no se han commovido ya, Señor, las entrañas de vuestra misericordia? Miradle, Señor, con los ojos y afecto de toda la nacion.

Oid la primera voz de su corazon inocente, que os dice ahora, como os decia en otro tiempo un Santo Rey: Dios de mis Padres, volved á mí vuestros ojos: compadeceos de los peligros que me disponen mi edad y mi estado, y de los que me voy á ver rodeado al salir de mi niñez: *Respice in me, & miserere mei.* (1) Sed vos mismo el defensor de mi Trono, y de mi juventud: conservad el Imperio al hijo de tantos Reyes, y que no conoce otro título mas glorioso que el de ser el primero de vuestros hijos: *Da Imperium puero tuo.*

Pero no sea, ¡oh gran Dios! la conservacion de una Corona terrestre vuestro único beneficio: salvad al hijo de Adelayda, de las Blancas, de las Clotides, y de tantas piadosas Princesas que me presentan á vuestra vista, como á hijo de su amor y de sus mas amables esperanzas. *Et salvum fac filium ancilla tua;* y supuesto que la inocencia atrae siempre sobre sí vuestros ojos amorosos y propicios, conservadmela, ¡oh gran Dios! tanto tiempo como mi Corona, para que despues de haber reynado por vos felizmente en la tierra, pueda reynar con vos eternamente en el cielo. Amen.

(1) Psalm. 85. v. 16.

## SERMON

### PARA EL VIERNES SANTO,

acerca de los obstáculos que halla la  
verdad en el corazon de  
los Grandes.

*Astiterunt Reges terræ, & Principes convenerunt in unum adversus Dominum, & adversus Christum ejus.*

Los Reyes de la tierra se presentaron, y los Príncipes se congregaron contra el Señor, y contra su Christo.  
Psalm. 2. 2.

**H**OY parece que se juntan todas las Potestades de la tierra para condenar á muerte á Jesu-Christo: y su muerte es un público decreto que dimana de las pasiones de los Grandes y poderosos del mundo.

Este es aquel Pontífice eterno, que se ofrece á sí mismo por su pueblo, como la única víctima capaz de expiar sus iniquidades, y de aplacar la ira de Dios: es un Ministro y un Embiado de su Padre, que con su sangre dá testimonio á la verdad de su mision y de su ministerio; es un Rey que con su muerte entra en posesion del Imperio del Universo, y junta en su persona todos los gloriosos títulos que tanto estima la vanidad de los hombres.

Con todo eso, este Pontífice es hoy entregado á muerte por la embidia de los Grandes y Sacerdotes: en vano opone su inocencia este Ministro y este embiado del cielo á la ambicion y cobardía de un Ministro del Cesar: este Rey, dueño de todas las naciones como de patrimonio propio suyo, es hoy el juguete de la indiferencia, y vana curiosidad de un Rey usurpador de la Judea:

ca esperanza de la Monarquía, hijo de la Europa, sagrada prenda de paz de los pueblos, y de las naciones: ¿no se han commovido ya, Señor, las entrañas de vuestra misericordia? Miradle, Señor, con los ojos y afecto de toda la nacion.

Oid la primera voz de su corazon inocente, que os dice ahora, como os decia en otro tiempo un Santo Rey: Dios de mis Padres, volved á mí vuestros ojos: compadeceos de los peligros que me disponen mi edad y mi estado, y de los que me voy á ver rodeado al salir de mi niñez: *Respice in me, & miserere mei.* (1) Sed vos mismo el defensor de mi Trono, y de mi juventud: conservad el Imperio al hijo de tantos Reyes, y que no conoce otro título mas glorioso que el de ser el primero de vuestros hijos: *Da Imperium puero tuo.*

Pero no sea, ¡oh gran Dios! la conservacion de una Corona terrestre vuestro único beneficio: salvad al hijo de Adelayda, de las Blancas, de las Clotides, y de tantas piadosas Princesas que me presentan á vuestra vista, como á hijo de su amor y de sus mas amables esperanzas. *Et salvum fac filium ancilla tua;* y supuesto que la inocencia atrae siempre sobre sí vuestros ojos amorosos y propicios, conservadmela, ¡oh gran Dios! tanto tiempo como mi Corona, para que despues de haber reynado por vos felizmente en la tierra, pueda reynar con vos eternamente en el cielo. Amen.

(1) Psalm. 85. v. 16.

## SERMON

### PARA EL VIERNES SANTO,

acerca de los obstáculos que halla la  
verdad en el corazon de  
los Grandes.

*Astiterunt Reges terræ, & Principes convenerunt in unum adversus Dominum, & adversus Christum ejus.*

Los Reyes de la tierra se presentaron, y los Príncipes se congregaron contra el Señor, y contra su Christo. Psalm. 2. 2.

**H**OY parece que se juntan todas las Potestades de la tierra para condenar á muerte á Jesu-Christo: y su muerte es un público decreto que dimana de las pasiones de los Grandes y poderosos del mundo.

Este es aquel Pontífice eterno, que se ofrece á sí mismo por su pueblo, como la única víctima capaz de expiar sus iniquidades, y de aplacar la ira de Dios: es un Ministro y un Embiado de su Padre, que con su sangre dá testimonio á la verdad de su mision y de su ministerio; es un Rey que con su muerte entra en posesion del Imperio del Universo, y junta en su persona todos los gloriosos títulos que tanto estima la vanidad de los hombres.

Con todo eso, este Pontífice es hoy entregado á muerte por la embidia de los Grandes y Sacerdotes: en vano opone su inocencia este Ministro y este embiado del cielo á la ambicion y cobardía de un Ministro del Cesar: este Rey, dueño de todas las naciones como de patrimonio propio suyo, es hoy el juguete de la indiferencia, y vana curiosidad de un Rey usurpador de la Judea:

era preciso que todo quanto se llama grande en la tierra, la envidia de los Pontífices, la cobardía de Pilatos, y la indiferencia de Herodes sirviese para hacer resplandecer la grandeza y poder de Jesu-Christo, al mismo tiempo que le condenaban á muerte: *Astiterunt Reges terræ.*

Entre todas las instrucciones que nos ofrece el espectáculo de la Cruz, no hallo otra mas propia de este dia: y no pudiendo yo manifestar á vuestra piedad todas las circunstancias de este espectáculo, me contentaré con haceros ver los obstáculos que halla la verdad en el corazón de los Grandes de la tierra; esto es, os manifestaré á Jesu-Christo condenado á muerte por las pasiones de los Grandes, y condenadas las pasiones de los Grandes con la muerte de Jesu-Christo.

I. PARTE. La verdad, siempre odiosa á los Grandes, halla aun el dia de hoy en la tierra los mismos enemigos que en otro tiempo la pusieron en la Cruz con Jesu-Christo: la envidia la persigue, el vil interés la sacrifica, y la indiferencia la desprecia, y se burla de ella.

Pero entre todas las pasiones que oponen los hombres á la verdad, la envidia es la mas peligrosa, porque es la mas incurable: este es un vicio capaz de todo mal, porque nos le disfrazamos á nosotros, y es perpetuo enemigo del mérito y de la virtud: todo quanto admiran los hombres la inflama é irrita; solamente perdona al vicio y á la obscuridad: es preciso que el hombre que haya de merecer su indulgencia sea indigno de las atenciones del público.

Si no hubieran sido tan extraordinarios los prodigios que obró Jesu-Christo en Judea, los Príncipes y Sacerdotes, menos envidiosos de su gloria, no le hubieran disputado su inocencia: su zelo envidioso no le hubiera juzgado digno de muerte, si no lo hubiera sido de las públicas aclamaciones y alabanzas: *Quid facimus quia hic homo multa signa facit?*

Tan grande fue el odio y la envidia que la fama de Jesu-Christo imprimió en el corazón de los Pontífices y Sa-

Sacerdote, y de aquellos depositarios de la ley y de la religion. ¡Ah! ¿es posible que el mismo Santuario ha de ser casi siempre el asilo de una pasión tan despreciable! ¿que los preciosos dones del Espíritu de paz y caridad han de introducir la division y la amargura entre sus Ministros! ¿que siendo la mies tan abundante, y tan pocos los obreros se hayan de excitar estas envidias entre el corto número de trabajadores! ¿que los Angeles, destinados al Ministerio, no han de poder arrancar los escandalos del reyno de Jesu-Christo, sin sembrar regularmente otros nuevos! ¿que desde el nacimiento de la Iglesia se haya de haber introducido esta cizaña entre sus mas santos obreros, y que la Iglesia haya de ser las mas veces tan afligida por el falso zelo que la defiende, como por el mismo error que la persigue! ¿no es comun la gloria que á todos resalta de que sea anunciado Jesu-Christo? ¿no participamos todos de sus triunfos quando peleamos solamente por él? ¿los felices sucesos que aumentan su reyno, no son propios nuestros? El solo es el que dá el incremento, y siempre que nosotros hacemos alguna estimacion de nuestros cortos trabajos, inmediatamente merecen ser despreciados.

En el corazón en que domina la infame pasión de la envidia parece se juntan todas las circunstancias mas odiosas: y con todo eso, este es el vicio y el contagio mas universal de las Cortes, y muchas veces la principal causa de la decadencia de los Estados: no hay vileza que esta pasión no consagre ó justifique: destruye hasta los mas nobles pensamientos de la educacion y del nacimiento: y luego que este veneno se apodera del corazón, se convierten en almas viles, aun aquellas á quien la naturaleza habia formado para ser grandes.

Tampoco reparan en la mala fé: los principales Sacerdotes buscan ellos mismos testigos falsos contra Jesu-Christo, y quando debieran perseguir á estos hombres infames, que hacen un vil tráfico de la verdad, é inocencia de los demás hombres, se juntan á ellos, y amparan los

los delitos que son favorables á sus pasiones.

Por eso no se averguenza este vicio de buscar unos apoyos infames y despreciables : damos entrada á los hombres mas desacreditados y mas perdidos luego que estos se declaran por siervos de la secreta amargura que nos despedaza : los amamos luego que contemplamos que pueden servir de viles instrumentos á nuestra passion ; y lo que debiera hacerlos mas aborrecibles á nuestra vista es lo que borra en un instante todas sus manchas : nunca faltan en el mundo estos hombres que se venden á la iniquidad , cuya única ocupacion es desacreditar para con los Grandes á aquellos que tienen la desgracia de desagradarlos , ó que por sus prendas se merecen la estimacion de los que los tratan ; y estos hombres perversos , que debieran ser desterrados de la sociedad, nunca dexan de hallar Grandes que los oygan y protejan : se mira como mérito el zelo que manifiestan por nuestros intereses : se les atribuye á virtud un ministerio infame de que ellos mismos se averguenzan interiormente : Saul empieza á hacer estimacion de Doeg el Idumeo luego que éste se declara Ministro de su embidia, y de su odio contra David.

¿ Pero de qué no es capaz un corazon poseído de la embidia ? No solamente aplaude la impostura , sino que no teme el inficionarse con tan infame vicio. Estos Pontífices , testigos de los prodigios y santidad de Jesu-Christo , no pudiendo ignorar que era Hijo de David, y descendiente de los Reyes de Judá , habiendo oido de su propia boca que era preciso dar á Dios lo que es de Dios, y al Cesar lo que es del Cesar , le hacen con todo eso pasar plaza de sedicioso , y de enemigo del Cesar , que le quiere usurpar su soberano poder : de un impío que quiere trastornar la ley y el Templo de sus Padres : y finalmente , de un hombre despreciable , nacido entre la ignominia y vileza de la plebe.

Esta cruel passion es una especie de frenesí , que muda á nuestra vista todos los objetos , y hace que nada veamos

mos en su figura natural. Por mas victorias que alcance David de los Filisteos , y por mas que procure asegurar la Corona de su Soberano, no es á la vista de Saúl mas que un ambicioso que quiere usurparle el Trono. Por mas que Jeremías justifique la verdad de sus profecías con la realidad de los sucesos y santidad de su vida , los Sacerdotes , embidiosos de su fama , publican que es un impostor , y un traidor , que anuncia las desgracias y la entera ruina de Jerusalém , mas para acobardar á sus ciudadanos, y favorecer al enemigo , que para precaver la total destruccion de la patria.

Todo se convierte en veneno en manos de esta funesta passion : aun la virtud mas pura pasa por una hipocresía mas bien disimulada ; el mas prodigioso valor por pura obstentacion , ó por una casual felicidad , que ocupa el lugar del mérito : la reputacion mas bien fundada , por error público, en que tiene mas parte la preocupacion que la verdad : los talentos mas útiles al Estado , por una ambicion desmesurada, que procura ocultar su insuficiencia : el amor á la patria , por un arte de hacerse estimar, y deseo de ser tenido por necesario : los mas gloriosos sucesos , por un conjunto de circunstancias felices , que mas se deben á la casualidad , que á la prudencia de las medidas que se han tomado ; y el mas ilustre nacimiento , por un nombre famoso , debido mas á la usurpacion , que al haberle heredado de sus mayores.

Finalmente , la lengua del embidioso mancha todo quanto toca : y con todo eso este lenguaje tan infame es el mas comun de las Cortes , y el que une las sociedades y las concurrencias : todos procuran ocultar la secreta herida de su corazon , y todos se la comunican unos á otros : se averguenzan del nombre del vicio , al mismo tiempo que están haciendo alarde de él.

Por último , se vale de las apariencias de zelo y amor al bien público : la embidia de los Pontífices contra Jesu-Christo parece que se halla consagrada con los intereses de la nacion , y conservacion del Templo y de la ley.

El

El zelo del bien público es siempre el principal adorno, y la apología de este vicio: al mismo tiempo que dá á entender que todos los temores son por la seguridad del Estado, solamente se reducen á embidiar los puestos de los que gobiernan: hablan mal de la eleccion que hace el Soberano, como que cae en unos sujetos indignos; pero no es el interés público el que los mueve, sino la embidia y el pesar de no haber sido ellos los escogidos: los puestos á que aspiran nunca les parece que se conceden segun el mérito: juzgan que nunca se hallan juntos el favor del Príncipe, y el bien del Estado: se tienen por amantes de la patria, y no aman mas que los honores y preeminencias. A Amán le parece cosa peligrosa para el Imperio el poder y la religion de los Judios; pero no es su intento salvar al Estado, sino perder á Mardoqueo. Los Cortesanos de Darío acusan á Daniél de haber quebrantado la ley de los Persas; pero no es el zelo de la ley el que los anima, sino el horror que tienen á la gloria y favor de Daniél.

En estos hombres que parecen zelosos todo es embidia: hacen ostentacion del título de buenos ciudadanos, para ocultar el de embidiosos: siempre tienen el Estado en la boca, y la embidia en el corazon: dán muestras de tristeza por los sucesos desgraciados, y que no corresponden á las ideas y medidas de los que gobiernan; y mas se alegran de las murmuraciones que caen sobre ellos con este motivo, que lo que se compadecen de los males que pueden sobrevenir á la patria.

Este es uno de los mas funestos efectos de esta desgraciada pasion: los Pontífices piden que la sangre del justo cayga sobre ellos y sobre sus hijos: ningun caso hacen de la desolacion del Templo y de la ciudad santa, de la cesacion de los Sacrificios, de la dispersion de Judá, y de la pérdida de todo, con tal que perezca el inocente.

¿Y cuántas veces hemos visto algunos Ministros públicos sacrificar el Estado á sus particulares embidias, arruinar las empresas mas gloriosas para la patria, porque

no

no recayese su gloria sobre sus rivales; proporcionar unos sucesos capaces de trastornar el Imperio, con el fin de sepultar á sus competidores entre sus ruinas; y arriesgarlo todo, únicamente por conseguir que perezca un solo hombre? Las historias de las Cortes é Imperios están llenas de estos infames pasages, y raro es el siglo en que no se han visto tristes exemplos de ellos; pero el verdadero zelo del bien público solo procura ser útil; y para el hombre virtuoso, y que ama de veras al Estado, los servicios le sirven de recompensa.

Y asi la embidia es la primera pasion de los Pontífices, que entregan hoy á muerte á Jesu-Christo. En segundo lugar, tambien le condena la infame cobardía de Pilatos.

II. PARTE. La pasion mas dominante de los Grandes, Católicos, es la fortuna: quieren agradar al Cesar, y este es el único pensamiento que los tiene ocupados: todo quanto favorece á su elevacion se acomoda siempre con su conciencia: miran la rectitud, quando puede ser perjudicial á su fortuna, y quando pudiera hacerlos perder el favor del Monarca, como virtud propia solamente de los ignorantes: y luego que tienen mas temor á la desgracia del Cesar, que á los remordimientos de su conciencia, si no sacrifican el honor y la rectitud, no es porque su corazon y su voluntad no estén dispuestos á ello, sino porque les falta la ocasion para los mayores delitos; á la verdad, en Pilatos se advierten al principio estas señales de rectitud y providad: su conciencia clama á favor del inocente, y parece que defiende su causa: no se atreve á darle libertad, y al mismo tiempo está deseando verle libre: la cobardía es el primer grado de la ambicion: amamos la rectitud y la equidad quando nos es útil ó glorioso el declararnos á su favor, quando podemos contar con los votos del público, quando nuestra firmeza nos hace famosos en el mundo, y quando somos mas grandes á vista de los hombres por la heroyca defensa de la verdad, de lo que seríamos con el disimulo y condescen-

Tomo X.

R

deu-

dencia: en la obligacion buscamos la gloria y los aplausos; y regularmente la vanidad es la que dá defensores á la verdad.

El miedo sucede á la cobardía: amenazan á Pilatos con la indignacion del Cesar: *Si hunc dimittis non es amicus Caesaris*; y esta razon basta para que se abandonen los mas sagrados derechos, y para que no hagamos caso de ellos: el que ama mas otra cosa que la verdad y la justicia no es digno de defenderlas. Una alma noble debe temer mucho mas una accion opuesta al honor y á la conciencia, que la indignacion del Cesar. Pero por otra parte, Señor, el modo mas seguro de servir á la gloria del Príncipe es no servir á sus pasiones: mas vale exponerse á su indignacion, que faltar á la fidelidad que se le ha jurado; y si los Príncipes como vos pueden contar con un amigo fiel, deben buscarle entre aquellos cuyo amor ha tenido algunas veces valor para desagradarlos: quanto mayor es el número de los que continuamente los están aplaudiendo, mas respetable debe ser para ellos el hombre justo, que se aparta de las públicas adulaciones; pero este heroísmo de fidelidad es muy raro en las Cortes. Apenas se halló un Daniél en el Imperio entre todos los Sátrapas, que no conocian mas ley que la voluntad de su Príncipe: es desgracia de los Soberanos, que el mismo poder que multiplica al rededor de ellos los aduladores, hace tambien que sean mas raros sus amigos.

Por eso el miedo que tuvo Pilatos de desagradar al Cesar le conduxo al último grado de la cobardía, y fue causa de que abandonase y entregase á muerte á Jesu-Christo: los clamores del pueblo furioso no se podian aplacar sino con la sangre del justo: el oponerse á su violencia era avivar el fuego de la sedicion; pues mas vale que perezca el inocente, que el que toda la nacion se revele contra el Cesar; y es preciso comprar el bien público á costa de una maldad.

Y este es siempre el pretexto de que se valen los que ocupan los puestos públicos para disculpar el abuso que

hacen de su autoridad: no hay maldad que no justifique el bien público: parece que la seguridad y felicidad pública no pueden subsistir sino á costa de delitos: que el buen orden y tranquilidad de los Imperios son siempre efecto de la injusticia y de la iniquidad: y que para ser útil á la patria, es necesario abandonar la virtud.

Ya, Señor, lo he dicho muchas veces, y nunca me cansaré de repetirlo: la ley de Dios es la mayor fuerza, y la mayor seguridad de las leyes humanas: lo que atrae sobre los Estados la indignacion del cielo, no puede hacer felices á los pueblos: el buen orden, y la utilidad pública no pueden ser efecto de los delitos: muy mal sirve á la patria el que la sirve á costa de las leyes santas: esto es lo mismo que socabar los fundamentos para levantar mas alto el edificio; y es debilitar sus principales columnas por añadir unos vanos adornos que aceleren su ruina. Los Imperios no se pueden mantener sino con la equidad de las mismas leyes que los formaron: muchas veces ha tenido poder la injusticia para destronar á los Soberanos, pero nunca le ha tenido para asegurar los Tronos: los Ministros que han ensalzado excesivamente el poder de los Reyes, siempre le han debilitado: no han hecho mas que levantar á sus Príncipes sobre las ruinas de sus Estados; y su zelo solamente ha sido útil á los Cesares, en quanto han respetado las leyes del Imperio.

La embidia, pues, de los Príncipes y Sacerdotes es la que persigue hoy á Jesu-Christo; el vil interés de Pilatos quien le condena; y finalmente la culpable indiferencia de Herodes la que le hace que sirva de motivo á las burlas y públicos desprecios.

¡Ah! ¿qué otro destino podia prometerse la doctrina del Evangelio, manifestandose en una Corte soberbia y sensual? Todo quanto se vé en la doctrina santa se opone á la sensualidad y á la soberbia: los que habitan los Palacios de los Reyes no hallan grandeza sino en el delyte y en la vanidad: si no os alistais baxo de estos Estandartes, ó os miran como censor y enemigo, ó os des-

preciarán como si fuerais un hombre de otra especie, ó como á un extraño que quiere introducir entre ellos un idioma inaudito, y unas costumbres extranjeras.

Nosotros mismos en estos christianos Púlpitos, en los que todavia se habla el idioma de la verdad, nosotros mismos afrentamos en ellos muchas veces á este idioma Divino: respetamos lo que debieramos impugnar; mitigamos con ideas humanas la severidad de las reglas santas: casi autorizamos sus preocupaciones, en vez de impugnar sus excesos; y con pretexto de que no se revelen contra la verdad, casi se la desfiguramos.

Noticioso Herodes de las maravillas que se publicaban de Jesu-Christo, discurre que le ha de ver obrar algunos prodigios, y con esta esperanza le ve llegar á su Palacio con alegría: no le mueve la verdad, sino que quiere satisfacer su vana curiosidad, y hacer que Jesu-Christo sirva de pasatiempo á su ociosidad: en todos tiempos han mirado la mayor parte de los Príncipes y Grandes á la religion como un puro espectáculo: adornados los mas augustos y terribles misterios con los atractivos de la armonía, los sirven de profanos regocijos con que se divierten: buscan los placeres de los sentidos hasta en las mismas obligaciones de un culto, que está establecido para destruirlos: es necesario para que los agrada de la religion que hallen en ella los regocijos del siglo; y un espectáculo que es digno de los Angeles, necesita de vanas decoraciones para ser digno de ellos.

Herodes hace á Jesu-Christo unas preguntas vanas y frívolas: *Interrogabat eum multis sermonibus*: unas preguntas en que tiene mas parte la vanidad y la irreligion, que el amor á la verdad, y que mas se proponen para hacer ostentacion de las dudas, que por sincero deseo de salir de ellas: unas preguntas, cuyo fin es confirmarnos mas en la incredulidad, y cuyo motivo es la ceguedad de donde nacen: unas preguntas en que se disputa de las eternas verdades de la salvacion, como de aquellos puntos dudosos, é indiferentes que Dios ha entregado al ocio

y

y á la disputa de los hombres: en las que se trata de lo que ha de decidir de nuestra eterna felicidad ó desgracia, como si fuera un problema indiferente, en cuyos opuestos extremos hubiera igual verosimilitud, y que pudieran ser igualmente adoptados: unas preguntas, finalmente, que mas son secretas burlas de la fé, que sinceros deseos de quedar instruido.

Y este es el único uso que la mayor parte de los Grandes hace de Jesu-Christo: unas continuas preguntas acerca de la religion: *Interrogabat eum multis sermonibus*: Se valen de Jesu-Christo y de su doctrina como de un objeto ocioso y frívolo de sus conversaciones y disputas, en vez de mirarle como el objeto de su esperanza y de su culto; oyen con mas indiferencia las verdades de la eternidad y de la otra vida que nos espera despues de la muerte, que las relaciones de una tierra incognita, y aun acaso fabulosa, á donde no ha llegado hasta ahora mortal alguno: hablan de los hechos milagrosos en que se funda la certidumbre y divinidad de la religion de sus Padres, con la misma incertidumbre que pudieran hablar de un punto de historia de poca importancia, y que no estuviera aun bien averiguado; y en el modo con que procuran instruirse en la fé, dán bien á entender que la han perdido del todo.

Por eso Jesu-Christo solo responde á las vanas preguntas de Herodes con un profundo silencio: no es merecedor de las respuestas de la verdad sino el que pregunta con un sincero deseo de conocerla: la religion regularmente está mas borrada en el corazon de aquellos que mas hablan, y mas disputan de ella: Católicos, el que busca la verdad de buena fé, ya puede decir que la ha hallado; para hallarla no es necesario ni penetrar los abismos, ni subir á las nubes, sino que basta escucharla en nuestros corazones: un corazon docil é inocente inmediatamente oye su voz: las dudas y averiguaciones que forma la soberbia, en vez de darnosla á conocer, cierran nuestros ojos para que no veamos su luz, oculta sus mis-

te-

terios á los sábios y soberbios jueces, y no se comunicá sino á los que se precian de ser sus discípulos: la humildad es la fuente de las luces: el que más disputa, mas se extravía: Dios permite que quanto mas se dude, mas se aumenten las dudas: luego que la razon abandona la ley, nada hay que la detenga: quanto mas adelanta en este punto, mayores precipicios se dispone: por eso la heregia, que en sus principios era tímida, cada dia vá creciendo y aumentandose sin medida: en el principio solamente impugnaba los abusos que se figuraba hallar en el culto, y despues ya impugna al mismo culto: se quejaba de que nosotros degradabamos á Jesu-Christo de la dignidad de mediador; y ha producido unos discípulos que han intentado degradarle de su Divinidad, y de su eterno nacimiento: queria reformar la verdadera religion, y ha venido á parar en aprobar las falsas, ó por mejor decir, en no conocer ninguna: queria seguir los Libros Santos á la letra, y esta letra ha sido para ella una letra de muerte; y sus falsos Profetas han sacado de ella un fanatismo, y unas visiones acerca de lo por venir, que despues han desmentido los sucesos, y de las que ella misma se ha avergonzado: no, Católicos, la fé es el único punto que puede fixar al entendimiento humano: si quereis pasar mas adelante, ya no hallareis camino seguro: encontrareis con una tierra tenebrosa, y cubierta de las sombras de la muerte: no vereis en ella mas que fantasmas, y tristes hijos de las tinieblas; y como la razon no tiene freno, tampoco el error tendrá límites.

Las preguntas de Herodes se ordenaban á hacer á Jesu-Christo objeto de risa: *Sprevit autem illum Herodes cum exercitu suo*, y toda su Corte siguió su exemplo: *Cum exercitu suo*. La mas pura virtud, luego que desagrada al Soberano, es olvidada y despreciada de sus Cortesanos: el gusto del Príncipe es el que decide casi siempre para con ellos acerca de la verdad y del mérito: toda su religion está pintada, por decirlo así, en el rostro del Soberano: la voluntad de éste es su ley y su Evangelio: en

en su culto no hay cosa fixa mas que los antojos y pasiones del ídolo á quien adoran.

Y así, Señor, el principal cuidado que deben tener los Reyes en el puesto en que Dios los ha colocado, es el hacer respetable la religion, sin manifestar jamás el mas leve desprecio que pueda ofender su Magestad: nunca se vió á vuestro Augusto bisabuelo, aun en su edad mas arriesgada, apartarse de esta regla: en todos tiempos, y en todos los lugares, siempre la tuvo presente: su respeto á la religion de sus padres impuso siempre un perpetuo silencio á la impiedad: en este punto hablaba siempre en un estilo propio del primer Rey del Christianismo, esto es, usaba del respetable estilo de la fé: la irreligion era el único delito á quien nunca perdonaba: en este asunto todo lo miraba con seriedad: jamás permitió que en su presencia, aunque fuese con motivo de pura diversion, se introduxesen sátiras que pudiesen ofender al culto de sus padres: era religioso, aun en medio de las alegrías y fiestas de una Corte jóven y floreciente; y así jamás padeció la fé por los placeres y distracciones que son inseparables de la juventud de los Reyes; en este punto, Señor, todo sirve de regla en la boca del Soberano: una pura ligereza basta para autorizar el libertinage de la impiedad, ó formar nuevos impíos: todos se persuaden á que adelantando alguna cosa en el libertinage serán mas estimados, y las chanzas del Príncipe se convierten en blasfemias en la boca del Cortesano.

Estas son las pasiones que los Grandes oponen á la verdad, y que condenan á muerte á Jesu-Christo. Ah! si pudiera yo acabar mi discurso manifestandoos las pasiones de los Grandes condenadas con la muerte de Jesu-Christo?

¿Hay acaso alguna pasion á quien no confunda la Cruz de Jesu-Christo? Muere por dar testimonio á la verdad, y es su primer Martyr; y los Grandes temen á la verdad, y pocas veces se la permite el acercarse al Trono: solamente es Rey para ser víctima de su pueblo; y los pueblos son regularmente víctima de la ambicion de los Príncipes

y Reyes : las señales de su autoridad , su Cetro y su Corona son los instrumentos de sus trabajos ; y el único uso que hacen los Grandes de su autoridad es valerse de ella para sus injustos placeres : en medio de sus trabajos y dolores no piensa mas que en nuestros intereses ; y los Grandes , en medio de sus placeres , no se dignan de reparar en las aflicciones y trabajos de sus próximos : Jesu-Christo padece por nosotros , y los Grandes se persuaden á que todos deben padecer por ellos : vino á hacer de todos los pueblos un solo pueblo , á reconciliar á todas las naciones , á extinguir todas las guerras ; y al mismo tiempo la vanidad de los Grandes enciende y perpetúa estas en la tierra : ¿ qué mas diré ? Solamente se hace Rey para ser Salvador ; sus beneficios son sus títulos mas gloriosos ; sus mas estimables prendas son los diferentes officios del amor que nos tiene : toda la grandeza que en sí tiene es para los hombres , todo es para nosotros : pero los Grandes ningun caso hacen de los demás hombres , y están persuadidos á que solamente han nacido para sí mismos.

Este es , Señor , el gran modelo de los Reyes : Jesu-Christo desde lo alto de su Cruz instruye á los Príncipes y Grandes de la tierra : Miradme , los dice , y obrad según este modelo : yo he dexado mi reyno , y he descendido de mi Gloria por salvar á mis vasallos : vosotros solamente sois Reyes para ellos , y su felicidad debe ser el único objeto de todos los cuidados anexos á vuestra corona : este Rey , Señor , dá la vida por su pueblo ; pero á vos no os pide mas de que ameis al vuestro : es un Rey , que aunque sale á conquistar al mundo , es por ganarle para Dios : pelead siempre , Señor , con el mismo fin , y podeis estar seguro de la victoria ; es un Rey que forma su Trono en su Cruz , y del lugar de sus dolores y trabajos ; mirad pues el vuestro , como un lugar de cuidados y fatigas , y no como asiento del ocio y del regalo : es un Rey que solamente quiere reynar en los corazones , y así el mas glorioso uso de vuestra autoridad será el que os asegure el amor de vuestros pueblos ; es un Rey que viene á tra-

traher la paz , la verdad , y la justicia á los hombres , y que no intenta mas que hacerlos felices : reynad vos , Señor , para nuestra felicidad , y reynareis tambien para la vuestra.

¡ Oh Salvador mio ! hoy empezais á reynar sobre todas las naciones : vuestros ultimos suspiros son como las sagradas primicias de vuestro reynado : con la Cruz vais á conquistar todo el Universo . ¡ Gran Dios ! sirva esta misma Cruz de confirmar el reynado del precioso Niño que veis aqui á vuestros pies : consagre la religion las primicias , y corone su duracion : sus gloriosos progenitores la pusieron sobre su Trono ; sirva de defensa á este Augusto Niño , que todavia no puede ofreceros mas que su inocencia , la fé de sus padres , las desgracias de que ha visto rodeada su Real cuna , y el mas tierno amor de sus vasallos.

Conservad , Señor , al hijo de tantos Santos , y de tantos protectores de la santa Fé . Estos expusieron antiguamente su vida y sus corazones por recobrar vuestro Patrimonio ; conservad el suyo á este precioso Niño para que algun dia pueda defender y amparar á la Iglesia , que el Padre celestial os dá hoy como patrimonio que habeis adquirido á costa de vuestra sangre : ellos volvieron cargados con los sagrados despojos de la Cruz ; pues sirva hoy este santo deposito con que enriquecieron á esta ciudad ilustre , y á estas sagradas prendas la piedad de sus Padres de alcanzar vuestras gracias á favor suyo : no abandoneis , Señor , al heredero de tantos Príncipes , que fueron los primeros defensores de vuestro nombre , y de vuestra gloria : los golpes de vuestra ira le han perdonado entre las ruinas de su Augusta Familia , dexadnos pues , ó gran Dios , gozar de vuestro beneficio , ya que tan caro nos ha costado : haced que esta feliz reliquia de tantas augustas Cabezas como hemos visto caer á un mismo tiempo , repare nuestras pérdidas , y enjague nuestras lágrimas : llenadle á él solo de todas las gracias que teniais destinadas en vuestros tesoros eternos para tantos

Príncipes como debian haber reynado antes que él, y á los que estaba destinada su corona: juntad en él todo lo que habiais de haber repartido en los demás, y veamos juntas en su reynado todas las bendiciones y felicidades que nos prometiamos separadamente en los reynados de los Príncipes de que nos ha privado una temprana muerte, y á los que el haberlos negado vos una corona que les destinaba en la tierra su nacimiento, ha sido sin duda porque les disponiais otra eterna en el cielo. Amen.

## SERMON PARA EL DIA DE PASQUA, acerca del triunfo de la religion.

*Expolians Principatus, & Potestates, traduxit confidenter; palam triumphans, illos in semetipso.*

Jesu-Christo, habiendo desarmado á los Principados y Potestades, los presentó en triunfo á vista de todo el Universo, despues de haberlos vencido en su propia persona. Col. 2. 15.

### SEÑOR.

LOS triunfos de los Conquistadores no eran mas que un espectáculo de vanidad, de lágrimas de desesperacion, y de muerte: era un triunfo lúgubre de las pasiones humanas, que no dexaba despues mas que las tristes señales de la ambicion de los vencedores, y de la esclavitud de los vencidos; pero el triunfo de Jesu-Christo es hoy, aun para las mismas Naciones que conquista, un triunfo de paz, de libertad y de gloria.

Triunfa de sus enemigos, pero es para darlos libertad,

pad, y asociarlos á su poder: triunfa del pecado, pero es para borrar y clavar en la Cruz el fatal decreto de nuestra condenacion, y para derramar sobre nosotros una fuente de santidad y de gracia: triunfa de la muerte, pero es para asegurarnos la immortalidad.

Esta es la gloria de la religion: al principio no presenta mas que los oprobrios y trabajos de la Cruz; pero es un triunfo glorioso, y el mayor espectáculo que el hombre puede presentar á la tierra: en el mundo no hay cosa mayor que la virtud; todos los demás generos de gloria se deben, ó á la casualidad, ó á la adulacion, ó al error público; éste solamente le debemos á Dios, y á nosotros mismos: los Príncipes y Poderosos la miran con desprecio, y con todo eso solamente pueden ser grandes por su medio, pues solamente con ella pueden triunfar de sus enemigos, de sus pasiones, y de la misma muerte.

Procuraré manifestar estas verdades de tanto honor para la fé, y consagrar en gloria de la religion el discurso de este último dia, que es el grande dia de los triunfos de Jesu-Christo.

I. Part. Señor: Tres escollos tiene que temer en la tierra la gloria de los Príncipes y Grandes: la malicia de la embidia, y las inconstancias de la fortuna que la obscurecen: las pasiones que la afrentan; y finalmente la muerte que la sepulta, y que convierte en censuras las mas vanas adulaciones que la habian ensalzado.

La religion los defiende de estos inevitables escollos, en que regularmente perece toda la gloria humana: la religion los hace superiores á todos los sucesos de la embidia: los sujeta las pasiones, y los asegura despues de su muerte la gloria que pudo negarlos la malicia en el tiempo de su vida: esto es lo que hace hoy el triunfo de Jesu-Christo: y este es el glorioso modelo que yo propongo á los Grandes de la tierra.

Toda la gloria de su santidad y de sus prodigios, no pudo librarle de los dardos de la embidia; parecia que

Príncipes como debian haber reynado antes que él, y á los que estaba destinada su corona: juntad en él todo lo que habiais de haber repartido en los demás, y veamos juntas en su reynado todas las bendiciones y felicidades que nos prometiamos separadamente en los reynados de los Príncipes de que nos ha privado una temprana muerte, y á los que el haberlos negado vos una corona que les destinaba en la tierra su nacimiento, ha sido sin duda porque les disponiais otra eterna en el cielo. Amen.

## S E R M O N

### PARA EL DIA DE PASQUA,

acerca del triunfo de la religion.

*Expolians Principatus, & Potestates, traduxit confidenter; palam triumphans, illos in semetipso.*

Jesu-Christo, habiendo desarmado á los Principados y Potestades, los presentó en triunfo á vista de todo el Universo, despues de haberlos vencido en su propia persona. *Col. 2. 15.*

#### SEÑOR.

LOS triunfos de los Conquistadores no eran mas que un espectáculo de vanidad, de lágrimas de desesperacion, y de muerte: era un triunfo lúgubre de las pasiones humanas, que no dexaba despues mas que las tristes señales de la ambicion de los vencedores, y de la esclavitud de los vencidos; pero el triunfo de Jesu-Christo es hoy, aun para las mismas Naciones que conquista, un triunfo de paz, de libertad y de gloria.

Triunfa de sus enemigos, pero es para darlos libertad,

pad, y asociarlos á su poder: triunfa del pecado, pero es para borrar y clavar en la Cruz el fatal decreto de nuestra condenacion, y para derramar sobre nosotros una fuente de santidad y de gracia: triunfa de la muerte, pero es para asegurarnos la immortalidad.

Esta es la gloria de la religion: al principio no presenta mas que los oprobrios y trabajos de la Cruz; pero es un triunfo glorioso, y el mayor espectáculo que el hombre puede presentar á la tierra: en el mundo no hay cosa mayor que la virtud; todos los demás generos de gloria se deben, ó á la casualidad, ó á la adulacion, ó al error público; éste solamente le debemos á Dios, y á nosotros mismos: los Príncipes y Poderosos la miran con desprecio, y con todo eso solamente pueden ser grandes por su medio, pues solamente con ella pueden triunfar de sus enemigos, de sus pasiones, y de la misma muerte.

Procuraré manifestar estas verdades de tanto honor para la fé, y consagrar en gloria de la religion el discurso de este último dia, que es el grande dia de los triunfos de Jesu-Christo.

I. Part. Señor: Tres escollos tiene que temer en la tierra la gloria de los Príncipes y Grandes: la malicia de la embidia, y las inconstancias de la fortuna que la obscurecen: las pasiones que la afrentan; y finalmente la muerte que la sepulta, y que convierte en censuras las mas vanas adulaciones que la habian ensalzado.

La religion los defiende de estos inevitables escollos, en que regularmente perece toda la gloria humana: la religion los hace superiores á todos los sucesos de la embidia: los sujeta las pasiones, y los asegura despues de su muerte la gloria que pudo negarlos la malicia en el tiempo de su vida: esto es lo que hace hoy el triunfo de Jesu-Christo: y este es el glorioso modelo que yo propongo á los Grandes de la tierra.

Toda la gloria de su santidad y de sus prodigios, no pudo librarle de los dardos de la embidia; parecia que

su inocencia se había rendido ya al poder de las tinieblas; pero si su Resurreccion ata á su carro triunfal estos Principados, y estas Potestades, su gloria sale tambien triunfante del seno de sus oprobrios: su Cruz es la resplandeciente señal de su victoria: solamente la Judea le había despreciado, y el Universo entero le adora.

Y así, Católicos, por poderosa que sea la gloria de los Grandes en la tierra, siempre tiene que temer la malicia de la envidia, que procura obscurecerla; esta verdad no necesita de prueba, especialmente en las Cortes: ¿en qué vida, por famosa que sea, no vé manchas? ¿Qué victorias ha habido hasta ahora, que no hayan sido por alguna parte afrentosas para el vencedor? ¿En qué sucesos no se atribuyen á la casualidad las mismas felicidades que otros conocen ser efecto del talento y de la prudencia? ¿Qué acciones heroicas ha habido que no se hayan procurado degradar, acusandolas de haber sido hechas por motivos viles é indignos? En una palabra, ¿dónde están los Héroes en quienes la malicia, y aun acaso la verdad, no halle las flaquezas de hombres?

Católicos, mientras no tengáis mas gloria que está á que aspira el mundo, él mismo os la disputará: añadid á ella la gloria de la virtud, porque aunque el mundo la teme y huye de ella, con todo eso la respeta.

Señor, un Príncipe que teme á Dios, y que gobierna sus pueblos con prudencia, nada tiene que temer por parte de los hombres: aunque su fama tenga envidiosos, su virtud hará respetable su fama: sus empresas hallarán censores, pero su piedad formará la apología de su conducta: aunque sus prosperidades exciten la envidia y desconfianza de sus vecinos, su virtud le hará el asilo y el árbitro de sus disensiones: nunca serán sospechosas sus acciones, porque siempre irán precedidas de la justicia: nadie tendrá zelos de su ambicion, porque ésta siempre se conformará con sus derechos: no atraerá sobre sus Estados el azote de la guerra, porque mirará como delito el introducir la sin causa en los Estados estrangeros: re-

con-

conciliará á los pueblos y á los Reyes, en vez de dividirlos para debilitarlos y ensalzar su poder sobre sus divisiones y su flaqueza: su moderacion será el mas seguro baluarte de su Imperio: no tendrá necesidad de centinela que vele á la puerta de su Palacio: los corazones de sus vasallos rodearán su Trono, y resplandecerán al rededor de él en lugar de las espadas que le defienden: no habrá menester usar de su autoridad para hacerse obedecer, porque no hay ordenes mas bien cumplidas que las que executa el amor: todos estarán sujetos sin murmurar, porque nadie se hallará violento: luego que su poder le haya hecho dueño de sus pueblos por medio de la virtud, será árbitro aun entre los mismos Soberanos: tal fue, Señor, uno de vuestros mas santos progenitores, á quien la Iglesia tributa públicos cultos, y á quien mira como á protector de vuestra Monarquía: los Reyes vecinos, lejos de embidiar su poder, recurrirán á su prudencia; ponian en sus manos sus diferencias é intereses; sin ser su conquistador era su juez y su árbitro: y solamente la virtud le daba sobre toda la Europa un Imperio mucho mas seguro y glorioso, que el que pudieran haberle dado sus victorias: el poder solamente nos forma vasallos y esclavos, pero la virtud nos hace dueños de los hombres.

Pero no solamente nos defiende de la envidia, sino que tambien nos hace superiores á todos los sucesos: Señor, las mayores prosperidades de la tierra siempre traen consigo algunos temores. Dios, que no quiere que nuestro corazon se fixe en donde no está nuestra felicidad y nuestro tesoro, suele convertir muchas veces el mas alto punto de nuestra elevacion, en el primer grado de nuestra decadencia: quando la gloria de los hombres ha llegado á su mayor elevacion, ella misma levanta las nubes que la ofuscan: la historia de los Estados y de los Imperios, no es mas que la historia de la fragilidad é inconstancia de las cosas humanas: los buenos y los malos sucesos parece que han dividido entre sí la duracion de los años y de los siglos, y aun ahora he-

mos

mos visto acabarse el mas glorioso reynado de la Monarquía con reveses y desgracias.

Però vuestro Augusto Bisabuelo supo fabricar sobre las ruinas de esta gloria humana otra mas solida é immortal: todo parecia desvanecerse y eclipsarse al rededor de él; y entonces fue quando vimos con mas claridad, que era mayor por la sencillez de su fé, y por la constancia de su piedad, que por el resplandor de sus conquistas: sus prosperidades nos habian ocultado su verdadera gloria: no habiamos visto mas que su prosperidad, y entonces vimos todas sus virtudes: era menester que sus desgracias igualasen á sus prosperidades: que viesse caer al rededor de sí á todos los Príncipes que eran los apoyos de su Trono; que vuestra misma vida estuviese amenazada, esa vida tan preciosa para la nacion, y única prenda de las misericordias del Señor para con su pueblo: era menester que quedase solo con su virtud, para que viesemos lo que él era: sus inauditas felicidades le habian adquirido el nombre de grande; pero sus heroicos y christianos procederes en la adversidad le aseguraron para todas las edades el merito de este nombre.

Solamente la religion es la que puede hacernos superiores á todos los sucesos: los demás motivos siempre nos dexan en manos de nuestra flaqueza: el entendimiento y la filosofia prometian la constancia del sabio que formaban, pero no se la podian dar: la constancia de la soberbia no era mas que el último recurso de la cobardía; y buscaban un vano consuelo, fingiendo despreciar unos males que no eran capaces de vencer: la herida que llega al corazon no puede hallar su remedio sino en el mismo corazon, y solamente la religion puede introducir en él el remedio: los vanos preceptos de la filosofia nos predicaban una insensibilidad ridicula, como si con ellos pudieran aniquilarse los sentimientos naturales, sin aniquilar á la misma naturaleza: la fé dexa en nosotros la sensibilidad, pero nos hace humildes, y esta sensibilidad es el merito de nuestra sumision: nuestra san-

ta filosofia no nos hace insensibles á los trabajos, pero nos hace superiores al dolor: el quitar á los hombres el sentimiento era quitarlos la gloria del valor en sus trabajos: la sabiduría pagana solamente queria hacerlos insensibles, porque no podia hacerlos humildes y sufridos: ésta enseñaba á la soberbia á ocultar, y no á vencer sus flaquezas: formaba unos Héroes de teatro, cuyas mayores virtudes no tenian mas que la apariencia, y que mas aspiraban á parecer constantes, que adquirir la virtud de la constancia.

Però la fé pone en nosotros todo el merito del valor, sin pretender su honor para con los hombres: sacrifica á solo Dios los sentimientos de la naturaleza, y no quiere mas testigo de su sacrificio que aquel Señor que puede remunerarle: ella sola dá realidad á todas las demás virtudes, porque solamente ella destierra la vanidad que las corrompe, ó que solamente forma fantasmas de virtud.

Y así, por mas que se pondere la superioridad de vuestros talentos, por mas que una falsa prudencia os haga ser tenidos por el ornamento y prodigio de vuestro siglo, si esta gloria es puramente exterior, si la religion, que es la que unicamente eleva el corazon, no es su principal fundamento, el primer revés de adversidad dará en tierra con todo ese edificio de filosofia y falsa prudencia: todos estos apoyos de carne se desharán entre vuestras manos, y serán inútiles para vuestra desgracia: no se verá ninguna de vuestras grandes prendas en vuestro desaliento, y vuestra gloria no será mas que un peso que se añade á vuestra afliccion para hacerla mas insufrible: el mundo se precia de que puede hacer felices, pero solamente la religion puede hacernos grandes, aun en medio de nuestras mismas desgracias.

II Parte. El primer triunfo de Jesu-Christo consiste en triunfar de la malicia, de la embidia, y de todos los oprobrios que ésta le ocasionó por parte de sus enemigos: pero al mismo tiempo triunfa tambien del pecado:

lleva cautivo á este primer autor de la cautividad de los hombres ; nos restablece en todos los gloriosos derechos de que estabamos privados ; y nos restituye , por medio de la gracia , aquella superioridad sobre nuestras pasiones que habiamos perdido con la inocencia.

Esta es la segunda utilidad de la religion , hacernos superiores á nuestras pasiones : y este es el mas alto grado de gloria á que puede aspirar el hombre acá en la tierra : en vano está insultando el mundo todos los dias, Catolicos , á la piedad con necias burlas : en vano procura que el justo se averguence de la virtud para ocultar la infamia de sus pasiones : en vano la representa, con especialidad á los Grandes , como flaqueza y como escollo de su gloria : en vano autoriza sus pasiones con los exemplos que los han precedido , y con la historia de los Soberanos que han juntado la libertad de las costumbres con un reynado glorioso , y con el resplandor de las victorias y conquistas : sus vicios , que se han derivado hasta nosotros , y que de tiempo en tiempo se nos acuerdan , formarán hasta el fin el borron infame que obscurece el resplandor de sus grandes acciones , y afrenta su historia.

Quanto mas elevados se hallan , mas les infama el desorden de sus costumbres ; y su *ignominia* , como dice el Espiritu Santo , *crece á proporcion de su gloria*. Además de que , como su clase los coloca sobre nuestras cabezas , expone sus vicios , como sus personas , á la vista del público : ¡ qué verguenza es el que aquellos mismos que están establecidos para reglar las pasiones de la multitud sean viles juguetes de sus propias pasiones , y que se halle confiada la fuerza , la autoridad , y el honor de las leyes á los que no conocen otra ley mas que el público desprecio de la verguenza natural , y su propia flaqueza ! siendo ellos los que deben arreglar las públicas costumbres , son los que las corrompen : han sido embiados de Dios para ser protectores de la virtud , y vienen á ser protectores y modelos del vicio.

To-

Toda la gloria humana no es capaz de borrar el oprobrio que pone en ellos el desorden de las costumbres , y el furor de sus pasiones : las mas famosas victorias no pueden ocultar la infamia de sus vicios : se alaban sus acciones pero se desprecia su persona : en todos tiempos hemos visto deshacerse la mas brillante fama contra las malas costumbres del Héroe , y marchitarse sus laureles con sus flaquezas : aunque parece que el mundo desprecia la virtud , nada estima tanto como á ella : levanta soberbios monumentos á las grandes acciones de los conquistadores ; hace que resuene en la tierra el ruido de sus alabanzas : una vana poesía las canta y las immortaliza ; cada Achilles tiene su Homero , y se agota la eloqüencia para ilustrarle ; la magnificencia de los elogios se dá por puro cumplimiento á la vanidad , pero las alabanzas verdaderas y sinceras solamente se tributan , aunque en secreto , á la verdad y á la virtud.

No puede negarse que la felicidad ó la temeridad han podido formar Héroes , pero solamente la virtud puede formar hombres grandes : menos cuesta el conseguir victorias , que vencerse á sí mismo : mas fácil es conquistar provincias , y subyugar pueblos , que vencer una pasion : esto lo confiesa aun la misma moral de los Paganos : los combates en que preside el valor , la grandeza de ánimo , y la ciencia militar , son unas acciones raras , que pueden muy bien suceder en el discurso de una larga vida , pues quando tenemos necesidad de ser Grandes , solamente por un corto tiempo , la naturaleza junta todas sus fuerzas , y la vanidad puede suplir por poco tiempo por la virtud ; pero los combates de la fé son unos combates diarios : hay que pelear con unos enemigos que renacen de entre sus propias ruinas : si os cansais un solo instante pereceis : aun en la misma victoria suele haber sus peligros : la vanidad , en vez de ayudaros , es el enemigo mas temible con quien teneis que pelear : todo quanto os rodea está dando armas contra vosotros : vuestro mismo corazon os arma emboscadas ; es preciso estar continuamente

Tomo X.

T

men-

mente renovando la pelea : en una palabra , algunas veces podremos ser mas fuertes y mas felices que nuestros enemigos , ¿ pero qué no se necesita para ser uno siempre superior á sí mismo ?

No obstante , esta gloria estaba reservada para la religion : la filosofía manifestaba la infamia de las pasiones , pero no enseñaba á vencerlas ; y sus preceptos , aunque tan aplaudidos , mas eran elogio de la virtud , que remedio contra el vicio.

Tambien conducia á la gloria y al triunfo de la religion , que los mayores ingenios y toda la fuerza de la razon humana se fatigase en hacer virtuosos á los hombres : si los Sócrates y Platones no hubieran sido los Doctores del mundo antes de Jesu-Christo , y no hubieran reprehendido , aunque en vano , el arreglar las costumbres , y corregir á los hombres solamente con la fuerza de la razon , acaso el hombre hubiera atribuido su virtud á la superioridad de su razon , ó á los atractivos de la misma virtud : pero estos predicadores de la humana sabiduría no formaron sábios , y era menester que los vanos ensayos de la filosofía dispusiesen nuevos triunfos á la gracia.

Finalmente , esta ha manifestado á la tierra el nuevo sábio que habia tanto tiempo que no hacia mas que promover el fausto y aparato de la razon humana. No ha reducido toda su gloria , como la filosofía , á hacer las experiencias de ver si podia formar apenas un sábio de estos en cada siglo , sino que ha poblado las ciudades , los Imperios , y los desiertos ; y por su medio todo el Universo se ha convertido en otro Licéo , en donde en medio de las públicas plazas ha predicado la sabiduría á todos los hombres : no ha ido á formarse sus sábios entre los pueblos mas civilizados ; el Griego y el Bárbaro , el Romano y el Scita han sido igualmente llamados á su divina filosofía : no ha reservado para solos los sábios el sublime conocimiento de sus misterios , sino que el simple profetiza del mismo modo que el sábio , y hasta los igno-

ran-

rantes se han convertido en sus Doctores y Apóstoles : la verdadera sabiduría era necesario que fuese proporcionada á todos los hombres.

¿ Qué mas diré ? Su doctrina era insensata en la apariencia , y con todo eso los Filósofos sujetaron su soberbia razon á esta santa locura : esta doctrina no anunciaba mas que cruces y trabajos , y los Césares se hicieron sus discipulos : ella sola enseñó á los hombres que la castidad , la humildad , y la templanza podian estar sentadas al lado del Trono , y que el asiento de las pasiones y de los placeres podia ser asiento de la virtud , y de la inocencia : ¿ qué gloria esta para la religion ?

Pero , Señor , si la piedad de los Grandes es gloriosa para la religion , tambien la religion es la que constituye la verdadera gloria de los Grandes : entre todos sus títulos el mas honroso es el de la virtud : un Príncipe , dueño de sus pasiones , que en sí mismo aprende á mandar á los demás , que no usa de la autoridad sino para sufrir las penas y los trabajos que están anexos á ella , que repara mas en sus faltas , que en las vanas alabanzas que se las disfrazan como si fueran virtudes , que mira como único privilegio de su clase el exemplo que está obligado á dar á los pueblos ; que no teniendo mas regla ni mas freno que sus deseos , con todo eso hace que la ley sirva de freno á sus deseos , que viendo á todos los hombres al rededor de sí , prontos á servir á sus pasiones , se persuade á que él solamente ha sido hecho para socorrerlos en sus necesidades , que pudiendo abusar de todo se abstiene aun de lo que le es permitido : en una palabra , un Príncipe que estando rodeado por todas partes de los atractivos del vicio , no dexa ver en sí sino virtudes ; un Príncipe de estas circunstancias es el mayor espectáculo que puede presentar la fé al mundo : un solo dia de los suyos cuenta mas acciones gloriosas , que la larga carrera de un conquistador , porque este es Héroe de un dia , y el otro lo es de toda la vida.

III. PARTE. De este modo triunfa hoy Jesu-Christo

del pecado, pero tambien triunfa de la muerte; nos abre las puertas de la immortalidad que nos habia cerrado la culpa, y del mismo seno de su sepulcro renacen todos los hombres á la vida eterna.

Este es el último rasgo que acaba el triunfo de la religion: la impiedad atribuye al hombre el mismo fin que á las bestias: segun ella todo debia morir con el cuerpo; y este ser tan noble, y únicamente capaz de amar y de conocer, no era mas que un vil conjunto de barro, que habia formado la casualidad, y que la misma disolvía para siempre.

La supersticion pagana la prometia para despues del sepulcro una felicidad ociosa, en que las vanas fantasmas de los sentidos habian de servir de felicidad á un hombre que no puede ser feliz sino con la verdad.

La religion nos descubre otras esperanzas mas nobles y sublimes: dá al hombre la immortalidad que habia querido usurparle la impiedad de la filosofia; y substituye la eterna posesion de un bien Soberano á aquellos campos fabulosos, y aquellas pueriles ideas de felicidad que habia imaginado la supersticion.

Pero esta immortalidad, que es la mas suave esperanza de la fé, solamente está prometida á la misma fé: sus promesas son la recompensa de sus máximas, y para no morir jamás, aun para con los hombres, es necesario haber vivido segun Dios.

Sí, Católicos, los Grandes no pueden alcanzar sino por medio de la virtud, aun esta immortalidad de la fama que promete la vanidad acá en la tierra en la memoria de los hombres.

La muerte es casi siempre el escollo, y el fatal término de su gloria: las vanas alabanzas con que los habian lisonjeado en el tiempo de su vida, se encierran casi siempre con ellos en el olvido del sepulcro: nunca los sobreviven mucho tiempo: y si aun queda alguna memoria de ellos entre los hombres, mas la deben á la malicia de las censuras, que á la vanidad de los elogios: sus

alabanzas han tenido la misma duración que sus beneficios: nada son luego que nada pueden: aun sus mismos aduladores se convierten en censores, porque la adulacion siempre degenera en ingratitud: las nuevas esperanzas forman un nuevo estilo: levantan sobre las ruinas de la gloria del muerto la del vivo; y adornan con sus despojos y virtudes al que entra á ocupar su lugar: los Grandes son propiamente el juguete de las pasiones de los hombres: su gloria no tiene consistencia segura, y asi se aumenta ó disminuye con los intereses de los que los alaban.

¡De quantos Príncipes que han sido muy aplaudidos durante su vida, no ha quedado ni aun el nombre para la posteridad! ¿qué son las historias de los Estados, é Imperios, mas que un corto número de nombres y de acciones, que se han libertado entre la innumerable multitud de las que han quedado sepultadas en el olvido desde el nacimiento de los siglos?

Vivan segun Dios, y nunca se borrarán de la memoria de los hombres. Los Príncipes religiosos están escritos con caracteres indelebles en los anales del Universo: en todos los siglos, y en todos los reynados ha habido victorias y conquistas, y unas á otras se van borrando, por decirlo asi, en las historias: pero las heroycas acciones de virtud, en medio de ser mas raras, conservan siempre en ellas todo su resplandor: un Príncipe piadoso siempre se descubre entre la multitud de otros Príncipes en la posteridad: su cabeza y su nombre sobresalen entre todos, como la de Saúl entre las Tribus: su fama quanto mas remota, mas se aumenta, y quanto mas se corrompen los siglos mas famosos son por su virtud.

Señor, ya casi hemos olvidado los nombres de aquellos primeros conquistadores que pusieron en las Gaulas los primeros fundamentos de vuestra Monarquía: mas conocidos son en las fábulas y romances, que en las historias: y aun se duda si deben ser puestos en el número de vuestros Augustos Predecesores; han quedado como sepul-

pultrados entre los fundamentos del Imperio que levantaron, y su valor que ha perpetuado la conquista del reyno para sus descendientes, no ha podido perpetuar en él su memoria.

Pero el primer Príncipe que hizo sentar á su lado la religion en el Trono de Francia, immortalizó todos sus títulos con el de Christianísimo: la Francia siempre ha conservado afectuosamente la memoria del gran Clódoceo; la fé, por decirlo así, es la primera y mas segura época de la historia de la Monarquía: y nosotros apenas conocemos á vuestros progenitores mas que desde el tiempo que ellos empezaron á conocer á Jesu-Christo.

Los Santos Reyes, cuyos nombres están escritos en nuestros anales, serán siempre los títulos mas preciosos de la Monarquía, y los ilustres modelos que cada siglo propondrá á sus sucesores.

Señor, ya se han procurado fijar vuestras primeras ideas atendiendo á la vida de aquellos piadosos Príncipes vuestros antepasados: todos los dias os están animando á la virtud con estos grandes exemplos: acordaos de un Carlo Magno, y de un San Luis, que añadieron al lustre de la corona que teneis sobre vuestra cabeza, el immortal resplandor de la justicia y de la piedad: esto están repitiendo continuamente á vuestra Magestad sus sábios preceptores: pero no hay necesidad de recurrir á tiempos tan remotos: aun estais casi tocando unos exemplos, que son para vos tanto mas persuasivos quanto os son mas amados: la piedad circula mas inmediatamente por vuestras venas con la sangre de un padre virtuoso, y de un bisabuelo augusto.

Vos, Señor, sois el único heredero de su Trono, pues sedlo tambien de sus virtudes: resuciten en vos estos grandes modelos, mas por vuestra imitacion que por vuestro nombre, y sed vos mismo modelo de los Reyes vuestros sucesores.

Si nuestro amor no se engaña, si una infancia cultivada con tantos cuidados, y por unas manos tan diestras,

y en la que la excelencia del buen natural parece que todos los dias se adelanta á la educacion, no convierte nuestros deseos en vanas predicciones, ya se nos descubren estas suaves esperanzas; ya vemos brillar desde lejos los primeros rasgos de nuestra futura felicidad; ya la magestad de vuestros mayores, pintada sobre vuestra frente, nos anuncia vuestras grandes prendas: ojalá, Señor, (y este deseo lo abraza todo) ojalá seais tan grande como el amor que os tenemos.

Gran Dios, si no se dirigieran á vos mas votos y súplicas que las mias, las que sin duda serán las últimas que os presentaré en este Augusto Templo, por estar ya destinado por altos juicios de vuestra providencia al cuidado de una de vuestras Iglesias, si no hubiera mas súplicas y votos que los mios, ¿quién soy yo para esperar que pudiesen llegar á vuestro Trono? Pero reparad, Señor, que son los ruegos de muchos Santos Reyes que han gobernado esta Monarquía, y que poniendo sus coronas delante del Altar eterno, á los pies del Cordero, os piden para este Augusto Niño la corona de justicia que ellos mismos han merecido.

Son votos del piadoso Príncipe que le dió el sér, y que postrado en el cielo, como piadosamente creemos, en presencia de vuestra gloria, no cesa de pedirnos que este único heredero de su corona lo sea tambien de las gracias y misericordia de que vos mismo le adornasteis.

Son las súplicas de todos mis oyentes, y que, ó encargados del cuidado de su infancia, ó viviendo cerca de su sagrada persona, derraman aqui su corazon en vuestra presencia, pidiendoos que este precioso Niño, que es como el hijo de nuestros suspiros y de nuestras lágrimas, no solamente no perezca; sino que sea la salud de su pueblo.

¿Qué mas diré? Son, oh Dios mio! los votos que toda la Nacion os presenta hoy por mi boca, esta Nacion á quien habeis protegido desde el principio, y que no obstante sus culpas, es todavia la porcion mas floreciente de vuestra Iglesia.

¿Podréis, oh gran Dios, cerrar vuestras misericordiosas entrañas á tantas súplicas? Dios de las virtudes, volveos ácia nosotros. *Deus virtutum convertere*: (1) mirad desde lo alto del cielo, y ved, no las disoluciones públicas y secretas, sino las desgracias de este primer reyno de la echristiandad, de esta viña tan amada, que vos mismo plantasteis por vuestra mano, y que está regada con la sangre de tantos mártires: *Respice de caelo, & vide, & visita vineam istam quam plantavit dextera tua*: miradla con los ojos de vuestras antiguas misericordias: y si nuestros delitos os obligan á apartar de nosotros vuestra vista, muevaos á compasion para con vuestro pueblo este Augusto Niño que habeis establecido sobre nosotros: *Et super filium hominis, quem confirmasti tibi*.

Bastantemente nos habeis castigado ya, oh gran Dios: enjugad las lágrimas que nos hacen derramar las muchas aflicciones que habeis enviado sobre nosotros: haced que sucedan los días de alegría y de misericordia á estos días de luto, de indignacion, y de venganza: abunden vuestros favores en donde han abundado vuestros castigos: y sea para nosotros este Augusto Niño un dón que repare todas nuestras pérdidas.

Haced, gran Dios, que sea un Rey segun vuestro corazon, esto es, Padre de su pueblo, protector de vuestra Iglesia, modelo de las públicas costumbres; antes pacificador que vencedor de las Naciones; árbitro, y no terror de sus vecinos; y tenga mas motivos la Europa para desear nuestra felicidad, y admirar sus virtudes, que para embidiar sus victorias y conquistas.

Oíd, Dios mio, estos votos tan amorosos y justos; sean estos favores temporales para nosotros prenda de los que nos reservais en la eternidad. Amen.

SER-

(1) Psalm. 79.

## SERMON

ACERCA DE LOS VICIOS  
y virtudes de los Grandes.

*Ostendit ei omnia regna mundi & gloriam eorum, & dixit: Hec omnia tibi dabo si cadens adoraveris me.*

El demonio manifestó á Jesu-Christo todos los reynos del mundo, y toda la pompa y gloria de que están rodeados, y le dixo: Todo te lo daré si te postras en mi presencia, y me adoras. *Matth. 4. 89.*

SEÑOR.

**L**AS prosperidades humanas han sido siempre los mas peligrosos lazos de que se ha valido el demonio para perder los hombres: sabe que el amor á la fama y á la elevacion nos es tan natural, que no omitimos diligencia alguna por conseguirlos; y que su posesion es tan alhagüena que no hay cosa mas rara que una verdadera virtud, rodeada de grandeza y poder.

Con todo eso, Católicos, Dios solo es quien ensalza á los Grandes y Poderosos, y el que os coloca sobre los demás hombres para que seais Padres de los pueblos, consoladores de los afligidos, asilo de los flacos, defensores de la Iglesia, protectores de la virtud, y modelo de todos los fieles.

Permitidme, pues, Católicos, que gobernandome por el espíritu de nuestro Evangelio, os manifieste aquí los peligros y las utilidades de vuestro estado, y que antes de explicaros las obligaciones de la vida christiana, que será el asunto de mis discursos en estos dias de salud, os manifieste en el principio de esta carrera los obstáculos, y las facilidades que hallais para cumplir con ellas

¿Podréis, oh gran Dios, cerrar vuestras misericordiosas entrañas á tantas súplicas? Dios de las virtudes, volveos ácia nosotros. *Deus virtutum convertere*: (1) mirad desde lo alto del cielo, y ved, no las disoluciones públicas y secretas, sino las desgracias de este primer reyno de la echristiandad, de esta viña tan amada, que vos mismo plantasteis por vuestra mano, y que está regada con la sangre de tantos mártires: *Respice de caelo, & vide, & visita vineam istam quam plantavit dextera tua*: miradla con los ojos de vuestras antiguas misericordias: y si nuestros delitos os obligan á apartar de nosotros vuestra vista, muevaos á compasion para con vuestro pueblo este Augusto Niño que habeis establecido sobre nosotros: *Et super filium hominis, quem confirmasti tibi*.

Bastantemente nos habeis castigado ya, oh gran Dios: enjugad las lágrimas que nos hacen derramar las muchas aflicciones que habeis enviado sobre nosotros: haced que sucedan los días de alegría y de misericordia á estos días de luto, de indignacion, y de venganza: abunden vuestros favores en donde han abundado vuestros castigos: y sea para nosotros este Augusto Niño un dón que repare todas nuestras pérdidas.

Haced, gran Dios, que sea un Rey segun vuestro corazon, esto es, Padre de su pueblo, protector de vuestra Iglesia, modelo de las públicas costumbres; antes pacificador que vencedor de las Naciones; árbitro, y no terror de sus vecinos; y tenga mas motivos la Europa para desear nuestra felicidad, y admirar sus virtudes, que para embidiar sus victorias y conquistas.

Oíd, Dios mio, estos votos tan amorosos y justos; sean estos favores temporales para nosotros prenda de los que nos reservais en la eternidad. Amen.

SER-

(1) Psalm. 79.

## SERMON

ACERCA DE LOS VICIOS  
y virtudes de los Grandes.

*Ostendit ei omnia regna mundi & gloriam eorum, & dixit: Hec omnia tibi dabo si cadens adoraveris me.*

El demonio manifestó á Jesu-Christo todos los reynos del mundo, y toda la pompa y gloria de que están rodeados, y le dixo: Todo te lo daré si te postras en mi presencia, y me adoras. *Matth. 4. 89.*

SEÑOR.

**L**AS prosperidades humanas han sido siempre los mas peligrosos lazos de que se ha valido el demonio para perder los hombres: sabe que el amor á la fama y á la elevacion nos es tan natural, que no omitimos diligencia alguna por conseguirlos; y que su posesion es tan alhagüena que no hay cosa mas rara que una verdadera virtud, rodeada de grandeza y poder.

Con todo eso, Católicos, Dios solo es quien ensalza á los Grandes y Poderosos, y el que os coloca sobre los demás hombres para que seais Padres de los pueblos, consoladores de los afligidos, asilo de los flacos, defensores de la Iglesia, protectores de la virtud, y modelo de todos los fieles.

Permitidme, pues, Católicos, que gobernandome por el espíritu de nuestro Evangelio, os manifieste aquí los peligros y las utilidades de vuestro estado, y que antes de explicaros las obligaciones de la vida christiana, que será el asunto de mis discursos en estos dias de salud, os manifieste en el principio de esta carrera los obstáculos, y las facilidades que hallais para cumplir con ellas

Tomo X.

V

ellas

ellas en la elevacion en que os ha hecho nacer la providencia.

Es verdad que hay muchas tentaciones anexas á vuestro estado : pero tambien hay en él muchos remedios contra ellas : parece que naceis con mas pasiones que los demás hombres , pero tambien teneis proporcion para practicar mas virtudes : en vuestro estado hay mas facilidad para los vicios , pero tambien os es mas util la piedad : en una palabra , en vuestro estado sois mas culpables que los demás hombres si os olvidais de Dios , pero tambien teneis mas merito si le permanecéis fieles.

Y así , hoy será mi asunto representaros los grandes bienes , ó los grandes males que acompañan siempre á vuestras virtudes , ó á vuestros vicios : daros á conocer cuánto puede contribuir al bien , ó al mal , la elevacion en que nacisteis : y finalmente , haceros odiosos los desordenes , manifestandoos las inexplicables resultas que traen consigo vuestras pasiones , y lo amable que es la piedad por las incomprendibles utilidades que siempre se siguen de vuestros buenos exemplos : no basta manifestaros los peligros de vuestro estado , sino que es tambien necesario haceros ver las utilidades que en él se hallan : en los christianos púlpitos regularmente no se oyen mas que inyecciones contra las grandezas , y la gloria del siglo , pero sería inutil estaros hablando siempre de vuestros males , sin proponeros los remedios para ellos : hoy me propongo reunir estas dos verdades en este discurso , y manifestaros las infinitas consecuencias de los vicios de los Grandes y Poderosos , y las inestimables utilidades de sus virtudes. *Ave Maria.*

I. Parte. El Espíritu Santo dice que está reservado un juicio muy severo para todos los que se hallan en la elevacion : con los pobres y pequeños se usará de misericordia , pero el Señor estenderá todo el poder de su brazo para castigar los Grandes y Poderosos. *Exiguo conceditur misericordia , potentes autem potenter tormenta patientur.* Es-

Esto , Católicos , no es decir que el Señor desprecia á los Grandes y Poderosos , pues él es tambien omnipotente ; ó que la clase y la elevacion sean para con su magestad titulos odiosos , que se opongan á sus gracias , y que sean delitos en nosotros : para con el Señor no hay acepcion de personas ; es dueño de los Cedros del Líbano , como del hisopo que nace en los mas profundos valles : hace que se descubra el Sol sobre las mas altas montañas , del mismo modo que sobre los lugares mas baxos y oscuros : del mismo modo es autor de los Astros del cielo , que de los gusanos que andan arrastrando en la tierra : y aun los Grandes son imagenes mas naturales de su grandeza y de su gloria , por ser Ministros de su poder , y canales de su liberalidad y magnificencia : no vengo pues , Católicos , siguiendo el regular estilo , á pronunciar Anathemas contra las grandezas humanas , ni á imputaros á culpa vuestro estado , porque éste proviene de Dios , y no es mi principal intento ponderar sus peligros , sino manifestaros los infinitos medios de salvacion que están vinculados á la elevacion en que os hizo nacer la providencia.

Pero digo , Católicos , que los pecados de los Grandes y Poderosos tienen dos circunstancias especiales , que los hacen infinitamente mas dignos de castigo , que los pecados del comun de los fieles : primeramente el escándalo ; en segundo lugar la ingratitud.

El escándalo : no hay delito , Católicos , á que menos esperanza de perdon prometa el Evangelio que al ser motivo de ruina para vuestros próximos : *Infeliz del hombre que escandaliza , dice Jesu-Christo , mas le valdria haberse sumergido en lo profundo del mar , que ser motivo de perdicion y de escándalo para el mas pequeño de mis discipulos.* (1) Porque dais motivo á que se pierda una alma que habia de gozar eternamente de Dios ; porque sois causa de que perezca vuestro proximo , por quien murió

Je-

(1) Matth. 18. 7.

Jesu-Christo; porque sois ministros de los intentos del demonio para perder á las almas; porque sois aquel hombre de pecado, aquel Ante-Christo de que habla el Apostol; porque Jesu-Christo salvó al hombre, y vosotros le perdeís; Jesu-Christo formó para su Padre verdaderos adoradores, y vosotros le usurpais su conquista: Jesu-Christo es el Medico de las almas, y vosotros las corrompeis: es su vida, y vosotros sois su lazo: es el Pastor que viene á buscar las ovejas que están para perecer, y vosotros sois los lobos crueles, que matais y perseguís á las ovejas que le entregó su Padre: finalmente, porque los demás pecados mueren, por decirlo así, con el pecador; pero los frutos de sus escándalos son inmortales, sobrevivirán á sus cenizas, permanecerán despues de él, y sus delitos no baxarán con él al sepulcro de sus padres.

Aham fue tan rigurosamente castigado, solamente por haber ocultado una regla de oro de los despojos que el Señor se habia reservado para sí: ¿pues cuál sería, oh Dios mio, el castigo del que usurpa á Jesu-Christo una alma, que era su mas apreciable despojo, rescatada, no con oro ni con plata, sino á costa de toda la sangre del Cordero immaculado? El Becerro de oro fue reducido á cenizas, porque dió á Israel motivo de que prevaricase; ¿podrá, oh gran Dios, todo el resplandor que rodea á los Grandes y Poderosos defenderlos contra vuestra indignacion, si se valen de su elevacion para ser motivo de ruina y de idolatría á vuestro Pueblo? Hasta la serpiente de metal, aquel sagrado monumento de las misericordias del Señor para con Judá, fue deshecho por haber dado ocasion de escándalo á las Tribus; ¿pues cómo, oh Dios mio, el pecador, que tan odioso es ya por sus delitos, ha de alcanzar perdon, quando sirve de lazo y de piedra de escándalo á sus proximos?

El escándalo pues, Católicos, es la primera circunstancia que acompaña á los pecados de aquellos á quienes la clase y el nacimiento elevan sobre los demás fieles: las almas vulgares y desconocidas viven para sí so-

las;

las; confundidas con la multitud, y ocultas á la vista de los hombres por lo baxo de su suerte, solamente tienen á Dios por secreto é invisible testigo de sus pasos y de sus caidas: que caygan ó que permanezcan firmes, el Señor solo es quien las vé y las juzga: el mundo, que ignora hasta sus nombres, tampoco tiene noticia de sus exemplos: su vida no tiene consecuencias para los demás hombres: aunque caygan, caen solos; y aun quando no se salven, su perdicion se queda en ellos solos sin ser motivo de la de sus proximos.

Pero las personas que nacen en la elevacion son como un público espectáculo á quien todos miran: son como aquellas casas edificadas sobre un monte, que no pueden ocultarse por motivo de su alta situacion: son como aquellas resplandecientes antorchas, que á todas partes llevan consigo la luz que las manifiesta y descubre: esta es una desgracia propia de la grandeza y de las dignidades: vosotros no vivís para vosotros solos: la salud ó la perdicion de todos los que os rodean depende, en algun modo, de la vuestra: vuestras costumbres forman las costumbres públicas: vuestro exemplo es la regla de la multitud: vuestras acciones tienen el mismo resplandor que vuestros títulos: nunca podeis extraviaros sin que el público lo advierta; y así el escándalo es el triste privilegio que vuestra clase añade á vuestros delitos.

Primeramente, este escándalo es un escándalo de imitacion: los hombres siempre imitan el mal con mucho gusto, y particularmente quando se le proponen los Grandes con su exemplo: entonces hacen variedad de sus desordenes, porque este es el modo de parecerse á vosotros: el pueblo mira como una especie de honor el seguir vuestros pasos: las ciudades se precian de imitar los desordenes de las Cortes: vuestras costumbres son un veneno que se comunica á los pueblos y á las Provincias, que inficiona todos los Estados, que muda las públicas costumbres, que dá al libertinage una apariencia de nobleza y de un buen gusto, y que substituye á la sencillez

lléz

fléz de nuestros Padres, y á la inocencia de las antiguas costumbres la novedad de vuestros placeres, de vuestro lujo, de vuestras profusiones y de vuestras profanas indecencias. De este modo se derivan desde vosotros al pueblo las modas indecentes, la vanidad de los adornos, los artificios, que solo sirven de afrentar á un rostro en donde solamente debiera estar pintado el pudor, el furor del fuego, la libertad en las conversaciones, el desenfreno en las pasiones, y toda la corrupcion de nuestro siglo.

¿De dónde os parece que nace, Católicos, la desenfrenada libertad que reyna entre los pueblos? Los que viven lejos de vosotros en las provincias mas remotas todavía conservan algunas señales de la antigua sencillez y de la primera inocencia: viven en una feliz ignorancia de la mayor parte de los abusos que vuestro exemplo ha establecido ya como ley; pero quanto mas cerca están de vosotros los países, mas se mudan en ellos las costumbres, mas se altera la inocencia, mas comunes son los abusos; y la mayor desgracia de los pueblos es la ciencia de vuestras costumbres y de vuestras modas. Luego que los Gefes de las Tribus entraron en las tiendas de las hijas de Madian, inmediatamente prevaricó todo Judá, y quedaron muy pocos que se hallasen esentos de la iniquidad comun. Gran Dios, ¿qué terrible cuenta tomareis á los ricos y poderosos, pues además de sus infinitas pasiones, se hallarán tambien culpados en vuestra presencia de los desordenes públicos, de la depravacion de las costumbres, de la corrupcion de su siglo, y los pecados de los pueblos serán pecados propios suyos.

Segundo; escándalo de complacencia: todos procuran imitaros para agradaros: vuestros inferiores, vuestros dependientes, vuestros esclavos procuran conformar sus costumbres con las vuestras, para abrirse de este modo un camino por donde llegar á vuestro favor: copian vuestros vicios, porque los estimáis en ellos como si fueran virtudes: siguen vuestros gustos por llegar á merecer vuestra confianza: procuran á porfia seguiros, ó excederos en

en ellos, porque no amais en los que os tratan mas de lo que se parece á vosotros: ¡Ah! Católicos, cuántas almas flacas, que nacieron con disposiciones para la virtud, y que lejos de vosotros hubieran hallado en sí facilidad para salvarse, han hallado en la obligacion de imitaros el escollo de su inocencia en que los ponía su fortuna?

Tercero; escándalo de impunidad: no podeis reprehender en los que dependen de vosotros los abusos y excesos que os permitís á vosotros mismos: estais obligados á sufrirlos aquello mismo de que vosotros no os quereis privar: es necesario cerrar los ojos á sus desordenes, porque los autorizais con vuestras costumbres; y por no condenaros á vosotros mismos, teneis precision de perdonar á los que se os parecen: una muger entregada al mundo, y que solo piensa en agrádar, introduce en toda su familia la profanidad y el desorden: su casa es un escollo del que jamás sale entera la inocencia: cada uno procura imitar interiormente las pasiones que tiene necesidad de hacer parecer en público, y ella se vé en la precision de disimular estos desordenes, porque sus costumbres no la permiten censurarlas: bien lo sabeis, Católicos, y la dignidad de este christiano púlpito me obliga á que os lo repita: ¿qué desordenes no se observan en esas casas destinadas á un perpetuo juego, en el que se ocupa ese infinito número de criados que ha multiplicado la vanidad! ¡Oh, qué caros cuestan vuestros placeres á esos infelices, pues no teniendo freno que los contenga, quando están apartados de vosotros procuran ocupar de este modo la ociosidad en que los dexan vuestras diversiones, y ven autorizadas con vuestro exemplo las inclinaciones que ha puesto en ellos su laxa educacion, y su sangre vil y despreciable. ¡Oh, Dios mio! Si el que no cuida de su familia es en vuestra presencia peor que un infiel, ¿quál será el delito del que la escandaliza, y la hace hallar la muerte y la condenacion, en donde debiera hallar socorros para salvarse, y asilo para su inocencia.

Quarto; escándalo que motiva las indignas ocupaciones de las personas que os necesitan: ¡ cuántos infelices perecen por servir á vuestros placeres, y á vuestras injustas pasiones? Por vosotros se conservan los artes peligrosos; los teatros solamente están abiertos para divertir vuestro pecaminoso descanso; las profanas armonías que resuenan por todas partes, y que corrompen tantos corazones, solamente subsisten para lisongear la corrupción del vuestro: los escritos funestos á la inocencia se derivan á la posteridad con el favor de vuestros nombres y de vuestra protección: vosotros solos, Católicos, manteneis en el mundo Poetas lascivos, Autores perniciosos, y Escritores profanos: esta peste de las públicas costumbres perfecciona sus talentos solamente por agradaos; y en un asunto que no tiene mas fin que la perdición de las almas, buscan su elevación y su fortuna: vosotros solos sois quien los protege, y quien los remunera, quien los fomenta, quien con vuestra familiaridad borra en ellos aquel carácter de infamia é ignominia que les han apropiado las leyes de la Iglesia y del Estado, y que los hace despreciables á vista de los hombres.

Por vuestro medio participan los pueblos de sus desordenes, y se comunica este fatal veneno á las ciudades y provincias; por vuestro medio estos públicos placeres se convierten en raíz de las miserias y libertad del público: muchas desgraciadas víctimas abandonan el pudor por servir á vuestros placeres, y procurando remediar la desgracia de su fortuna por medio de unos talentos que deben toda su recomendación y utilidad á vuestras pasiones, se presentan en los infames teatros á celebrar los desordenes públicos por lisongear los vuestros; perecen por agradaos; pierden su inocencia, y la hacen perder á quien las escucha; son escollos del público, y escándalo de la religion; introducen la disension y las desgracias en vuestras familias; castigan la estimación y el aplauso que las dais con vuestra presencia (¡ oh mugeres que seguís las pompas del mundo!) siendo el infame

ob-

objeto de la pasión y mala conducta de vuestros hijos, y aun acaso dividiendo con vosotras mismas el corazón de vuestros maridos, y arruinando para siempre sus negocios y su fortuna.

Quinto; escandalo de perpetuidad: no es lo peor, Católicos, el que la corrupción de nuestro siglo sea casi siempre obra de los Grandes y poderosos, sino que acaso sereis tambien culpables de la libertad, y de los desordenes de los siglos faturos: esas poesías profanas que deben su publicación á vuestro favor, corromperán tambien las costumbres en las edades siguientes: esos Autores escandalosos, á quienes honrais con vuestra protección, vendrán á caer en manos de nuestros sucesores, y se multiplicarán vuestras culpas con el mortal veneno que en sí llevan, el que se comunicará de padres á hijos: vuestras mismas pasiones, immortalizadas en las historias, despues de haber sido el escandalo de vuestro siglo, lo serán tambien de los siguientes: la lección de vuestros desordenes, conservados á la posteridad, se formará tambien en ella imitadores: despues de vuestra muerte se buscarán modelos para los delitos en la relacion de vuestras aventuras, y vuestros excesos no morirán con vosotros: la lascivia de Salomón sirve aún el dia de hoy de motivo á las blasfemias y burlas de los impíos, y de seguridad para los libertinos: la desenfrenada pasión de la muger de Putifar se ha conservado hasta nuestros tiempos, y su clase ha immortalizado su flaqueza. Este es el destino de los vicios y pasiones de los Grandes y poderosos; no viven solamente para su siglo, sino para todos los siglos futuros; y la duración de su escandalo no tiene mas límites que la de su nombre.

Bien lo sabeis, Católicos; y sino decidme, ¿ no se leen, aun el dia de hoy, con igual peligro aquellas escandalosas memorias que se escribieron en tiempo de nuestros mayores, en las que se han derivado hasta nosotros los desordenes de las Cortes de aquellos tiempos, é immortalizado las pasiones de los sujetos que las com-

Tomó X.

X

po-

ponian? Los excesos del pueblo desconocido, y de los demás hombres que entonces vivian, han quedado sepultados en el olvido: sus pasiones se acabaron con ellos: sus vicios, tan oscuros como sus nombres, no se hallan en las historias, y son para nosotros como si nunca hubieran existido: solamente se han conservado de las edades pasadas los desórdenes de aquellos sugetos que eran distinguidos en su siglo por su clase, ó por su nacimiento: sus pasiones todos los dias están inspirando otras nuevas, por la graciosidad del estilo, y por la libertad de los Autores que nos las han conservado; y el único privilegio de su clase es, que aunque los vicios de los particulares se acaban con sus vidas, los de los Grandes y poderosos renacen de sus cenizas, por decirlo así; se derivan de edad en edad, quedan gravados en los públicos monumentos, y nunca se borran de la memoria de los hombres: ¿qué delitos estos, ¡oh gran Dios! que han de ser el escandalo de todos los siglos, el escollo de todos los estados, y que hasta el fin del mundo han de servir de atractivo al vicio, de pretexto al pecador, y de modelo al desorden y al libertinage!

Finalmente; escandalo de seducción: como vuestro exemplo dá honor al vicio, hace despreciable la virtud: la vida christiana se mira como una ridiculéz de que todos se averguenzan en vuestra presencia, como de una cosa afrentosa; ¿quántas almas movidas de Dios resisten á su gracia y á su espíritu, solamente por el temor de perder para con vosotros aquella confianza que han adquirido por medio de la compañía que os han hecho en los placeres? ¿quántas almas, disgustadas del mundo, no se atreven á declararse y convertirse á Dios, y por no exponerse á vuestras necias burlas, imitan todavía vuestras costumbres y vuestros placeres, aun quando ya las ha desengañado la gracia, y hacen por agradaros y condescender con vosotros mil acciones repugnantes á su gusto, y contrarias á la nueva luz que las ilustra?

No hablo aquí, Católicos, de aquellas pre ocupaciones

contra la virtud que perpetuais en el mundo, ni de aquellos deplorables discursos contra los justos, que se confirman con vuestra autoridad, que se derivan de vosotros al pueblo, que mantienen en todos los estados aquellas necias y antiguas máximas contra la virtud, y aquellas continuadas burlas que se hacen de los justos, y que quitan á la virtud toda su dignidad, y confirman á los pecadores en el vicio.

¿A quántos justos engaña este mal exemplo? ¿quántos se dexan arrastrar de él? ¿quántas almas perseveran en el desorden por este motivo? ¿quántos impíos y libertinos se confirman en él? ¿qué obstáculos no poneis al fruto de vuestro ministerio? ¿quántos corazones dispuestos ya á convertirse, no oponen á la fuerza de la verdad que les anunciamos mas inconveniente que los empeños con que están unidos á vuestras costumbres, y á vuestros placeres, y no tienen mas muro, ni mas escudo contra la gracia, que á vosotros? ¡oh Dios mio! ¿qué azote es para un siglo, y qué desgracia para un pueblo, un Grande segun el mundo, que no os teme, que no os conoce, que desprecia vuestras leyes, y vuestros eternos decretos! Este es un presente que haceis á los hombres en el tiempo de vuestra ira, y la mas terrible señal de vuestra indignacion para con las ciudades y reynos.

Esto sois, Católicos, quando no servís á Dios: el escandalo es el primer distintivo de vuestros desórdenes: vuestra suerte decide regularmente de la de los pueblos: los excesos de los particulares, siempre son efecto de los vuestros: y los pecados de Jacob, dice Micheas, esto es, los del pueblo, y de las Tribus, siempre provienen de Samaria, Corte de los Grandes y poderosos: ¿*Quod scelus Jacob? Nonne Samaria?* (1)

Pero aun quando el escandalo, inseparable de los pe-

(1) Mich. 1. 5.

cados de los Grandes y poderosos, no añadiera á ellos un nuevo grado de enormidad, que es inseparable de él; la ingratitud, que es la segunda circunstancia, bastaría para atraer sobre ellos el abandono de Dios, que cierra para siempre sus entrañas á la bondad y á la misericordia.

Digo la ingratitud, Católicos, porque Dios os ha preferido á tantos infelices que gimen en la obscuridad y en la miseria: os ha ensalzado, y os ha hecho nacer entre el esplendor y la abundancia; os ha escogido entre su pueblo para llenaros de beneficios: ha juntado en vosotros solos los bienes, los honores, los títulos, las distinciones, y todas las utilidades de la tierra: parece que su providencia solamente cuida de vosotros, al mismo tiempo que muchos infelices comen un pan de tribulación y de amargura: la tierra parece que produce sus frutos para vosotros solos; hasta los demás hombres parece que nacieron para vosotros, y para servir á vuestra grandeza, y á vuestras costumbres; parece que el Señor solo piensa en vosotros, y que al mismo tiempo se olvida de muchas almas desconocidas, cuyos días son días de dolor y miseria, y para las que parece que no hay Dios en la tierra; y con todo eso volveis contra Dios todo lo que habeis recibido de su Magestad: vuestra abundancia sirve á vuestras pasiones; vuestra elevación facilita vuestros placeres, y sus favores son vuestros mayores delitos.

Sí, Católicos, al mismo tiempo que un infinito número de infelices, sobre quienes descarga su mano con tanto rigor, al mismo tiempo que una plebe obscura, para quien la vida es triste y pesada, le invoca, le bendice, levanta ácia él sus manos con la sencillez de su corazón, le mira como á su Padre, y le dá muestras de una piedad sencilla, y de una religion sincera: vosotros, Católicos, á quienes está colmando de beneficios, vosotros para quienes parece que ha sido hecho todo el mundo,

no

no le conoceis, no os dignais de levantar á él los ojos, no os acordais de si hay un Dios, superior á vosotros, que cuida de las cosas de la tierra: en lugar de acciones de gracias le volveis ultrages, y dexais la religion solamente para el pueblo.

¡Ah Católicos! á vosotros os parece cosa indigna é infame el que aquellos, cuya elevación es obra vuestra, os olviden, os desconozcan, se declaren contra vosotros, y se aprovechen del crédito de que os son deudores solamente para ofenderos y destruirlos; pues advertid, Católicos, que no hacen mas que imitar vuestra ingratitud para con Dios: decís que su elevación es obra vuestra; ¿pues no fue la mano poderosa del Señor la que separó á vuestros mayores de la multitud, y los colocó á la frente de los pueblos? ¿no debeis á la disposición de la providencia el haber nacido de una sangre ilustre, y el haberos hallado luego que nacisteis, y sin que os costase trabajo alguno, lo que no hubierais podido conseguir en una vida entera llena de penas y cuidados? ¿qué mas mérito teniais para con el Señor que tantos infelices á quienes ha dexado en la miseria? Si solamente hubiera atendido á las prendas naturales del alma, á la rectitud, al pudor, á la inocencia, y á la modestia, ¿quántas almas desconocidas, que han nacido con todas estas virtudes, os debieran haber sido preferidas, y ocupar el puesto en que vosotros os hallais? Si no hubiera atendido mas que al uso que habiais de hacer de sus beneficios, ¿quántos desgraciados en el mismo estado en que vosotros os hallais hubieran sido exemplo de los pueblos, y protectores de la virtud, y hubieran glorificado al Señor en su abundancia, pues aun en su misma miseria le alaban y bendicen, al mismo tiempo que vosotros blasfemais de su nombre, y que vuestro mal exemplo es el escándalo de su pueblo.

Con todo eso, el Señor os escogió á vosotros, y despreció á aquellos: á ellos los humilla, y á vosotros os ensalza; para ellos parece un Señor severo y riguroso, y

pa-

para vosotros un Padre liberal y magnífico: ¿qué mas ha podido hacer para obligaros á servirle y serle fieles? ¿Hay cosa mas poderosa que los beneficios para ganar los corazones, y para grangearse los respetos? De vos solo, Señor, decia David en medio de su prosperidad, de vos solo dimana la magnificencia que me rodea, la gloria de mi nombre, y el poder á que me veo ensalzado; y asi es justo, ¡oh Dios mio! que yo os glorifique en vuestros dones, que mida lo que os debo por lo que habeis hecho por mí, y que emplee toda mi grandeza en gloria vuestra: *Tua est, Domine, magnificentia, & potentia, & gloria..... Nunc igitur, Deus noster, confitemur tibi, & laudamus nomen tuum inclitum. (1)*

Con todo eso, Católicos, quanto mas ha hecho por vosotros mas os declarais contra él: los ricos y poderosos son los que viven en este mundo sin mas Dios que sus injustos placeres: vosotros solos sois quien le disputa hasta los mas leves respetos: juzgais que estais escusados de los trabajos y asperezas de su ley; os parece que solamente habeis nacido para gozar de vosotros mismos, para hacer servir sus beneficios á vuestras pasiones, y dexais para el pueblo simple el cuidado de servirle, y observar religiosamente los preceptos de su Santa Ley.

Y asi sucede muchas veces, Católicos, que el pueblo le adora, y vosotros le ultrajais; el pueblo le aplaca, y vosotros le irritais, el pueblo le invoca, y vosotros os olvidais de él; el pueblo le sirve con zelo, y vosotros despreciais á sus siervos: el pueblo levanta continuamente sus manos ácia él, y vosotros dudais de su existencia, siendo asi que sois los que mas especialmente experimentan los efectos de su liberalidad y de su poder: sus castigos le forman adoradores; y sus beneficios no le ocasionan mas que burlas y ultrages.

Digo sus beneficios, Católicos, porque no ha limitado estos á los bienes exteriores de la fortuna, sino que  
tam-  
(1) Paralip. 19. 11. 13.

tambien os hizo nacer aun con mas favorables disposiciones para la virtud, que al simple pueblo: os dotó de un corazon mas noble y mas elevado, de unas inclinaciones mas felices, de unos pensamientos mas dignos de la grandeza de la fé, de mas luces, de mas elevacion, de mas talentos, de mas instruccion, y de mas gusto para el bien: habeis recibido de la naturaleza aquellas felices inclinaciones que se comunican con la sangre, unas pasiones mas moderadas, unos talentos mas cultivados, y unos afectos mas propensos á la virtud: aquella crianza que suaviza el génio, aquella dignidad que contiene los impetus del temperamento natural, y aquella afabilidad que se rinde mas facilmente á las impresiones de la gracia: ¿de cuántos beneficios abusais, Católicos, quando no vivis segun Dios! ¿qué monstruo de ingratitud es un Grande, un hombre lleno de honor y de prosperidad, que nunca levanta los ojos al cielo para adorar la mano de quien recibe tantos beneficios!

¿De qué os parece, Católicos, que provienen las calamidades públicas, y los castigos que afligen á las ciudades y provincias? Estos solamente estan destinados á castigar el mal uso que haceis de la abundancia, y por eso Dios muchas veces castiga las tierras y provincias con la esterilidad: indignada su justicia de que empleeis contra él sus propios dones, los niega á vuestras pasiones, derrama su indignacion sobre la tierra, permite las guerras y las disensiones, trastorna las fortunas, aniquila vuestras familias, hace secar la raiz de vuestra posteridad, y que pasen á manos estrañas vuestros títulos y vuestras posesiones; os hace servir de público exemplar de la inconstancia de las cosas humanas, y de monumentos de su indignacion contra los corazones ingratos é insensibles á los paternales cuidados de su providencia.

Estas son, Católicos, las dos circunstancias inseparables de vuestros pecados, el escandalo y la ingratitud: esto sois quando dexais de ser fieles á Dios: esto es en lo que acaso no habeis reparado hasta ahora: vuestros de-  
li-

litos nunca pueden ser leves: las pasiones son las mismas en el pueblo que en los Grandes, pero las culpas no son iguales, y muchas veces en vosotros un solo delito trae consigo mas desgracias, y tiene mas terribles y funestas consecuencias en la presencia de Dios, que toda una vida llena de iniquidad en una alma desconocida y vulgar: pero tambien, Católicos, vuestras virtudes tienen la misma utilidad y el mismo destino; y esto es lo que me falta que probar en esta última parte de mi discurso.

II. PARTE. Si el escandalo y la ingratitud son efectos inseparables de los vicios y pasiones de las personas constituidas en dignidad; sus virtudes tienen tambien dos circunstancias particulares, que las hacen mucho mas agradables á Dios que las del comun de los fieles. Primeramente, el exemplo; en segundo lugar, la autoridad: y esta, Católicos, es una verdad de mucho consuelo para vosotros á quienes la providencia ha hecho nacer en la elevacion, y muy á proposito para animaros á servir á Dios, y hacerlos amable la virtud; porque el mirar el estado en que habeis nacido como obstáculo para la salvacion, y como incompatible con las obligaciones que os impone la religion, seria engañaros: confieso que en él son mas peligrosos los escollos que en una condicion privada, y mas vivas y frecuentes las tentaciones, y aunque procuraré manifestaros las utilidades que podeis hallar en la elevacion para vuestra eterna salud, no por eso es mi intento disimularos los peligros que el mismo Jesu-Christo nos ha señalado en el Evangelio.

Solamente intento establecer esta verdad, es á saber, que vosotros teneis mas proporcion para servir á Dios, que el simple pueblo: que á la religion la resulta infinitamente mayor utilidad de la virtud de una sola persona de vuestra clase, que de la de casi un pueblo entero de fieles: que sereis tanto mas culpables en la presencia de Dios quando os olvidais de su Magestad, quanto seria mayor la gloria que le resultaria de vuestra fidelidad, pues las consecuencias de vuestras virtudes son muy

muy utiles á la Iglesia, y de mucha edificacion para los fieles.

La primera es el exemplo: una alma del pueblo que teme á Dios, solamente le glorifica en su corazón; es un hijo de luz, que camina, por decirlo así, entre las tinieblas: le tributa respetos, pero no se los grangea: encerrada en la obscuridad de su fortuna, vive solamente á la vista de Dios: desea que su nombre sea glorificado, y con sus deseos le dá la gloria que no puede tributarle con su exemplo: sus virtudes son útiles para su salvacion, pero son como pérdidas para la salvacion de sus proximos: es en el mundo como aquel tesoro escondido en la tierra, que está oculto en el campo de Jesu-Christo, y así parece que el Señor no puede servirse de él.

No sucede así, Católicos, con los que vivís expuestos á la vista del público: vuestros exemplos de virtud son tan famosos como vuestros nombres: vosotros derramais el buen olor de Jesu-Christo en todos los lugares adonde llega el de vuestros titulos; glorificais el nombre del Señor en todas partes en donde es conocido el vuestro: la misma elevacion que manifiesta á los hombres lo que sois en la tierra, los enseña tambien lo que haceis para el cielo: los dotes de que os adornó la naturaleza dán á conocer en todas partes las maravillas que obra en vosotros la gracia: los pueblos, las ciudades, las provincias que continuamente están oyendo repetir vuestros nombres, sienten avivarse la idea de la virtud que vuestro buen exemplo ha vinculado en ellos: vosotros honrais á la piedad en el espíritu del público; la predicais á los que no la conocen: sois, dice el Profeta, como una señal de virtud levantada en medio de los pueblos: todo el reyno tiene fixa su vista sobre vosotros, y procura imitar vuestro lenguaje; y hasta en las Cortes extrangeras es tan conocida vuestra virtud como vuestro nacimiento: la fama de la sabiduría de Salomón se derramó por todas las Cortes de Oriente, dice la Escritura, y la de Ethan Ezrrahita, y de Heman y Calcol, que eran los principales hi-

jos de Mahol, no era menos conocida en Jerusalén, no obstante lo remota que estaba su habitacion de Palestina.

¿Qué atractivos para la virtud no hallan los pueblos en esta fama? Hallan unos grandes modelos que los mueven á imitarlos, y luego que la virtud se halla autorizada con el exemplo de los Grandes, la mira el pueblo como una especie de honor: luego que la virtud se halla ennoblecida con vuestros nombres, por decirlo así, y honrada con vuestro exemplo, se desvanece aquella idea de flaqueza que la imputan los hombres: la modestia y la frugalidad nada tienen de vergonzoso para los hombres luego que estos ven en vosotros que se puede muy bien ser á un mismo tiempo grande y modesto; y que el huir del lujo y de la profusion, no solamente no afrenta á los particulares, sino que añade nueva dignidad á la elevacion y al nacimiento.

¿Quántas almas flacas se avergonzarian de la virtud si no las confirmára en ella vuestro exemplo? no temen el imitaros, antes bien se precian de seguir vuestros pasos; ¿quántas almas, que aun tienen demasiado apego á los bienes de la tierra, temerian que la virtud sirviese de obstáculo á su elevacion, y acaso hallarian en esta tentacion el escollo de todos sus deseos de penitencia, si no advirtieran en vosotros que la virtud es util para todo, y que al mismo tiempo que alcanza las gracias del cielo, proporciona tambien las de la tierra? Vuestros inferiores, vuestras criaturas, vuestros esclavos, todos los que dependen de vosotros miran como mas amable la virtud, luego que conocen que es un medio seguro para agradaros, y que á proporcion de lo que adelantan en la piedad, adquieren mayor estimacion y confianza para con vosotros.

Finalmente, Católicos, ¿qué honor tan grande es para la religion el poder manifestar en vuestras personas, que aun sabe formarse justos que desprecian los honores, las dignidades, y las riquezas, que viven en medio

dio de las prosperidades sin desvanecerse, que se hallan elevados á los primeros puestos sin perder de vista los bienes eternos; que lo poseen todo como si nada poseyeran; que son mas grandes que el mundo entero, y que miran como estiercol las utilidades de la tierra, luego que sirven de obstáculo á las promesas que les manifiesta la fé en el cielo. ¿Qué confusion para los impíos el conocer, al veros caminar por las sendas de la salvacion en medio de todas las prosperidades humanas, que la virtud no es el último recurso de la necesidad, y que es inútil el que intenten persuadir que solamente nos volvemos á Dios quando nos abandona el mundo, pues vosotros, no obstante hallaros colmados de todos los favores del mundo, no por eso dexais de amar el oprobrio de Jesu-Christo? ¿qué consuelo tambien para nuestro ministerio el podernos valer de vuestro buen exemplo en estos christianos púlpitos para confundir á los pecadores de un obscuro nacimiento? El poderlos citar vuestras virtudes, para hacerlos avergonzar de sus vicios; el poder refutar todas las vanas excusas que nos alegan, oponiendoles vuestra fidelidad á la ley de Dios, manifestandoles que los peligros de que están rodeados no son mayores que los vuestros; que los objetos de las pasiones entre quienes viven son menos engañosos; que el mundo no los presenta tantos alhagos, ni tantas ilusiones como á vosotros; que si la gracia puede formarse corazones fieles hasta en los Palacios de los Reyes, con mucha mas razon se los podrá formar en el tumulto de las ciudades, y baxo el techo del ciudadano, y del Magistrado: que en todas partes podemos hallar la salvacion; y que nuestro estado no puede servir de pretexto favorable á nuestras pasiones, pues es la corrupcion de nuestro corazon quien la autoriza.

Vuelvo á decir, Católicos, que quando servis á Dios añadís nueva fuerza á nuestro Ministerio, dais mayor peso á las verdades que anunciamos á los pueblos, mas confianza á nuestro zelo, mas dignidad á la palabra de

Jesu-Christo, mas crédito á nuestras reprehensiones, y mas consuelo á nuestros trabajos; y que mirandoos el mundo, halla en vosotros la decision de las verdades que nos disputa: ¡qué utilidades no resultan á la Iglesia, Católicos, de vuestro buen exemplo! acreditais la virtud, honrais la religion en el espíritu de los pueblos, animais á los justos de todos los estados, consolais á los siervos de Dios, derramais en todo el reyno un olor de vida que confunde al vicio, y autoriza la virtud, y defendeis las reglas del Evangelio contra las máximas del mundo: en todas las ciudades, y aun en las provincias mas remotas, se os cita para animar á los flacos, y estender el reyno de Jesu-Christo. Los Padres enseñan vuestros nombres á sus hijos para alentarlos á seguir la virtud; y sin saberlo vosotros sois el modelo de los pueblos, el asunto de la conversacion de los pequeñuelos, la edificacion de las familias, el exemplo de todos los estados, y de todas las clases: luego que los principales de las Tribus, y las mugeres mas distinguidas presentaron á Moysés en el desierto sus mas preciosos adornos para la construccion del Tabernáculo, todo el pueblo movido con su exemplo, concurrió á porfia á ofrecer dones y sus presentes, y fue necesario que Moysés pusiese límites á sus piadosas aras, y moderase el exceso de sus liberalidades.

¡Ah, Católicos, ¡quánto bien, vuelvo á repetir, podeis hacer en los pueblos solamente con vuestro exemplo! las públicas diversiones se desacreditan luego que vosotros no las autorizais con vuestra presencia: se destierran las modas indecentes, luego que las despreciais vosotros: cesan las costumbres peligrosas é inveteradas, luego que vosotros las abandonais; y luego que vosotros vivis segun Dios, se extermina la raiz de casi todos los desórdenes: ¡quántas almas se preservan de la culpa por este medio! ¡quántas desgracias se precaven, cuántos delitos se detienen, y cuántos males se impiden! ¡qué prenda tan preciosa para la religion es una persona de distinguido carácter, que vive segun la fé! ¡qué presente tan

tan grande hace Dios á la tierra, á un reyno, ó á un pueblo, quando los concede Grandes y poderosos que viven en su santo temor! Y aun quando no bastára el interés de vuestras almas, Católicos, para haceros amable la virtud; no debiera bastar el bien de tantas almas á quienes servis de motivo de salud eterna quando vivis segun Dios, para que prefirieseis el temor y el amor de su ley á todos los vanos placeres de la tierra? ¡puede haber mayor consuelo para un buen corazon, que el ser motivo de la salvacion y bendicion de sus próximos?

Y vuestra mayor felicidad, Católicos es, que no solamente vivis para vuestro siglo, sino que, como os he dicho muchas veces, vuestro exemplo pasará á las edades futuras: las virtudes de los fieles particulares perecen con ellos, por decirlo así; pero vuestras virtudes se conservarán con vuestros nombres en nuestras historias: servireis de modelo de virtud á la posteridad, del mismo modo que lo habeis sido para los pueblos que han vivido en vuestro tiempo: como vuestras dignidades y vuestros empleos tienen necesaria conexion con los principales sucesos que acaecen en nuestro siglo, pasarán con ellos á los siglos futuros: las Cortes que sucederán á la nuestra verán la historia de vuestras costumbres, y de vuestros santos exemplos, mezclada con la historia pública de nuestros acaecimientos: servireis de acreditar la verdad hasta en las edades futuras: la memoria de vuestras virtudes, conservada en nuestros anales, servirá de instruccion á vuestros descendientes quando las lean en ellos: y algun dia se dirá de vosotros, como de aquellos hombres célebres, llenos de fama y de justicia, de que habla la Escritura, que vuestra piedad no se acabó con vosotros: la memoria de vuestras virtudes pasará de edad en edad: los pueblos referirán hasta el fin de los siglos vuestra sabiduría y vuestros exemplos: la Iglesia publicará vuestras alabanzas; y los bienes que hubiereis hecho, y el olor de vuestra vida se conservará siempre entre nosotros con los

los descendientes que nacerán de vuestra ilustre sangre para ser herederos de vuestro nombre y de vuestros títulos: *Quorum pietates non defuerunt; cum semine eorum permanent bona.* (1)

Pero aun no lo he dicho todo, Católicos: es verdad que el exemplo hace de vuestras virtudes un bien público, y que esta es su primera circunstancia; pero la autoridad, que es la segunda, perfecciona y mantiene los infinitos bienes que han empezado vuestros exemplos: y quando digo la autoridad, Católicos, quisiera poder explicar todo quanto me manifiesta esta idea en los prodigiosos efectos de la piedad de los Grandes y poderosos.

Primero; la proteccion de la virtud. La virtud tímida se halla oprimida muchas veces, ó porque la falta valor para manifestarse, ó proteccion que la defiende: la virtud obscura muchas veces es despreciada, porque nada hay que la ensalce á la vista de los sentidos, y porque el mundo se gloria de poder imputar como delito á la virtud la obscuridad de los que la practican: pero luego que vosotros os declarais á favor suyo, ya no la falta proteccion: sois los interpretes de los justos para con el Príncipe que empieza á mostrarse tan favorable á la virtud, y los canales por donde siempre pueden llegar al Trono: colocais en los puestos eminentes á unos hombres justos, que sirven de público exemplo: vosotros producis siervos de Dios, hombres llenos de luz, de virtud, y de ciencia, que se hubieran quedado sepultados entre el polvo, y que con el favor de vuestro nombre y de vuestra autoridad se manifiestan en público, emplean sus talentos, enriquecen algunas veces la Iglesia con obras santas y christianas, contribuyen á la edificacion de los fieles, á la instruccion de los pueblos, y á la consumacion de los Santos, enseñan las reglas de la virtud á los que las ignoren.

(1) Eccl. 44. 10. 11.

noran, las enseñarán á nuestra posteridad, y derivarán á los siglos venideros, con los piadosos monumentos de su zelo, los immortales frutos de proteccion con que habeis honrado la virtud, y vuestro amor á los justos.

¿Qué mas diré, Católicos? Vosotros animais el zelo de los justos en las santas empresas, y vuestra proteccion los dá aliento, y los hace vencer todas las dificultades que siempre opone el demonio á las obras de que ha de resultar gloria á Dios, y provecho á las almas: ¿quántos establecimientos útiles, que hoy admiramos, y que son un manantial de bendiciones en la Iglesia, debieron su nacimiento al credito de una sola persona de alto carácter, á quien Dios inspiró el pensamiento de proteger una obra de la que algun día habia de sacar tanta gloria? ¿Quántos piadosos intentos, cuya execucion es de grande utilidad para la Iglesia, se hubieran desvanecido, si la autoridad de un justo, ensalzado á las dignidades de la Iglesia, no hubiera allanado todos los caminos que parece hacian imposible su execucion? ¿Quántos Santos Ministros de Jesu-Christo, desamparados en el exercicio de su ministerio se hubieran rendido á las contradicciones, y con su retiro hubieran privado á los pueblos de su instruccion y de su exemplo, si no hubiera hallado su virtud en la piedad de algunos Grandes y Poderosos una proteccion que aseguraba la paz á su rebaño, y la autoridad á su ministerio?

¿Qué mas diré, Católicos? Vosotros con vuestro exemplo haceis que respeten la virtud aun aquellos que no la aman, y nadie se averguenza de ser christiano luego que por este medio se parece á vosotros: privais á la impiedad de aquellas demostraciones de confianza y ostentacion con que siempre se atreve á manifestarse, y luego que con vuestra conducta reprobais el libertinage, ya este no se atreve á parecer: vosotros manteneis en los pueblos la religion de nuestros padres, conservais la fé á los siglos venideros, y muchas veces un solo Grande en todo un reyno, que permanezca firme en la fé, basta pa-

para detener los progresos del error y de la novedad, y para conservar á todo un estado la fé de sus mayores. Esther sola conservó el pueblo y la ley de Dios en un dilatado Imperio: solo Matathias se opuso á la construccion de altares estrangeros, é impidió que prevaleciesen las supersticiones en Judá: la Francia debe las luces del Evangelio, y el conocimiento de Jesu-Christo á la piedad de una Santa Princesa, que conquistó para la fé, con el corazon de un esposo infiel, un reyno que despues ha sido el mas firme apoyo, y la porcion mas pura y floreciente de la Iglesia. ¡Oh, Católicos! ¡qué grandes sois, quando sois de Jesu-Christo! ¡y cuánto mas digna y resplandeciente parece vuestra elevacion y nacimiento en los inmensos frutos de vuestra piedad, que el fausto de vuestras pasiones, y en todo el vano aparato de las humanas magnificencias!

Segundo; las recompensas de la virtud: honrais á la virtud, dandola en la eleccion de los puestos que depende de vosotros, la preferencia que la es debida; no confiando los empleos sino á aquellos cuya piedad es acreedora á la pública confianza; no estimando la fidelidad de los subalternos, sino en quanto son fieles á Dios; y buscando principalmente en los hombres la rectitud de la conciencia, y la inocencia de las costumbres, sin las quales todos los demás talentos solo forman un merito equivoco, que ó es dañoso ó inutil.

¡Quántos bienes nacen de aquí para el público, Católicos! ¡qué felicidad la de un reyno, en donde los justos ocupan los primeros puestos, en donde los empleos son recompensa de la virtud, en donde los mayores negocios solamente se confian á los que miran mas por los provechos del público que por los suyos propios, y que en nada tendrían el ganar todo el mundo si perdieran su alma.

¡Qué utilidad para los pueblos, quando en sus jueces hallan á sus propios padres! quando hallan protectores de sus flaquezas en los que son árbitros de su des-

ti-

tino, y consoladores de sus penas en los interpretes de sus intereses! ¡Quántos abusos precaven! ¡quántas lágrimas enjugan! ¡quántas injusticias evitan! ¡qué paz no introducen en las familias! ¡qué consuelos no proporcionan á los infelices! ¡qué honor para la virtud, quando los pueblos la ven colocada en los puestos eminentes! y aun el mismo mundo, no obstante su perversidad, se alegra de tener á los justos por defensores y jueces: ¡qué atractivos para la virtud, quando se vé que esta es el camino de las gracias, y que además de las promesas del siglo futuro goza tambien de las recompensas de la tierra: *Promissionem habens vite que nunc est, & futurae.* (1)

Y no digais, Católicos, que con recompensar la virtud no se corrige á los pecadores, sino que se multiplican los hipócritas: bien sé hasta dónde puede llevar á los hombres el amor á la elevacion, y el abuso que son capaces de hacer de la religion para llegar á sus fines; pero á lo menos obligais al vicio á que se oculte; á lo menos le quitais el esplendor y la seguridad que le estiende y comunica: conservais, á lo menos, el exterior de la religion en los pueblos; multiplicais los exemplos de la piedad entre los fieles; y aunque no sean menos los desordenes, á lo menos son mas raros los escandalos.

Finalmente, las santas liberalidades de la virtud: (bien conozco, Señores, que me dexo llevar del asunto, y que es tiempo de acabar) ¡qué nuevos bienes resultan, Católicos, para los pueblos del uso de christiano y caritativo de vuestras riquezas! Vosotros defendeis la inocencia, fundais asilos de penitencia para los pecadores, haceis amable la virtud para los infelices, por los alivios que hallan en la vuestra, asegurais á los maridos la fidelidad de sus esposas, á los padres la salud de sus hijos, á los Pastores la seguridad de sus rebaños, la paz á las familias, el consuelo á los afligidos, la inocencia á

la

(1) Timoth. 4. 8.

la viuda abandonada, socorro al huérfano, el buen orden para el público, y á todos el apoyo de su virtud, ó el remedio contra sus vicios.

Conoced en esto, Católicos, los inmensos frutos de vuestra virtud, y las inexplicables utilidades que de ella saca la Iglesia: ¡ cuántos escándalos evitais, cuántos delitos precaveis, cuántos públicos males impedís, á cuántos flacos conservais, á cuántos justos confirmais, á cuántos pecadores sacais de sus errados caminos, y á cuántas almas apartais del precipicio! ¡ Cuánto contribuis, Católicos, quando servís á Dios, á la gloria de la Iglesia, al aumento del reyno de Jesu-Christo, al honor de la religion, á la consumacion de los Santos, y á la salud de todos los fieles! ¡ Cuántos escogidos se hallarán algun día en el cielo, de todas las lenguas, y de todas las Tribus, que pondrán á vuestros pies su corona de inmortalidad, como para confesar publicamente que os son deudores de ella! ¡ Qué consuelo para vosotros el poderos decir á vosotros mismos, que sirviendo á Dios ganais siervos para su Magestad, y que vuestra virtud es un manantial de bendiciones para los pueblos! ¡ Católicos, si en la elevacion hay alguna cosa que lisongee, no son las vanas distinciones que ha vinculado á ella la costumbre, sino el poder ser, sirviendo á Dios, causa de los bienes públicos, defensa de la religion, consuelo de la Iglesia, y los principales instrumentos de que se vale Dios para el cumplimiento de sus misericordiosos designios para con los hombres!

¡ Oh, cuánto perdeis, Católicos, en no conformaros con la ley de Dios! ¡ Cuánto pierde la Iglesia en perderos! ¡ cuánto perdemos nosotros quando nos faltais! ¡ de cuántas utilidades privais á los fieles! ¡ qué consuelos ó negais á vosotros mismos! ¡ qué alegría no hay en el cielo por la conversion de un solo pecador de entre los Grandes del siglo! ¡ qué culpables sois, Católicos, quando no vivís segun Dios! No podeis ni perderos, ni salvaros solos: os parecis ó á aquel Dragon del Apocalip-

SIS,

sis, que al caer del cielo, en donde se hallaba colocado, lleva tras de sí la mayor parte de las estrellas para sepultarlas consigo en el abismo; ó á aquella Serpiente misteriosa de que habla Jesu-Christo, que elevada sobre la tierra todo lo atrahe felizmente á sí: os hallais establecidos para la salvacion, ó para la perdicion de muchos: sois ó público veneno, ó público remedio: ojalá llegueis á conocer, Católicos, vuestros verdaderos intereses, lo que sois en los designios de Dios, cuánto podeis contribuir á su gloria, lo que el Señor espera de vosotros, lo que espera la Iglesia, y lo que nosotros mismos esperamos.

Vosotros teneis formada una alta idea de vuestra clase, y de los puestos que ocupais en el mundo, pero tened á bien que os diga que no conoceis toda su grandeza, ni veis perfectamente lo que sois; sois mucho mas grandes por vuestra piedad; y los privilegios de vuestras virtudes son mucho mas resplandecientes y apreciables que los de vuestros títulos: ojalá, Católicos, correspondierais á la dignidad de vuestra clase: y vos, oh Dios mio, moved en estos dias de salud, con la fuerza de la verdad que poneis en mi boca, á los Grandes y Poderosos: ganad para vos estos corazones, cuya conquista os asegura la de los demás fieles: compadeceos de vuestros pueblos santificando á aquellos que vuestra providencia ha puesto á su frente; salvad á Israel salvando á los que le gobiernan: dad á vuestra Iglesia aquellos grandes exemplos que perpetúan la virtud de generacion en generacion, y ayudan casi hasta el fin á formar aquella Iglesia immortal de justos, que os ha de bendecir por todos los siglos. Amen.



## INSTRUCCION

### ACERCA DEL JUBILEO.

*Pœnitementi igitur, & convertimini ut deleantur peccata vestra.*

Haced penitencia, y convertiros, para que se os perdonen vuestros pecados. *Actor. 3. 19.*

**D**E este modo hablaba en otro tiempo San Pedro, al salir del Cenáculo, á una multitud de Judios consternados y deshechos en lágrimas, despues de haberlos reconvenido con la sangre del Justo, que acababan de derramar: y despues de haberles ponderado la enorme culpa de que poco antes se habian hecho reos: todavía os queda un remedio, les decia Católicos, el principal distribuidor de las gracias de la Iglesia: vuestros pecados han llenado la medida de vuestros Padres, habeis despreciado el don de Dios, os habeis separado como anathemas de la esperanza de Israel; pero el Señor os ha mirado con ojos de misericordia, y vá á derramar su espíritu sobre toda la carne, tanto sobre sus siervos, como sobre sus enemigos, y sobre las almas justas, como sobre las que han estado sepultadas en la impiedad: el cielo se vá á abrir sobre la tierra, y por último los prodigios de la gracia y de la misericordia de Dios van á santificar todo el Universo. *Dabo prodigia in cœlo sursum, & signa in terra deorsum.* Aprovechaos, pues, de este tiempo de propiciacion: presentad á la misericordia y perdon que os ofrece el Señor, unos corazones deshechos con el arrepentimiento: disponed vuestras almas con las mortificaciones de una saludable penitencia para recibir las abundan-

abundantes gracias que nosotros, como Ministros y dispenseros, vamos á distribuiros: *Pœnitentini igitur, & convertimini, ut deleantur peccata vestra.*

Pues lo mismo os digo yo hoy, Católicos, en unas circunstancias muy semejantes á aquellas: vosotros habeis tenido la desgracia de olvidaros de Dios, de violar su santa Ley, y de crucificar á Jesu-Christo en vuestros cuerpos, haciendo que vuestros miembros sirvan á las infames pasiones: pues ved aquí un tiempo de salud y de reconciliacion: se os van á ofrecer todas las gracias de la Iglesia: el don de Dios, y la efusion de su espíritu vá á santificar toda la carne: á todo pecador se le ofrece el perdón: la Iglesia, compadecida de vuestras desgracias, abre sus tesoros para pagar ella misma el precio de vuestra libertad: conformaos, pues, con las ideas de misericordia y bondad que tiene para con vuestras almas. Detestad las culpas que os han hecho necesaria su indulgencia: despedazad vuestros corazones con un verdadero arrepentimiento, pues este es el único medio de que os sea útil: quanto mas parece que afloja la Iglesia en su severidad, mas debeis compadeceros vosotros de vuestras miserias, y no convertir sus favores en motivo de impenitencia: *Convertimini igitur, &c.*

Las gracias, que en estos dias de misericordia vá á derramar la Iglesia sobre todos los fieles, solamente se conceden atendiendo á nuestra flaqueza, y no por condescender con ella; para ayudarnos en nuestra penitencia, y no para escusarnos de ella; para recompensar nuestra compuncion, y no para debilitarla; y asi estas gracias son (como lo podeis conocer claramente) suplemento de nuestra flaqueza, socorro de la penitencia, y recompensas de la compuncion: explicaré estas principalisimas verdades.

PRI-

## PRIMERA REFLEXION.

**D**IXE primeramente, que son suplemento de nuestra flaqueza: porque es una verdad eterna que el hombre por el pecado se hace responsable á la divina justicia, y que no se puede reconciliar con ella, á menos que sufra la pena debida á su iniquidad: para que el pecado se perdona es necesario que sea castigado; pero como toda la vida del pecador, que se ha olvidado de Dios, debiera ser una continua penitencia; como todas las criaturas que han servido á sus pasiones debieran servir de instrumento de sus penas; como le están prohibidos todos los placeres; como él solamente se puede permitir, por pura gracia, aquellos alivios que se conceden á la inocencia; como su cuerpo, que siempre ha servido al pecado, no debiera servir mas que á la penitencia; y como muchas veces su flaqueza no le permite aguantar esta carrera larga y penosa, ni reparar con satisfacciones proporcionadas sus enormes y repetidos delitos, la Iglesia, atenta siempre á facilitar á sus hijos los caminos de la salvacion y de la vida eterna, los alarga la mano, por decirlo asi, para que no desmaye su flaqueza con lo áspero del camino: ofrece á la justicia de Dios los tesoros de que es depositaria; y con este precio libra al pecador de alguna parte de las maldiciones á que estaba condenado; se vale de la superabundancia de los meritos de Jesu-Christo, y de los de sus Santos, para suplir lo que falta á los obras penosas de un penitente enfermo y debil; y haciendose flaco con los flacos para salvarlos á todos, quiere mas suplir la flaqueza del pecador con su indulgencia, que oprimirle ó deses- perarle por no aflojar en su severidad.

Y asi, Católicos, las gracias de la Iglesia no son mas que alivios para nuestra flaqueza: si vuestras fuerzas son correspondientes á vuestros delitos, si vuestro cuerpo está tan habil para la penitencia como lo ha estado para

el

el pecado, si vuestros miembros pueden servir á la justicia como han servido á la iniquidad, si teneis con que pagar á un Dios irritado, y con todo eso no os determinais á ello: desengañaos, Católicos, en este caso no es la intencion de la Iglesia libraros de vuestras deudas, ni conceder á vuestra tibieza las gracias que solamente están destinadas para el fervor; ni dar á vuestra abundancia los remedios que solamente son debidos á la necesidad y á la miseria. Sus indulgencias son unas santas limosnas; y así es necesario ser fervoroso, pobre, y hallarse en necesidad para tener derecho á recibirlas: son semejantes á aquel Maná que baxaba del cielo; si solamente las cogéis para amontonarlas, y vivir ociosos, escusandoos el trabajo de tener que hacer todos los dias la misma diligencia, se convertirán en corrupcion y podredumbre; y el regalo del cielo será para vosotros un olor de muerte, y castigo, en lugar de favor.

Quando digo, Católicos, que solamente nuestra flaqueza obliga á la Iglesia á que supla nuestras satisfacciones con la abundancia de sus gracias, no entiendo por flaqueza una culpable ociosidad que nos hace imposible todo aquello que nos molesta, ni un sensual desmayo que nos hace estremecer, solamente al oír los nombres de austeridad y trabajos, ni un excesivo cuidado de nosotros mismos, que hace que todo lo que mortifica al apetito sea perjudicial á la salud, ni un habito de amor propio, que hace que todo lo que nos es cómodo y agradable nos sea necesario: Estos mas son motivos de penitencia que de indulgencia y de gracia: tampoco entiendo por flaqueza un vano respeto á la clase y nacimiento, que nos persuade á que podemos separar de las obligaciones de Christiano y de pecador lo que concedemos á las personas públicas y distinguidas; como si las obligaciones del estado fueran incompatibles con las del Evangelio, ó como si una elevacion, que muchas veces ha sido la causa de

nues-

nuestras culpas, pudiera escusarnos de una penitencia á que ella misma nos obliga.

Hablo de una verdadera imposibilidad para poder sufrir la carrera y el rigor de los trabajos conformes á la regla y al espíritu de la Iglesia, y digo; que compadecida la Iglesia en este caso de nuestro estado, del deseo que tendríamos de expiar nosotros mismos nuestros delitos, si correspondieran nuestras fuerzas á nuestro zelo, y mirando nuestros deseos como si en la realidad fueran obras, afloxa en su severidad, y nos proporciona el beneficio de su reconciliacion y de sus gracias.

Pero no os parezca, Católicos, que aun en este caso es la intencion de la Iglesia suplirlo todo: quiere que si no podemos ofrecer todo el precio por nuestros pecados, ofrezcamos á lo menos una parte: quiere que saquemos de nuestra flaqueza todo quanto podemos, y que ofrezcamos aun mas de lo que alcanzan nuestras fuerzas, por decirlo así: su intencion es que hagamos los esfuerzos posibles para satisfacer á la Divina Justicia, y que toda nuestra vida sea una continua memoria de nuestras iniquidades, y de las satisfacciones á que estamos condenados; que todas nuestras acciones manifiesten por alguna parte nuestro estado de penitencia; y que hasta nuestros mismos placeres se saquen con la amargura de la penitencia.

Porque sea la que fuere nuestra flaqueza, si estamos sinceramente arrepentidos y convertidos, si el espíritu de Dios ha producido en nuestros corazones la gracia de la compuncion y del arrepentimiento; si el horror á nuestras pasadas culpas ha producido en nosotros movimientos de zelo y de indignacion contra nosotros mismos, (pues estos son siempre los primeros frutos de la penitencia) ¡ah! en este caso no dexaremos de hallar en nosotros con que ofrecer á Dios sacrificios y expiaciones, capaces de aplacar su justicia: sea la que fuere nuestra flaqueza, siempre tendremos

Tomo X.

Aa

in-

inclinaciones que mortificar, deseos que vencer, placeres que sacrificar, abatimientos que sufrir, contradicciones que padecer, y superfluidades que desterrar: sea la que fuere nuestra flaqueza, no nos faltará la fuerza suficiente para negar á los sentidos mil regalos inútiles, para proporcionarlos mil amarguras, que sin minorar las fuerzas debiliten la corrupcion, y para convertir nuestras mismas enfermedades en motivos de penitencia: ¡ah! hacemos tantos esfuerzos por el mundo, por la fortuna, y por los placeres; hacemos aun mas de lo que permite una salud debil y arruinada; nos violentamos, no oímos nuestras mismas reflexiones, sacamos fuerzas de nuestra propia flaqueza, y por último acostumbramos al cuerpo á que nos siga y obedezca; ¿y solamente por el cielo no hemos de hacer experiencia alguna, hemos de medir nuestras fuerzas, ponderar nuestra flaqueza, y nos ha de parecer imposible todo lo que nos cuesta trabajo?

Y no digais, Católicos, que si nosotros estuviéramos obligados á hacer algunos esfuerzos para expiar nuestras culpas con los trabajos de la penitencia, serian inútiles las gracias de la Iglesia; porque por grandes que sean nuestros esfuerzos, por larga que sea nuestra penitencia, por más austéras que sean nuestras satisfacciones, nunca pueden ser proporcionadas á nuestras culpas; nuestras mortificaciones siempre serán menores que nuestros pecados; siempre nos quedaremos muy cortos respecto de lo que nos pide la justicia de Dios; siempre nos veremos precisados, como el siervo del Evangelio, á pedir tiempo; y aunque se nos conceda, siempre estaremos cargados con una infinidad de deudas que no habremos podido satisfacer.

¿Por qué, Católicos, nos persuadimos acaso á que las lágrimas de algunos dias, unas leves mortificaciones, algunos ayunos raros y cómodos han de expiar, borrar, y destruir en la presencia de Dios unas culpas merecedoras de eternos castigos? ¿Nos persuadimos acaso

á

á que unas llamas inmortales, una desesperacion eterna, un gusano que nunca ha de morir, una separacion de Dios irremediable, y una sentencia tan funesta y terrible como la que habiamos merecido, puede commutarse en algunas austeridades momentaneas; y que unas deudas inmensas pueden pagarse con una sola moneda del mas infimo valor? ¡Ah! en otro tiempo la misma Iglesia, mucho mas indulgente sin duda que el Dios justiciero, pues solamente se ocupaba en aplacarle, y en suavizar con los rigores canónicos la sentencia del Soberano Juez, y que castigaba á sus hijos como madre, esta misma Iglesia imponia por una sola culpa muchos años de trabajos y penitencia; y qué penitencias, Católicos! unas abundantes lágrimas, unos ayunos continuados, unas humillaciones públicas, unas austeridades espantosas, unas oraciones largas y frecuentes; la ceniza y el cilicio, la separacion del Altar, de la compañía de los fieles, y de todos los placeres: ¿pues cuáles serán, Católicos, los castigos que la Divina Justicia pide acá en la tierra á la alma impura y pecadora? si el amor y compasion de una madre nos parece tan severo, ¿quál será la severidad del mismo Dios ofendido?

Vuelvo á repetir, Católicos, que sea la que fuere vuestra penitencia, siempre quedareis infinitamente responsables á la Divina Justicia; por mas zelosos penitentes que seais, siempre teneis necesidad de que la Iglesia supla por vosotros: es necesario que socorra vuestra flaqueza con sus gracias, y que ofrezca á Dios los meritos de Jesu-Christo y de sus Santos para dar algun valor á los vuestros; y asi, Católicos, aunque hagais los mayores esfuerzos para satisfacer á la Divina Justicia, siempre serán para vosotros de infinita utilidad las gracias que en este tiempo os concede la Iglesia: éstas igualarán la satisfaccion á que nunca podiais aspirar con vuestras propias fuerzas; con la abundancia de meritos que os aplica, os hallareis en estado de

Aa 2

po-

poder igualar aquella infinita distancia que vuestras culpas habian puesto entre vosotros y el Señor, y que aun quando viviérais muchos siglos, y los emplearais en penitencias, no pudierais igualarlas con vuestras propias fuerzas.

Por eso, Católicos, no hay cosa mas opuesta al espíritu de la fé y á la sana doctrina, que aquella falsa ciencia que se persuade á que las gracias de la Iglesia sirven de poco: que no nos eximen de obligacion alguna para con Dios; que no nos hacen mejorar de condicion; y que un pecador verdaderamente penitente, aun quando no se aproveche de ellas, está tan adelantado en la gracia del Señor, como un pecador penitente que se aprovecha. Este es un error que ha detestado muchas veces la Iglesia con sus anathemas, injurioso á la sangre de Jesu-Christo, y motivo de desesperacion para la flaqueza de los fieles: es verdad que la Iglesia no pretende escusarnos de la penitencia, pues el mismo Evangelio nos declara que sin ella no hay salvacion, y que el orden inmutable de la divina Justicia, turbado con el pecado, no puede restablecerse sino por medio de las penas que le son debidas; pero viendo la Iglesia que nuestra flaqueza nos inhabilita para casi todos los penosos ejercicios que en otro tiempo imponia á los fieles, y que aquellos con que aun podemos cumplir, nunca pueden igualar la multitud y enormidad de nuestros delitos, suple en esta parte con la abundancia de sus tesoros: semejante en esto á aquel Administrador prudente y caritativo, nos perdona la mitad de la deuda, la que nos era imposible pagar, y nos hace firmar cinquenta en donde debiamos ciento: y así igualmente se apartan de su espíritu, y blasfeman del don de Dios los que miran sus gracias como inútiles á la flaqueza humana, que los que las miran como favorables á la impenitencia.

## SEGUNDA REFLEXION.

**D**ixe en segundo lugar, que estas gracias son socorros de la penitencia; y por eso, Católicos, este tiempo de propiciacion debe ser tiempo de consuelo para las almas penitentes: porque una de las mayores amarguras de la virtud para las almas fieles es el ver, quando examinan en la presencia de Dios los desordenes de sus pasadas costumbres, que sus pasiones habian sido vivas, fuertes y continuas; que habian llegado al mayor extremo que podía desear la corrupcion; y que su penitencia ha sido flaca, tibia é imperfecta: esta memoria las asusta é inquieta; en considerar los juicios de Dios tan incomprehensibles y terribles, la severidad de su justicia tan diferente de la nuestra, el exemplo de tantos Santos Penitentes, que despues de unas costumbres menos culpables que las nuestras, se han crucificado vivos con Jesu-Christo con las mas extraordinarias mortificaciones, todo esto las atemoriza y acobarda; dudan de la seguridad de su estado, creen que su pasada penitencia no ha sido mas que una ilusion, pierden la paz y la confianza, que es todo el consuelo y toda la firmeza de la virtud, y muchas veces pasan del abatimiento á una peligrosa ociosidad.

La Iglesia, pues, en las gracias que concede en este tiempo á sus hijos, ofrece un remedio para las inquietudes y dudas de las almas fieles y penitentes, é intenta suplir el defecto de su penitencia, porque por mas sincera que ésta haya sido, es casi imposible que no esté mezclada de mil imperfecciones.

Primeramente, por parte de la severidad: ¡ah! nuestra penitencia siempre está mezclada de mil sensualidades que la manchan, que nos hacen perder casi todo su merito, y muchas veces, en lugar de expiar las pasadas costumbres con las mortificaciones y trabajos de la virtud, lo mas que hacemos es expiar las flaquezas y tibia-

biezas de la misma virtud: y así la Iglesia acude á nuestro socorro, llena el vacío de nuestra penitencia, cubre con la caridad, y con la sangre de Jesu-Christo la multitud de nuestras flaquezas y tibiezas, y sin atender á los defectos de nuestra satisfaccion, se contenta con aceptar sus imperfecciones, y dar de su propio caudal lo que falta á nuestras austeridades.

En segundo lugar, por parte del fervor y de la actividad: nuestras penitencias, Católicos, siempre van acompañadas de tibieza y disgusto; en vez de ponernos con un santo fervor de parte de los intereses de la divina Justicia contra nosotros mismos; en vez de armarnos de una indignacion de penitencia y de severidad contra una carne, que ha sido la causa y la raiz de nuestras culpas; en vez de vengar en nuestros cuerpos con una santa complacencia los daños que han ocasionado á nuestras almas; en vez de gozar en las lágrimas y gemidos de la penitencia aquella santa embriaguez, que antes habíamos experimentado en los injustos placeres. ¡Ah! nos cuestan tanto los mas cortos sacrificios que hacemos á Dios, nos los disputamos por tanto tiempo á nosotros mismos, los hacemos con tanta repugnancia, pagamos de tan mala gana, si es lícito decirlo así, que muchas veces la tibieza con que procuramos aplacar á la divina Justicia por nuestros pasados delitos, es ella misma una nueva culpa; todo quanto hacemos por Dios nos cansa y nos disgusta; aun los mas justos experimentan muchas veces en la carrera de la penitencia, que su corazon se pone de parte de la carne contra el espíritu, su compuncion se entibia, el horror á los pasados delitos casi se borra del todo, la memoria de los beneficios de Dios despierta con mucha debilidad su agradecimiento, y no hay cosa mas comun que los desmayos y tibiezas de la fé en las obras penosas de la virtud. Los principios de la penitencia regularmente son fervorosos, pero poco á poco se van debilitando estos movimientos de la gracia: los objetos de los sentidos que nos rodean, mi-

minoran la fuerza de estas saludables impresiones; no sentimos tanto nuestras pasadas miserias; aun el mismo espíritu, naturalmente incapáz de fixar por mucho tiempo su atencion en lo que le desagrade y entristece, se aparta como contra nuestra voluntad; y entonces no estando defendidos con una compuncion fervorosa, con un agradecimiento eficaz, con la alegría de un corazon conmovido y dispuesto á entregarse á todo por su Dios, vamos arrastrando por los caminos de la penitencia, murmuramos, como los Israelitas, de que tenemos que andar tanto tiempo por los caminos áridos y penosos del desierto, nos quejamos de la insipidez del don de Dios, y aun acaso tambien interiormente echamos menos las viandas de Egypto.

Todas estas interiores flaquezas, estas invisibles pérdidas de gracia y de fé, tan inevitables, aun en la virtud mas fiel, minoran en la presencia de Dios el precio y el merito de nuestra penitencia. El Señor separa de las satisfacciones que le ofrecemos todo quanto nosotros cercenamos en el fervor y amor con que se las debíamos ofrecer; porque el Señor no mira á los dones, sino solamente á el corazon; no recibe mas que la mitad de aquellos trabajos en que nosotros separamos el zelo de la penitencia, que es el que unicamente se los puede hacer agradables: pero como estos defectos casi son inseparables de la naturaleza flaca y corrompida, el Señor, siempre rico en misericordias, y que no quiere que se pierdan sus criaturas, sino que se salven, ha dexado á su Iglesia arbitrios y remedios contra las tibiezas de la virtud y de la penitencia; quiere que acepte nuestros imperfectos sacrificios, que cierre los ojos á las infidelidades que con ellos mezclamos, que atienda mas á la sinceridad de nuestra intencion, que á la correccion de nuestras obras, á la flaqueza de nuestra naturaleza, que á la de nuestra fé; y que nos admita en el número de aquellos felices penitentes, que cumplieron la carrera que ella los habia señalado, que nos restituya á la par-

ticipacion de los Altares, y de los santos Misterios de que estabamos privados por nuestras culpas; que nos restablezca en todos los derechos que habiamos perdido por el pecado, y que derrame los meritos y tesoros de que es depositaria, tanto sobre las manchas de nuestras culpas, como sobre la tibieza de nuestra penitencia.

Finalmente, el tercer genero de imperfeccion, que casi siempre mezclamos con nuestra penitencia, está de parte de la intencion: no quiero decir que seamos del número de aquellos hipócritas, que solamente hacen sus obras para grangearse el aplauso y estimacion del público; que tocan la trompeta para no perder delante de los hombres el merito de su virtud, que no estiman en ésta mas que la fama y la vana apariencia, y que solamente son penitentes del mundo y de la vanidad.

Con todo eso, por mas sincera que sea nuestra intencion siempre mezclamos nuestras obras de penitencia y misericordia con muchas complacencias humanas. Es verdad que no las hacemos precisamente porque sean vistas de los hombres, pero no nos pesa de que los hombres las vean: no buscamos las públicas alabanzas como recompensa de nuestra virtud, pero no nos desagrade que ésta sea aplaudida: solamente intentamos agradar á Dios, pero no dexamos de hacer algun caso de agradar tambien al mundo: fixamos nuestra vista principalmente en el cielo, ¡pero ay! que no por eso dexamos de mirar á la tierra. ¡Qué atencion no guardamos con nosotros mismos! ¡Qué secreta preferencia no hacemos de aquellas obras que nos hacen ser admirados, respecto de las que no harian mas que purificarnos! ¡Qué arbitrios tan imperceptibles para buscar nuestra propia gloria! ¡Qué ocultos cuidados acerca de los juicios humanos! ¡Qué singularidades en la virtud, en la que no hallamos otro gusto mas que la misma singularidad, que hace que se repare en nosotros, y que se nos distinga de los demás! Muchas veces creemos que el amor de Dios es quien nos mantiene en el retiro aparta-

tados de los placeres, y de las compañías mundanas, leños de los adornos é indecencias que autoriza el mundo; ¡pero ay! que suele ser nuestro amor propio, y una interior complacencia de no parecernos á los demás, y de llamar la atencion de los hombres con unas obras singulares y extraordinarias: puede ser que estas obras no fuesen tan de nuestro agrado si todos los hombres siguieran el mismo camino que nosotros; puede ser que nos parecieran molestas è insufribles, si el público exemplo nos las hiciera necesarias, si abrazando la multitud las mismas costumbres nos hallasemos confundidos con ella, sino pudieramos decirnos interiormente á nosotros mismos, que nos abstenemos de unos placeres que los demás se permiten sin escrupulo, y si esta secreta comparacion no mantuviera nuestro amor propio, y nos desquitára de las amargas de la virtud.

¡Ah, Católicos! vuelvo á repetir que la vanidad se introduce insensiblemente en todas nuestras obras, y que en todas las ocasiones nos hallamos los mismos: este pequeño fermento es capaz de corromper toda la masa; este amor propio, que se mezcla en todas nuestras buenas obras, las tizna y mancha: el Dios santo que pesa todas nuestras acciones dentro de nuestro corazon, casi siempre las halla inficionadas con este secreto veneno, que las quita una parte de su peso y valor: separa con todo rigor aquella porción divina que en ellas ha puesto su gracia, de la humana que hemos mezclado nosotros mismos: separa la obra del Espíritu Santo de la obra del hombre, el fruto de la caridad del de la concupiscencia, y muchas veces despues de esta rigurosa separacion, despues de haber apartado el grano de la paja, á un lado casi no queda trigo, quando al otro se ven grandes montones de paja; esto es, una multitud de obras muertas, destinadas al fuego: y sin duda que si el Señor nos juzgára sin misericordia, hallaria motivo para nuestra condenacion aun en nuestras mismas buenas obras: estas son, Católicos, las manchas de que nos purifican las gracias de la Iglesia: la

sangre de Jesu-Christo que liberalmente derrama sobre nuestras obras de penitencia, las pone puras y resplandecientes; cura las reliquias de las llagas, que aun los mas eficaces remedios de la penitencia ordinaria habian dexado como medio abiertas; es un sagrado fuego que aniquila y consume aquella porcion extraña y humana que se habia mezclado con nuestro sacrificio, que purifica el oro de nuestra caridad, y de nuestra penitencia, y que convierte en un metal precioso el barro de nuestras enfermedades y miserias.

Esta es la utilidad de las gracias de la Iglesia: si sois pecadores os sostendrán en la carrera de vuestra penitencia; si sois penitentes repararán sus defectos; si sois justos aumentarán el merito; si sois flacos servirán de socorro á vuestra flaqueza; si sois fuertes confortarán vuestras fuerzas; si estais afligidos os servirán de alivio y consuelo en vuestros trabajos; finalmente, en qualquiera estado hallareis en ellas, ó el socorro de vuestras virtudes, ó facilidad para expiar vuestros delitos.

### TERCERA REFLEXION.

ES indubitable que el verdadero dolor de vuestras culpas, y un sincero arrepentimiento alcanzan por sí solos estos preciosos dones, y que estos unicamente son recompensa de la compuncion: antiguamente la Iglesia, en la carrera de la larga penitencia que imponia á los fieles que despues del Bautismo habian recaido en los desordenes de sus primeras costumbres, solamente atendia para remitirlos alguna parte de las penas canónicas, como dice San Cipriano, al dolor que manifestaban de sus culpas: por eso quando en el número de los penitentes públicos hallaba algunos pecadores mas arrepentidos de sus culpas que los demás, mas fervorosos en los austeros ejercicios de su penitencia, mas penetrados del temor de los juicios del Señor, mas confundidos con su miseria, mas deseosos del beneficio de la reconciliacion, y mas contristados en su estado de hu-

millacion, separacion y anathema; imitando entonces la indulgencia que usó el Apostol con los incestuosos de Corinto, y temiendo que una tristeza demasiado profunda y abundante abatiese ó hiciese desmayar á aquellos penitentes compungidos, aligeraba sus penas, atenuaba en su severidad, les adelantaba la gracia de la paz y de la reconciliacion, y recompensaba sus lágrimas, y lo vivo de su dolor, restituyendolos á la compañía de los fieles, á la participacion de las oraciones de sus hermanos, á la comunicacion del Altar y de los Sacrificios, y finalmente á todos los derechos de que los habia puesto en posesion la gracia del Bautismo.

Y asi debian á las señales de su dolor y de su arrepentimiento aquellas particulares indulgencias y gracias: Era menester que con la abundancia de su compuncion hubiesen cumplido en pocos dias los muchos años que debia durar su carrera: De otro modo, dice San Cipriano, quando la inconsideracion de los Sacerdotes, ó la demasiada facilidad de los mártires concedia estas gracias y estas relaxaciones á los fieles que no habian dado unas extraordinarias señales de arrepentimiento, su reconciliacion era falsa, peligrosa para los que la concedian, ó inutil para los que la habian recibido. *Periculosa dantibus, & nihil accipientibus profutura.* Era un granizo que caía sobre un fruto por madurar, y que en vez de adelantar su sazón, ó la retardaba ó la imposibilitaba para siempre.

¿Y qué conseqüencias debemos sacar de esta doctrina? La primera, que supuesto que las gracias que en este tiempo reparte la Iglesia á los fieles solamente son recompensa de la compuncion, las almas que llegan al Tribunal de la penitencia sin verdadero arrepentimiento no deben esperar participar de ellas: las almas que despues de los horrores de una vida llena de culpas llegan á los pies de los Sagrados Ministros con un corazon árido, con una conciencia insensible, con una voluntad casi absolutamente dispuesta á volver al vómito, están excluidas de este beneficio; estas almas tienen unos

corazones obstinados, y son motivo del llanto de la Iglesia; son unos hijos á quienes llora por muertos, y que en vez de participar de sus gracias con los demás fieles, atraen sobre sí una terrible maldicion, porque escogen para profanar sus misterios y tesoros la ocasion en que ella los reparte con mas liberalidad, y se valen de su misma indulgencia como de ocasion para sus sacrilegios é ingraticudes.

Segunda consecuencia: las almas mundanas y sensuales que solamente manifiestan ansia de participar de las liberalidades de la Iglesia porque las miran como caminos cómodos para llegar al cielo, y como medios fáciles para la salvación, que las escusan de la penitencia; que no intentan detestar sus pecados, sino que quieren que queden sin castigo; que se persuaden á que nada resta por hacer, y que luego que han cumplido con algunos ejercicios exteriores, á los que parece vincula la Iglesia sus gracias, ya están borradas sus pasadas culpas, y no tienen obligacion á mas: que todo el dolor con que llegan al Sacramento de la Penitencia se reduce á una oculta alegría de ir á recibir el privilegio que las dispense de llorar sus culpas, y castigarlas: unas almas tan poco dispuestas á aplacar la Divina Justicia, tan distantes del espíritu de penitencia, que es con el que unicamente se puede conseguir el perdón, tan vacías de fé y de caridad, y tan indignas de la comun gracia de la reconciliación, ¿qué es lo que van á buscar al pie de los Altares en estos santos dias? Estos son piadosos asilos para los penitentes, y ellas no manifiestan mas señal de penitencia que un carnal deseo de escusarse de ella. Este es lugar de lágrimas y compuncion, y ellas le quieren convertir en alivio de su sensualidad y pereza; es el premio que se concede, ó al largo trabajo, ó al zelo que todavia quisiera dilatarle, y ellas le miran como señal de descanso, y destruccion de las obras penosas: ¡Qué ilusion, Católicos! Como si los tesoros que nacieron del seno de un Dios muerto y crucificado, pudieran mudarse en motivos de sensualidad y pereza: como si el fru-

to de la Cruz de Jesu-Christo debiera servir para destruir la misma Cruz: como si la sangre de los mártires, y las lágrimas de los justos, solamente hubieran de estar depositadas en manos de la Iglesia para formar fieles flacos é impenitentes.

Tercera consecuencia: supuesto que la intencion de la Iglesia, en la reparticion de sus gracias, no es mas que recompensar la abundante compuncion de los verdaderos penitentes, aquellas almas que no se arrepienten mas que con la boca, que despues de todas sus promesas de conversion siempre han visto sobrevivir, y suceder sus pasiones á su penitencia, que nunca han puesto mas que un corto intervalo de tiempo entre los Sacramentos y las recaídas, que no llegan á la penitencia con una sincera resolucion de apartarse de las ocasiones, de romper las conexiones funestas á su inocencia, de abandonar los placeres incompatibles con las obligaciones, de huir de los lazos y compañías que sirven de atractivos al vicio, de tomar penosas medidas para vencer sus pasiones, y expiar sus delitos; que no llegan á los pies del Confesor sino con unos propósitos vagos, con unas resoluciones vacilantes, con un corazon inconstante é irresoluto; que mas les mueve á recurrir al remedio el acercarse la solemnidad, que el dolor de sus delitos; estas almas no deben aspirar á las liberalidades de la Iglesia; son como aquellos animales inmundos, que siempre se vuelven al vómito, y cuya triste suerte llora la misma Iglesia, pero los arroja de sus Altares, y no quiere manchar con su presencia las cosas santas.

Ultima consecuencia: supuesto que este es el premio de las abundantes lágrimas, y de un dolor nuevo y singular, los que solamente llegan al Tribunal de la penitencia con un horror regular y comun de sus delitos, que no sienten en sí movimiento alguno nuevo, vivo, ni extraordinario; en quienes no excitan las liberalidades de la Iglesia afectos mas tiernos en orden á las misericordias del Señor, ni mas vivos pesares al contemplar su propia miseria; en quienes no hacen impresion especial

el aparato que se advierte en este tiempo de gracia y de propiciacion, pues en su arrepentimiento no manifiestan señal alguna singular ni extraordinaria, puede ser que estos pecadores no profanen el Sacramento de la Penitencia, ¿pero podrán acaso aspirar á las gracias superabundantes que la Iglesia concede en este tiempo? Puede ser que reciban el perdon regular vinculado á la virtud de este Sacramento, pero que sé yo si recibirán las singulares gracias que á él añade la Iglesia, pues estas gracias y liberalidades solamente están destinadas para consuelo de las grandes amarguras de la penitencia, y para recompensa de las abundantes lágrimas, y del fervor extraordinario.

No, Católicos, sino se deshace vuestro corazon en una compuncion tierna y fervorosa, sino corresponde la medida de vuestro dolor á la de vuestros delitos, si lo vivo de vuestro amor y de vuestro agradecimiento no suple la falta de satisfacciones á que os imposibilita la flaqueza de la carne, si vuestras disposiciones no tienen alguna proporcion con lo grande del beneficio que os concede la Iglesia, sino os humillais, sino os indignais santamente contra vuestra enfermedad y flaqueza, sino os conoceis indignos de las gracias y favores de la Iglesia, sino reparais en que atendiendo al abuso casi continuo que habeis hecho de la gracia, sois los pecadores mas dignos de su severidad, y los que menos derecho tienen para aspirar á sus indulgencias y favores, sino estais resueltos á hacer de vuestra parte todos los esfuerzos posibles para aplacar á la Divina Justicia, á sacrificarla todo quanto sois, á sufrir el yugo de la penitencia hasta donde alcancen vuestras fuerzas: en una palabra, en atender siempre mas en vuestras penosas satisfacciones al zelo de la fé y de la penitencia que á la flaqueza de la carne, la Iglesia os excluye de sus gracias y favores: por mas que sus Ministros los procuren repartir, ella los vuelve á recoger, por decirlo asi, y desaprobando en algun modo su Ministerio, no dexa en vosotros mas que vuestra tibieza y desidia.

Es-

Estas son, Católicos, las disposiciones de fé y de penitencia que debeis tener para poder participar de las gracias de la Iglesia; y me persuado á que procurareis disponeros de este modo, y que este tiempo de propiciacion os servirá de tiempo de salud; que no serán inútiles las señales de arrepentimiento con que os presentais al pie de los Altares, que el penitente temor que se advierte en vuestros rostros, anuncia la mudanza de vuestros corazones; que esas sensibles impresiones de temor, de esperanza, de alegría y de tristeza que hace en vosotros el exterior aparato de este santo tiempo, son felices indicios de las abundantes gracias que van á derramarse sobre vuestras almas.

Y asi, Católicos, consolaos, pues la Iglesia os abre el seno de sus misericordias: llegad al Altar con confianza, y permitidme que al acabar este discurso os hable del mismo modo que habló Edras á los Judios, juntos en el Templo, despues de haber excitado en ellos los mas vivos sentimientos de penitencia, y del mas amargo llanto, ponderándoles las prevaricaciones de que se habían hecho reos, y prometiéndoles, para consolarlos en su dolor, restituirlos la participacion del Altar y de los sacrificios: Llegad, hermanos míos, les decia aquel hombre de Dios, enternecido al ver su compuncion; y lo mismo os digo yo hoy en unas circunstancias muy semejantes: llegad á sustentaros con esa divina vianda que renueva las almas, y que dá fuerza y vigor á los corazones débiles y flacos: habeis estado mucho tiempo privados de ella, ó por vuestra falta de dolor, ó por vuestros delitos: llegad ahora á embriagaros con ese vino misterioso que engendra Virgenes, que os hará olvidar el mundo y sus vanidades, que trastorna la razon mundana, substituyendo en su lugar las nuevas luces de la fé, y que excita santas alegrías en un corazon fiel: volved á el Altar del que habiais estado separados tanto tiempo; llegad á incorporaros con vuestros hermanos, y á participar con ellos de los santos misterios: recobrad los

los derechos que habeis perdido por vuestras culpas: *Ite, comedite pinguia, & bibite multum.* (a).

Despojaos de esos vestidos de luto y de tristeza: enjugad las lágrimas que habeis derramado: estos días ya no son para vosotros días de afliccion y amargura, sino días de solemnidad y alegría; este es el día en que para vosotros baxan á la tierra todas las gracias del cielo, las que purificarán vuestras almas, y las restituirán á su primera justicia: *Et nolite contristari, quia Sanctus dies Domini est.*

No os olvidéis jamás de este día feliz: la alegría de volver á la gracia del Dios de vuestros padres os debe dar fuerza y valor: el haberse acabado las desgracias de vuestra vida mundana, el haber puesto fin á las inquietudes y miserias de vuestras pasiones, el haberse sosegado los remordimientos de la conciencia, el haberse mudado en una paz inalterable los desasosiegos de la iniquidad, la participacion de los santos misterios, que ocupaba el lugar de los placeres del mundo, por medio del don de Dios, y de los consuelos de la gracia; este nuevo estado en que vais á entrar, sirva de alivio á todas las amarguras de vuestra pasada penitencia: *Gaudium etenim Domini est fortitudo vestra.*

Mirad en adelante como insípidas las alegrías de los pecadores; no os acordeis de los pasados delitos sino para renovar vuestras lágrimas; ocultad en vuestros corazones, hasta el fin, el tesoro de gracias que vais á recibir, para que no os le robe el enemigo: disfrutad por mucho tiempo el beneficio de vuestra reconciliacion: presentad en el tribunal de Jesu-Christo en el día de las venganzas la sangre del mismo Señor, que hoy os confía la Iglesia, como precio de vuestras iniquidades, paga de vuestras deudas, título de vuestra inmortalidad, y derecho de vuestra eterna redencion. Amen.

(a) 1. Esdr. 8. 10. & seq.

EXOR-

## EXORTACION

PARA DISPONER A LOS NIÑOS,  
quando han de recibir el Sacramento de la Con-  
firmacion.

**H**ijos míos, el Sacramento que vais á recibir es como la perfeccion de vuestro Bautismo: es un Sacramento de fortaleza, y la plenitud del Espíritu Santo. Por medio del Bautismo os hicisteis hijos de Dios; pero con la Confirmacion os vais á hacer hombres perfectos: es decir, que este Sacramento debe producir en vosotros los mismos efectos que producía antiguamente en los primeros fieles, si le recibís con las mismas disposiciones que ellos.

Primeramente: con este Sacramento recibían el don de las lenguas, y de los milagros: es verdad, queridos hijos míos, que yo no espero que produzca en vosotros estos prodigios, porque estos dones exteriores ya son inútiles á la Iglesia, y la fé no necesita ya de estos grandes testimonios; pero sí espero que el espíritu de Dios que vais á recibir, os haga hablar el idioma de Dios, que en adelante vuestras conversaciones sean santas, que os abstengais de las conversaciones profanas del mundo, que no habléis el idioma de la ira, de la murmuracion, de la mentira, y del libertinage: de este modo hablareis un idioma nuevo, é ignorado de los hijos del siglo: dareis á entender que habita en vosotros el Espíritu Santo, que habla en vosotros, y que ya que no hayais recibido el don de las lenguas, habeis recibido otro mas excelente, que es el de usar santamente de la vuestra.

En segundo lugar: luego que los primeros fieles recibían el Sacramento de la imposicion de las manos, que era el mismo que el de la Confirmacion, quedaban mas

los derechos que habeis perdido por vuestras culpas: *Ite, comedite pinguia, & bibite multum.* (a).

Despojaos de esos vestidos de luto y de tristeza: enjugad las lágrimas que habeis derramado: estos días ya no son para vosotros días de afliccion y amargura, sino días de solemnidad y alegría; este es el día en que para vosotros baxan á la tierra todas las gracias del cielo, las que purificarán vuestras almas, y las restituirán á su primera justicia: *Et nolite contristari, quia Sanctus dies Domini est.*

No os olvidéis jamás de este día feliz: la alegría de volver á la gracia del Dios de vuestros padres os debe dar fuerza y valor: el haberse acabado las desgracias de vuestra vida mundana, el haber puesto fin á las inquietudes y miserias de vuestras pasiones, el haberse sosegado los remordimientos de la conciencia, el haberse mudado en una paz inalterable los desasosiegos de la iniquidad, la participacion de los santos misterios, que ocupaba el lugar de los placeres del mundo, por medio del don de Dios, y de los consuelos de la gracia; este nuevo estado en que vais á entrar, sirva de alivio á todas las amarguras de vuestra pasada penitencia: *Gaudium etenim Domini est fortitudo vestra.*

Mirad en adelante como insípidas las alegrías de los pecadores; no os acordeis de los pasados delitos sino para renovar vuestras lágrimas; ocultad en vuestros corazones, hasta el fin, el tesoro de gracias que vais á recibir, para que no os le robe el enemigo: disfrutad por mucho tiempo el beneficio de vuestra reconciliacion: presentad en el tribunal de Jesu-Christo en el día de las venganzas la sangre del mismo Señor, que hoy os confia la Iglesia, como precio de vuestras iniquidades, paga de vuestras deudas, título de vuestra inmortalidad, y derecho de vuestra eterna redencion. Amen.

(a) 1. Esdr. 8. 10. & seq.

EXOR-

## EXORTACION

PARA DISPONER A LOS NIÑOS,  
quando han de recibir el Sacramento de la Con-  
firmacion.

**H**ijos míos, el Sacramento que vais á recibir es como la perfeccion de vuestro Bautismo: es un Sacramento de fortaleza, y la plenitud del Espíritu Santo. Por medio del Bautismo os hicisteis hijos de Dios; pero con la Confirmacion os vais á hacer hombres perfectos: es decir, que este Sacramento debe producir en vosotros los mismos efectos que producía antiguamente en los primeros fieles, si le recibís con las mismas disposiciones que ellos.

Primeramente: con este Sacramento recibían el don de las lenguas, y de los milagros: es verdad, queridos hijos míos, que yo no espero que produzca en vosotros estos prodigios, porque estos dones exteriores ya son inútiles á la Iglesia, y la fé no necesita ya de estos grandes testimonios; pero sí espero que el espíritu de Dios que vais á recibir, os haga hablar el idioma de Dios, que en adelante vuestras conversaciones sean santas, que os abstengais de las conversaciones profanas del mundo, que no habléis el idioma de la ira, de la murmuracion, de la mentira, y del libertinage: de este modo hablareis un idioma nuevo, é ignorado de los hijos del siglo: dareis á entender que habita en vosotros el Espíritu Santo, que habla en vosotros, y que ya que no hayais recibido el don de las lenguas, habeis recibido otro mas excelente, que es el de usar santamente de la vuestra.

En segundo lugar: luego que los primeros fieles recibían el Sacramento de la imposicion de las manos, que era el mismo que el de la Confirmacion, quedaban mas

firmes en la fé, con mas valor para confesar á Jesu-Christo, y mas intrépidos en la presencia de los tiranos: vosotros, amados hijos míos, no teneis que temer á los perseguidores, porque ya se acabó el tiempo de las pruebas; y los Principes y Magistrados solamente emplean en defensa de la fé la espada de que antes se valían para perseguir y exterminar á sus discipulos.

Pero aun dentro del mismo seno de la Iglesia teneis que sufrir otros combates: el primero contra el mundo, y el segundo contra vosotros mismos: el valor y la constancia en ellos contra el mundo debe ser en vosotros, queridos hijos míos, el fruto visible de este Sacramento: en el mundo hallareis unos hombres corrompidos en la fé, que procurarán arruinar la vuestra, y hablarán el idioma de la impiedad; oponed á estas conversaciones, amados hijos míos, un valor digno de los soldados de Jesu-Christo: defended los intereses y la gloria de vuestro Maestro, y confundid á los impíos, solamente con el horror que manifesteis á su impiedad: vosotros no permitiríais que en vuestra presencia se hablase mal de vuestros padres, ¿pues cómo habeis de sufrir que delante de vosotros sea ultrajado el Dios de quien recibisteis el sér, que es vuestro primer Padre, y que ha de ser vuestra eterna recompensa?

Tambien hallareis en el mundo algunos hombres que se burlan de la virtud, y de los ejercicios de la religion; que tratan de flaqueza de ánimo á la exâctitud en el cumplimiento de las obligaciones que nos impone; pero, hijos míos, luego que hayais recibido el Sacramento de valor y fortaleza, no tendreis miedo á estos censores de la virtud. Si acaso entre los de vuestra edad se hallan algunos tan corrompidos, que sean capaces de burlarse de los que son fieles á Dios, no os asustarán sus burlas, sino que os compadecereis de su ceguedad, confesareis públicamente á Jesu-Christo, no conoceréis aquel respeto humano, que hace muchas veces que no nos atrevamos á hacer pública profesion de la fé y de la virtud en presen-

cia

cia de aquellos que se burlan de ella neciamente, y temereis á Dios y no á los hombres; finalmente en el mundo hallareis autorizados todos los vicios con el mal exemplo, y aun acaso hallareis estos escollos entre vuestros mismos parientes y amigos: su vida desarreglada os servirá de un continuo incentivo para los desordenes; á qualquiera parte que os volvais, vereis aplaudido el vicio, y justificadas las pasiones; para resistir á estos malos exemplos se necesita valor: estos son, hijos míos, vuestros tiranos y perseguidores; pero la gracia del Sacramento de la Confirmacion, si permanecéis fieles en ella, os dará fuerza para vencerlos: acordaos, queridos hijos míos, de que la ley de Dios casi siempre reprueba lo que autoriza la multitud: que todo lo que justifica el mundo es tan perverso como el mismo mundo: que para ser Christiano es preciso ser una imagen de Jesu-Christo; y que vosotros, mientras vivais como el mundo, no podreis pareceros á Jesu-Christo.

Finalmente: el segundo combate que tendreis que sufrir, mas terrible y peligroso que el primero, será contra vosotros mismos: ¡Ah, hijos míos! vuestras pasiones irán creciendo con vuestra edad; la corrupcion que sacamos con nosotros al tiempo de nacer se irá fortificando cada día; y aun puede ser que ya en vosotros se haya adelantado á la edad: acaso habrá naufragado ya la gracia de la inocencia; acaso habreis manchado ya aquel vestido de pudor y de justicia con que vistió vuestra alma el Sacramento del Bautismo. Si los principios son corrompidos, juzgad, hijos míos, cuáles serán las resultas: si ya está inficionada la raiz, ¿qué será de lo restante de vuestra vida? Si vuestras pasiones, que todavia están débiles y tiernas, se hallan ya mas fuertes que vosotros, ¿qué os sucederá quando lleguen á su mayor vigor?

Resistid en el principio, amados hijos míos: este es el efecto que debe producir en vosotros el Sacramento que hoy os administra la Iglesia: acostumbraos á vencer vuestras pasiones en esta primera edad; estos primeros es-

Cc 2

.nem fuer-

fuerzos os merecerán unas abundantes gracias para toda vuestra vida: Dios cuidará mas de preservaros; vivireis en medio de la corrupcion del mundo sin mancharos: os pareceréis á aquellos tres niños Hebreos, á quienes preservó el Señor en medio de las llamas, porque sus primeros años fueron agradables á su vista: de estos principios depende todo, queridos hijos míos: si vuestra juventud es prudente y arreglada, la virtud y el temor de Dios os acompañarán en todas las edades: si habeis sembrado en la bendicion, cogereis bendiciones abundantes: estas puras primicias de vuestra vida santificarán lo restante de ella: Dios las aceptará como felices prendas de vuestra eterna salud, como la primera ofrenda de una víctima que le pertenece, y que se ha reservado para sí; pero si teneis la desgracia de extraviaros en vuestros primeros caminos, y de no aprovecharos de la gracia de valor y fortaleza que vais á recibir, en adelante cada paso que deis será una caída: viendoos el demonio despojados de aquella gracia de santidad que habiais recibido en el Bautismo, y de la gracia de fortaleza que hoy recibís, nada hallará en vosotros que pueda resistirle: sereis el juguete de sus engaños, y de vuestras propias flaquezas: ireis adelantando en la culpa segun vayais creciendo en edad: empe zasteis olvidándoos de Dios, y acabareis despreciándole: el que siembra en la carne, dice el Apostol, segará frutos carnales: si la raiz está dañada, las ramas que de ella nacen no pueden estar sanas: os disponeis unos dias infelices y culpables, una vida inquieta y llena de pasiones, una vejez triste y abandonada de Dios: feliz aquel, queridos hijos míos, que lleva el yugo del Señor desde su juventud: Dios le bendecirá; sus pasiones, refrenadas en tiempo, siempre serán mas dóciles, y no le será tan trabajosa la virtud; aficionadas sus inclinaciones desde el principio á la obligacion, se ordenarán á ella por sí mismas: sus dias serán tranquilos, su vida santa, su vejez honrada, y su muerte, que será semejante á su vida, no será mas que un tránsito á la feliz inmortalidad. Amen.

EXOR-

## EXORTACION

## A UNAS RELIGIOSAS.

NO puedo disimularos, amadas hijas mías, el dolor que me aflige: ¿es posible que vosotras hayais de ser el motivo de mi pena? ¿Podiera yo esperar que esta casa me fuese molesta en mi ministerio? Vosotras, amadas hijas mías, debierais ser todo el consuelo de mi dignidad, pues habeis sido siempre la mas amada porcion de ella; yo no debiera venir aquí sino á consolarme con vosotras de los desórdenes y escandalos inevitables de una Diócesis tan dilatada como la que me ha confiado la Providencia; en vuestra regular observancia, en vuestro fervor, y en vuestra paz y union, debiera yo hallar en este santo asilo el consuelo de las penas que por otra parte me afligen: vosotras debierais aligerarme el yugo de mi dignidad; pero me le agravaís, y me le haceis mas pesado, y añadís á mis penas un nuevo peso de amargura: ¿es esto, vuelvo á decir, amadas hijas mías, lo que pudiera esperar de vuestra sumision y agradecimiento un Pastor que siempre os ha amado tiernamente?

Acordaos de los consejos que daba San Pablo á los fieles de Galacia, que habian aflojado en su primer fervor á causa de las disensiones que entre ellos se habian suscitado, porque siempre caminan á un mismo paso la pérdida de la paz y la del fervor y regular observancia: vosotras, los escribia San Pablo, corriais en otro tiempo con tanto zelo y union en los caminos de Dios: erais el exemplo de todas las Iglesias de Asia por el fervor y la paz que reynaba entre vosotros: erais la gloria de aquellos que habian sido los primeros en anunciar á Jesu-Christo: *Currebatis benè.* ¿Pues cómo habeis caído de aque-

aquella primera gracia? ¿Qué obstáculo es el que os detiene? ¿Cuál es el fatal fermento de disension que ha corrompido los dones de Dios entre vosotros? Unos son de Pablo, otros de Cefas, ó de Apolo, pero ninguno de Jesu-Christo: ¿fuisteis acaso bautizados en los nombres de Pablo ó de Cefas, ó en el nombre de Jesu-Christo?

Esto mismo os repito yo, amadas hijas mías, con mi corazon lleno de amargura: en otro tiempo caminabais con tanto fervor y union por el camino de la práctica de vuestras obligaciones: *Currebatis benè*. Siempre se os proponia como modelo á todos los Monasterios de este grande Obispado: esparciais en él el buen olor de Jesu-Christo: No se hablaba de vuestra casa, sino para alabar su union y su concordia: fuisteis el consuelo de mis predecesores, y gloria de los primeros Obreros que os pusieron en el camino de la perfeccion religiosa: ¿pues cuál es el infeliz momento de division que ha agriado y corrompido una masa tan pura y tan santa? Unas sois de Pablo, otras de Cefas, y ninguna de Jesu-Christo. ¿Sois acaso esposas de Pablo, ó de Cefas, ó sois solamente esposas de Jesu-Christo?

¿Es posible que despues de haber sido la alegría y consuelo de mis predecesores, hayais de ser ahora hijas de mi dolor, y que haya de haber estado reservada mi dignidad para unos tiempos tan tristes, y de tanta afliccion para mí? Amadas hijas mías, la raiz de todas vuestras desgracias está en que seguís á vuestros directores por un gusto puramente humano; y así Dios no bendice para con vosotras su ministerio: en la eleccion que de ellos haceis solamente consultáis á la vanidad, á la preocupacion, y aun á otros motivos mas reprehensibles; cada una quiere ensalzar los talentos y doctrina de su Pablo, sobre los talentos y doctrina del Cefas de la otra; y de estas aflicciones, y pueriles preferencias, nacen las antipatías, el resfriarse la caridad, las disensiones domésticas, y el uso inútil, y aun muchas veces profano, de los Sacramentos, las desazones, los disgustos

en

en el estado, y finalmente, los disturbios: este es el mayor azote con que Dios puede castigar á un Monasterio de Virgenes: por aqui empezó la decadencia y ruina de muchos Santos Monasterios, tan fervorosos en otro tiempo, y tan respetables en sus principios, los que aun está hoy llorando la Iglesia, porque se han hecho irrision y escandalo de los mundanos, y verguenza de la vida religiosa, la que afrentan con unas costumbres distraídas y mundanas.

Vosotras, amadas hijas mías, podeis temer la misma desgracia: luego que las piedras de un edificio empiezan á desunirse, todo está para caer en tierra, todo tiembla, y todo amenaza ruina: restituidme, amadas hijas mías, la alegría y el consuelo que me habeis quitado: todavia es tiempo: aun no se ha extinguido entre vosotras el antiguo espiritu de virtud: todavia no os ha abandonado Dios: bien estais viendo que se aparta, que os amenaza, que no derrama sobre vosotras aquellas abundantes gracias que en otro tiempo hacian que esta santa casa fuese la edificacion del público, y que santificaron á tantas Virgenes christianas, á tantas Madres respetables, cuya memoria, reciente todavia, debiera llenaros de confusion y dolor: en grande peligro os hallais, os digo de parte de Dios, pero aun tiene remedio el mal: Dios os ha unido á todas, amadas hijas mías, con los lazos de una misma regla, y en un mismo asilo: no sepáren, pues, los hombres lo que Dios ha juntado: tened todas un mismo corazon, y una misma alma, así como teneis un mismo Esposo, y una misma esperanza: no busqueis fuera de aqui vanos consuelos en los socorros humanos, buscadlos en el mutuo amor y caridad que os debeis unas á otras: no convirtais el asilo de la paz, de la alegría, y de la inocencia, al que os traxo Dios quando por su gran misericordia os sacó de la corrupcion del mundo, no le convirtais, vuelvo á decir, en triste mansion de inquietudes, pesares, y discordias: recibid á los directores que por mi ministerio os presenta Jesu-Christo,

co-

como al mismo Jesu-Christo : aquellos que quisierais escogeros por vuestro gusto , no son enviados de Jesu-Christo para vosotras : no tienen la mision del Señor, solamente tienen la vuestra , y por consiguiente , no puede estar anexa á su ministerio bendicion alguna ; baxo su conducta experimentareis siempre las mismas imperfecciones , los mismos odios , las mismas inclinaciones , y las mismas flaquezas.

Si hubiera habido alguna Virgen que hubiese tenido derecho de elegirse director por sí misma , sería sin duda la mas santa de todas las Virgenes ; con todo eso espera á que Jesu-Christo desde la Cruz la señale el que habia de ocupar su lugar acá en la tierra : pudiera haber pedido á Pedro, que era el Príncipe, y la cabeza de los demás Apóstoles , y en quien debiera residir una preeminencia de doctrina, y unos talentos correspondientes á la dignidad: pudiera haber preferido á Santiago, y á San Judas Tadeo, parientes del Señor , y que estaban unidos á ella con los lazos de la sangre ; pero sabía muy bien que nunca hay seguridad en nuestra propia eleccion : recibe á San Juan, que es á quien la confia Jesu-Christo , y persevera sujeta á él como si fuera el mismo Jesu-Christo.

Nunca perdais de vista , amadas hijas mias , este gran modelo : permaneced siempre obedientes á Jesu-Christo, no tengais por seguros y útiles para vosotras sino á aquellos directores que el mismo Señor os señala por mi boca: esta ciega sumision á sus órdenes es por sí sola una disposicion la mas propia para atraer una grande bendicion sobre el ministerio de aquellos á quienes se confia el gobierno de vuestras almas : no obliqueis ya , amadas hijas mias , á este Dios de paz á que se aparte de vosotras; bien sabeis que no habita sino en aquellos lugares en donde la halla : volvedle á traer á este santo asilo , y le volveréis á introducir en vuestros corazones : disponeos para recibir con fruto los santos misterios , aquellos misterios de caridad que quedan profanados luego que entran en un corazon manchado con qualquier leve fermento de ren-

rencor , de tal modo , que en ellos come y bebe el alma su propia condenacion ; dadme el consuelo , amadas hijas mias , de reuniros todas aquí á los pies de Jesu-Christo : despojaos aquí de todos los secretos rencores y antipatías que aun pueden haber quedado en vosotras : cerrad para siempre la herida que habeis hecho en mi corazon : daos mutuamente el beso de paz en mi presencia : sea aun mayor vuestro interior arrepentimiento, que las exteriores señales de caridad : vuestras lágrimas, al mismo tiempo que purifican vuestros corazones , sean como la sangre de vuestro dolor , que confirme hoy en presencia de Jesu-Christo la nueva alianza : todo lo perdisteis quando perdisteis la paz ; pero quando la recobrais , lo volvais á ganar todo : Yo os la doy , amadas hijas mias , la dexo con vosotras , y espero que no volverá á salir de esta santa casa.

# S E R M O N

PREDICADO EN LA SOLEMNIDAD  
de la bendicion de las Vanderas  
del Regimiento de Catinat.

*Posuerunt signa sua, & non cognoverunt sicut in exitu  
super summum.*

Pusieron sus Vanderas en el Templo, como presagio de su victoria, y no conocieron cuál era el fin de esta piadosa solemnidad. *Psalm. 73. 45.*

**N**O os parezca, Señores, que vengo al Santuario de la paz á pronunciar un discurso Evangélico, con motivo de una ceremonia santa, para despertar en vosotros ideas de fuego y sangre, y para animaros á conseguir nuevas victorias, acordandoos las muchas que en otro tiempo habéis alcanzado: aquella palabra, cuyo Ministro soy, es palabra de reconciliacion y de vida, destinada á reunir los Griegos y los Bárbaros, á hacer que habiten juntos, segun la expresion del Profeta, los Leones, las Aguilas, y los Corderos; á juntar baxo una misma cabeza todas las lenguas, todas las Tribus, y todas las Naciones; á calmar las pasiones de los Príncipes, y de los pueblos; á confundir sus intereses, destruir sus embidias, poner límites á su ambicion, é inspirar unos mismos deseos á todos aquellos que tienen una misma esperanza; y si alguna vez aconseja guerras y batallas, son unas guerras que todas se terminan dentro del corazon, y unas batallas de la gracia.

Además de que me acuerdo de que estoy hablando  
en

en presencia del mismo Altar del Cordero que vino á pacificar el cielo y la tierra; en un Templo consagrado al Capitan de una Legion santa, que supo preferir el culto de Jesu-Christo al de las Estatuas de los Emperadores, y abandonar generosamente las Aguilas del Imperio por seguir el Estandarte de la Cruz; y finalmente, que estoy hablando á un Regimiento ilustre, que no conoce los peligros sino para desafiarlos; aun mucho mas distinguido por sus glóriosas acciones, que por el nombre del famoso General de cuyo título se precia, y por el mérito del que hoy es su Comandante; y que mas espera de mí lecciones de piedad, que de valor; y consejos para pelear santamente, que exortaciones para pelear con aliento.

Tened pues á bien, Señores, que dexando á parte el cuerpo, por decirlo asi, y las exterioridades de esta ceremonia, os manifieste su espíritu; que sin meterme á exâminar su antigüedad y grandeza, solamente me detenga en la utilidad que en ella se halla; y que en vez de hablar de la gloria de las armas, y del aprecio que siempre han hecho de ella los pueblos, os hable de los peligros de este estado, y de los medios para conseguir en él una gloria inmortal y sólida.

¿Por qué os parece que aun las naciones mas bárbaras, todas tienen una especie de religion militar, y que su culto se hallaba siempre mezclado con las armas? ¿Por qué os parece que los Romanos se manifestaban tan zelosos de poner sus Aguilas y sus Dioses á la frente de sus Legiones, y que los demás pueblos escogian lo mas sagrado de sus supersticiones, y pintaban sus gerglíficos y figuras en sus Estandartes? Esto era sin duda para impedir que el tumulto y la agitacion de las guerras no fuese motivo de que se olvidasen los hombres de lo que deben á los Dioses que presiden en ellas, y para que teniendolos continuamente á la vista, se hallasen como en una feliz imposibilidad de olvidarse de ellos. ¿Por qué os parece que los Israelítas en sus marchas

y combates llevaban siempre delante la Serpiente de metal? ¿Por qué Constantino, despues que fue hecho conquista de la Cruz, hizo levantar esta señal de todas las naciones en medio de sus Exércitos? ¿Por qué nuestros Reyes en sus expediciones contra los Infieles iban á recibir el Sagrado Estandarte al pie de los Altares? Y finalmente, ¿por qué os parece que aun el dia de hoy consagra la Iglesia con oraciones de paz y caridad estas fatales señales de la disension y de la guerra? Esto es sin duda para que tengais presente, que aun la misma guerra es una especie de culto religioso; que el Dios de los Exércitos es el que preside á las victorias y batallas; que los Conquistadores las mas veces no son entre sus manos mas que instrumentos de ira, de que se vale para castigar los pecados de los pueblos; que no hay mas verdadero valor que el que nace de la religion y de la piedad; y finalmente, que las guerras y revoluciones de los estados son un puro juguete á la vista de Dios, y una mutacion de scena en el Universo; que solamente Dios es immutable, y él solo puede fixar las inquietudes é insaciabiles deseos del corazon humano.

Es verdad, Señores, que la virtud que tan penosa es aun en los Claustros, en donde todo la está inspirando; y tan rara en el siglo, en donde la mantienen las comunes obligaciones de la religion, halla en las distracciones y libertad de las armas unos obstáculos, y unos escollos, contra los que todos los dias estamos viendo tropezar las mas bellas esperanzas de la educacion, los mas felices presagios de un buen natural, y las mas afectuosas precauciones de la gracia.

En esta profesion se vé algunas veces al pueblo de Dios, aun baxo la conducta de un Josue, y un General prudente y religioso, entregarse á los excesos y delitos de las naciones: en ella vemos á algunos Christianos, que ponen siempre su gloria en su confusion, y que hacen alarde de su ignominia: en ella la impiedad se mira como gracejo, la fé como cobardía, la religion como sueño, las

las verdades de eterna salud como ocupacion de almas ociosas, el miedo á la eternidad como un terror vano, y muchas veces la santidad de nuestros Misterios suele servir de asunto á sus impías burlas: en ella solamente se nombra al Dios á quien adoramos para insultarle, la culpa se mira como valor, la sensualidad como mérito, y el furor como una prenda estimable: en ella, aquellos á quienes la política, la clase, ó el interés (por vivir baxo el gobierno de un Príncipe, que ningun caso hace del valor quando no está acompañado de la virtud) apartan de estos excesos, reducen toda la regularidad de su conducta á la ambicion, á la gloria mundana, y á la venganza; y solamente parece que se abstienen de las demás pasiones por entregarse á estas con mas viveza: en ella los mas prudentes son los que solamente piensan en su fortuna y en su adelantamiento, y sacrifican á su gloria sus bienes, su sosiego, y aun su conciencia: que siendo insensibles á la felicidad de los Santos, y á los bienes sólidos de la eternidad, solo piensan en agarrar una fantasma que se les huye antes que la hayan cogido, y en proporcionarse unos puestos fundados sobre arena, y una ciudad que no es permanente: en una palabra, en ella Dios es tan desconocido como entre los pueblos infieles, y la mayor virtud no consiste en no tener pasiones, sino en que estas sean nobles y famosas.

¿Son estos, ¡oh Dios mio! los hombres que se arman para defender vuestra causa, y la de vuestros Altares? Vos, Señor, que no quereis que el pecador cuente vuestras justicias, ni que sea protector de vuestra alianza, ¿podréis confiar á unos brazos sacrilegos el cuidado de restablecer vuestro culto, y la Magestad de vuestros Templos? Qué mas os importa, Señor, el ser deshonorado con las culpas de los fieles, que con la infidelidad de vuestros enemigos? ¿Qué importa que se dilate vuestro reyno si no habeis de reynar en los corazones? ¿Qué importa que se congreguen las dispersiones de Israel, si aquellas Tribus que quedan en Jerusalén exceden en las

profanaciones aun á los mismos vasallos de Jeroboam?

Los que viven en el sosiego de las ciudades, y lexos de los peligros de la guerra, pueden tener alguna tranquilidad acerca de los desórdenes de su vida, con la esperanza de que en la edad mas abanzada enmendarán sus costumbres, y morirán christianamente: Porque á la verdad, Señores, el tiempo que la edad ó una enfermedad larga dexan para las reflexiones, el largo uso de los placeres, y el disgusto y los pesares que siempre los siguen, la experiencia del mundo y de sus vanidades, de las que un entendimiento claro se cansa, y tarde ó temprano llega á desengañarse, las perfidias y traiciones que se experimentan en el trato de los hombres, las que por sí solas bastan para disgustar á una alma noble, y hacerla abrazar el partido del retiro y de la virtud; todo esto favorece á las operaciones de la gracia en el corazon de los mundanos; les hace formar todos los dias mil proyectos de conversion, aunque remotos; los vá apartando poco á poco de sus flaquezas, y algunas veces los hace que cansados del mundo se entreguen á Jesu-Christo.

Bien sé que esta esperanza de los pecadores parece las mas veces; que el lisonjearse de una conversion remota es insultar á la gracia y á la justicia de un Dios vengador; que el retardar el negocio de la salvacion para los años de la vejez y enfermedad es lo mismo que abandonarle; que en el invierno no se coge sino lo que se ha sembrado en el verano; que nuestro Dios no es un Dios que sufra el ser burlado; que quando se vé despreciado él tambien desprecia; y que la virtud que llega tan tarde, no suele ser mas que una imposibilidad para el vicio, efecto de la edad, y no movimiento del corazon, y un respeto que se debe tanto al mundo como á Jesu-Christo. Con todo eso la Religion no nos permite desesperar; y algunas veces, ¡oh Dios mio! habeis llamado á algunos obreros á la hora undecima del dia, y curado paralíticos de treinta años, acaso para precaver  
con

con estos prodigios la desesperacion de los verdaderos penitentes, y aun acaso tambien para entretener la falsa confianza de los pecadores.

Pero vosotros, Señores, qué entre los peligros y furores de la guerra podeis decir todos los dias como David, que no os hallais mas que un solo grado distantes de la muerte; *uno tantum gradu, ego morsque dividimur.* (1) Vosotros que no podeis contar con la vida mas que como con un tesoro que está patente en medio de un camino real, que cada instante os estais viendo á las puertas de la eternidad, y que solamente estais unidos al mundo y á sus placeres con el mas débil de todos sus lazos; ¡ah! ¿Qué confianza podeis tener quando os abandonais á las ignominiosas pasiones? ¿Con que esperanza os podeis lisonjear? ¿La fundais acaso en aquellos instantes que concedeis á la religion quando estais para entrar en un combate, ó en la bendicion y oraciones del Ministro? pero decidme ahora que os hallais tranquilos; ¿quál es entonces el estado de vuestro corazon? ¿Os ha sucedido jamás en semejantes ocasiones, el repasar en la amargura de vuestro corazon todos los años de vuestra vida? ¿Habeis pensado jamás, en aquellas circunstancias, en ofrecer al Señor un corazon contrito y humillado, y en invocar sus misericordias para las miserias de vuestra alma? En aquel lance de nada mas os acordais que de la fama, de la obligacion, y del peligro; no hay tiempo menos apropiado que aquel para pensar en la conciencia; y aun suelen desecharse estos pensamientos como si se opusieran al valor; suelen aumentarse los placeres y los excesos para divertirse, y no pensar en el peligro, y casi siempre se pasa desde la culpa y el desorden á la muerte: ¡Oh, Dios mio! qué desatino este tan terrible, y no obstante tan comun en las personas á quienes hablo. Bien lo sabeis, Católicos, y muchas veces habeis visto desaparecer en el furor de

(1) 1. Reg. 20. 3.

las batallas á los compañeros de vuestros excesos : habeis visto que casi no ha habido mas que un instante de intervalo entre una impiedad , y el ultimo suspiro ; y que un funesto golpe los daba la muerte á vuestro lado , acaso al mismo tiempo que estaban formando con vosotros proyectos de delitos.

¿Pues por qué no os ha de asustar su desgracia? ¿Por qué no os ha de servir de escarmiento su triste suerte? ¿El ser tan frecuentes estos exemplares ha de ser motivo de que no os atemoriceis de ellos? Pero esto sería crecer vuestra seguridad á proporcion que se aumenta el peligro. ¿Por qué no os ha de mover la bondad y longanimidad de vuestro Dios , que os ha librado de tantos peligros , y os ha conservado hasta el presente para proporcionaros el tiempo de que os convirtais á él? ¿Por qué habeis de mudar sus misericordiosos designios , en designios de ira , y habeis de emplear los dias que ha dilatado para vuestra salvacion en prolongar la carrera de vuestras iniquidades?

¡Ah! si en aquella ocasion en que solamente debisteis vuestra libertad á un prodigio , y de la que nunca pensasteis salir con vida , os hubiera herido la espada de la muerte , qual hubiera sido , Católicos , vuestro destino? ¿Qué alma hubierais presentado en el Tribunal de Jesu-Christo? ¿Qué monstruo de impurezas , de blasfemias , y de venganzas? ¿No os asustais al contemplaros entonces amenazados de los rayos de un Dios vengador , temblando en su presencia , y viendo los abismos abiertos á vuestros pies? Su mano poderosa os libró , y os cubrió con su escudo ; su mismo Angel apartó los golpes que habiendo de decidir de vuestra vida , decidirian tambien de vuestra eternidad. ¿Y en qué habeis empleado despues esta vida? ¿Qué muestras de agradecimiento habeis dado á vuestro libertador? ¿Qué respetos le habeis tributado con un cuerpo que por tantos títulos es suyo? ¡Ah! le habeis hecho servir á la iniquidad , y habeis convertido un miembro de Jesu-Christo

en instrumento de infamia y de ignominia : os habeis sabido aprovechar del peligro á que estuvisteis expuestos para adelantar vuestra fortuna , pero no os habeis aprovechado de él para vuestra salvacion : le habeis alegado á vuestro favor para con el Príncipe , pero no os habeis acordado de él para con Dios : habeis adelantado algunos grados en el servicio militar , pero nada habeis aprovechado en la milicia de Jesu-Christo. Temed pues , Católicos , el que volvais á veros en aquel fatal momento : temed que el Señor os entregue á vuestro propio destino , que os trate como al impío Achab , y que algun invisible golpe de su mano ponga fin á vuestras iniquidades , y de principio á sus venganzas.

¿Qué digna es , Señores , de lástima vuestra suerte? Es verdad que la carrera de las armas , á la que os destinan los empeños de vuestro nacimiento , y el servicio del Príncipe , es muy brillante á la vista de los sentidos : este es el único camino para llegar á conseguir fama , y la ocupacion mas digna de un hombre de alto nacimiento ; pero atendiendo á la salvacion es el mas terrible de todos los caminos : estos son sus peligros : ahora os manifestaré los medios para libraros de ellos.

El brazo de Dios no está abreviado : en ningun estado es imposible la salvacion. El torrente solamente arrebata á los que quieren dexarse llevar de él : el Señor en todas partes tiene escogidos , y los mismos peligros que sirven de escollo á los réprobos , son ocasion de merito para los justos.

Y para que conozcáis mas claramente esta verdad : decidme ; ¿qué peligros habrá en vuestro estado de que no pueda libertaros la gracia? ¿Qué males puede haber en él , que no tengan al mismo tiempo su remedio?

Bien sé que la ambicion es casi inevitable en un soldado ; que el Evangelio que mira esta pasion como vicio , casi no puede prevalecer contra la costumbre , que parece le ha elevado á virtud ; y que en la carrera militar el que no tiene aquellos nobles pensamientos,

que nos hacen aspirar á los grandes puestos, tampoco tiene el valor que hace emprender grandes acciones: pero además de que el deseo de ver recompensados vuestros servicios, siendo moderado, no dominando absolutamente el corazón, no induciendos á buscar medios iníquos para conseguir vuestros fines, y para establecer vuestra fortuna sobre las ruinas de la de vuestros próximos, además de que, vuelvo á decir, estando este deseo arreglado con estas precauciones, nada tiene en sí que se oponga á la moral christiana, ¿qué atractivo podeis hallar en las esperanzas humanas que os presenta, que sea mas digno de aprecio que la esperanza de los Christianos, y las promesas de la fé? ¿Acaso los puestos, los honores, las distinciones, y la fama que tendreis en el mundo? Pero para llegar á conseguir esto, ¿por entre cuántos concurrentes hay que atravesar? ¿Cuántas circunstancias hay que convinar, las que casi nunca se hallan juntas? Además de esto ¿os parece que el merito decide siempre de la fortuna? Bien sé que el Príncipe se halla instruido de vuestros servicios, pero puede acaso verlo todo con sus ojos? ¿Cuántas virtudes están ocultas y abandonadas? ¿Cuántos servicios olvidados ó disimulados? Y por otra parte, ¿cuántos, á quienes la fortuna favorece salen de repente de la nada para ocupar los primeros puestos? ¿Qué motivo este de desazones y disgustos? Continuamente estais viendo que os son preferidos muchos, á quienes haveis visto nacer en el servicio, y que ni aun lo suficiente suelen saber para obedecer; quando al mismo tiempo vosotros, en una edad ya abanzada, no habeis sacado mas utilidad de un largo servicio que consumir vuestro cuerpo con las fatigas, haber abandonado vuestros negocios domesticos, y haber servido siempre á vuestras propias expensas: ¡Ah! ¿Qué otra cosa se oye entre vosotros mas que reflexiones acerca del abuso de las pretensiones y de las esperanzas? Vosotros mismos que me estais oyendo, decidme, ¿qual es vuestro estado en

este particular? Y con todo eso, sacrificais la eternidad por unos entes quiméricos; siempre os estais li-songeando con que sereis del número de los felices, y no reparais en que la providencia parece que dexa á el acaso y al capricho de los hombres el repartimiento de los puestos y de los empleos, solamente para que miremos con ojos christianos los títulos y los honores, y para que ordenemos al Rey del cielo, á cuya vista nada se oculta, y que atiende aun á los mas cortos servicios, los que hacemos por los Reyes de la tierra, los quales muchas veces, ó no pueden verlos, ó no saben recompensarlos.

Pero aun quando correspondiera vuestra felicidad á vuestros deseos; aun quando esas alhagueñas esperanzas, y esos sueños en que descansa vuestro espíritu llegáran algun dia á ser realidades; aun quando por una de aquellas casualidades que suelen tener siempre tanto influxo en la fortuna de las armas, os vierais elevados á unos puestos á los que no os atreveis ahora á aspirar, y que nada os quedase que desear por parte de las pretensiones humanas; ¿qué son las felicidades de la tierra, atendida su fragilidad y corta duracion? ¿Qué nos ha quedado de aquellos nombres famosos que tan gran papel hicieron en otro tiempo en el Universo? No se dexaron ver mas que por un instante, é inmediatamente desaparecieron de la vista de los hombres: sabemos lo que fueron aquel corto tiempo que duró su fortuna, ¿pero quién sabe lo que son en la region eterna de los muertos? Las quimeras de la fama inmortal de nada pueden servirlos en aquella region: el Dios de las venganzas, que desde lo alto de su Tribunal pesa sus acciones, y discierne su merito, no juzga por lo que nosotros decimos ó pensamos de ellos acá en la tierra; y acaso aquellas grandes acciones, que tanto honor dán á su memoria, y que enriquecen nuestros anales, son los principales motivos de su condenacion, y los mas infames borrones de su alma en la presencia de Dios.

¿Qué son, Señores, los hombres en la tierra? Son unos personajes de teatro: aquí todo es falsedad, todo es una pura representación, y aun lo que nos parece más seguro y más firmemente establecido, no es más que una escena: esto mismo estamos oyendo todos los días en el mundo: una fatal revolución, y una rapidéz incapáz de ser detenida, lo arrastra todo á los abismos de la eternidad: los siglos, las generaciones, los Imperios, todo se sepulta en este abismo: en él entra todo, y nada sale: nuestros mayores nos allanaron el camino, y nosotros le dexamos también patente á nuestros sucesores: de este modo se renuevan las edades, y se muda continuamente la figura de este mundo; los muertos y los vivos se suceden sin cesar; nada permanece; todo se consume y se aniquila: solamente Dios es siempre el mismo, y sus años nunca se acaban: el torrente de edades y de siglos pasa por delante de sus ojos: mira con un semblante ayrado y vengativo á los flacos mortales, que al mismo tiempo que pasan arrebatados de la fatal corriente, le insultan, y se aprovechan de este único instante para deshonorar su nombre, y caen inmediatamente en manos de su ira y de su justicia.

A vista de esto, ¿podremos formar proyectos de fortuna y de elevación? ¿Mantendremos en nuestros corazones mil lisonjeras esperanzas? ¿Tomaremos á tanta costa infinitas medidas para proporcionarnos un instante de felicidad, sin dar jamás un paso para conseguir la que nunca tendrá fin? Esto es una especie de furor, de que no tendríamos por capáz al hombre, si no nos lo enseñara la experiencia.

Además de que, cómo puede hallarse sosiego en este corto instante de felicidad? Este se halla turbado con las sospechas, las envidias, y los temores: con las inquietudes inevitables en los grandes empleos; con la inconstante suerte de las armas; con el favor de los concurrentes; con la fatiga de los artificios y ardidés; con los

los antojos de aquellos de quienes dependemos; con tantos reveses como hay que sufrir, y con la misma nada de las felicidades temporales, que vistas de lejos excitan los deseos del corazón, pero tocadas de cerca no pueden fixarle ni satisfacerle: ¿Hay felicidad á quien no turben todas estas cosas? ¿Os parece que aquellos, á quienes vosotros mirais como felices en el mundo, se tienen ellos por tales? ¡Oh, Señor, á quien solamente pertenece la gloria y la grandeza! Tiempo llegará de que conozca el hombre que no puede hallar la felicidad durable y tranquila fuera de vos; que lo que aquí divierte al corazón, no puede satisfacerle; que la fama y los placeres solamente mueven en el instante que los precede; que las inquietudes y disgustos que á ellos se siguen son unas secretas voces, que nos llaman á vos; y que aun quando pudieramos prometernos una fortuna tranquila, esto no sería más que como un vapor, que solo dura un instante, al que vemos nacer, engruesarse, subir, estenderse y desvanecerse en un momento.

Y lo más digno de lástima respecto de vosotros, Católicos, es que en un ejercicio tan áspero y trabajoso, en unos empleos cuyas obligaciones exceden algunas veces al rigor y á los trabajos de los claustros más ásperos, siempre padeceis en vano para la otra vida, y aun muchas veces para esta. ¡Ah! á lo menos el Solitario en su retiro, obligado á mortificar su carne, y á sujetarla al espíritu, se mantiene con las esperanzas de una recompensa segura, y con los interiores consuelos de la gracia que le aligera el yugo del Señor; pero vosotros, Católicos, os atreveréis á presentar á Jesu-Christo en la hora de la muerte vuestras fatigas, y los continuos pesares de vuestro ejercicio? ¿Os atreveréis á pedirle que premie vuestros servicios? ¿Qué parte ha tenido el Señor en todas las violencias que os habeis hecho, no obstante haber sacrificado á vuestra profesión los más felices días de vuestra vida? Diez años de servicio han consumido más vuestros cuerpos, que si los hubierais de-

dedicado á la penitencia : ¡ah , Católicos! un solo día de estos trabajos consagrado al Señor , acaso os hubiera valido una eterna felicidad ; una sola accion , penosa á la naturaleza , y ofrecida á Jesu-Christo , acaso os hubiera asegurado la herencia de los Santos , ¿ pues por qué habeis de trabajar tan inútilmente por el mundo ?

El regalo y la ociosidad condenan á los que habitan en las ciudades ; pero á vosotros , Señores , os condenará el mal uso que habeis hecho de vuestros trabajos y fatigas : sacrificais vuestro descanso , vuestros placeres , y aun vuestras mismas necesidades quando se interesa la obligacion del servicio ; pues esto es lo mas difícil , y lo que queda que hacer por la salvacion casi nada cuesta ; sufrid estos trabajos con una fé christiana : ofrecedlos al Dios justo como precio de vuestras iniquidades ; y supuesto que es necesario padecer , no padezcáis sin mérito : si el Príncipe no os atiende , Dios no dexará de atenderos ; este es un remedio que os aseguraís para vuestra mala fortuna : de este modo no se perderán vuestros servicios ; y los frutos de la guerra serán para vosotros frutos de paz y de eternidad. Vuelvo á repetir , que padeceís por la gloria del mundo todo quanto es necesario padecer para conseguir la salud eterna , y con todo eso no sabeis adquirir la estimacion del Padre Celestial.

De este modo , Señor , se justifica vuestra ley aun para con los hombres , y se dexa ver la justicia de vuestros juicios para con ellos. En el terrible día de vuestras venganzas os valdreis de la vida áspera y penosa del soldado para confundir la cobardía del mundano y sus vanas excusas acerca de la dificultad de vuestros preceptos ; y por otra parte la aficion del mundano á los placeres condenará el mal uso que el soldado ha hecho de sus trabajos. De este modo , Señores , aun la misma ambicion puede convertirse en medio para conseguir la gracia.

¿ Acaso me direis que cómo se puede componer la re-

reputacion de valor , tan esencial en vuestro estado , con la mansedumbre y humildad christiana ? Pero en qué os parece , Señores , que consiste el valor ? Os parece acaso que consiste en tener un génio altivo , un corazon inquieto , un ardor que no puede apagarse sino con sangre , una ansia mal gobernada por la fama , unas ridiculas demonstraciones de soberbia , y una baxeza de ánimo que gusta de exponerse á los peligros solamente por tener despues la gloria de haber salido de ellos ? ¿ Qué siglo ha estado tan corregido como el nuestro en este particular ? ¿ En qué fundan los hombres prudentes el verdadero valor ? ¿ No le fundan en la prudencia , en la circunspeccion , y en la madurez ? ¿ Quál ha sido el distintivo de los grandes hombres que habeis visto en este siglo á la frente de nuestros Exércitos , y cuyos nombres os son todavia tan amados ? Los Turenas , los Condés , los Crequis , ¿ por qué camino llegaron á aquel alto punto de gloria y fama , cuyos límites ya nadie puede pasar ? El sábio y el valeroso General , á quien debe su seguridad esta provincia , y todo el reyno la paz y la abundancia , de quien vosotros recibis inmediatamente las órdenes como de vuestro propio Gefe , y baxo cuyo nombre y estandartes teneis el honor de militar , ¿ ha llegado acaso á la cumbre del honor en que le ha colocado la eleccion del Príncipe , y la felicidad del Estado , por medio de un valor indiscreto ? La prudencia , que en él es tan natural , ¿ ha menoscabado algo de su mérito y de su fortuna ?

Nosotros , Señores , formamos muy falsas ideas de las cosas : el valor quando no se halla bien colocado no es virtud ; aquel ardor noble , que en los combates es generosidad y grandeza de alma , fuera de ellos no es mas que barbaridad , niñeria , ó falta de talento ; pero acaso me direis , ¿ que qué idea me parece se forma entre la gente de guerra de un hombre que en algun modo vive entregado á la devocion ? ¡ Ah , Señor ! es posible que

que se ha de mirar como grande honor el servir á los Reyes de la tierra, y se ha de tener por baxeza y cobardía el ser fiel á vos? Antiguamente, ¿qué soldados habia en los Exércitos de los Emperadores Paganos mas intrépidos que los christianos? Con todo eso, Señores, aquellos hombres, no obstante la libertad de la milicia, tenían sus horas señaladas para la oracion, pasaban algunas veces las noches enteras en alabar todos juntos al Señor, y al salir de una batalla sabian ir corriendo con valor al cadahalso, y derramar en él su sangre en defensa de la fé.

Creedme, Señores; la religion lexos de acobardar el ánimo le tranquiliza; el que vive sosegado acerca de lo que le espera despues de la muerte, no la teme tanto: una conciencia libre de culpas mira los peligros á sangre fria, y los desafia con valor quando la obligacion la pone en ellos: nada hay que iguale al valor santo de un corazon que pelea á vista de Dios, y que al mismo tiempo que defiende la causa de su Príncipe, honra al Señor, y respeta su poder en el de su Soberano.

La virtud por sí misma es grandeza de ánimo: no hay cosa mas heroyca, ni mas digna del corazon que el imperio que un hombre justo tiene sobre todas sus pasiones: ¿qué cosa mayor que verle tener su alma entre sus manos, por decirlo así, arreglar sus acciones, moderar sus movimientos, no permitirse cosa alguna que sea indigna del corazon, dominar sus sentidos, sujetarlos al yugo de la ley, detener la corriente de un natural que siempre camina ácia el mal con rapidéz, ahogar mil deseos que lisonjean, y mil esperanzas que divierten, estar siempre resistiendo á los engaños del trato de los hombres, y á la fuerza del mal exemplo; y siendo siempre dueño de sí mismo, no permitir á su corazon ruindad alguna que pueda ser afrentosa á un heredero del cielo! ¡Ah! para esto es necesario haber nacido con un corazon magnánimo: la gracia tiene tambien

sus Heroes, que en nada ceden á los que admiraron los pasados siglos; y es indubitable que el que está acostumbrado á vencer á sus enemigos domésticos, y enseñado á despreciar los alagos de los sentidos, no temerá á los enemigos del Estado, y le costará menos trabajo el exponer valerosamente su propia vida.

Además de que, Señores, ¿qué siglo ha habido mas desengañado que el presente, acerca del error que hacia consistir el valor en despreciar á Dios y á la religion? Este error, el día de hoy, no tiene séquito sino entre un corto número de infelices: hoy las obligaciones del Christianismo son parte de la buena crianza que dá el mundo; y la costumbre ha introducido que á lo menos exteriormente sea honrada la religion.

Finalmente, los Moysees, los Josues, los Davides, los Ezequías fueron grandes soldados, y al mismo tiempo grandes Santos: fueron heroes del siglo y de la religion; los siglos christianos han tenido sus Constantinos y sus Teodosios, terribles á la frente de sus exércitos, y humildes y religiosos al pie de los Altares. Nosotros vivimos baxo el gobierno de un Príncipe, que no teniendo que desear por parte de la fama, está persuadido á que la virtud la debe servir de último sello; que vá todos los días á humillar baxo el yugo de Jesu-Christo una cabeza cargada con las señales de su grandeza y de sus victorias; y que al mismo tiempo que en todas partes resuena la fama de su nombre y de sus conquistas, se postra en la presencia del Señor, y llora en secreto la desgracia de los pueblos, y los funestos efectos de una guerra que tan gloriosa es para él á vista del Universo.

Derramad, ¡oh Dios de los Exércitos, el espíritu de fé y de piedad sobre estos guerreros, que baxo el mando de tan religioso Príncipe están armados en defensa de su causa: bendecid vos mismo estas sagradas Vanderas; poned en ellas señales de santidad, con las que en medio de las batallas conforten la fé de los que mueren,

y enciendan el valor de los que pelean : haced que sean señales seguras de la victoria : cubrid con vuestras alas á este ilustre Regimiento, que os las presenta en este Templo : apartad con vuestra mano los dardos del enemigo: servidlos de escudo en los sucesos tan varios de la guerra: cercadlos con vuestra fuerza : poned á su frente aquel Angel terrible de que os valisteis en otro tiempo para exterminar á los Asirios ; haced que siempre vayan precedidos de la victoria y la muerte : infundid en sus enemigos el terror y el espanto ; y haced que experimenten su valor las naciones enemigas de nuestra gloria.

Pero no hagais esto , Señor : antes bien pacificad los Imperios y los Reynos : apaciguad los espíritus de los Principes , y de los pueblos : compadeceos del lastimoso espectáculo que las guerras presentan á nuestra vista: oid , Señor , los gritos y clamores de los pueblos ; compadezca vuestra clemencia de la desolacion de las ciudades y provincias : el peligro y la perdicion de tantas almas desarmen vuestro brazo , que há tanto tiempo que está levantado sobre nosotros ; y finalmente , moveos á piedad viendo las profanaciones que siempre traen consigo las armas para vuestra Iglesia : oid los clamores de los justos , que compadecidos de las calamidades de Israel os dicen todos los dias con el Profeta , Señor , nosotros esperabamos la paz , y aun no ha llegado este bien ; nosotros creímos hallarnos ya en el tiempo de los consuelos , y aun siguen las turbaciones.

Tened á bien , Católicos , que para acabar os diga, que nuestros pecados son los que han atraído sobre nosotros estos castigos del cielo : las guerras , las enfermedades , y demás calamidades que nos afligen son señales evidentes de la divina indignacion contra nuestras culpas : en vano nos quejamos de las desgracias de los tiempos , y de la decadencia de las familias : ¡ah! lloremos por nosotros mismos ; aplaquemos al Señor , mudando de costumbres : restablezcamos la paz de Jesu-  
Chris-

Christo en nuestros corazones : soseguemonos nuestras pasiones , y nuestros enemigos domésticos , y presto veremos pacificada la Europa , aplacados los enemigos de la Francia , restablecida la paz en todas partes ; y que al sosiego de la tierra suceda el eterno descanso del cielo. Amen.

FIN DEL TOMO DECIMO.





BIBLIOTECA  
11  
V  
C